

PABLO VILA ARTEAGA

INVENTARIO DEL FUEGO

VUELO ÁRTICO

Pablo Vila Arteaga

INVENTARIO DEL FUEGO

Inventario del fuego / Pablo Vila Arteaga;
Santiago de Chile-Valencia, España; 2025

Corrección de textos: Alejandro Humosto
Fotografía de autor: Sara Navarro Montalt
Portada y composición: Mario Mora Sanhueza
Dirección editorial a cargo de Luis San Martín Arzola

Imagen 1: Joanbanjo (2014). Licencia: CC BY-SA 3.0
Imagen 2: Reproducción en dominio público.
Imagen 3: Dominio público – Edición editorial para calidad.
Imagen 4: Waelder (2007). Licencia: CC BY-SA 3.0 / CC BY 2.5.
Imagen 5: Edición de imagen por parte del sello (foto libre de derechos).
Imagen 6: Dominio público - Edición editorial para calidad.
Imagen 7: Dominio público - Edición editorial para calidad.

1ª edición: enero 2026

Depósito legal: V-5046-2025

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, del autor o el editor.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (Cedro) vela por el respeto de los citados derechos.

Este libro, incluyendo su texto, estructura, personajes, tramas, ilustraciones, diagramas, diseño, portada y cualquier otro componente de autoría, creativo o editorial, no puede ser empleado, total ni parcialmente, para entrenar modelos o sistemas basados en inteligencia artificial, bajo ninguna circunstancia y sin autorización previa de Vuelo Ártico.

© Pablo Vila Arteaga, 2025
Santiago de Chile - Valencia, España

www.vueloartico.com | @vueloartico

Pablo Vila Arteaga

INVENTARIO DEL FUEGO



VUELO ÁRTICO

Dedicado a mi amigo Manuel, avezado librero de lance en la plaza Lope de Vega en Valencia; gran tertuliano en las ocasiones que la fortuna me ha dado ocasión de compartir con él y su tiempo en su puesto de vendedor de libros en dicho sitio, a la sombra de la iglesia de Santa Catalina. Testigo de un mundo que ve desaparecer delante de él, antes constituido a base de pequeños puestos de vendedores de todo tipo que ya no volverán, sustituidos por un postmodernismo insaciable de franquicias y mercadeo desalmado que, como un tsunami, barre el antiguo régimen del comercio.

Como un último mohicano, mantiene su puesto con dignidad ante los adversos avatares de la postmodernidad, viendo el desembarco frenético del turismo de masas que con curiosidad lo miran y, a veces, fotografían en su bastión de la esquina repleto de libros. Tesoros olvidados y perdidos por otros dueños que vaciaron o dejaron saquear sus particulares bibliotecas alejandrinas al mejor postor, y que ahora buscan mentes ávidas de momentos íntimos de lectura, dedos en busca del tacto rugoso del papel viejo y olfatos ansiosos de olores a celulosa antigua.

Manuel, si se le pregunta, dará una grata conversación a cualquier cliente que le consulte sobre literatura, y recomendará buenos libros.

31-VIII-2024. Valencia.

CAPÍTULO I



Mientras caminaba por las solitarias calles de aquella ciudad en el crepúsculo, rumbo a su domicilio, cuando la ciudadanía solo ve sospechosos habituales deambular en las aceras mojadas por una lluvia que cae holgazanamente, creando más rechazo a salir a la calle a los pocos viandantes obligados a exponerse, de forma inexcusable, a los elementos, y resguardarse bajo los paraguas; mientras las manecillas del reloj de la muerte no paraban de marcar su ritmo regular y un coche de la funeraria pasaba rápido por esa calle, con la ventanilla del conductor abierta, un cigarro humeante saltó de ella, cayendo sobre la acera, entre una pareja y él. Aquella pareja, que venía en dirección contraria, quedó petrificada ante el cigarro aún encendido sobre el suelo húmedo, como si estuvieran enfrente de un espectro. No podía pasar, había un enorme charco a su derecha, en el asfalto. Las lluvias en esa región del Mediterráneo caían cuando caían y a menudo el alcantarillado quedaba inutilizado, más aun en aquel mes de octubre. No había escapatoria en la angostura de la acera. Ese cruce con los viandantes, armados con paraguas punzantes y amenazantes, suponía para él una maniobra forzosa, un reto a esquivar con la cabeza gacha al cruzárselos. Todo por miedo a quedarse tuerto e impedir que aquellas púas cayeran sobre su rostro descubierto. Al final, pisando el cigarrillo, se zafó de tan incómodos transeúntes, escuchando un *vade retro Satana* a sus espaldas. Tras cruzar su particular estrecho de Magallanes, en su cabeza no paraban de seguir bullendo ideas para elaborar sus nuevas historias, de tal forma que, con su andar sin rumbo aparente, lento y pausado —asemejando a uno de aquellos galeones españoles de los siglos pasados, cuando América, parte de Asia y Europa eran gobernadas por una misma corona, unos dominios donde no se ponía el Sol y sobre los cuales Quevedo predijo un final

en el soneto del salmo XVII—, una conclusión así pudo recordar él vagamente, con su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, no encontrando otra cosa en la cual poner sus ojos, en un intento de no ver la imagen de la muerte. Se iba desplazando por las aceras, despreocupado de la lluvia al caer sobre sus cabellos mojados, más atento a los transeúntes que se le acercaban, tal era el valor del contenido dado a sus historias y el temor a que algún desaprensivo viniera a asomarse al interior de su cabeza, a husmear en sus relatos y, de esta forma, le hurtara la propiedad intelectual de su genuina creación. Nuestro personaje intentaba evitar cualquier cruce con personas en su camino, llegando a cambiar de acera o, inclusive, a saltar en un acto disuasorio los esporádicos charcos que iba encontrando en la trayectoria de su camino. Seguía vistiendo la misma desgastada gabardina nórdica azul descolorido de siempre, muy atípica por aquellas latitudes meridionales, pero que, según refería él, lo guarnecía del frío y la humedad del otoño y el invierno que visitaban cada año esa zona costera mimada por la meteorología, además de servirle para llevar en sus bolsillos laterales internos uno o dos ejemplares de esos libros que solía leer con fruición, en cualquier momento de los que tuviera a lo largo de su peregrinar diario entre cafeterías. Pensaba que eran sus mejores armas e iba con su paso lento, pausado y sin rumbo aparente, seguro y no dando importancia a las ideas de tipo paranoide que, a veces, zumbaban en torno a su cabeza. Portaba a ambos lados aquellos dos libros en los sendos bolsillos internos de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, cual si fueran dos revólveres Smith & Wesson M29, «el mejor revólver de la historia», según la frase mítica grabada en su cerebro tras ver la película de Clint Eastwood interpretando al agente Callahan en *Harry El Sucio*. Allí los llevaba, en los bolsillos interiores de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, lejos de miradas indiscretas. De aquellos libros que tanto frecuentaba con su lectura, recreándose en ellos en los bares cutres y guais, con una ventilación deficiente y recorridos por clientela escasa de dudosa procedencia, a la cual no le gustaba que le hicieran preguntas, que eran atendidos sin remilgos por unos camareros que iban a lo suyo si los clientes pagaban y no daban

problemas. Así, sacaba un vocabulario exquisito y rico empleado a menudo en medio de los dimes y diretes de la calle. A veces, alguna mosca volaba, cual buitre carroñero, señalando las cercanías de algún candidato a cadáver o un moribundo. Recordando la canción de los Wings, quedaba al margen de todo aquello. Aquella canción versaba sobre cuando se era joven y el corazón se mantiene como un libro abierto, entonces uno tiene que vivir y dejar vivir, pero ante los sinsabores de la vida, en un mundo cambiante que te hace sufrir, es mejor vivir y dejar morir. La tatareó por un instante hasta que la mosca se fue a otro lugar. No era muy exigente respecto a estos asuntos. Solía sentarse a la sombra de una esquina, evitando las mesas del exterior, donde el sol, el paso del gentío y los automóviles lo molestaban. Sí, lo molestaban en su inmersión al mundo literario en el que se introducía a modo de escafandrista, haciéndolo a gran profundidad. Prefería hacerlo alejado del paso de los barcos de paseo y los bañistas. Allí se encontraba él y el libro: la inmensidad de las profundidades del océano y él. Las aguas iban abriéndose de forma inmensa delante de sus ojos, a medida que iba pasando las páginas, como el escafandrista que, sumergido, deslizándose en el agua, va cayendo al fondo del mar, observando el tremendo paisaje que se abre debajo de sus pies y la sensación de infinito que lo rodea. No era muy quisquilloso acerca del estado del hule que solía cubrir la maltrecha mesa coja y que, con paciencia, él corregía con una cajetilla de tabaco, consiguiendo nivelarla tras un pequeño ingenio de doblar el cartón. La verdad, le importaban un bledo los lamparones de las tazas de café, como al igual las migas de pan de las tostadas con aceite y sal y sus correspondientes ristras de gotas de aceite indicando las posiciones de los dos ocupantes que, poco antes, habían abandonado la mesa tras entregar escrupulosamente la cuenta al camarero de espeso bigote, quien no se había tomado la molestia de pasar el cepillo sobre la mesa para recoger los restos dejados a la de Dios. Cada bar tenía su categoría. Este no era el Hotel Ritz y, por varias razones, no tenía ese tipo de clientela. Con un equilibrio digno de un malabarista, sin importarle al fin y al cabo manchar un poco las tapas del libro que tocaba esa semana con aquellas huellas pegajosas, desenfundó del bolsillo derecho aquel

ejemplar de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, a causa del paso del tiempo y el empleo de múltiples lavadoras alimentadas con jabones de dudosa composición. A él lo que le interesaba era la letra impresa en el interior de la coraza de aquellos volúmenes; era su tesoro. El resto formaba parte de la huella del tiempo, como las cortezas de los árboles que van cambiando de color con sus líquenes, hendiduras y otros accidentes dejando huellas en el vegetal y que, en vez de quitarle valor, lo van embelleciendo. De esta forma peculiar pensaba él sobre sus libros. El paso del tiempo y su uso les daban valor, nada más creía, al contrario que los puristas que los dejaban en estanterías, bajo las miradas de la gente, mostrando sus lomos de colores con las letras impresas y su interior vergonzoso oculto, sin mostrar, como el primer día de su impresión. Más les valían ser de cartón piedra, gruñía él, cada vez que entraba en aquellas casas-museo decoradas ricamente y con armarios acristalados, bajo llave, donde se exponían centenares de libros. Juraría que el momento en que por última vez se tocaron fue cuando alguien, hace tiempo, los colocó allí, para que después el plumero de la encargada de la limpieza los repasara de forma tímida. Nada más penoso para él que un libro antiguo, pero inmaculado, sin tener la huella del hombre, la que, sin ser destructiva, lo enaltecía. El camarero bigotudo se acercó. No se dio cuenta de su presencia hasta que le aproximó la taza del café doble expreso. Era un habitual en el bar y él conocía sus gustos. Rápidamente, con reflejos de felino, apartó el libro en el que estaba enfrascado, dejando que el camarero le sirviera el café con azúcar negro; detestaba el azúcar blanco. Sin decir nada —como siempre, ya era conocido que cuando estaba leyendo no era norma en él entablar conversaciones con otros usuarios del bar— siguió en su lectura. Solo entablaba conversaciones cuando se acercaba a la barra, con ciertos habituales o algún camarero, para tratar temas de la vida, temas de política y nada más, nada referente a asuntos de chismorreos acerca de vecinos. Hoy parecía que no iba a haber debate en la barra por parte de él, a pesar de la presencia de un grupo de habituales conversando sobre algo en la esquina contraria. Pero, a pesar de ser habituales del bar, no eran de los que coincidían

con él de forma regular, pues solía ir al bar por las mañanas, a primera hora, en cambio ese día alteró su rutina diaria y acudió por la tarde, coincidiendo con otros personajes con los que no estaba acostumbrado a tratar y, como no era persona de iniciar conversación con desconocidos o gente de poca confianza o poco trato, prefirió refugiarse en su viaje imaginario al interior de las páginas del libro colocado en sus manos, ignorando todo lo que tenía en torno suyo. El bar comenzaba a llenarse de gente pululando por el interior. Los habituales de la esquina de enfrente, enfrascados en su conversación, habían empezado a elevar el tono de voz, haciéndose más audibles, sin llegar a ser entendible el tema versado por el ruido de fondo. Uno de los individuos que había entrado recién se acercó a él y, de forma educada, le preguntó si podía disponer de la silla libre, pareja a la ocupada por él en la mesa paticoja. Todo esto estaba alterando un poco su emocionante lectura: *Yolanda, la hija del Corsario Negro* de Emilio Salgari. En concreto, leía el capítulo «El notario de Maracaibo», en el cual los fieles amigos del capitán Negro, el vizcaíno Carmaux y Wan Stiller, entran en casa del notario a obtener una información vital para el capitán. No era común que el bar estuviera tan colapsado. Miró su reloj de faltriquera guardado en el bolsillo derecho del pantalón, asegurado con una anilla al cinto ante cualquier amigo de lo ajeno. Viendo que era ya la hora de la cena y que, sin embargo, la gente no iba a la barra a pedir nada consistente con lo que saciar el hambre, tan solo alguna bebida o café, se preguntaba qué es lo que se estaba empezando a trapichear en el local. De forma instintiva, miró a través de la ventana y se dio cuenta de la razón por la cual la gente se había refugiado en aquel sitio tan poco frecuentado: el aguacero de la calle se había convertido en una tronada de órdago.

—La gente se agarra a un clavo ardiente —escuchó una voz al lado suyo.

Era el camarero bigotudo que, cansado de que la nueva tropa incorporada al bar no le gustase mucho la fría colección de platos expuestas en el mostrador de la barra, se había acercado a él, moviéndose entre individuos, los que habían ido ocupando el bar como si fuera eso el arca de Noé, mientras el agua en el exterior era

el Diluvio Universal. Se rio un poco, dejando a un lado las aventuras de la hija del Corsario Negro; creyó que ya había recibido demasiadas balas de cañón ese día para su habitual estado de ánimo. Tomando la taza de café, echó el último sorbo y se quedó observando el poso en el fondo, como si supiera algo de cafeomancia. Esto lo retrotrajo a un viaje realizado al interior de Andalucía hacía unos años, concretamente a la provincia de Málaga, en Villanueva del Trabuco. Allí, caminando solo, como era habitual en él, encontró en una bocacalle estrecha y sin salida, una de aquellas calles moriscas que aún perduran en algunos pueblos y ciudades de España, un toldo guarneciendo del sol abrasador de agosto a una anciana regando bajo la sombra unos espléndidos geranios floridos en su plenitud, formando un conjunto de colores rojo, blanco y rosa. Se acercó a ella por mera curiosidad y la mujer, dando a entender que ya lo había oteado desde su aparición por la calle cerrada, dejó la regadera con la cual echaba agua a las macetas de las flores colgantes en la pared blanqueada de la casa y en torno a la puerta de esta, encima de una mesa próxima, donde reposaban una botella de vino y dos vasos. Poco a poco, con inseguridad por sentirse observado de forma tan directa en un terreno extraño y por una desconocida, fue acercándose hacia el lugar donde se encontraba la anciana; la sed vencía más a la inseguridad. Cuando estaba ya próximo, esta le preguntó dónde se había dejado la cámara de tomar fotografías. Esto lo dejó un poco fuera de lugar, recapacitando un comentario tan cavernario. Paró su marcha, deteniéndose no a la suficiente distancia para no oler las esencias de aquellos geranios, y le comentó a la anciana, con la intención de encandilarla un poco, que había sido atraído por el olor. Ella lo miró más fijamente, con unos ojos que casi le rompían el alma, sintiendo ser traspasado por una luz cegadora que lo dejó aturdido por unos minutos, tras lo cual escuchó unas pequeñas risas que le chirriaban en los tímpanos. Todo esto le produjo gran turbación e intentó retroceder unos pasos hacia atrás, pero sus pies estaban anclados al suelo, como si estuvieran engrillados con cadenas a un gran pedernal de color negro, impidiéndole moverse y huir. La anciana se le acercó, mostrando una sonrisa, asustándole

aun más, con un rostro moreno, ajado y lleno de arrugas que en otro tiempo fuera bello y el objeto de deseo de las miradas de muchos hombres, con una nariz aguileña, dándole un aspecto de depredadora y, lo más misterioso y profundo de todo, unos ojos verdes con los que perforaba el interior de su alma, dejándolo completamente desnudo. Lo tomó de su mano derecha y, liberándolo de sus cadenas, lo llevó a través de las fragancias de los geranios hasta la mesa donde estaba la botella de vino con los dos vasos y la regadera. Retiró los cuatro objetos y dejó que se sentara en una de las sillas allí colocadas en rededor de la mesa, desapareciendo tras la puerta de madera de la casa, en un tintineo de la cortina antimoscas de la entrada. Quedó allí, como hipnotizado, en un bloqueo interno, movido por fuerzas externas no controladas por él. Lo único que podía considerar normal de todo aquello era el aroma apaciguador de los geranios, bajo el toldo protector. Tras un tiempo de incertidumbre, soportando algunas moscas, apareció al fin la figura de la anciana. Llevaba en sus manos, ya secas y huesudas, una bandeja portando una cafetera con una única taza. Con paso firme, la dejó en la mesa y se sentó en la otra silla sin decir nada. En silencio, tomó la cafetera humeante y sirvió ofreciéndosela a él, sin dirigirle la más mínima palabra, en un silencio sepulcral. Estaba completamente sorprendido, no entendía nada. En su interior bullían ideas acerca de la cordura de la anciana situada enfrente de él, pero una fuerza lo obligaba a permanecer allí. De pronto, la mujer habló y le dijo que todo lo que tenía que saber acerca de su futuro estaba en el poso de aquel café. Tenía que beber antes de que se enfriara. Con un gesto matriarcal, se lo indicó con premura, y él observaba con interés la taza de café que ella le había llenado. En principio, tenía un poco de desconfianza con todo el devenir de los acontecimientos venideros como un viento de Levante. Sentía que no le daba tiempo de asimilar aquello, pero al fin se atrevió a dar el paso a tomarla, dado el buen aroma desprendido por el café, quizás tentado como Adán por Eva en la Tierra Prometida, viendo la humareda con los vapores que entraban por sus pituitarias y ese color tirando a dorado brillante que llegaba a sus ojos reflejando sus pupilas. Venció sus prejuicios iniciales, tomando al final la taza de

arcilla marrón, que llevó a sus labios. El sabor amargo del café lo deleitó en grado sumo, agradeciendo con su mirada entrecerrada a la anciana mientras tomaba el primer sorbo. Al dejar la taza de café, sus labios no dejaban de saborear tal delicia; no habían probado nunca algo así en su vida, y de esta forma se lo expresó. La anciana le comentó que ese café era único en el mundo, pero que lo mejor que tenía era el poso del fondo, que bebiera hasta terminar la taza y entonces llegarían a un pacto muy productivo para ambas partes. Gustoso con el sabor, siguió deleitándose sorbo a sorbo, mientras los ojos verdes de la anciana seguían observándolo con fría lujuria y una risa se iba dibujando en su boca rodeada de estrías profundas, hasta que al fin él terminó; sus papilas gustativas arrastraban todavía el sabor de las últimas gotas. Cuando la anciana se dio cuenta de que todo había acabado, le ofreció la mano derecha demandando la taza de arcilla. Se la dio. La anciana, con voz demandante, le preguntó si quería llegar a algún trato por su inocencia, y a cambio ella le ofrecía el futuro. Se quedó boquiabierto, no sabía qué decir, pero al final cedió y entregó la taza de arcilla vacía con el poso de café y su inocencia, preguntándole sobre su próximo futuro con cierta inquietud en su interior. Ella, con delicadeza, tomó la taza de arcilla de las manos de él, con cuidado de que no cayera y se rompiera, y la sujetó con cierta avaricia con sus dos manos secas y huesudas, elevándola arriba, hacia el Sol, en un acto simbólico que él no supo interpretar del todo. Estaba demasiado extasiado para saber interpretar todo lo que ocurría alrededor suyo. La anciana, llevando sus cabellos negros colgantes cayendo sobre la frente y detrás del cinto que sujetaba la mayoría de su larga melena, reclinó su cabeza sobre la taza murmurando palabras ininteligibles para él, apoyando sus manos de dedos nudosos y delgados sobre la mesa. Así, contorsionaba su cuerpo en algo que lo dejaba a él en fuera de lugar, bloqueándolo. Volvía a tener la sensación de tener los grilletes en los pies unidos al gran pedernal de color negro, manteniéndolo retenido al suelo como hacía unos instantes, incapaz de salir huyendo, que era lo que le pedía el cuerpo. Permanecía estático. El tiempo se detuvo lo que quiso la anciana contorsionista, hasta que al final alzó la cabeza y lo miró con ojos verdes directamente a los

suyos, con una mirada que le rompió el alma. Nunca antes ni después sintió una mirada de ese modo. Percibió, de esa forma, que le acababan de robar algo. Era frágil y miserable. La anciana le acercó la taza de arcilla y le sonrió. Le dijo que tenía una larga historia por delante, que la vida de él estaba rodeada de libros en torno a la vida y la muerte, pero que no podía decirle nada más, que el poder de ella acababa allá donde los demonios empiezan a marcar su territorio, que no podía decirle nada más, insistió. Se quedó de piedra, ¿cómo sabía esa anciana que se dedicaba a los libros? ¿A qué se refería con la vida y la muerte? Bastante turbado, dio las gracias y marchó de ese lugar de esencia de geranios, con el recuerdo del sabor de ese asombroso café y sin echar una mísera fotografía. Los recuerdos de la cafeomancia lo persiguieron durante algunas noches más hasta que logró olvidarlos. De esta forma, en el bar cutre y guay fue rememorando la situación, sin querer buscarla. Se encontró, de forma súbita, tratando de leer el poso de su propia taza de café sin ver nada claro, solo figuras modernistas en un fondo blanco, por lo que decidió, ante la marabunta organizada en el interior del otrora tranquilo bar, abandonarlo aun a riesgo de exponerse a las inclemencias de la lluvia incesante que parecía, en ese momento, amainar. Se acercó a la barra del bar, un poco a trompicones, con gente extraña que no había visto en su vida, haciéndose espacios como podía, hasta al fin lograr conquistar un hueco en la arena de la playa de la barra del bar, poniendo una pica en Flandes, y con éxito llamar la atención del camarero, quien no pudo ser otro que el del bigote. Este se le acercó y, apiadándose de él, aceptó el euro y medio del doble café expreso que había tomado. Los habituales de la barra de enfrente se habían retirado ante la incomodidad del lugar.

—No son tiempos para nosotros —le comentó con humor el camarero.

Le dijo que se iba de retirada. Y de la misma forma que se había acercado a la barra del bar, se alejó en dirección a la puerta de salida, donde había una pareja fumando. Los esquivó, disculpándose, pasando entre los dos, apretando bien la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y saliendo, por fin, del ya

agobiante bar cutre guay, con cierta soltura, exponiéndose a la lluvia que todavía mantenía a la marabunta allí dentro. Se dirigió por las calles, caminando sin rumbo aparente, lentamente y de forma pausada, sin preocuparse por el calabobos cayendo por las calles, en dirección a su casa y quizás enfrascado, en su interior, en las pericias de la hija del Corsario Negro por el Mar del Caribe.

CAPÍTULO II



Se alojaba en un tercer piso, al cual accedía por unas escaleras, evitando el ascensor, lo que le permitía ejercitar un poco las piernas. Esto le hacía cumplir la máxima según la cual «quien mueve las piernas, mueve el corazón», su lema preferido cuando subía. Lo había leído en alguna revista de cardiología mientras esperaba en la sala de espera la última vez que acudió al médico privado acompañando a su madre. Aquello fue cuando su médico de familia le comunicó que había una demora de más de ocho meses para poder ser atendido por un cardiólogo en el hospital de la Seguridad Social. Frecuentemente, fallaba la luz en la finca. ¿Quién iba a llamar al administrador para arreglar la luz de la escalera?, se preguntaba a medida que subía los treintainueve escalones hasta llegar a su tercer piso. Eterna pregunta sin respuesta que rondaba como un espectro sobre la finca periódicamente. Al llegar al rellano del tercer piso, se dispuso a abrir la puerta acorazada de su casa. Eran tiempos difíciles: robos y allanamientos de moradas por parte de okupas. Uno no podía fiarse de nadie en aquella sociedad que presumía de ser una de las más seguras del mundo. Dio tres vueltas a la llave, abrió la puerta y entró en su hogar: su dulce hogar. Un lugar donde se podía respirar la fragancia de lo ya conocido por él, del viejo papel encuadernado en cartón. Uno podía intuir la presencia de miríadas de libros, todos alineados de forma anárquica en numerosas estanterías tapando todas las paredes del hogar, sin contar aquellos que, apilados en columnas, eran útiles para sostener una especie de pallets de madera de pino, rediseñados para servir como tablas de mesa. Incluso debajo de su cama había textos. Estos eran empleados como arsenal en sus lecturas nocturnas, en esas frecuentes noches de insomnio en las que los hijos de la noche no se tomaban la molestia de regalarle su presencia, condenándolo a

permanecer despierto, mientras Morfeo, Fóbetor y Fantaso lo excluían del derecho inalienable a soñar lo que otros mortales disfrutaban. No dejaba entrar a nadie en su hogar. Era consciente de la maldad de la gente, más aun de la de los vecinos de aquel edificio con los que apenas intercambiaba palabras. Sabía que rápidamente sería etiquetado con algún síndrome de coleccionista o —quizás algo peor— le dirían que tendría el síndrome de Diógenes, sin ni siquiera saber quién era en realidad Diógenes. Todo a base de búsquedas ciegas en Google, el cerebro estúpido del ser humano. Pero allí él se encontraba seguro en su cuartel general, su nido de águila. Era un apartamento de cuatro habitaciones, al cual se accedía a través de una pequeña sala de estar que daba a un estrecho pasillo, decorado en su lado derecho por una estantería larga rebosante de libros, a cuyo lado izquierdo se abrían cuatro puertas: la primera de ellas un cuarto de baño, también ocupado por algunos libros utilizados para la ocasión. Las otras tres puertas eran las del dormitorio, la cocina y el estudio, la sala más amplía e importante del apartamento y en donde se podían encontrar la mayoría de los libros. En esta última tenía su ordenador, reposando sobre la peculiar mesa de pallets soportada por una buena colección de libros de aventuras de Zane Grey y Emilio Salgari, con conexión Wi-Fi de una calidad bastante aceptable, a prueba de piratas. En el fondo de la sala de estudio, enfrente de la ventana sin cortinas, se encontraba un gigantesco acuario de trescientos litros habitado por peces tropicales del Lago Malawi, una afición a la que dedicaba tiempo y dinero para entretener sus tiempos de lectura. Este acuario daba a la habitación un relajante e inspirador sonido acuático, exasperante para otras personas, pero genuinamente creativo para él. Allí se sentaba, enfrente de la mesa, con vistas al gigantesco acuario donde los malawi, llamados *M´buna*[1] por los nativos, marcaban territorio y llenaban de colores el acuario. Pero algo le ocurría a él últimamente. La inspiración creativa se le estaba apagando. Ya no producía el libro semestral que tenía por hábito, el ritmo regular de trabajo para enviar a su editor. Su ritmo de producción había descendido y él era consciente de ello. Le costaba encontrar ideas para sus historias. En

un principio lo achacó a las preocupaciones cotidianas. Pero, poco a poco, atando cabos, fue dando con la posible causa del origen de la carestía de su producción literaria. Allí estaba, sobre el pallet, la prueba fehaciente del mal que aquejaba a su producción literaria: una caja de cartón blanco cuyo contenido debía tomar, según la psiquiatra, a quien le había remitido su médico de cabecera.

—Un comprimido cada doce horas —le espetó esa psiquiatra sin soltar una mueca tras contarle sus vivencias, con un rictus facial reflejando una galopante dependencia al bótox aquella mañana infausta en la que confió su alma a la ciencia.

Eso le pasaba por intentar explicarle demasiadas cosas a aquel joven médico de familia que llegó en sustitución del habitual don Ricardo, fallecido de un infarto en plena consulta delante de él, en su mesa de trabajo, mientras intentaba explicarle lo intranscendente de su resfriado, tan común en aquella época de cambios de tiempo. Esto según le refería don Ricardo, sin hacer grandes gestos, hasta que de forma súbita abrió su boca, como intentando inhalar una bocanada de aire fresco, exhalando al fin únicamente, con sus fauces abiertas, un sonido casi imperceptible parecido al de un pozo sin fondo, desplomándose sobre la mesa y expirando. La experiencia fue un poco traumática para él, volviéndose más huraño e intratable de lo habitual. Estuvo un tiempo así, hasta que llegó el nuevo médico de familia en sustitución del bueno de Don Ricardo que, casi sin miramientos, lo remitió a la Unidad de Salud Mental de la zona. Siempre fue muy creyente de los médicos, así se lo había hecho entender su madre. Resquicios del pasado. Allí la acogida, siendo muy formal, fue percibida con aspectos belicistas por su parte. Las miradas fueron sentidas como torvas ante su aspecto, más bien extraño. La entrevista clínica, llevada por una joven doctora, muy formal en sus maneras, fue un abordaje infructuoso a la trinchera, donde cada oleada de preguntas era recibida con una barrera de espinos y una férrea línea de bayonetas caladas que no dejaban muy impresionada a la galena. Al final del todo, salió de allí con recetas para tomar pastillas para dormir y esa caja blanca. Nada más llegar a su casa, arrojó las pastillas para dormir recién compradas por el retrete, pero siguió los consejos respecto a las de la caja blanca y

tomó el primer comprimido. Pero, poco a poco, comprimido a comprimido, esa medicación fue actuando sobre él como un enorme martillo de acero golpeando sobre un yunque. De forma que su creatividad fue menguando a medida que iba pasando el tiempo tomando la prescripción. Sin perder el contacto con la medicina clínica, a través de la doctora que le seguía lanzando ráfagas de preguntas cada vez que acudía regularmente a su consultorio en el centro de salud que le habían asignado por zona de proximidad, él recurría al subterfugio y, de forma artesanal y empírica, fue reduciéndose la dosis de aquellos comprimidos, partiéndolos por la mitad o incluso en cuartos, con tal de no sufrir los atribuidos —y supuestos— indeseables efectos secundarios, que consistían en: verse privado de las visitas de las deseadas musas. Así logró no llegar a descompensar su estado psiquiátrico, para no alertar a la doctora y que le prescribiera las odiosas dosis parenterales de su medicación, controladas por el terrible cuerpo de enfermería de aquel centro de salud o, incluso algo peor, que la doctora iniciara algún proceso legal contra él por provocar algún incidente desencadenado por la no cumplimentación, el que lo pudiera condenar a alguno de esos sanatorios donde se tutelaba a las personas que no tenían a nadie que pudiera hacerse cargo de ellas, quedando bajo la custodia del Estado. Su objetivo era la reducción progresiva de aquella droga que —supuestamente— lo limitaba tanto, lo que le permitiría producir los deseados brotes verdes de su creatividad tan ansiada. Esta sequía productiva a nivel literario se estaba pasando de la raya: la pantalla del ordenador seguía en blanco desde hacía años, sin ocurrírsele nada que valiera la pena, algo con lo que empezar una nueva historia. En ese hastío intentaba distraerse en otras cosas: lecturas amenas y formativas, a veces y, en ocasiones, siguiendo el consejo de otros escritores, tomando la vida como un juego. Por ejemplo, inscribiéndose en uno de estrategia en línea a nivel mundial llamado *Kingdoms of Camelot*, en el cual ocultaba su identidad bajo el pseudónimo de Blas de Lezo y se dedicaba, principalmente, a hablar con gentes de otras latitudes sobre temas de filosofía, política y de la vida en general. De esta guasa él se distraía del mundanal ruido que lo rodeaba en su

edificio, escuchando —mientras se entretenía en lo absurdo de los juegos en línea— algo de su música preferida y esperando que las musas deseadas vinieran a visitarlo en algún momento. Alguna vez había recurrido al vino, intentando que el dios Baco tentara a las caprichosas musas a su favor, a ver si de alguna forma encontraba en él un revulsivo a su carestía. Pero los intentos fueron improductivos. El vino reserva recomendado por el tendero de la bodega de la esquina, persona de confianza, no surgió efecto. La borrachera fue de órdago. Las dos botellas de vino que subieron los treintainueve escalones se escanciaron con parsimonia: se fueron vaciando despacio, vaso a vaso, de forma pausada, a ritmo de música jazz en el estudio del apartamento mientras permanecía sentado en la silla espartana, contemplando con concentración el ir y venir de los peces dentro del gigantesco acuario. Todo esto en una espera inútil de las musas, que parecían inmunes a sus ofrendas. Después del sacrificio, se sumergió en un sopor irrefrenable que duró varias horas, tras el cual despertó sin resaca, como en un mundo nuevo, señal de que el tendero de la bodega de la esquina no lo había engañado respecto a la calidad del vino brindado en la ofrenda a las musas. En estos momentos de su despertar, al activar su equipo de música, resonó de forma rotunda en el ambiente «Better Days»*,* una canción de Bruce Springsteen, rodeándolo de una melancolía que lo recibió tras esa búsqueda infructuosa por su particular monte Parnaso, ya que, para él, las cosas podrían irle mucho mejor. En su mente se iba recreando una sombra de sátiro. Había los esenciales elementos para la tormenta perfecta, formándose con aquella música de fondo, el sentimiento de perdedor nato y la situación de sequía creativa una especie de *ménage* à *trois* agridulce en el cual se entretenía y regodeaba, mirando el techo de la habitación en lo más tenue de la oscuridad. Al mismo tiempo, una salamandra parecía ir a lo suyo, buscando bichos para comérselos. Se alegró al verla allí. Por lo menos, no se hartaban el uno del otro, de tenerse compañía, y podían estar en la misma habitación sin señalarse las culpas propias ni lanzarse reproches, como pasaba últimamente con la gente que se acercaba a él en los últimos tiempos. Es un albur de buena suerte esta

salamandra, pensó mientras sonreía de forma discreta, casi sin mover los labios, en un gesto para sí mismo, una mueca que él solo miraba desde un yo imaginario, desde arriba. Sus pensamientos y observaciones herpetólogas fueron interrumpidas por una serie de ruidos intestinales, recordándole que llevaba varias horas sin llevarse nada sólido entre pecho y espalda ese día, salvo los cafés en los bares de costumbre y la ofrenda a las Musas. Se dio cuenta de que el tiempo se le estaba escapando, a pesar de sus intentos vanos por intentar retenerlo, y la luz leve del atardecer había evolucionado a un oscuro crepúsculo. Ya los ánimos habían decaído, no había muchas ganas de hacer grandes cosas. Con cierta pereza, se dirigió a su nevera en la cocina, atravesando el estrecho pasillo del piso hasta lograr abrir la puerta del electrodoméstico y descubrir con desagrado lo mismo que el Lazarillo de Tormes en aquella casa del Escudero, donde fue acogido como servidor. Allí no había más que vacío y comida caduca. Miseria de pobres. Comprobando la hora en su reloj de faltriquera, se dio cuenta de que estaba a punto de cerrar el supermercado situado enfrente de su casa, por lo que tendría que darse prisa si quería llegar a tiempo para comprar vituallas para llenar la nevera y poder yantar esa noche. Paró el equipo de música antes de salir, dejando a la salamandra aquella ir a su bola en el techo a oscuras, tras apagar el interruptor de la luz del estudio, solo iluminado ahora con la luz led del inmenso acuario del lago Malawi, dándole un aspecto bastante relajante a la habitación. Con el tiempo pisándole los talones y algo de dinero, salió disparado de su piso con destino al supermercado. Ya en el rellano de la puerta, en el mismo instante que esta iba a cerrarse, tuvo la intuición de haberse dejado las llaves en la mesa del recibidor. Una patada a lo Bruce Lee impidió que la puerta se cerrase en el último instante, dándole la oportunidad de ir a por sus llaves y cerrar con dignidad su casa, evitándole ser atracado por un cerrajero a esas horas intempestivas de la noche. Con las manos temblando de los nervios padecidos, echó la última vuelta al cerrojo de la puerta y, con cierta dificultad, guardó aquellas llaves, pensando en qué estaría haciendo la salamandra, dueña de su buena suerte, en esos momentos y en el techo de su estudio. Con mucho esmero, bajó uno a uno los

treintainueve escalones, en la oscuridad de aquella escalera, temiendo tener algún encuentro desafortunado con uno de aquellos vecinos de la comunidad de propietarios que él tanto intentaba evitar. Con el ascensor no se podía contar, pues el administrador de fincas era peor que la comunidad de propietarios. Al menos, esto le servía para ejercitar sus piernas enclenques. Ya en el vestíbulo de la finca, a salvo de encuentros poco afortunados, abrió con cierta ansia la puerta del portal y salió con prisas desacostumbradas en él, llegando al supermercado tras cruzar la calle por el paso de cebra que, en ese momento, indicaba verde para peatones. Una buena señal, pensó él. La compra en el supermercado fue ligera: algo de verduras, un filete de pechuga, pan y fruta, cualquier fruta, ni siquiera se fijó en el tipo de fruta elegida, es la anhedonia, pensó. Al menos era una compra digna de alguien todavía solvente. Salió del supermercado con la ligereza propia de su compra para llegar a su casa, dejando todo en el interior de la nevera. Preparó algo rápido para saciar sus necesidades vitales y volvió a su cuartel general en el estudio. Al encender la luz de sopetón, se fijó primero en el techo para ver a su inquilina, pero esta no pareció tomarse muy a bien el cambio de luces en la habitación del estudio y salió disparada por el techo a refugiarse tras el viejo cuadro, de autor con firma ininteligible, que él tenía decorando una de las paredes del estudio. Ahí, se representaba la batalla de Guadalete, con don Rodrigo blandiendo una espada en la mano diestra, cayendo herido de su cabalgadura bajo las flechas moras. Volvió a poner la música en el pequeño equipo Pioneer en el estudio. Ahora se podía escuchar «Eyes on the Prize», mientras él esperaba con la paciencia con la que podía sostener sus párpados semicerrados a que aquella salamandra de movimientos caros apareciera otra vez, desde detrás de ese cuadro, a entretener su tiempo como observador de la naturaleza urbana. De esta guisa se mantuvo quieto hasta que por fin Morfeo puso coto a su rara curiosidad por el tímido reptil y él, cayendo rendido, vestido aún de forma poco diligente dentro de la casa, con su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, se dirigió a su dormitorio para echarse sobre un amasijo de sábanas y

mantas, encima de un colchón semidescubierto, reflejo, quizás, del desorden interior de su mente.

---

1 N. del E.: Término originario de *m´buna kumbwa*, utilizado por los indígenas del lago Malawi para referirse a los cíclidos con los cuales se alimentan, lo que a su vez significa «pez que golpea o raspa las rocas».

CAPÍTULO III



Su despertar fue progresivo, provocado por una algarabía en la escalera de la finca: gritos y carreras sin orden ni concierto, los que no fueron capaces de alterar su estado de somnolencia, siendo activado por los ruidos. Reanimándose poco a poco, fue desenredándose de las sábanas con pereza y se dirigió en el mismo estado a lo largo de la penumbra del pasillo de su piso, con la curiosidad suficiente como para ir a averiguar qué era lo que pasaba esta vez en ese particular archipiélago Gulag. Al abrir los tres cerrojos de la puerta de su casa, se encontró con una carrera de orates. En el camino descendente de las escaleras del patio, cargando botellas de butano vacías, como si la glaciación del continente europeo se hubiera anunciado en el último parte meteorológico la noche previa, se topó con todos los inquilinos del edificio agolpándose en el zaguán tras una compacta cola atravesando la puerta abierta del edificio, prolongada hasta un camión de reparto de bombonas de butano que se había hecho querer algunas semanas en el barrio. Algunos vecinos de otras fincas también acudían con sus respectivos contenedores a intercambiarlos por otros nuevos, reclamando algunos de ellos, con aspavientos, las razones del retraso en la distribución.

—Se puso enfermo el conductor. Yo soy su sustituto. No se altere, señora.

Y así el operador, de forma seca, realizaba su trabajo de repartidor en aquel mes de octubre especialmente frío y húmedo. Cayendo en la cuenta de que también era uno de los afectados de la carestía de gas y que su cuenta bancaria no era tan florida como para ir presumiendo e ir derrochándola en bares todos los días de menú, se apresuró a ponerse algo decente para ir a la cola de los pedigüeños con su respectiva bombona de gas en el zaguán, reclamando una

llena a cambio de unos euros. Incómoda espera —en medio de sus vecinos con los que convivía ya hace varios lustros y de los cuales ya había sacado suficientes conclusiones para encasillarlos en personas tóxicas para su creatividad— si permanecía con ellas más del tiempo estipulado. Y esa espera en el zaguán se estaba convirtiendo en una larga exposición, con riesgo a someterse a preguntas absurdas y conversaciones fútiles que lo llevaban a los desiertos de la indigencia intelectual. Para intentar mantenerse distraído, miraba al vecino de atrás, quien solía emplear lejía para limpiar sus ropas blancas, que colgaba en el tendedero colocado justo arriba de su ventana donde él, a veces, tendía algo de ropa, la que, irremediablemente, quedaba con gotas del producto, dejando unos lamparones espantosos que odiaba. Se puso a hacer gimnasia con aquella botella de butano vacía para tener una buena excusa para ignorar a los demás, en medio del zaguán, de forma totalmente anómala, llamando más la atención de lo que lo hacía habitualmente. Nunca se atrevió a subir al piso de arriba a cantarle al vecino las cuarenta respecto al asunto de los lamparones de lejía; era una forma de somatizar su impotencia. Con esta acción tan estrambótica, consiguió el efecto deseado: que nadie le dirigiera la palabra hasta que por fin la cola, poco a poco, fue avanzando hasta llegar al camión repartidor de botellas de butano y a su turno, justo en el instante en que sus bíceps, poco acostumbrados a la actividad física, estaban ya cerca de la extenuación y el dolor agotador. Fue un doble alivio para él dejar de hacer actividad física y conseguir la botella de butano llena. Se sintió mucho mejor, mirando un poco por encima del hombro a los que tenía alrededor. Se le hizo una imagen en la cabeza del gran grafiti pintado en la confluencia de la calle Quart con calle Cañete, en el que se muestra la frase de Erasmo de Rotterdam sobre las ventajas relativas a ser un tuerto en un reino de ciegos. Tras lo cual, con su objetivo cumplido, volvió a cruzar el zaguán hacia las escaleras del tercer piso, cruzándose con sus vecinos charlatanes, a los cuales dedicó una pequeña sonrisa. Con su pesada carga a los hombros, subió los treintainueve escalones de las escaleras hasta su querido hogar. Allí, ya en la cocina, preparó un buen desayuno tras encender el gas y ducharse con el agua fría en su habitual estilo

espartano. Se puso lo primero que encontró en el armario de su habitación, sin olvidar su sempiterna y desgastada gabardina nórdica azul descolorido, parando un instante en la mesa de su estudio: no tenía muy claro con qué libros iba a salir esa jornada. Al fin, tras mucho titubeo, se decidió por un clásico de Julio Verne, novelas etiquetadas equivocadamente para un público juvenil, pero que a él le encendían mucho el corazón; más que esas otras ñoñerías. De esta forma, casi aleatoriamente, de la fila de libros alineados de forma anárquica, así como en un sorteo en una misión de guerra, eligió con los ojos cerrados, seguro de su certeza en su modo de elección: *Miguel Strogoff: El correo del zar*. Al ver el título del libro, no quedó más seguro de la elección; todo iba muy parejo, todo le decía que iba a tener una misión muy importante en esos próximos días. Con una sonrisa de cocodrilo, cerró la puerta al mismo tiempo que la vecina de enfrente abría la suya.

—¿Tiene usted ya la botella de butano?

—Sí.

—¿Cuándo volverá el butanero?

—No tengo ni idea.

—¿Podría dejarme la suya?

—¿Quiere que yo cocine como los salvajes?

—Me quedé dormida.

—Yo marcho ahora, tengo prisa. Llame al ciento doce.

—Me congelaré al ducharme.

Y sin más preámbulos, con prisa, dejó a la bella recién despertada en batín, con carámbanos en las pestañas, tiesa como a la estatua de Nínive en la puerta de su casa. Mientras, se puso a bajar los treintainueve escalones, escuchando un fuerte portazo y un aullido agudo. Al terminar de bajar al zaguán de la finca, se le ocurrió abrir el buzón de correos, donde normalmente no solía mirar, pues no era habitual recibir cartas de seres queridos en aquellos tiempos, salvo los odiosos recibos de la administración; compañías de servicios reclamándole los correspondientes impuestos; cartas del banco; invitaciones masivas a grupos de ayuda, muy candidatas a pertenecer a alguna secta, en boga en esos tiempos revueltos; o la propaganda de los buzoneros para que consumas comida a domicilio

y que lograban colar en el portal, aprovechando el descuido de los inquilinos de la finca. También, de vez en cuando, había algún anuncio de compra por parte de empresas turísticas de alquiler de pisos: ofertas para el suyo que él tiraba con desprecio a la papelera situada en la esquina del zaguán. Así, tras abrir el buzón, vio que allí solo había una hoja amarilla en forma de sobre. Echó un vistazo atrás y calculó el número de escalones de los tres pisos para subir hasta su hogar, enfrente de su vecina despechada. Tendría que volver a subir los treintainueve escalones hasta allí, sin ascensor. La disciplina y la paciencia las tenía bien forjadas en su vida. Venciendo la curiosidad del momento, retrasando la apertura de aquel sobre amarillo que podía esperar unos minutos, alejándolo de miradas chismosas y realizando respiraciones profundas, se animó a subir de manera pausada. La puerta de su vecina estaba cerrada. Con decisión, abrió la suya con cierta celeridad, dando tres vueltas al pestillo, y entró de nuevo en su casa de la manera más silenciosa posible. Se dirigió al salón y en el sofá, de forma relajada, abrió el sobre. Era el certificado de recogida de una carta. Tenía diez días para ir a por una carta en el edificio de Correos en la plaza del Ayuntamiento, pero ya habían pasado ocho días de aquello. Tenía dos días de plazo, por lo que, raudo y veloz, sin nada más que hacer, se encaminó hacia esa dirección a no más de veinte minutos de su nido de águila. El paseo fue más rápido que otras veces, sumergido en la incertidumbre de lo que iba a acontecer al abrir el documento que le enviaban. No estaba muy acostumbrado a salir de sus rutinas y las novedades le producían cierto desasosiego e incertidumbre. Se preguntaba qué podría ser lo que iba a recoger en la oficina aquella, era un misterio que lo sacaba de sus costumbres: levantarse temprano, sobre las siete y cuarto de la mañana al sonar el despertador; ducha con agua fría, para mantenerlo con la sensación de permanecer vivo en esa tradición robótica adquirida en los últimos cinco años de carestía literaria; desayunar y salir a comprar la prensa al quiosco de la esquina; subir los treintainueve escalones de forma rápida para ejercitar su corazón y, finalmente, sentarse en el sofá del salón a leer la prensa de cabo a rabo, sin prisa; nadie lo esperaba ni nada lo estorbaba. Se recreaba, de esta forma, varias

horas leyendo el periódico: artículos y ensayos de periodistas cuya carrera profesional seguía de antiguo. Después de leer la prensa de distintos colores, y tras hacerse una idea de lo que ocurría alrededor, se atrevía a salir, con ese mapamundi social, a la calle, dispuesto a entablar una conversación sobre el tema más insospechado con cualquier conocido, pero no iniciándola él. Realizaba caminatas por el antiguo cauce del río Turia, no más de cuarenta y cinco minutos, para mantenerse activo. Luego iba al bar de siempre, a los pies de las Torres de Serrano. Allí nadie se fijaba en él. Era la ventaja de vivir en Valencia, cada uno vivía su vida sin fijarse en lo que hacían los demás. Estaba seguro de que, si al día siguiente aparecía rapado, nadie le diría nada, o si se pusiera piercings, tampoco; la sociedad era porosa y lo estaba absorbiendo todo o casi todo. Allí solía tomar su típico doble expreso, tranquilamente, mascullando sus pensamientos e intentando leer el dibujo formado por el poso del café. Cuando los pensamientos se tornaban agrios torbellinos y las botellas de licores —terroristas en la vía pública, colocadas en fila enfrente de él en la estantería, con sus etiquetas y brillos, a modo de sirenas artificiosas detrás de la barra del bar, como espectadores de una función de piratas no apta para público infantil— empezaban a emitirle voces a modo de alucinaciones auditivas; resonaban entonces en su cabeza las advertencias dadas a Ulises por Circe, la augusta, en el Canto XII de *La Odisea*, acerca de la peligrosidad de escuchar el canto de las sirenas y el hechizo que cae sobre los incautos que se precipitan en sus redes, no volviendo más al país de sus padres, ni a su esposa querida, ni a sus hijos, dejándolos agostados y marchitos, en los huesos. No debía parar de navegar, atado al mástil, tapándose los oídos con cera y sin escuchar su melodía. Después de esto, el rumbo a seguir lo debía tomar él. Entonces, irremediablemente, era cuestión de poner distancia de allí si no quería acabar devorado por el licor. Solía pedir la cuenta al camarero, haciendo caso omiso de aquellas voces que lo llamaban desde el fondo de la barra del bar con cantos de sirena. Allí estaba su perdición, debía escapar como fuera de ese lugar cuanto antes. Así, enfilando la calle, con su andar sin rumbo aparente, lento y pausado, desde el bar solía dirigirse hacia la Plaza de la Virgen,

llegando hasta su casa, localizada en la Plaza del Árbol, donde, hogar, dulce hogar, no lo esperaba nadie. La comida siempre era frugal; ligera y sencilla, para de este modo, por la tarde, a primera hora, ir a la biblioteca de la Calle del Hospital, donde formaba parte del colectivo de los habituales: friquis, bichos raros, resistentes opositores y pelmas estudiantes, abundantes en las bibliotecas públicas de cualquier ciudad. Allí leía los clásicos y alguna que otra novela moderna, cuando lo pillaba despistado, hasta la hora del cierre, sobre las ocho y cuarto de la noche, al hacer acto de aparición el bedel o el guarda jurado de turno anunciando el cierre de la biblioteca. Esto siempre era precedido quince minutos antes por un estruendoso ruido de cierre de ventanas de madera que ponía en alerta a los usuarios. Cuando volvía de la biblioteca, la cena iba pareja a la comida: frugal y ligera, tras lo cual encendía el televisor, ya que, con un buen bagaje de información previa en la espalda, le gustaba contrastar la información recibida y metamorfoseada, con sus conclusiones en el bar al pie de las Torres de Serranos. Después del telediario, todo consistía en una búsqueda y captura de la mejor película ofertada por las diferentes cadenas: a veces era a la primera, otras veces tenía que recorrer todo el espectro de los canales de televisión, si no, se quedaba mirando fijamente a don Rodrigo, con la espada en la mano, antes de ser muerto en el río Guadalete, preguntándole qué debió de sentir al ver que el ala izquierda de su ejército lo traicionaba en la batalla frente a los moros. Y con estos sentimientos empáticos acababa en la cama, iniciando un sueño tranquilo, recordando que sus últimos cinco años estaban siendo como *Atrapado en el tiempo*, con aquella escena de la marmota, en ese 2 de febrero a las 7:20 y 30 segundos, donde en Punxsutawney, una marmota profeta y adivinadora, a través de la lectura de sombras, vaticinaba la duración del invierno. Las jornadas de él transcurrían de ese modo. No lo llamaban de la oficina del INEM desde que cerrara la empresa hace año y medio. No había modo de encontrar ningún trabajo, teniendo que ir tristemente al mismo INEM a fichar. Así, tras rememorar su andar cotidiano y con las ideas claras de lo que tenía que hacer esa mañana, siguió caminando rápido. Las calles de la ciudad, a esa hora, estaban muy

transitadas. Era hora punta. La gente iba a sus quehaceres en la zona centro, llena de oficinas, o simplemente iban de compras o a algo más, quién sabe, a él no le importaba mucho eso. Hasta Correos solo quedaban quince minutos a pie, en diez minutos podría plantarse allí. El lugar era una hermosa edificación modernista, cuya entrada contaba con unas escaleras cortas con una gran puerta dando a otra, esta giratoria, que se abría a un gran salón con un techo enorme en el cual se podían ver en cristal los escudos de todas las provincias de España. Subió por las escaleras cortas de la entrada y tomó su turno. Allí había mucho agolpamiento de gente. Al día siguiente había fiesta en Valencia, se celebraba el nueve de octubre, cuando el rey Jaume I conquistó Valencia a los moros, enlazando con el doce de octubre, día del Pilar y la Hispanidad, celebración del descubrimiento de América por Colón. Un acueducto para mucha gente, aprovechado para huir del mundanal ruido del *cap i casal*. La gente estaba enviando paquetes por correo antes del comienzo de aquel largo tiempo de asueto. Para él, algunos estaban tardando demasiado tiempo en la ventanilla, con esos fardos, mientras mantenía sus manos dentro de los bolsillos de su sempiterna y desgastada gabardina nórdica azul descolorido. Al fin, la mujer que lo precedía se deshizo del suyo, llevado sobre su regazo ante una de las ventanillas, y su número salió anunciado en la pantalla. El 13A apareció en rojo en lo alto del mostrador, por lo que introdujo su mano para sacar el papelito guardado y comprobar de nuevo que tenía aquel 13A, notando el roce electrizante de las tapas duras de su novela de Verne, elegida al azar en ese frío ocho de octubre, por pura casualidad. El libro lo llevaba en el bolsillo interno derecho de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y el roce de sus tapas duras le transmitían una demanda lisonjera de la obra, de forma ansiosa, para ser leída con celo. Sacó el papelillo del bolsillo con cierta prisa y, tras comprobar que ese era su número, se dirigió a la ventanilla que le indicaba la pantalla. Allí lo esperaba un hombre envejecido prematuramente que ni lo miró a la cara ni le dio los buenos días. Se limitó a mostrarle el papelillo y la hoja que había recibido en su buzón. El envejecido la tomó y, tras revisarla un poco por encima, le solicitó su DNI, que él entregó con prontitud. El

hombre gris desapareció silenciosamente, apareciendo a los pocos minutos con un sobre e indicándole que firmara un documento. Toda esa burocracia comenzaba a ponerlo inquieto, pues desconfiaba un poco de los trámites administrativos y, sobre todo, empezaban a crecer pensamientos inquietantes en torno a aquel ser gris atrincherado tras la mampara de metacrilato desde donde se escondía todo rastro de humanidad. Tras acabar el trámite, desconfiando del entorno que lo rodeaba, salió de aquel edificio sin abrir el misterioso sobre, aguantando la incertidumbre y dirigiéndose a su nido, con el pensamiento de que allí podría leerlo con más seguridad y tranquilidad. El trayecto de vuelta fue mucho más rápido que el de la ida. Se notaba que la incertidumbre iba en aumento. Al llegar al portal de su finca, rápidamente entró sin distracciones, subiendo de dos en dos la escalera hasta el tercer piso, llegando al fin con resoplidos.

—¿Va usted a ducharse?

Quedó rígido y perplejo al escuchar la voz femenina que sonó detrás suyo en el mismo instante en el cual iba a abrir la puerta. Se le cayeron las llaves al suelo del temblor de las manos y tuvo que agacharse a recogerlas, en una minúscula postura forzada.

—Parece usted un poco fatigado.

A él se le volvieron a caer las llaves al suelo al intentar abrir su puerta, por segunda vez, intentando hacer su marcha. Cuando parecía que iba a atinar introduciendo la llave en el cerrojo de la puerta, se volvió a escuchar la voz melodiosa por tercera vez.

—Si no es indiscreción, ¿me podría prestar su bombona?

El tercer intento fue igual a los dos primeros y la llave volvió a caer al suelo. Acabó, medio resoplando, volviéndose a agachar a por la llave, junto a unos pies femeninos con zapatos de tacón negro que se habían acercado por detrás mientras él estaba en toda su actuación de mal samaritano. Se pudo alzar como pudo, temblando un poco, y se dio cuenta de que era su vecina, la que hacía poco le había pedido uno de aquellos contenedores de gas. La misma.

—El butanero no viene hasta el martes que viene. ¿Me podría dejar usted la suya ?

La mujer se lo decía con voz lastimera, como pidiéndole algo vital. Además, era su vecina, una de las pocas personas con las que solía decirse buenos días.

—De acuerdo.

El forzado samaritano accedió a ayudar a la que pasaba frío aquel día. Le cedió su botella y la mujer le dio las gracias cerrando la puerta. Se escucharon los tres pestillos de seguridad al pasar la llave y quedó solo en el patio. Eran tiempos difíciles. Quedamente, sin sobresaltos, pudo abrir la puerta de su casa con la llave sin los temblores previos, entrando en su dulce hogar, tras lo cual pudo refugiarse, por fin, en su nido de águila, en casa de nuevo; ya podría abrir el sobre misterioso que alguien le había enviado desde Alcoi. Algo muy importante debía ser. El mejor lugar para leer aquel documento era, sin lugar a dudas, el estudio, por lo que recorrió los escasos metros del estrecho pasillo en penumbra. Se sentó en la silla espartana, delante de la mesa de pallet y enfrente del enorme acuario de los peces del lago Malawi y, tomando el abrecartas que tenía, más de adorno que otra cosa, abrió el sobre. En aquel se le informaba que acababa de heredar una librería en la ciudad de Alcoi. El propietario era un familiar lejano, primo de su madre, personaje del cual tenía vagos recuerdos de infancia. Cuando ella vivía, iban alguna vez a esa ciudad del sur de Valencia a visitar a ese pariente, que siempre le regalaba un libro. Recordaba, de aquella época, las estanterías de la librería ocupadas por centenas de libros y su enorme obsesión por quedarse a leer los títulos de los lomos, alineados como soldadesca, desde una perspectiva vertical, cosa que solía sacar de quicio a su madre, pero que hacía reír a su familiar alcoyano, de tal forma que siempre salía de allí con algún libro de aventuras entre sus pequeñas manos, el cual comenzaba a leer en el tren de vuelta a Valencia y de forma casi compulsiva. Pero todo lo sucedido con la herencia no quedaba en una simple donación de sujeto a sujeto. Había ciertas condiciones previas para heredar la librería que debían de cumplirse a rajatabla, de forma estricta, para recibir lo que para él era la biblioteca de Alejandría. La primera era que la persona en adquirirla debía hacerse cargo de todos los libros sin deshacerse de ellos por la vía rápida; y la segunda era que, una

vez recibido el burofax, la persona beneficiada de la herencia tenía cuarenta y ocho horas para ir a Alcoi a tomar posesión y hacerse cargo de ella. De otro modo, otra persona lo haría *ipso facto*. Se dio cuenta de que aquello era un burofax en toda regla, por lo que, viendo que era una buena oportunidad de salir de aquella monotonía de sequedad intelectual, empezó a hacer planes acerca de cómo actuar en las próximas cuarenta y ocho horas. Era todo demasiado increíble para ser realidad. De golpe se había convertido en el heredero de una librería en Alcoi. Lo único que recordaba de allí eran esos viajes de la infancia. Estaba en ese momento en una situación desesperada, además, el subsidio de desempleo estaba a punto de expirar y su vida tenía la misma anodinia que el paseo de coche de un Scalextric. Y zas, esto de repente. Estaba un poco verde en temas de leyes, precisaba consultar a su abogado. Pero antes necesitaba bajar todo el empujón de adrenalina de su cuerpo. Un bar era lo más propio para estas circunstancias. Sabía que iba a encontrarse frente a frente con sus amigos terroristas, pero una ocasión era una ocasión. De esta forma, hizo acopio de fuerzas y bajó a la calle, a un pub irlandés que abría hasta altas horas de la noche, a tomarse una pinta de Guinness perseguida de cerca por un whisky. Iba a hacer un poco de persecución, sí. Entró en el pub, todo lleno de guiris. Se sentó en la barra del bar, solo, y lo primero que vio fue su rostro barbado en un enorme espejo. Encima del espejo veía a los terroristas, y enfrente suyo, colocados en fila, como espectadores de una función pirata no apta para un público infantil. Las botellas comenzaban a sugerirse, desde su distancia, con sus etiquetas y brillos, para que fuera a probarlas. Disfrutaba alternando su Guinness y su vaso de whisky, soportando las miradas que le susurraban su falta de atención. Le murmuraban al oído que ellos lo reconfortarían y le harían sentir mejor. Pero todo eran cantos de sirenas. Lo sabía. Eran licántropas disfrazadas de botellas de licor. Tenía suficiente con su pinta de Guinness y su whisky para bajar la adrenalina, templar los nervios que le atenazaban el cuerpo y le ayudaban a aclarar la mente. Tras la persecución entre la pinta de Guinness y el whisky, vino una especie de calma. Empezó a digerir la idea de que realmente estaba viviendo algo real, no era un sueño.

En el pub había una multitud de guiris atendidos por un camarero bastante agobiado y despistado, quien no le podía servir para poder escuchar su confesión privada tras sentirse más animado. Ya no había camareros como los de antes. La realidad de la carta se le presentó con más claridad en sus ojos: era el único de una familia con un genograma destinado a extinguirse, según sus recuerdos de antaño. No tenía familiares cercanos. Sus tíos habían fallecido hacía tiempo sin dejar rastro, quedando aquel misterioso familiar alcoyano; sus padres también habían muerto y la hermana que tenía había fallecido de cáncer de mama cuando aún estaba en su esplendor de producción literaria, aun antes del desplante que le dieron a él las musas. En estas barulladas internas estaba cuando se dio cuenta de que los terroristas de enfrente no paraban de incitarle desde su ya no tan prudente distancia. Con los ánimos ligeramente destemplados, pero con las dudas en parte resueltas, remató la pinta de Guinness y el vaso de whisky de dos sendos tragos, y tras saldar cuentas con el camarero despistado, abandonó el pub con paso firme, haciendo caso omiso a las licántropas y esquivando a tanto guiri. Concluyó de esta guisa su propia vivencia del canto XII de la *Odisea* de Homero, dejando atrás a aquellas sirenas que infundían terror y que ya no escuchaba, retirándose de los oídos la cera y liberándose de los lazos que lo unían al mástil de la nave.

CAPÍTULO IV



Ya en casa llamó a su abogado. Eran horas destempladas para incomodar a alguien, pero el asunto apremiaba mucho. Desde la otra línea del teléfono se escuchó una voz de ultratumba que requería el motivo por el cual se le impedía seguir con su sueño profundo.

—Es de vital importancia.

Tras una larga explicación, ante un silencio sepulcral desde la otra parte de la línea, se pudo escuchar un carraspeo que interrumpió el soliloquio del demandante de ayuda. El abogado, con mucha paciencia, le empezó a explicar su situación legal. Este le aconsejó su desplazamiento a la capital de la comarca de la Hoya de Alcoi, para ver de qué se trataba todo ese asunto. Por su parte, su noche la pasó regular. El sueño no fue del todo reparador. Hacía tiempo que no iba de copichuelas a solas y en el crepúsculo. No estaba acostumbrado a salir de sus rutinas. Todo esto lo desajustó. Tras levantarse de la cama, con la sensación de no haber dormido nada, se puso a dar vueltas, un tanto inquieto, por su piso, con paso lento, cansado, pero expectante, pensando casi obsesivamente en la carta del día previo, y así se decidió a tomarse la ducha fría espartana de todos los días, previa a su desayuno. Estas rutinas lo sacaron del agitado estado mental en el cual despertó y, echando una ojeada solidaria al cuadro de don Rodrigo, se rearmó a medida que iba vistiéndose en el salón. Rápidamente, tomó lo imprescindible del piso, algo muy escueto para cumplir el papel oficial para lo cual estaba destinado el burofax: unas mudas, las cosas necesarias para la obligada higiene diaria, el teléfono móvil, el libro sempiterno de lectura diaria, en este caso *Miguel Strogoff: El correo del Zar*, una libreta de notas y un buen espíritu aventurero. Salió bien temprano por la puerta de su casa, asegurándose de no despertar a la vecina

de enfrente, sobre las seis y media del nueve de octubre. Estaba muy cansado esa mañana. Se pensó dos veces si emplear el ascensor o no en el rellano. Las escasas fuerzas que había podido reservar de aquella mala noche pudieron al fin convencerlo de que, por una vez, debía hacerlo. Pero la espera fue en vano. Recordó aquella frase del filósofo alemán Nietzsche que le endosaron en las pruebas de acceso a la universidad, acerca de elevarse en las alturas y parecer más pequeños a ojos de los que no saben volar. Comenzó a dudar sobre si debían de haber elegido, su madre y él, un primer piso con menos escaleras. El ascensor permanecía parado entre el cuarto y quinto piso de arriba, con las puertas abiertas y destellos de luces brillantes visibles desde abajo; se había estropeado de nuevo, unos jóvenes lo habían dejado fuera de servicio la noche previa, en una de las habituales juergas organizadas en el piso de arriba. Al parecer, el ascensor otorgó todo lo que tenía que ofrecer, sin dar más de sí, en ese juego de dragón Khan al que había sido sometido. El administrador de fincas todavía no había dado señales de vida, tras la última reunión de vecinos la semana anterior, acerca de esos sucesivos desmanes. Sabiendo que no iba a bajar así, ni tenía ganas de esperarlo, decidió descender los treinta y nueve escalones por sí mismo, con sus enclenques y debilitadas piernas y con cuidado. Salió del portal, disparado como un cohete, con la perspectiva de encontrar nuevas aventuras, y tomó la dirección de la calle Xàtiva, directo a la bella Estació del Nord. Tras pausar su caminar, se puso a andar con su habitual ritmo y sin rumbo aparente, lento y pausado, durante unos veinte minutos por las desiertas calles, donde el sol se estaba desperezando con mayor rapidez que la ciudadanía. Sin ver casi un alma, en su deambular pudo visualizar, ya de cerca, aquel edificio que tenía como vecino al gran coso taurino. Entró en la estación atravesando la fachada modernista y el lujoso vestíbulo repleto de cerámicas con motivos emblemáticos regionalistas y de *trencadís*, descubriendo al final el panel con los horarios de salida y llegada de los trenes. Algunos pasajeros abandonaban con prisa la estación, buscando, sin duda, sus quehaceres en la ciudad del Turia. Una anciana mujer, vestida con telas negras, dejando tan solo entrever un rostro ya muy curtido por innumerables arrugas, le salió

al paso ofreciéndole un ramillete de romero a cambio de desearle una buena fortuna. Se detuvo ante el asalto de la gitana, deseándole con un gesto de su mano derecha la intercesión de Dios en su ardua vida de pitonisa ambulante. Pero la mujer, con una rara habilidad que denotaba gran capacidad de reflejos, tomó su mano derecha con firmeza, impidiéndole continuar su camino hacia el panel informativo y obligándolo a detenerse. Con gesto cansino, él miró con cierto reparo ese tomar de su mano derecha y observó cómo su dedo índice derecho comenzaba a trazar líneas longitudinales, siguiendo las trazas de la palma. La anciana gitana murmuró cosas ininteligibles en su oído. Con un gesto reflejo, intentó retirar su mano de aquellas zarpas que le estaban explorando la palma, llenándolo de escalofríos, lo que llegó a erizar todos sus folículos pilosos. Pero una fuerza sobrehumana retenía su mano en poder de aquella anciana pitonisa, mostrando una potencia imposible de imaginar en una mujer de tal edad. Todo esto le producía gran inquietud y malestar al sentirse, literalmente, abordado sin prestar él su consentimiento. Ella alzó sus ojos, sin levantar la cabeza inclinada sobre la palma de su mano, que quedaba oculta parcialmente por una mantilla negra, no dejando ver su pelo blanqueado por la historia y del cual solo asomaban, a modo de flequillo, algunas mechas, e hizo un breve, pero audible gorjeo que le puso aun más inquieto de lo que estaba.

—¿Qué enseñas acerca del más allá de la muerte?

Se extrañó de forma mayúscula al oírse interpelado con semejante pregunta.

—Todo eso lo verás con tus propios ojos. No tendrás que ir más allá de la acera de enfrente.

Buscaba él, de una forma u otra, intentar ver la faz de la mujer, tratando de averiguar el significado de sus enigmáticas palabras. Pero no tuvo que continuar con su búsqueda infructuosa, ya que la anciana gitana levantó su cabeza reclinada sobre la mano derecha de él, mostrando su erosionado rostro y unos ojos que le produjeron unos tremendos calambrazos que, irradiando desde su cabeza, se le transmitieron a sus cuatro extremidades. Aquellas pupilas eran del color del nácar. La anciana gitana, según sus escasos conocimientos

de medicina, estaba completamente ciega como consecuencia de la opacidad de sus cristalinos, tan nublados como dos perlas envejecidas.

—Siga su curso en esta vida.

Así acabó la pitonisa al mismo tiempo que, ya por fin, dejaba libre su mano derecha. Intentó dar alguna limosna, pero ella, con un gesto de desaprobación, rechazó cualquier pago por sus servicios.

—No se moleste. Su destino me es suficiente como pago.

Muy perturbado por aquel encuentro, siguió su tarea de buscar el próximo tren con destino a Alcoi. Esto le hizo olvidar, al cabo de unos minutos, aquel encuentro tan misterioso. Se detuvo enfrente del panel y lo estuvo escrutando detenidamente, sabedor de que no era un hábil viajero. Al fijarse en que el próximo tren con destino a Alcoi salía a las siete y quince, apenas en veinte minutos, dio unos pasos hacia atrás dirigiéndose al vestíbulo, abandonando el andén de la estación. Había alguna gente en la cola de la taquilla. Una elegante mujer, al ver su estado ansioso, dando saltitos, embutido en su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, lo miró de soslayo y lo *adoptó*, quizás pensando en su maternidad no cumplida. Con un gesto reflejo, de gran cariño desbordante, ella le ofreció cederle su puesto en la fila, cosa que él agradeció sobremanera. Gesticulando teatralmente y mirando su reloj de faltriquera, se dirigió, de forma apresurada, a la taquilla donde el vendedor de billetes lo miró fijamente a través del cristal de la ventanilla, esperando impaciente el motivo de la tardanza del siguiente usuario. De forma un poco heterodoxa, sacó de su cartera unas cuantas monedas que fue desplegando y contando lenta y minuciosamente sobre la tabla desgastada, bajo la mirada escudriñadora del vendedor, quien —parece ser— no había tomado suficiente dosis de café con algo esa mañana, pues su dosis de moralina no se había alzado muchos grados. Las monedas todavía no alcanzaban el precio estipulado del billete de ida. Tuvo que guardar la cartera y comenzar a rascarse los bolsillos de los pantalones y de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, buscando aquellas monedas perdidas de antiguos naufragios en no sé sabe qué batallas perdidas y abordajes sufridos, olvidados ya en la noche de los tiempos. El

reloj corría en contra de él, una cosa muy peligrosa. Algo que pensaba que era fácil, algo casi sin planear y con improvisación, se estaba convirtiendo en un marrón, pero tenía que arreglarse de algún modo. Para eso había que tener fe. En esos pensamientos estaba cuando, de repente, se llevó la mano derecha al bolsillo interno izquierdo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, de forma instintiva, y de allí, de forma milagrosa, salió un sobre amarillento, en cuyo interior había tres billetes de cincuenta euros. Se quedó sorprendido al ver tal descubrimiento, intentando averiguar el origen. Hasta que, al final, hilando recuerdos, gritó en su interior:

—¡Eureka!

Ese amarillento sobre se lo había entregado, por regalo de cumpleaños, su madre dos años antes de morir, quedando olvidado en el trasiego de los avatares de su desordenada vida y dentro del bolsillo interno de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y, a su vez, en el interior de una bolsa de plástico hermética que ponía a salvo la integridad de los tres billetes de papel moneda de las poco frecuentes exposiciones jabonosas, cada vez que ponía su estimada prenda dentro de la lavadora. Ahora le servían para cumplir la misión más importante de su vida. *Ipso facto*, ante la mirada atónita del vendedor, recogió de una en una todas las monedas esparcidas en la tabla de la ventanilla, como si fuera un tesoro encontrado en un pecio por un expoliador de naufragios en busca y captura por el sistema, y le entregó uno de los billetes de cincuenta euros, solicitando un pasaje de ida a Alcoi.

—El más temprano posible.

De esta forma salió del vestíbulo, dando las gracias con un gesto excesivamente cinematográfico, pero sin intenciones, al vendedor de billetes y a la educada mujer, quien lo había adoptado por breves momentos y, además, le había cedido el lugar en la cola. Salió al andén con paso muy acelerado hacia el tren con destino a Alcoi, como si fuera un toro recién salido del redil, buscando nuevas tierras que explorar. Una vez dentro del vagón, se sentó en uno de los asientos y se arremolinó en su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, ya bastante desaliñada del trajinar experimentado a

esas tempranas horas de la mañana, alejándose un poco de la ventanilla al sentir el húmedo y frío contacto del deshumanizado metal. Ya en su asiento, el tiempo lo prefirió emplear en ir mirando las cosas que sucedían a través de los cristales deslustrados. Veía gentes que iban y venían en su día a día, deambulando para buscar razones del porqué de su sinrazón; almas pedigüeñas que rondaban de aquí para acá atentos al descuido de algún despistado para el hurto de algo que llevarse a su zurrón; maquinistas que, una vez más, estaban dispuestos a poner en marcha esos artilugios para desplazar a la gente que iba y venía con sus dichosas mercancías, que a saber dónde irían a parar. Distraído en estos pensamientos, se llevó la mano derecha al bolsillo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y sacó de allí su última adquisición, si así podía llamársele, que no era otra que el clásico de Julio Verne que estaba releyendo, el que le estaba llamando la atención, desde hacía un tiempo, para dedicarle unas miradas. Esperó pacientemente a que el tren Valencia-Alcoi se pusiera en funcionamiento antes de reanudar su lectura, a pesar de la quemazón que percibía en los dedos de su mano derecha con el roce del libro. Sabía la duración del trayecto: más o menos dos horas, por lo que tenía prisa. Pero la inquietud por empezar el mundo de las aventuras, lejos del mundanal ruido, apretaba. El traqueteo lento le fue avisando sobre la marcha avanzada del tren abandonando la ciudad, cambiando poco a poco el paisaje de las ventanas. De esta forma se atrevió, al fin, a desenfundar su arma más peligrosa, aquel libro quemándole las manos, y fue a colocárselo delante observando sus desgastadas tapas. «Un libro, en manos de un vecino, es un arma cargada*».* Reflexionó fríamente sobre aquella frase de Ray Bradbury escrita en *Fahrenheit 451* antes de abrir las páginas de la novela de Verne, enfrente de él, sobre todo ante la perspectiva de no estar rodeado de entes perturbadores en los asientos cercanos, y se sumergió en las aventuras de Miguel Strogoff. Estuvo leyendo durante el viaje, en el silencio y la tranquilidad de ese trayecto matinal, a primera hora, sin casi pasajeros en el vagón, no recordando el tiempo exacto de lectura y consciente del relato del libro, cuando tuvo que alzar la mirada, en un estado de semiinconsciencia, y darse cuenta de que

ya estaban llegando a la ciudad de Alcoi, tras despertar de un breve letargo, en el que había caído durante la lectura, más producido por la sobrecarga de emociones en su mente que por otra causa. Al desembarazarse de aquel sopor que le había alcanzado de pleno leyendo la novela, su mente le produjo un *déjà vu* que lo sobresaltó al ir parando el tren de forma progresiva, cayendo el libro abierto sobre el suelo del pasillo del vagón en el capítulo seis, titulado «¡Abre bien los ojos! ¡Ábrelos!». Tomando la novela, tras agacharse en mitad del pasillo con el tren reduciendo su marcha, se distrajo un instante leyendo el inicio de aquel capítulo en el cual F*éo*far-Khan extiende su mano de manera amenazadora sobre Miguel Strogoff, mantenido en pie frente al trono del emir, y es obligado a observar un espectáculo de bailarinas persas. Cuando el tren ya, al fin, se detuvo, pudo ser consciente de todo lo que acababa de leer hacía apenas unos minutos después de dar una cabezada sobre la ventana del vagón. Reflexionándolo todo y viéndose reflejado él mismo como un propio correo enviado hacia una misión peligrosa, a un punto distante de su hogar y por alguien, así fue más consciente de la realidad que estaba experimentando. De esta forma, se alzó tieso en mitad del pasillo, sin olvidar la novela de Julio Verne, ya un poco deteriorada, utilizando como indicador de páginas el billete del tren, y guardó aquel revólver Smith & Wesson M29 en el bolsillo interno derecho de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, arremangándose pesadamente la sempiterna vestimenta hasta los codos y caminando a lo largo del casi desierto pasillo. Con un pequeño salto, logró esquivar el hueco distante entre el vagón y el arcén, haciendo caso de la señal indicadora de peligro del espacio vacío entre estos dos. Ya en el arcén, sintió en sus carnes, a esas horas tempranas de la mañana, el aire fresco y helado de la brisa proveniente de la sierra de Mariola, a pesar de los tímidos rayos de sol que asomaban a través de las nubes arrastradas por el frío viento de aquel octubre. La estación de tren construida en ladrillo rojo no le llamó en exceso la atención, era como otra cualquiera de un sitio normal. Cruzó una puerta desde el arcén de la estación, entrando en el vestíbulo de esta, en la cual no había nadie a esas horas tan tempranas, por lo que se refugió un momento en su interior,

buscando un servicio que no encontró. Entonces, intentando aprovechar el tiempo allí, se sentó en uno de los bancos de madera situados dentro del pequeño vestíbulo y buscó, en uno de los numerosos bolsillos de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, el mapa de la ciudad de Alcoi agenciado en aquella tienda donde vendían mapas de los sitios más insospechados del orbe; allí tenía, en rojo, la dirección indicada en el burofax por el abogado de su tío lejano. Salió de la estación por el otro lado y continuó caminando con su característico andar sin rumbo aparente, lento y pausado, por el mismo lado de la acera de la estación, encaminándose por la calle Espronceda hacia el centro urbano de Alcoi, atravesando un vetusto acueducto que unía, como dos islas, aquel barrio periférico con el centro de la ciudad. Caminando, se dio cuenta de que aquella ciudad parecía un archipiélago de islas, conformadas por un barrio cada una de ellas, unidas todas por enormes puentes que salvaban la brecha provocada por el paso del río Serpis. Otro puente más lo llevó en su deambular mañanero a otra de aquellas islas constituida por otro barrio conformado por casas mucho más apiñadas y antiguas. Siguiendo las señas del mapa, llegó al portal indicado en la comunicación. Allí, se suponía, debía estar el abogado de su próximo lejano y familiar benefactor. Llamó por tres veces al número indicado en el papel: la puerta uno del primer piso de un edificio que clamaba una inmediata restauración. Esperó un buen tiempo, dudando si el timbre estaba en condiciones de funcionar correctamente o si, por lo contrario, la casa ya había sido declarada en ruinas y los inquilinos estaban alojados en un mejor lugar. Iba a apretar por última vez el timbre de aspecto cochambroso, como un último intento a la desesperada, cuando se escuchó el gozne de la puerta abriéndose.

—Buenos días.

Fue lo primero que se le ocurrió decir.

—¿Quién es usted y qué quiere?

Enseñó sus credenciales, la hoja ya doblada del burofax, a aquella sombra que se sugería en el intersticio de la puerta de hierro desvencijada y oxidada en su parte inferior. Una mano huesuda, de forma ávida, agarró la carta sin solicitar permiso al legítimo dueño y

la puerta se volvió a cerrar, dejándolo más plantado que un pino. Con estupor tuvo que apretar con insistencia el timbre de la puerta, con más vehemencia que las anteriores. La puerta se volvió a abrir, esta vez de forma más completa, mostrando a un hombre calvo en batín, bastante canijo, y que lo miraba con una sonrisa mostrando una dentadura en la cual destacaban algunas piezas de oro.

—Sin duda, usted es el afortunado heredero del señor Eliseo Figueroa Lobo.

Quedó circunspecto ante tal extraño personaje.

—Aquí tiene la llave del negocio que regentaba el señor Eliseo. Sus cuentas estaban al día.

Y dándole un sobre con algo metálico en su interior, aquel personaje extraído de alguna canción de The Doors, que empezó a resonar en su cabeza, le cerró la puerta en la napia. Porque la gente es extraña cuando eres un extraño, todo se ve feo cuando estás solo y las mujeres parecen malvadas al no sentirte deseado. Las calles son irregulares cuando estás deprimido. Esa era la tonada de «People are Strange». En aquel sobre figuraba la dirección de su futura fortuna, el lugar donde estaba localizada la librería de su familiar. No tardó en llegar más de veinte minutos al destino de su viaje.

CAPÍTULO V



Cuando llegó al punto exacto del local de su futurible herencia en Entenza 22, una oxidada persiana bloqueaba la entrada del bajo. Sobre aquella persiana había dibujado un feo grafiti representando a un ser grotesco con tres cabezas. Cada una de aquellas cabezas estaba compuesta con una enorme boca, entre los cuales una lengua larga y bífida se enroscaba, sibilante, entre colmillos afilados emergiendo de ambos maxilares, como buscando alguna presa a la cual hincarle el diente. Aquellas cabezas no lo miraban, permanecían durmientes, sus tres pares de ojos estaban ocluidos por unos párpados sin pestañas. Y, lo más curioso y repelente de todo: carecían de narices. En vez de apéndices nasales tenían un par de orificios, al modo de los reptiles, por los que se suponía respiraban las fieras. Se quedó un poco parado enfrente de semejante sinsentido, perplejo, sin saber qué hacer *a priori* ni pensando en cómo reaccionar mientras observaba la persiana, la que había sido plasmada con sumo grado de majadería. Manejaba las llaves, inquieto, moviéndolas con los dedos de la mano izquierda en uno de los bolsillos externos de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, abrochada hasta el cuello nada más salir del vagón del tren al notar el frío seco de la sierra. Al final, pensando que todo aquello sería obra de algún artista urbano postmoderno y un poco alternativo, decidió abrir, no sin poco esfuerzo, con la llave aquel pestillo de la persiana oxidada, que, sin duda, llevaba ya varios meses sin ser levantada. Tras un pequeño esfuerzo, la dejó semiabierta hasta donde le pudieron sus limitadas fuerzas, lo que le dejó el resuello suficiente para dar un empujón a la puerta de entrada, medio atascada, e introducirse en el local. Acababa de poner una pica en Flandes con su nueva posesión, logrando cumplir su objetivo. Una vez dentro del local, se dio cuenta de que el

burofax se refería a una librería pequeña, en principio. Todo estaba un poco tenebroso en el interior de aquel bajo, por lo que tuvo que dar marcha atrás en ese espacio polvoriento donde reinaba la oscuridad. Con el poco resuello remanente, abrió un poco más la persiana oxidada, esforzándose en desatascarla para de esta forma permitir a la escasa luz natural de esa mañana de octubre que entrara desde la calle y conquistase, con su luminiscencia, todos los resquicios del local. Poseyendo la ventaja de poder ver todo con más claridad, dio una pequeña ojeada alrededor de sí, recayendo lo primero su mirada sobre una mesa de exposición colocada a su izquierda, sobre la cual se extendían un conjunto de libros bien amontonados; tras ella se situaban unas estanterías que se prolongaban por todas las paredes de la librería desde el suelo hasta el techo. Esa fue la primera visión de aquella posesión suya. En la zona central del techo, una lámpara en forma de araña amenazante con tres brazos colgaba y hacía de vigilante de la gran biblioteca. Le faltaban algunas bombillas y quizás estaba esperando a que alguien acudiese a reponerlas para poder seguir cumpliendo su función de cerbero. Todo estaba muy polvoriento, pero el orden era bastante decente, señal de que las cosas se habían realizado con celo mientras el antiguo dueño pudo llevar el negocio con dignidad. Al fondo, donde acababa la larga mesa de exposición, entre esta y una pared en la que colgaba un gran cuadro donde se representaba un cono invertido con distintos niveles decrecientes, vio una escalera que se encaminaba desde una pequeña puerta abierta. Se quedó pensativo entre la mesa de exposición y la estantería, con los innumerables ejemplares y contemplando las escaleras dirigidas a la penumbra. No había luz para hacer más exploraciones. Tampoco tenía demasiadas ganas de incursiones en esas nuevas tierras ignotas. Permaneció un tiempo recorriendo, eso sí, lo ya explorado, husmeando los libros de esa librería de su familiar lejano fallecido. Estuvo ojeando los lomos de decenas de libros, leyendo sus títulos impresos en los dorsos, calibrando su nueva adquisición, sopesando y tocando el cartón y el cuero de aquellas tapas duras. Atreviéndose, en algunos casos, a extraer alguno de aquellos ejemplares de su lugar originario para sentir el tacto de sus hojas, el olfato de la

celulosa y, ¡oh, sorpresa!, ver correr algún pececillo de plata por el canto de alguno de aquellos ejemplares, lo que le hizo gracia. Los dejaba escapar entre los innumerables volúmenes guardados, alineados en las estantería, pensando que, al fin y al cabo, estos pececillos de plata también eran seres mortales, creados por la divinidad. Todo esto le retrotraía a su niñez con su madre, cuando acudían ellos dos solos a ver a ese familiar tan extraño de Alcoi. Recordaba aún los libros, con los cuales volvía entusiasmado entre sus manos y que, posteriormente, devoraba con ansias. Sintiendo hambre ya, olvidando el tiempo empleado esa mañana en la librería, decidió marchar en busca de algo que yantar. Salió sin olvidar un ejemplar localizado sobre la mesa de exposición, a primera vista, junto a otros ejemplares no menos curiosos que el avistado, pero que no le habían atraído tanto su atención. El destino es así. Y de esta forma, *Doktor Faustus*, escrito por Thomas Mann, acabó en el bolsillo interno izquierdo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, haciendo de contrapeso a *Miguel Strogoff: El correo del Zar*, guardado en el bolsillo contralateral. Pertrechado con esas mortíferas armas cortas, y satisfecho de sus nuevas posesiones, decidió dar por zanjada la expedición. Salió de aquella librería, que él consideraba todo un potosí a defender a capa y espada, y se dispuso a cerrar la persiana oxidada con aquel horrendo grafiti, representando ese ser grotesco con tres cabezas, cada una de las cuales lo miraba ahora fijamente, cualquiera fuera la posición que él tomase de izquierda a derecha. Parecía que aquel ser grotesco hubiera adquirido más vida y lo estuviera examinando, haciendo una calibración del nuevo dueño de la librería, con cada una de sus tres lenguas bífidas emitiendo sonidos, en un símil de un chasquido en forma de tic nervioso, cada vez que él se movía, como gesto de haber llegado a una conclusión satisfactoria. Todo esto le parecía algo incoherente, quizás fruto de su imaginación, por lo que, pensando más en la realidad de lo que acababa de encontrar, se decidió a ponerse a buen recaudo y seguir con el plan que dictaba el testamento de su lejano pariente el librero. Tomando un respiro en ese mediodía frío de octubre, con la boca seca de la angustia por no haber tomado nada desde la partida de Valencia, alzó las dos manos

agarrando la persiana oxidada medio entornada y, con las fuerzas poseídas de sus brazos, la echó abajo con un sonoro y estruendoso ruido que no pasó desapercibido a un viandante extrañado, haciéndole detenerse a media distancia al contemplar cómo un forastero manipulaba la persiana oxidada de la librería del librero asesinado al ser atracado, hacía un año, en el *Mig Any*, por una *filà* de cristianos. La persiana oxidada quedó medio atascada a mitad de trayecto, con él exhausto, pero sin rendirse, de tal forma que, con un fuerte y desacostumbrado empuje final, llevando la pesada persiana metálica oxidada al suelo, golpeó esta con el resorte último. Un sonido seco y metálico coincidió con la percepción de un fuerte dolor a nivel del lateral izquierdo de su espalda, justo debajo de su axila izquierda, que lo indujo a exhalar un aullido sordo y apagado, teniendo la sensación de una fría puñalada recorriéndolo. Este intenso dolor lo motivó a llevarse la mano derecha al dorso izquierdo, aguantando como pudo su lamento. Quedó en cuclillas, de forma inestable, durante unos minutos y sin moverse. Cualquier movimiento de su tronco incrementaba el lacerante y frío dolor punzante del dorso izquierdo, aumentando con los movimientos respiratorios. Aguantó la difícil postura apoyando la mano derecha en el suelo; la izquierda mejor moverla lo menos posible. Era un suplicio. Un coche pasó por la calle Entenza y pudo escuchar una voz aguda increpándolo a sus espaldas.

—¡¡¡Cabrón!!! ¡¡¡Te has cagado!!!

Del viandante, testigo del cierre de la persiana oxidada, no se esperaba ninguna ayuda. Mientras mantenía la posición del pensador de Rodin, ni se inmutó tras recibir aquel dardo con mala intención. Su respiración era ahora muy superficial para evitar la expansión de la caja torácica que le provocaba ese dolor tan lacerante. Ya, poco a poco, consciente que aquello había sido una lesión consecuencia de su poca habilidad en tareas físicas, cerró bien el cerrojo de la persiana metálica oxidada, observando directamente, con recelo ahora, a los ojos de aquel ser grotesco tricéfalo que seguía mirándolo fijamente, con las pupilas brillantes de sus seis ojos, y sus tres lenguas bífidas, pareciendo estar bañados sus maxilares de saliva humeante. Después de haber permanecido como pensante

más de lo debido, con sumo cuidado, extendió sus piernas, alzándose poco a poco y con la sensación de percibir de nuevo la punzada en el costado izquierdo.

CAPÍTULO VI



Debía buscar algún remedio o solución para sus males antes de volver a Valencia si no quería pasar las de Caín en el trayecto de vuelta a su hogar. Un nuevo viandante con aire despreocupado, enfilando la acera del mismo lado, parecía una buena fuente de información. Con educación, lo paró y le preguntó por el puesto sanitario más cercano. Este buen samaritano le indicó que podría ir al hospital, situado a unos diez minutos de allí. Muy agradecido, se encaminó hacia allí. Ya de paso, aprovecharía para tomar algo en la cafetería de aquel hospital, pero el dolor era lo primero, y era muy acuciante. Al llegar al hospital, entró por la puerta de urgencias viendo el nombre: Verge dels Lliris. Dio sus datos y el motivo de su presencia, aguardando a ser atendido en la sala de espera, donde no había mucha concurrencia. Eran ya las doce y veinticuatro del mediodía y parecía ser que no era una hora punta. De todas formas, su motivo de asistencia no creó mucha alarma en los sanitarios, porque el tiempo pasó y nadie se hacía cargo de él. Incluso otros pacientes que llegaron con posterioridad fueron llamados antes que él. Pero a pesar de esto y su dolor punzante y frío, que lo dejaba inmóvil en la incómoda silla blanca de plástico, estaba más o menos distraído en su novela de Julio Verne, siguiendo las aventuras de Miguel Strogoff en aquella sala aséptica de sentimientos. Tras unas cuantas hojas pasadas y disfrutadas de la novela, escuchó el número que le habían asignado y que tenía en la muñeca izquierda en forma de pulsera de color amarillo con un código de barras. Se levantó, olvidando su estado convaleciente, pero relajado por la entretenida lectura en la que estaba inmerso. Al realizar el esfuerzo, notó otra vez la cuchillada lacerante en su zona dorsal izquierda que le hizo soltar el libro de Julio Verne y, esta vez sí, también un grito audible de dolor. Todo en plena sala de espera de urgencias, atrayendo a un

par de auxiliares de enfermería que lo atendieron y colocaron en una silla de ruedas. Fue un dolor a traición. Al final, atravesó la puerta de la sala de espera de urgencias de aquel hospital comarcal a través de un frío pasillo de paredes blancas, sintiendo aún el dolor, cruzándose con personal sanitario en dirección contraria a la que él llevaba, mientras, en posturas de contorsionista para aliviarse, él solo miraba hacia el suelo verde del pasillo en el cual podía ver los zuecos, unas veces blancos y otras verdes, del personal sanitario que iba cruzándose en su silla de ruedas en dirección a algún lugar ignorado por él. Más tarde, en un giro realizado por el celador hacia la derecha, en aquel largo pasillo, lo introdujeron en una habitación oscura, sin miramientos, y lo dejaron allí solo, cerrando las dos puertas detrás de él, cara a la pared, sin dignarse a girarle la silla de ruedas hacia la puerta; cuestión de detalle, suponía él. Nadie apareció por esa habitación oscura, hasta que al fin una luz fluorescente, de forma intermitente, comenzó a lanzar destellos desde el techo, lo que lo hizo salir del estado de ira en el que estaba cayendo, mirando aquellas paredes blancas y dando la espalda a la puerta. Se abrió de sopetón y apareció una sombra detrás de él, sintiendo de repente cómo alguien asía las manivelas de la silla de ruedas y, con fuerza y brusquedad, las manipulaba, haciéndolas rotar para que la silla girara y dejara de mirar cara a la pared, cesando de esta forma una pena impuesta que no entendía del todo bien. Ya no miraba hacia unas paredes carcelarias, sino hacia un doctor de aspecto arreglado, con las mangas de su bata recogidas sobre sus brazos, descubriendo un reloj de marca en su mano izquierda y una cara con rasgos bien dibujados mirándolo seriamente y con unos ojos inquisitivos, adornados por unos lentes de marca Cartier. Todo su aspecto parecía el de un delfín. Miró a aquel individuo que acababa de asaltarlo, de arriba abajo, con todo tipo de prejuicios inimaginables. Pero el tiempo que tardó en hacerse una idea fue breve, porque aquel cetáceo no tardó en desembuchar sus primeras preguntas. Desenfundó una especie de cartón sobre el cual apoyaba una hoja y en la cual, durante menos de diez minutos, se dedicó a escribir las respuestas acerca de las preguntas que este le lanzaba. Luego, tras sus indagaciones, le indicó que se quitara su

desgastada gabardina nórdica azul descolorido y le enseñara la zona dolorosa. Todo esto tuvo que realizarlo muy despacio. El dolor aparecía al hacer cualquier tipo de movimiento; la bestia hiriente se despertaba en cualquier movimiento insinuante que sugiriera el acto de desvestirse. Se sentía muy frágil enfrente de aquel tipo prepotente, muy enojoso de verse en esa situación encerrado y en una habitación tan símil a una mazmorra. El doctor echó un vistazo rápido a su piel, meneando su cabeza con aspecto de desaprobación y haciendo ruidos con la lengua, lo que hacía que él se mostrara cada vez más a la defensiva. Con la mano derecha comenzó a palpar su parrilla costal izquierda, hasta llegar a una zona donde el dolor llegó a ser tan intenso que él se acordó de todos los antepasados del doctor tras exhalar un grito, quizás audible en el pasillo, que intentó mitigar por dignidad. El galeno, fiel a su carisma de mamífero acuático, esbozó una pequeña sonrisa de triunfo y desplegó la hoja con el alta médica ante él, dando instrucciones, más tarde, a una enfermera para que le inocularan un inyectable con un analgésico. Esto último era el acabose final para él. Tenía un verdadero terror —patológico además— a las agujas. La inyección fue un verdadero trauma. Con excusas y gracias forzadas, se vistió la ropa superior y su sempiterna desgastada gabardina nórdica azul descolorido como pudo, con la ayuda de una de las enfermeras que, al verlo tan desvalido, lo ayudó a arremangarse la manga izquierda de su valiosa prenda.

—Muy amable es usted.

Una voz lánguida brotó de sus labios, a modo de gratitud, ante lo que su benefactora le dio una pequeña palmadita en la espalda. Tras el mal trago, el dolor persistía con los movimientos, o incluso se incrementaba, por lo que sus gestos eran robóticos, saliendo de aquella sala de urgencias del hospital comarcal hecho un higo y con la hoja de alta médica, firmada con un garabato estilo Picasso y en busca de una farmacia próxima que tuviera los brebajes para el alivio de sus dolores.

CAPÍTULO VII



En la botica más próxima le dispensaron dos cajas de comprimidos. Se abstuvo de leer los prospectos contenidos en sus cajas, lo pueden llevar a uno a seguir una autopista al infierno, con un poco de sugestión, por lo que se dispuso a hacer caso únicamente de la pauta prescrita por el galeno con aspecto de delfín. El hambre persistía, no había probado bocado desde aquel café con leche con tres galletas en su piso de Valencia antes de tomar el tren con destino a Alcoi hacía ya más de seis horas, y todos los sucesos le habían abierto un apetito voraz. La idea de tomar algo en aquel hospital, tras la desagradable experiencia, se había desvanecido como un espejismo, por lo que, renqueante, siguió caminando a lo largo de la acera con el dolor punzante en el costado izquierdo, intermitente, al son de su caminar con paso lento, pausado y sin rumbo aparente, pero seguro. Los comprimidos todavía no le habían hecho su efecto analgésico y parecía ser que el inyectable aplicado no era tan bólido como le comentó aquel tipo vestido de bata blanca adornado con gafas y reloj de marca. En su deambular errante por las calles de la ciudad, iba mirando un posible punto de parada y fonda donde sentar sus posaderas y poder mantener quieto su esqueleto. Un lugar en el cual dedicar un tiempo de lectura para poder degustar algo de la gastronomía local, si eso era posible. Estuvo caminando sin preguntar a nadie, con la cabeza elevada, buscando la posible aparición de algún cartel de un bar o restaurante donde fijar el final de su lastimero peregrinar. Tras un tiempo, que se le hizo más prolongado a su estómago de ruidos estridentes que a su cabeza divagante, divisó en una esquina lo que parecía el objeto de su búsqueda: un cartel, un poco deslustrado, del restaurante Filà Els Cremats. Al verlo, aceleró un poco el paso, acuciado por los retortijones de sus músculos digestivos, dándose a

notar de forma sonora, trasluciendo el hambre de lobo que padecía, llegando al final a un gran portón de madera barnizada con cristales de un color marrón que intentaban darle un aspecto muy clásico, sin llegar a conseguirlo. Con un pequeño empujón, entró, recibiendo la esencia en sus pituitarias de un espacio rebosante de olores extraños que nunca había percibido. Una esencia producto de mezclar mil olores indescriptibles, y conservada durante un tiempo inmemorial en un arcón o cofre donde se guarda alguna mercancía de tiempos pretéritos, dejándose —después al albur de la naturaleza — decantar con el tiempo. El contraste era impactante y casi se podía palpar con las manos. Tuvo que hacer un remilgo y llevarse la mano derecha a las fosas nasales, ayudándose posteriormente con una de las solapas de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, empleándola para taparse la mitad inferior de su cara, a modo de embozo, como el de los que motivó el motín de Esquilache. Ello provocó la atención de parte de la concurrencia, no acostumbrada a la presencia de gente con esas vestimentas y menos aun con esas conductas tan extrañas. Unos giraron sus cabezas y otros quedaron con sus cafés o licores a medio camino, como en una fotografía instantánea tomada de sopetón. Tras un período de adaptación a ese nuevo hábitat tan peculiar y aguantando un poco las arcadas, se quitó su embozo, mostrando su faz, lo que pareció tranquilizar a la concurrencia, viendo en él a un forastero despistado en asuntos propios al cual no había que prestar más atención. Se dirigió a la barra, donde una camarera servía las dispensas a la parroquia. Preguntó por lo típico del lugar. Se sentó junto a una ventana, sin hacer caso del aburrido espectáculo urbano exterior. La camarera le mostró la carta y se la entregó. Tras ojear el manoseado cartón doblado con los ángulos ya marchitos y con numerosos lamparones de aceite, se decidió por una olleta alcoyana como plato principal, siendo introducido por una *pericana*. Todo esto lo acompañaría, como no, por un vino tinto de la casa. La comida fue pareja al tiempo frío del exterior, aliviando el viaje y los malos momentos, disfrutando por fin de una buena mesa y, tras ella, de un momento plácido de lectura, interrumpido por breves sorbos de un café fuerte solo y sin azúcar. Se dedicó a la continuación de *Miguel*

Strogoff: El correo del Zar durante casi cuarenta minutos, escuchando los ruidos de la cocina al fondo y el ir y venir de algunos clientes solicitando alguna copa o café a la camarera en la barra. El libro finalizó, coincidiendo con el último sorbo que dio a su taza de café, saboreándolo deleitosamente mientras leía aquellos últimos renglones escritos por Julio Verne, con la sensación de no haber salido de Italia. El joven fue recibido por el zar siendo condecorado con la Cruz de San Jorge y, como conclusión, mencionando Julio Verne que no es la historia de sus triunfos lo que merece ser contada, sino su dura labor. Entonces se alzó lentamente, notando con alivio, para su sorpresa, los prodigios de la farmacología en el cuerpo humano. Aquel bicho había acertado en él. No sabía el tipo de brebaje, si el que tenía forma de comprimidos o el inyectable aplicado en él, pero le había sido efectivo. Tan solo percibía cierto resquemor con relación a los movimientos del tronco, pero era algo fútil. Por ello, sin querer gastar más tiempo en aquel lugar tan acogedor, se dirigió a la barra donde la camarera y él terminaron de hacer cuentas. Al salir de Filà Els Cremats, un sol meridional brillaba en lo alto, caldeando ya el ambiente de aquel día de octubre. Eran ya cerca de las tres de la tarde, hora de marchar a casa, por lo que, con pausa, poco a poco, consciente de que el vino de la casa todavía fluía con fuerza por sus venas, regando todas sus células, se dirigió a la estación de tren, decidiéndose por el camino que él creía más corto. Llegó a la estación de tren, teniendo que esperar más de hora y media a la llegada del que tenía destino a Valencia, tiempo que empleó en comenzar a leer *Doktor Faustus* de Thomas Mann, ejemplar que extrajo del bolsillo interno izquierdo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, en su habitual ritual de desenfundar su metafórico revólver Smith & Wesson M29.

CAPÍTULO VIII



Tranquilamente, con las dos manos, sopesó aquel libro ya manoseado por muchas manos y leído por menos, apreciando el buen trabajo del encuadernador, que se había esmerado en reforzar los cantos, evitando un mayor desgaste del tiempo. Lo abrió y comenzó a sumergirse en una nueva novela, mientras esperaba la llegada del tren y de la inspiración que seguía sin aparecer. En la lectura se tropezó con la biografía de Leverkuhn, relatada por otra persona. Una biografía sobre un personaje creador que es puesto a prueba, elevándose en su creatividad y fulminado por el destino. El viaje fue más breve de lo esperado por lo ameno de la lectura del libro y los planes que se le iban ocurriendo a medida que iba avanzando en ella. Nadie disturbaba su concentración. La inspiración buscada quizás estuviera en sí mismo, pero para ello necesitaba llamar a las musas para que estimularan con mayor ímpetu la labor creadora oculta dentro de su mente. Se quedó, de esta forma, pensando, mirando ensimismado los naranjos con sus frutos colgando, en plena época de cosecha, a medio recoger, a través de la ventana de su asiento, mientras el tren le permitía, con su velocidad a medio gas, apreciar los detalles de ese hermoso paisaje hortelano. Si ese suceso neurológico de la creatividad no sucede en el preciso instante que uno lo observa, uno no es consciente de que está sucediendo en ese instante. Se deben dar las circunstancias adecuadas y concretas para que la inspiración ocurra en el momento adecuado. Estaba en estas divagaciones cuando el tren aceleró otra vez, perdiendo la dimensión de esa perspectiva compleja que ni él mismo llegaba a entender, por lo que volvió a la lectura de *Doktor Faustus*, deseando llegar a Valencia cuanto antes y encontrarse por fin con su abogado y el notario para cerrar el asunto del burofax, y que así certificasen la herencia de la librería de su lejano tío

alcoyano —tan extraño— lo antes posible. Finalmente, tras más o menos dos horas de viaje, el tren llegó a la Estació del Nord. Un tumulto de gente había congregada en el andén. No había nadie que lo esperara a él ni él esperaba ningún comité de recepción. La temperatura había descendido unos pocos grados, al estar ya la tarde bien avanzada y la humedad notándose mucho, calando bastante en sus huesos. Por lo que, sin ser un capricho, con parsimonia y sin perder el paso por el vestíbulo de la estación, a la salida fue abrochándose los botones, uno a uno, de arriba abajo, de forma mecánica, en un acto ya conocido por él, casi ritual, sin fijarse siquiera en sus manos, hasta que llegó al último botón de aquella hilera de botones de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido y entonces, acabado el ritual de arropamiento, enfiló hacía su domicilio, con velocidad crucero al ritmo que sus delgadas y enclenques piernas le permitían, no acostumbrado en él. Todavía le quedaban treinta y seis horas para cumplir el plazo marcado por el burofax, pero no quería apurar mucho. Dejar algo para el día siguiente lo ponía extremadamente nervioso. Nadie era dueño del mañana, máxime en esos días en los cuales la gente, aprovechando los días de fiesta, agarraban aficiones recreativas al construir acueductos y marcharse a lugares ignotos; aquello, los pudientes, dejando a los más menesterosos los destinos más cercanos, y a los menos pudientes en puerto. No debía de desaprovechar ni un minuto de ese día antes de que hicieran maletas y le cerraran la notaría. De esta forma, no tardó en llegar a su casa y descansar un poco del trasiego vivido durante esas horas del día. Relajarse un poco era preciso. Se quitó la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y la dejó colgada en el viejo perchero de madera de la esquina, en la entrada, tras la puerta, no sin notar cierta la punzada en el dorso izquierdo, lo que le recordó que tenía que tomar los medicamentos prescritos por aquel galeno delfín; los ingirió con cierta velocidad, esperando mayor alivio, tal vez. Llamó por teléfono a su abogado y le comunicó su vuelta de Alcoi y su conformidad con la herencia.

—Me haré cargo de ella.

—La muerte está pisando tus talones.

Así le espetó su abogado desde la otra línea.

—¿Qué quieres decir?

—He logrado convencer de que abran hoy la notaría para ti de forma exclusiva. Si no sabes, hoy es nueve de octubre.

Y el abogado le colgó. La conversación se realizó en términos casi telegráficos. En ella, antes de la acción abrupta del abogado, se acordó una cita en veinte minutos en la cafetería New York, sita en la calle San Vicente Mártir, para después dirigirse al despacho del notario Esteban Gómez-Santamaría, lugar donde se firmaría el documento final de la herencia. Y él, tras tomar entre pecho y espalda un whisky con agua de un solo trago para envalentonarse, se enfundó en su inseparable compañera, la desgastada gabardina nórdica azul descolorido que, esta vez, se pudo vestir sin referir ese desagradable dolor. Bajó los treinta y nueve escalones de dos en dos, con cierta ligereza, sorprendiéndose él mismo de la agilidad de sus miembros inferiores, llegando desde el tercer piso en un tiempo que realmente lo asustó, con la sensación, al alcanzar el patio del edificio, de padecer cierto vértigo, obligándolo a parar durante un instante a recapacitar. No sabía muy bien lo que le estaba ocurriendo, pero tras una sacudida con la cabeza y una tos seca forzada, como queriéndose echarse de encima todos los males, salió de aquel portal a la calle, en un acto muy torero dentro de una plaza de toros llena de público, aplaudiéndolo expectante. Su caminar en las aceras era muy seguro, iba sorteando a los viandantes y cedía el paso a las mujeres, y cuando tocaba se paraba en los semáforos, quedándose quieto ante la velocidad alocada de los vehículos, que le echaban encima el humo tóxico de sus tubos de escape. Luego, se aseguraba de cruzar los pasos de cebra, al cerciorase con una mirada de reojo que los coches estaban detenidos, con aquella actitud de Beatle. Todo con una perfecta seguridad. Sabía de la importancia de su cita. A los veinte minutos, como marcaba su reloj de faltriquera desplegado del bolsillo derecho del pantalón, llegó a la cafetería New York en la calle San Vicente Mártir, concurrida a esas horas, cuando la gente ya había salido a realizar sus asuntos y los negocios estaban abiertos. Allí estaba su abogado, sentado en una mesa, solo, tomando un café. Se acercó a él de frente y lo saludó

por su nombre. Este, sin más preámbulos, se tragó su café —o lo que quedaba de aquel líquido negro— y se alzó, invitándolo a acompañarlo a la calle Colón, donde se encontraba el despacho del notario, quien parecía que los estaba esperando. Pocas palabras, pensó él, mientras caminaban por la calle en dirección al despacho.

—La notaría está abierta por ti.

El abogado le hablaba resoplando, mientras caminaban a paso más que rápido por las calles.

—Lo he convencido para que atrasase su salida a Baqueira. No sé cómo me vas a devolver este favor.

Escuchaba ausente toda aquella filípica dirigida a la actitud poco diligente para llevar sus asuntos familiares. Llegaron a un edificio, donde les recibió un portero con malas pulgas, impidiéndoles, en un principio, la entrada al ver el aspecto poco noble de él. No era un día habitual de trabajo y estaba haciendo horas extraordinarias sin saber el motivo de estar ahí en vez de en su casa. Tuvieron que esperar para que el portero llamara al notario y certificara la cita de ambos. El abogado protestó inicialmente.

—Tenemos cita concertada con el señor Gómez-Santamaría.

Pero el portero le adujo que últimamente habían ocurrido robos en la finca. Concretamente, hacía dos semanas al señor Gómez-Santamaría le habían asaltado el despacho dos individuos que también se hicieron pasar por clientes suyos. El abogado tuvo que ser un poco comprensivo y ceder a las pretensiones del portero con aires de justiciero. Finalmente, se escuchó una voz femenina a través del telefonillo, dando la venia a los recién llegados que, con algo de prisa, subieron las escaleras de los dos pisos, de un muy bien amueblado edificio y mejor alfombrado suelo, con las paredes decoradas de escenas de caza de la campiña británica, todo muy bien iluminado. Los dos se dirigieron a la puerta ya conocida por el abogado, quien tocó dos veces un timbre que no resonó en el exterior. Esto lo puso un poco nervioso, dando un pequeño brinco, pensando que el timbre no funcionaba, pero su letrado lo tranquilizó. Poco después, una lámpara dio una tenue luz en la parte superior del techo y los iluminó, mostrándoles una puerta de acero marcada con chapetas, donde se intuía un dibujo indistinguible por lo

abigarrado que era y por lo escaso del tiempo que estuvieron enfrente. Se abrió y se mostró ante ellos una hermosa mujer rubia que, evidentemente, parecía la secretaria del señor Gómez-Santamaría, la que les había dado la venia a través del telefonillo. Con un gesto, los invitó a una habitación situada a la derecha de una espaciosa área de recepción con un gran espejo y distintos jarrones en cada una de las esquinas, todo iluminado con un juego de luces fluorescentes en el techo, desluciendo el conjunto. En la sala de espera no había nadie, por lo que pudieron escoger el sitio que más les plació. Ocupó el sofá y su abogado, más acostumbrado a tratar con el notario, se sentó en una silla aledaña a su cliente. Intentó buscar algo de lectura entretenida, pero allí solo había morralla para marujear y textos de literatura legal. Su abogado lo miró con aire solidario y le comentó que esos sitios no eran los mejores para buscar información de interés, salvo que uno sea un poco vacío de contenidos. De esta forma, quedaron los dos escuchando el hilo musical del despacho que los estuvo entreteniendo un tiempo, a la espera, en tensión, hasta que apareció la misma secretaria de pelo rubio para anunciarles que el señor Gómez-Santamaría los estaba esperando en su despacho. Este anuncio le produjo a él un súbito sobresalto en el corazón, dejando de pensar en las musarañas. Se alzaron y salieron de la sala de estar por un pasillo largo, sin apenas decorar, hasta que la secretaria se detuvo enfrente de una puerta semiabierta, tras la cual se escuchaban algunas voces. Quedaron a la espera de las instrucciones desde el interior. Estas llegaron finalmente en forma de una sonrisa y una mano de la secretaria, que abrió la puerta al cesar la conversación. Al entrar en el despacho, se toparon con el notario: una faz con una barba que le llegaba hasta casi el abdomen, pero muy bien peinada, al igual que su vello capilar, delicadamente retocado, algo que debía de llevarle tiempo todas las mañanas. Las gafas redondas le daban un aspecto de gran intelectual, pero sin darle un ápice de descuido, todo lo contrario. A ello iba unido una gran respetabilidad en su vestimenta que, en consonancia con el conjunto de la decoración del despacho, traslucía una persona que estaba en sus cabales. Detrás del señor García-Santamaría había dos enormes colmillos de elefantes,

situándose por detrás de ellos las cortinas de las ventanas de color verde. Un poco más hacia el costado, al lado de la pared, un enorme acuario de pirañas llamó su atención. No le gustaban esos bichos. Luego, al sentarse en la silla enfrente del notario, mirando el suelo, se dio cuenta de que estaban pisando la piel de algún bicho no identificado. Todo esto lo empezaba a poner más nervioso, mientras su abogado ya había comenzado a disertar y el notario escuchaba atentamente y hacía llamar a su secretaria, solicitándole ciertos documentos. No hacía otra cosa que moverse en la silla de grandes respaldos y brazos incómodos, moviendo los pies sobre aquella piel, intentando divagar qué bestia sería. Dando vueltas con su mirada por todo el recorrido del despacho, esta tropezó con un pájaro alargado y disecado en la esquina derecha posterior del despacho, lo que lo horrorizó aun más. Mientras tanto, la disertación de su abogado continuaba. Intentaba prestar atención a todo lo que se dirimía, pero era difícil. Toda la actividad exploratoria de él persistía alrededor del despacho, hasta que al fin el visitado hombre de mundo percibió que algo no funcionaba bien y, tras un gesto de chasquido con la mano derecha, llamó a su secretaria que, presta, acudió con prontitud a la solicitud de su jefe. Ambos se quedaron detrás de la consistente mesa de roble, mirando a sus clientes con aire condescendiente. El señor García-Santamaría murmuró algo en la oreja de su secretaria y esta dejó el despacho de los animales disecados, que tanta aprensión le producía. Al cabo de un tiempo tenso, seguía mirando todo el conjunto de ese despacho de los horrores, descubriendo nuevas víctimas de aquel individuo: más trofeos de animales disecados, fotografías, tesoros expoliados desconocidos por la arqueología, máscaras tribales, dioses que quizás ese individuo había hurtado… A saber. Luego, ella volvió portando una bandeja con una botella y tres vasos pequeños. No entendía muy bien todo lo que sucedía y su abogado lo miraba muy seriamente. El señor García-Santamaría, con una sonrisa, le preguntó si le gustaba el whisky. Se limitó a afirmar, en una respuesta a la defensiva, no sabiendo muy bien por dónde iban a venir los tiros, máxime sintiendo que no estaba cómodo en ese hábitat. En ese momento sintió una punzada en el muslo derecho,

su abogado le acababa de dar un puñetazo. Todo esto lo espabiló un poco y, con voz firme y decisiva, reafirmó su gusto por el buen whisky. El notario lo miró fijamente a los ojos, a través de sus intelectuales lentes redondas, y le guiñó el ojo derecho.

—En este despacho lo tomamos con hielo, y abajo, por estar muy en otra onda, lo toman *on the rocks*.

Eso le dijo el notario. Afirmó con gracia ese abrupto mientras aquel llenó los tres vasos de whisky con hielo y se los sirvió, invitando a echar un brindis por los buenos propósitos. En el silencio de aquel despacho, donde se escuchaba de fondo el ruido acuático del filtro de agua del enorme acuario de las pirañas, dándole al ambiente un toque de relajación, se pudo oír el entrechocar de los tres vasos de roca. Los tres tomaron sus tragos y se hizo un largo silencio que perduró varios minutos en los que nadie dijo nada; tan solo observaban a las doradas pirañas quietas flotar en el medio acuático, dejándose llevar por el relajante sonido del filtro del agua. Esa era una de las funciones de aquel artilugio. Cuando ya el whisky, bajo el silencio, parecía que había hecho todo su trabajo relajante, el señor García-Santamaría volvió a su disertación con los documentos del tío lejano. Leyó, por fin, las condiciones que tenía que cumplir él para heredar la librería alcoyana y los plazos en los cuales esta misión tenía que ser ejecutada. Todo parecía haberse realizado con creces. Todo. Pero el notario se quedó ojeando una página de aquellos documentos, y, mirándolo fijamente a él después, le preguntó si tenía alguna prueba fehaciente de que había estado allí. Esto lo pilló desprevenido y también a su abogado, de tal forma que él hizo uso de su vaso de cristal de roca, todavía rebosante de whisky, llevándoselo de forma instintiva a la boca, vaciando su contenido de un segundo trago y estrujando las últimas gotas de alcohol que pudieran contenerse en su interior en un tercer trago, como comprobando que, dejando algunas gotas de aquel brebaje, con posibles efectos medicinales, pudiera significar una merma en su toque terapéutico. Su abogado se tensó un poco, sabía que la minuta estaba en juego. Otro silencio, esta vez sepulcral, se estableció en el despacho de los horrores. Le preguntó al señor García-Santamaría si no le importaba que volviera mañana, pero

este le dijo que eso era imposible, la cláusula cubría una sola visita al notario en ese período de tiempo. Además, mañana no iba a estar ya en Valencia. Todo esto hizo que sus pulsaciones comenzaran a subir más de lo debido. De forma instintiva, derrotado, sus manos cayeron sobre su tronco izquierdo, encima de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, que no se había quitado al entrar en aquel despacho, más por costumbre a llevarla que por descuido o temor a perderla. Notó un bulto en el lateral izquierdo que lo sacó de ese colapso paralizante y, mediante una catarsis, sacó del bolsillo interno su revólver Smith & Wesson M29, ese ejemplar de *Doktor Faustus*, escrito por Thomas Mann, que se había tomado la molestia de llevarse de la mesa de muestras, depositado causalmente en la librería de su tío lejano, no sabía muy bien por qué, para guardarlo en el bolsillo interno izquierdo de su sempiterna y desgastada gabardina nórdica azul descolorido, como hacía tantas veces con otros tantos libros. Pero esta vez, había adquirido un sentido muy especial para él. Dejó rápidamente aquel libro encima de la mesa de roble, dominando el despacho, enfrente del Sr García-Santamaría, quien lo miró a través de sus lentes redondas con curiosidad y lo tomó con su mano derecha. Pudo fijarse en los dedos regordetes de aquel hombre, en cuyo índice lucía un anillo con una calavera incrustada en un nido de serpientes. El notario comenzó a hojear *Doktor Faustus* con interés.

—No he tenido noticias de este libro desde hacía años. Tiene sin duda usted mucha suerte.

Y diciendo esto, le mostró un detalle que certificaba que aquello probaba que había estado en la librería. Todo parecía haber sido diseñado por su tío de forma premeditada. En la segunda página había una firma de su pariente afirmando que ese libro había sido encontrado por su sobrino ese mismo día en Alcoi en su librería, y que de esa forma la librería le pertenecía. El señor García-Santamaría no parecía muy extrañado, comprobó las letras y la firma y dijo que eran idénticas a las de su tío, por lo que podía quedarse con el establecimiento.

—Su tío siempre me llamó la atención por su carácter. Pero mi trabajo consiste en no juzgar a nadie.

Y, diciendo esto, él echó una ojeada a una extraña máscara africana, que tenía la boca cerrada, con anillas y grandes orejas complementadas por pequeños pendientes, que parecía mirarlo con una sonrisa burlona. Tras esto, su abogado le dio la enhorabuena y le conminó a firmar los documentos que le extendía la secretaria del notario. Tras las firmas correspondientes y el pago de las tasas, salieron de allí, y así se convirtió en el propietario de una librería en Alcoi.



Calle Colón, Valencia

CAPÍTULO IX



Nada más salir al bullicio de la calle Colón, en aquella tarde, comentó a su abogado que aquel notario era un poco extravagante y que podría haber buscado alguno más convencional. Este se paró y, un poco nervioso, le contestó que eso había sido idea de su tío fallecido y que a él tampoco le hacía gracia tratar con notarios de ese tipo. Tras este pequeño malentendido, le dio la enhorabuena por la herencia recibida y, con un breve y cordial saludo, se despidió de él a la altura de la estatua del banderillero Manolo Montoliu, muerto por el toro Cubatisto en la Real Maestranza de Sevilla. Ambos tomaron direcciones opuestas: él hacia su hogar y su abogado a un destino indeterminado. Tenía muchas cosas bullendo en su cabeza, por lo que, sin tener en cuenta a los viandantes rodeándolo en la acera, no tomó un camino predeterminado, dejándose llevar por sus pies con su característico andar y dejando a su cabeza divagar en su nuevo proyecto de vida. Sin tener en cuenta el tiempo transcurrido, descubrió pronto una razón para celebrar su nueva situación: un bar no muy concurrido con el cual se topó sin buscarlo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Estos fueron los santo y seña que se lanzaron él, tras comprobar en el reloj de la pared de aquel antro que ya eran casi las veinte pasadas, y el camarero agazapado tras una barra donde se exponían alineadas distintas bandejas, cuyo contenido sería capaz de quitar el hambre a cualquiera con solo su vista, y no por lo bueno.

—¿Una copa de vino?

Lanzó tal proposición viendo la escasa calidad de lo expuesto en la barra refrigerada del bar. Se conformaría con brindar a solas con sus pensamientos acerca de todo lo acontecido esa mañana. El

camarero le sirvió la copa de vino sin la liviana tapa de otros lugares, cosa que no echó de menos. Se conformaría saboreando el sabor de la vid. Pero aquel vino, tras tomar el primer trago, le sentó bien. Y en estas estaba cuando notó la mano de alguien tocándole el hombro derecho. Giró su cabeza a la derecha, buscando sin duda a quien había interrumpido la degustación de aquella copa en solitario. Pero allí no había nadie, y giró entonces la cabeza a la izquierda viendo la cara de un antiguo conocido suyo. Este tipo le recordó mucho a aquel personaje de Quevedo en aquella *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños*, en el que aquel encuentra al licenciado Flechilla, un tipo bastante peculiar en su aspecto y modo de actuar, tal como este. Ambos, con una amistad malinterpretada, se dieron la mano y saludaron, preguntándose como había ido la vida de cada uno de ellos.

—Hacía años que no te veía.

Aquel tipo, gesticulando mucho y mirándolo de arriba abajo como si estuviera inspeccionando un objeto nuevo de reciente adquisición, no paraba de darle golpecitos en ambos hombros.

—Yo tampoco te veía desde hacía tiempo.

Se le hacía un poco un nudo en la garganta al sentirse de esa forma, asaltado en plena introspección con su copa de vino.

—¿Me invitas a una copichuela?

Sin esperar su respuesta, el conocido demandó al camarero otra copa de vino, pero acompañada de una de las tapas mostradas en la vitrina.

—Y una de sepia.

No le hizo mucha gracia esa proposición culinaria. Aquella sepia solitaria de la bandeja tenía aspecto de haber sido rescatada del mar hacía ya varias jornadas, y de haber realizado varios trayectos itinerantes entre el frigorífico y la bandeja de la barra de ese antro. Pero ese lo acababa de pillar en un momento en el que se sentía desarbolado.

—¿Cómo te va la vida?

Y, tomando la copa del vino, que casi acaba en un trago para aliviar un poco la angustia que empezaba a sentir, se dio cuenta de que

aquello se acababa de convertir en un tercer grado sin buscárselo.

—Pues, no veas, no sabes las cosas que tengo que contarte.

Quizás sintiendo el revulsivo de aquel trago de vino, empezó a desperezarse y no sentirse tan bloqueado, contando a aquel trepa todas sus andanzas desde que se quedó sin el beneficio de las musas. La sepia, mientras tanto, iba desapareciendo del plato a una velocidad cósmica ante su mirada un tanto disimulada. Observaba el acto como una aberración culinaria más propia de alguien desesperado por llevarse algo a la boca a cualquier precio. Iba notando en la entrevista que los sorbos de vino le estaban dando más valor.

—Tienes que llevarme a Alcoi. Podríamos ser socios.

La cara de él se tornó amarillenta y macilenta. Eso era demasiado para su cuerpo.

—No, no, no… Prefiero tomar este proyecto por mí mismo.

—Yo podría darte muchos y buenos consejos.

Le empezaron a aparecer imágenes de antaño. No quería saber nada de él.

—Creo que ya es suficiente por hoy. Ha sido toda una sorpresa encontrarte de nuevo después de tanto tiempo.

Le espetó. La sepia seguía menguando, y el tipo responsable de ello la masticaba con un sonido desagradable.

—¿Me invitas a otra copa de vino?

Sus ojos se abrieron como platos. No podía ni ver ni escuchar lo que estaba viviendo en sus carnes.

—Si adivinas una adivinanza te permitiré acompañarme a Alcoi, pero si fallas, olvídate de tus planes.

—¿Una adivinanza?

Entre bocado y bocado de sepia, al tipo aquel se le estaba abriendo la curiosidad a la misma velocidad que su apetito voraz.

—Sí, adivina este acertijo.

—Cuéntame… Por favor.

La boca llena no le impedía hablar, intentando saciar su necesidad de averiguar la resolución del acertijo que se le iba a plantear. Lo miraba con cierto grado de desagrado, escuchando su masticar intercalado con sorbos profundos en la copa de vino.

—El vino me dará claridad de ideas.

Y, limpiándose la boca con una servilleta que arrancó del servilletero, se le quedó mirando fijamente con los ojos abiertos esperando la pregunta. Pareciendo dudar y tocándose el mentón, se preparó a lanzar la adivinanza. Para ello pensó en un clásico, el acertijo planteado por la esfinge a Edipo.

—¿Cuál es la criatura que en la mañana camina en cuatro patas, al medio día en dos y en la noche en tres?

Aquel tipo trepa se quedó un poco pasmado y sorprendido ante tal salida por lo que creía que era su víctima. Era un enfrentamiento de lo misterioso y desconocido frente al intelecto y la razón. Con un eructo, que alivió con un sorbo de otro largo trago de vino, pidió un tiempo de tregua con la mano derecha.

—No tenemos mucho tiempo.

Con frialdad, él colocó su reloj de faltriquera sobre la mesa.

—Tienes sesenta segundos a partir de ya.

Los ojos de aquel tipo se abrieron. Tic, tac, tic, tac, se pudo escuchar desde el reloj, mientras el bar estaba en silencio absoluto. Sin mover un solo músculo de su cara, parecía una estatua egipcia a punto de merendarse un trozo de carne cruda con ojos.

—¿No das pistas?

—No.

Y el segundero seguía su camino inexorable marcado por el dios Cronos en contra del candidato a resolver el acertijo, frente al Kairós acechante y no alcanzado. Quedaban ya pocos segundos para que la manecilla del segundero recorriera todo su periplo de trescientos sesenta grados en el reloj de faltriquera, observado con expectación por ambos. Un último trago de vino para matar la copa, en un vano intento de envalentonar los ánimos, le dio tiempo al buscavidas para lanzar su epitafio.

—Eres un cabronazo.

Y, llevándose la mano al pecho, empezó a respirar profundamente, como si en ese momento le estuvieran aplicando el garrote vil en el cadalso. Lo único entendible por él, entre tanto estertor, no fueron demandas de ayuda: aquel tipo quería averiguar la respuesta aun sintiendo la muerte en torno suyo.

—¿Qué es?

Pudo escuchar entre tanto estertor agónico, viéndolo ya medio amoratado y echando espuma por la boca. Por caridad, queriendo cumplir el último deseo del maldito trepa, le dijo la resolución del acertijo, que, por fortuna, todavía recordaba.

—Es el ser humano, que gatea de bebé, camina en dos patas en la edad adulta y utiliza un bastón en la vejez.

Tras cumplir su deseo fatídico, rápidamente se dirigió al camarero a solicitar ayuda para intentar salvar a aquel desgraciado. Este realizaba una confesión privada a pie de barra a un cliente, quien aparentaba un estado perjudicado. Algo habitual en él, parecía ser, pues escuchaba con empatía las largas frases que aquel no tenía con quien descargar fuera de su depósito interior. Llegó a la barra e interrumpió ese cívico acto tabernero.

—Hay un cliente que se está muriendo. ¿Hay algún médico?

La gente se le quedó mirando de forma incrédula. Hasta que él no señaló el lugar donde el buscavidas estaba sentado, con aspavientos y medio azulado, no se le tomó realmente en serio. El camarero, con una agilidad inaudita, saltó por encima de la barra y, como un rayo, derribando sillas y empujando mesas, llegó hasta el agónico. Lo tendió en el suelo y, tras liberarle la boca, empezó a comprimirle el tórax como un maníaco. Eso fue suficiente para rescatar al zombi de la barca de Caronte.

—¡Qué máquina!

Se escuchó en el murmullo del bar.

—¿Alguien llamó al ciento doce?

El camarero miró arrodillado a todos los espectadores. Hubo un silencio sepulcral. Todos observaban al buscavidas respirando ligeramente, tendido en el suelo.

—Lo llamé yo.

Dijo el que estaba realizando la confesión con el camarero.

—Vendrá el SAMU en pocos minutos.

Y así fue. En menos de diez minutos se pudo escuchar el sonido de la alarma de la ambulancia aparcando en la puerta del bar. Entraron tres sanitarios con vestimenta anaranjada que se hicieron cargo del moribundo. Lo sacaron en camilla.

—Cabronazo. La respuesta era incorrecta. ¿Qué me dices de los que se marchan en camilla?

Así dijo el buscavidas, de modo inesperado. En un vano intento de llevarse el gato al agua a última hora, agarró con la mano libre del gotero la manga de la desgastada gabardina nórdica de color azul descolorido y le comenzó a exigir una rectificación.

—Eso me lo comentarás más tarde al salir del hospital.

—Cabronazo. Me has engañado.

—Cuídate.

Y vio salir a aquella especie de licenciado Flechilla, ya sin poder habla, al serle colocada una mascarilla de oxígeno en la cara, «expulsado» del bar donde se lo había encontrado, con tan mala fortuna. Quedó sin fuerzas físicas ni psíquicas, sentado en la misma mesa donde había tenido la conversación con el buscavidas conocido de antaño, intentando leer algo, pero todo era inútil. La mente se le ofuscaba y las letras se le trababan mientras las leía sin lograr enlazar unas con otras. Todo era inútil. Pasó el tiempo así, con la mente en blanco, hasta que al fin decidió abandonar tan infausto lugar. Salió de allí sin tomar un camino predeterminado, dejándose llevar por sus pies, que parecían caminar por sí solos. De esta forma, el crepúsculo lo sorprendió caminando por las aceras de Valencia, en medio de un tumulto de gente trasegando de un lugar a otro con mercancías variopintas. Al final, se dio cuenta de que su caminar era un sinsentido y, cansado de deambular esquivando gentes, decidió volver a su hogar, a sedimentar mejor todo lo vivido. Tuvo que recorrer aún muchos cientos de metros, se había alejado más de lo previsto en su peregrino divagar. Al final llegó al portal de su finca donde, tras subir a oscuras los tres pisos de las escaleras y cada uno de los treinta y nueve escalones de forma pausada, estuvo acordándose del desaparecido administrador de fincas por el dolor en sus piernas tras el deambular sin rumbo fijo por su ciudad. Una cosa era realizar actividad física y otra cosa distinta era la vigorexia. Tras abrir la puerta de su casa, pudo al fin echarse en el mullido colchón de la cama de su dormitorio, dejando la luz apagada y la habitación en silencio, abandonándose de esta forma y permitiendo que el silencio hiciera la tarea de decantar los sedimentos

aprovechables de las fuertes corrientes descendidas ese día, útiles para el día siguiente. Por la mañana se despertó de forma natural, sin prisas, abriendo poco a poco los ojos bañados por los leves destellos de luz penetrando a través de los huecos de la persiana colgante en la ventana. Hizo un pequeño gesto, notando, de forma súbita, el todavía punzante, frío y lacerante dolor en el costado izquierdo que lo retrotrajo al viaje. Tenía la gran fortuna de haber sido previsor, pues tenía reservado encima de la mesita de noche unos analgésicos estupendos para aliviarle el dolor del día previo. Para ello, hizo un pequeño esfuerzo, no sin dolor, hasta llegar a la mesita de noche en un lado de su cama, alcanzándolos con cierta dificultad y tomando dos comprimidos de aquellos analgésicos tan efectivos para él, esperando que su alivio llegara cuanto antes. Se alzó con cuidado de la cama y no sin cierto dolor. El piso no era muy grande. Las ideas las tenía más claras respecto al día previo; debía hacer planes. Se fue al minúsculo cuarto de baño, anexo al dormitorio, y allí vio reflejado lo que parecía su rostro en el viejo espejo situado encima del lavabo. Lo que mostraba aquel prototipo reflejado no era la realidad que creía vivir, ya casi no la reconocía. Hacía mucho tiempo que no se miraba, y este le devolvía un rostro con unas marcadas y profundas ojeras negras en bolsas, arrastrando en gravedad ambos párpados inferiores en descenso, dándole un aspecto de un gran insomne. El resto de su rostro macilento estaba remarcado por una tez amarillenta, dibujada su faz con una barba prominente, llegándole hasta más allá de la barbilla, todo ello con un pelo ralo y desordenado cubriéndole un cráneo jupiteriano. Este aspecto desmadejado, casi demacrado, le hizo echarse un poco hacia atrás, no reconociéndose ni él mismo, llevándose las manos a la cara, mesándose las barbas hasta hacerse daño, con las manos alcanzando aquella cabeza, la cual no reconocía como propia, frotando con fricción sus madejas de cabello para asegurarse de que esa persona era él. Tras esta desagradable autoexploración, decidió abandonar el baño y salir de allí a terminar de despertarse con un buen café en la cocina. No hubo cena el día anterior, le recordaban sus retortijones intestinales. En aquella cocina todavía quedaban los restos de la cena de hace dos días: el esqueleto carnoso de un pollo

al horno sacrificado sin rituales. Previendo una invasión de insectos, lanzó los restos de esa carroña al cubo de la basura, y con calma, meditando sobre su yo, se puso a preparar un buen café, algo que se merecía todo ser humano. Afortunadamente, todavía quedaba aquel paquete de café de importación guatemalteco que tanto apreciaba y que hoy sí le iba a alegrar el día si lograba encontrar la cafetera entre el amasijo de cachivaches de cocina en la alacena del caos.

—¡¡¡Eureka!!!

Exclamó para sí mismo, con exultación, al encontrar la cafetera italiana de su madre, comprada ese día recordado de forma tan especial, cuando ambos fueron a aquella ferretería de la esquina de abajo y ella habló mucho tiempo con el ferretero sobre la posibilidad de conseguir allí trampas para ratas. Ese año, como en *La peste* de Albert Camus, hubo abundancia de roedores en las calles y era el tema de conversación del barrio, sin que las autoridades pareciesen tomar una actitud muy diligente. De esta forma, recordó al doctor Bernard Rieux, descrito por Camus, saliendo de su habitación y tropezándose con una rata muerta en el rellano de la escalera. El doctor, con dudas en sí mismo, advirtió al portero sobre la rareza de la existencia de aquel roedor en el interior del edificio. El portero, escandalizado, negaba tal posibilidad, afirmando que en tal caso la criatura había sido traída de fuera por alguien, siendo una broma. Negaba la posibilidad de la existencia de ratas en el interior del edificio. Mientras recordaba esta reminiscencia de su pasado feliz, iniciaba el deguste de la taza de café guatemalteco, mordisqueando la tostada de aceite con sal, con su cabeza comenzando a ejercitarse a toda velocidad. Tenía muchos hechos y realidades, y precisaba ahora poner en marcha un plan ejecutivo. Su situación literaria era nefasta. Llevaba una mala racha de cinco años sin producir una sola obra digna de llevar ese título. Estaba cruzando el Sinaí de la creatividad artística. Incluso ya no le llamaban de las tertulias literarias de las más pequeñas radios locales o de cualquier barrio. La prensa lo ignoraba en sus redacciones. Las musas habían traicionado a quien se consideraba hijo de ellas en los años de prosperidad literaria; de algún modo se había granjeado su

enemistad ahora. Debía de conquistarlas otra vez. En ese momento se dio cuenta de que solo vivía de rentas y estas menguaban a pasos acelerados, asomándose negros nubarrones en su horizonte. Esto le había abocado a llegar a la penosa situación de sugestionarse para buscar una vida mejor en el mundo laboral, lejos del mundo de la literatura, algo para lo que él no había nacido ni había contemplado nunca en su existencia. Su mundo estaba ligado a la tinta, la celulosa y las tapas duras. Debía planear un nuevo proyecto, y ya lo tenía delante de sí. Tomando las gafas que reposaban al lado de la taza de café, se quedó sonriendo para sí mismo ante la escritura de propiedad de la librería alcoyana y, lentamente, acercó la humeante taza, de la cual tomó unos pocos sorbos, saboreando su suave amargor. Se dejó transportar —con la mente en blanco y a medida que iba degustando el amargor seco del buen café que tanto apreciaba— a un mundo imaginario en busca de respuestas para su sequía creativa, como aquel personaje de Lewis Carroll. Inmerso en el onirismo, estuvo buscando a las musas que tanto echaba de menos en un mundo raro y desconocido por él. En este ritual pagano se encontraba inmerso, en el silencio de su cocina, sin verse distorsionado por sus incómodos vecinos, cuando de forma refleja, sin saber la razón, se le ocurrió alzar la cabeza para mirar de forma súbita a la única bombilla del techo que iluminaba aquella simple habitación, destellando de forma esporádica al parpadear su hilo de wolframio, dando signos amenazantes de fundirse y dejar de emitir señales de vida. Esta desaprensiva acción lo motivó a salir de su ensoñación dramáticamente por el dolor del costado, que le paralizó la mitad del cuerpo y, posteriormente, lo obligó a quedarse quieto durante unos minutos hasta que, poco a poco, el dolor fue mitigando lo suficiente para poder moverse unos metros y lograr llegar a su habitación, a por otros dos comprimidos de la medicina recetada por aquel médico de aspecto de delfín, que se suponía que lo aliviaban. Tras unos minutos, se quedó relajado en la silla, escuchando solamente el discreto ruido de la calle que comenzaba a llenarse de vida, a esas horas iniciales de la mañana cuando el sol despierta a la gente para crear ruido. Luego de volver en sí y recuperarse, pudo volver a la

cocina, donde se sentó en la silla. El café se había enfriado ya. Una lástima. Pero no era una excusa para dejar escapar una oportunidad como aquella de disfrutar de uno guatemalteco en vez del acostumbrado torrefacto peninsular. Defraudado por haber sido interrumpido de su onirismo, decidió terminar aquella ofrenda suya al café, pero sin grandes resultados. Quedándose en la cocina, rumiando su pequeña frustración, sus ojos volvieron a caer sobre la escritura de propiedad de la librería alcoyana, lo que consiguió alegrarle el día. Pesadamente, sintiendo somnolencia. Se fue a dormitar a la habitación para descansar un poco. En medio de sus sueños, como el señor Kurtz creado por Joseph Conrad, comenzó una somniloquía.

—Mi librería, mi prometida, mi posesión…

Al final, una gran carcajada lo hizo despertar, de forma abrupta, siendo interrumpida finalmente con un gran ataque de tos, para poder tomar un soplo de aire y no ahogarse él mismo. Casi desfallecido, fue a por un poco de agua, con la mente enturbiada por un sueño que apenas recordaba. Un poco consternado por lo poco que recordaba, *El corazón de las tinieblas* quedó abierto de forma caprichosa. Tropezó con el barullo de libros amontonados en una pila en el estrecho pasillo al dirigirse, casi como un sonámbulo, a la cocina a por el vaso de agua. Para no pasar por encima del ejemplar, se inclinó a recogerlo. Y por curiosidad, empezó a leerlo por la página abierta en el incidente de la caída. En el texto, Charles Marlow empezaba a discurrir a sus compañeros a bordo del Nellie las primeras impresiones sobre los romanos en la cuenca del Támesis y la conversión de esas tierras al mundo civilizado de la luz. De esta forma, se recreó en el personaje de Charles Marlow, capitán de un vapor belga, creado por el anglicanizado Joseph Conrad. Ahora estaba inmerso en un viaje al corazón de los libros, en su mundo imaginario, para explorar los dominios de un misterioso personaje desconocido, cuyo legado había heredado en forma de librería. La curiosidad y la inquietud lo acuciaban por la posibilidad de un nuevo renacer. Caminó en dirección al cuarto de baño y tomó su acostumbrada ducha espartana con la intención de despojarse de su vetusto aspecto de hombre abandonado. Buscaría una peluquería

para arreglarse el cabello y esas canudas barbas de Moisés. Con pasos decididos, cogió del antiguo perchero de madera la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, de la cual nunca renegaría y, con ojo avizor, entornó la puerta a discreción, asegurándose de que su vecina estuviera distraída en sus quehaceres. Salió de forma felina de su hogar, echando tres vueltas al pestillo de la puerta, al cual ya había tenido la buena cuenta de echarle unas cuantas gotas de aceite para que no hiciera ruido y llamara la atención. Con cuidado, descendió los desgastados treinta y nueve escalones de los tres pisos de la finca, tan sigilosamente como pudieron sus piernas. Ya en la calle, tomó un camino sin rumbo. No tenía ni idea de dónde había una peluquería y tampoco estaba dispuesto a preguntar a nadie dónde se encontraba alguna. Quería dejarse sorprender por la causalidad, eligió unas calles que comenzaban a llenarse de bullicio. La gente empezaba su día a día y a ganarse el jornal de una forma u otra: con su trabajo o haciendo el haragán a expensas de otros. Iba a lo suyo, sin rumbo fijo, asemejando uno de aquellos galeones españoles de los siglos pasados, cuando América, parte de Asia y Europa eran gobernadas por una misma corona. En esta vivía don Pablos de Segovia, al cual Quevedo le dictó un final, en el que se dice que, cambiando de mundo y lugar, mejoraría la fortuna, pero no era ni es así, ya que nunca se cambia de vida y costumbres; a pesar de cambiar de estado, las cosas suelen ir peor. Abstraído en nada, seguía caminando sabedor de que pronto partiría como aquel don Pablos a otro lugar, a probar nuevas fortunas lejos de su lugar de desdicha. Pero antes debía de mudar aquel aspecto desgarbado para dejar ir esos aires de Robinson Crusoe e iniciar una nueva etapa en Alcoi, como librero, con la ayuda de su mente, manos y los libros heredados de aquel familiar tan extraño. Al pararse en un paso de cebra en rojo, vio a su derecha el cilindro con tres colores: blanco, azul y rojo, en forma helicoidal, el clásico poste de barbero. Tras cruzarlo en verde, se dirigió a la barbería de puertas azules a inspeccionar cómo estaba la demora ante la trasquiladora. No había mucha clientela a esa hora de la mañana: tres empleados y un cliente. Sería una operación rápida, sin demora de espera, pensó.

—No toque las barbas.

Se sentó en la silla de la barbería, observándose fijamente, sin hacer caso al cliente que estaba antes.

—No se preocupe.

Así le contestó el peluquero.

—Quiero parecer un dandi.

Aquel comentario creó un poco de esperpento en el interior de la peluquería. Pero todo iba muy en serio. Un billete de veinte euros acalló las risotadas por parte del barbero y los demás.

—Solo las puntas de la cabellera. Respete las barbas de Moisés.

El joven peluquero tomó en conciencia a aquel extravagante cliente a cargo suyo, guardándose sus prejuicios. En un periquete acabó la faena, con plena satisfacción del otro cliente. Aquel salió satisfecho de allí como un dandi, conservando todas sus barbas peinadas, limpias y con sus cabellos estilados, dejando detrás de él toda una retahíla de comentarios referentes a las posibles filiaciones de tan semejante espécimen. Cerró la puerta azul, sin dar importancia ni escuchar. Ni siquiera se había detenido a mirarse al espejo a observar cómo había quedado la labor del joven barbero, que se las tuvo que ver con aquellas greñas tan desmadejadas y grasientas. Un café era lo que le pedía el cuerpo y un poco de lectura de *Doktor Faustus*, de forma sosegada, en cualquier sitio. Su bar preferido estaba demasiado lejos y no estaba para caminar esa mañana. De tal forma que entró en lo primero que se le cruzó en el camino: una cafetería de aquella zona que seguía aguantando el tipo ante el empuje de las franquicias y la amenaza de una quiebra próxima por el alza del alquiler del local. Allí aún se estilaba el estilo de antes, se veía en el ambiente. Los camareros iban vestidos con una camisa blanca y un chaleco negro con corbata. En la barra del bar se podían ver las tapas del día bien refrigeradas. Todo un lujo. La clientela del local era un reflejo de lo que expresaba. Nada que ver con aquellos bares cutres y guais que solía utilizar como zonas de atraque en sus divagares, donde pasaba horas leyendo y escuchando en medio de la gente que entraba y salía a tomar algo en ellos; aquellas conversaciones insulsas... Ese era el día a día cuando no estaba en su nido de águila, tentando a las musas.

—Un café solo con un cruasán. Por favor.

Le salió de su interior al acercarse a la barra.

—Marchando. Se lo servimos en la mesa.

Y de esta forma él, con pausa, se dirigió a una mesa próxima a la entrada de esa cafetería tan clásica. Se quitó su desgastada gabardina nórdica azul descolorido y la dejó bien doblada en la otra silla, habiendo antes sacado el ejemplar de la obra de Thomas Mann. Se puso a leerla muy concentrado, abstrayéndose del ruido del local y de la gente que salía y entraba por la puerta próxima. Hasta que llegó su café solo y el cruasán. Un delicioso cruasán de mantequilla recién pasado por la plancha. No tuvo miramientos. Despreció la cubertería y empleó sus dedos para la degustación de aquella bollería de origen vienés. Luego, en medio de la lectura, mareando el café con la cuchara, lo acabó antes de lo previsto. No supo medir el tiempo allí. Cuando vio en el reloj de la cafetería que las manecillas marcaban las trece, se dio cuenta del tiempo empleado en la narrativa de Serenus Zeitblom, por lo que decidió zanjar, por ese momento, la lectura y marchar a su casa. Tenía cosas pendientes importantes para el día siguiente, por lo que abonó la cuenta y abandonó la cafetería con una sensación de victoria. Al llegar a la puerta de la finca, coincidió con su vecina del tercer piso, que iba cargada con la compra proveniente del Mercado Central. Estaba un poco apurada y se detuvo enfrente de él poniendo los brazos en jarra, dejando dos grandes bolsas cargadas de vituallas en el suelo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Lo veo a usted muy mejorado. Ya no tiene ese aspecto desaliñado de antes. Hacía tiempo no le recordaba así, cuando vivía con su madre.

No pudo evitar cierto sonrojo ante esas palabras descerrajadas en su cara, lo que intentó ocultar desplegando el cuello de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, ya que ni aún sus barbas lo disimulaban. Aún le daban un aspecto de macarra de barrio. Rápidamente, de forma esquiva, abrió la puerta de la finca, agarrando gentilmente una de las pesadas bolsas de la compra.

—Muy amable de su parte.

Hizo caso omiso a las muestras de agradecimiento de su vecina, a pesar de su sonrojo creciente, percibiendo aún el dolor en su flanco izquierdo, de tal forma que en una carrerilla atravesó el zaguán de manera casi cómica hasta la puerta del ascensor.

—Vinieron esta mañana a arreglarlo.

—Entonces el administrador de fincas ya ha dado señales de vida.

—Sí, parece ser que el presidente de la finca se puso en contacto con él tras el incidente de la noche.

La buena nueva le sentó como agua de mayo. No se imaginaba haciendo labores de mulo de carga hasta el tercer piso, por mucho que *noblesse oblige*. Por lo que, haciendo una reverencia a su vecina, le deseó un buen día y, soportando el dolor, comenzó la subida de los treinta y nueve escalones hasta el tercer piso, calculando no coincidir en el rellano con la llegada del ascensor y su pasajera tan inoportuna. Estaba disponiéndose a entrar en su casa cuando sucedió lo inevitable: la puerta del ascensor se abrió y apareció su vecina con las dos bolsas cargadas de vituallas.

—¿No querrá usted comer conmigo hoy? Es martes y en la pescadería del Mercado Central hay unas cocochas de merluza formidables.

Quedó muy quieto, como si se hubiera petrificado.

—Está usted muy esmirriado. Debería de comer más proteínas.

De forma lenta, se dio la vuelta y miró a su vecina para decirle que ya tenía la comida lista.

—Muchas gracias. En otra ocasión. No es bueno desperdiciar los alimentos.

Y cerró la puerta con alivio. Esa tarde la pasó en su casa enclaustrado, preparándose para su nueva misión. Antes tenía cuentas pendientes, cabos sueltos que atar previa a su marcha a Alcoi. Fue a la sala de estudio, se conectó a su ordenador y desde allí entró por última vez a *Kingdoms of Camelot*; era hora de cerrar ese vertedero de lágrimas. Ya no era necesario buscar a las musas allí, ahora debía dejar todo preparado en su nido de águila antes de comenzar su vida como librero en Alcoi. Para ello debía acondicionar el acuario de los peces del lago Malawi a su ausencia durante unos días. Preparó un comedero automático para funcionar durante al

menos dos semanas, calculó. Luego comió algo y se puso a ojear el prólogo de *2001: Una odisea espacial* de Arthur C. Clarke en su sofá. Este recordaba a los lectores que aquella lectura era únicamente una obra de ficción, siendo la verdad, como siempre, más extraordinaria. Y en los anillos de Júpiter quedó dormido en sueños, acodado en su sofá como un niño chico, recogida la manta sobre sí mismo para guarecerse del frío y la humedad reinante.

CAPÍTULO X



Ese día se despertó muy temprano, puesto que el día anterior lo había planeado casi todo: iría a tomar acto de posesión de la librería de su tío en Alcoi e intentaría poner en marcha el negocio lo antes posible. Necesitaba una fuente de ingresos rápidamente y una librería no era una cosa nada baladí para él en las circunstancias en las que se encontraba. Tomó el primer tren con destino a Alcoi con un equipaje ligero consistente en un macuto, su sempiterna y desgastada gabardina nórdica azul descolorido —armada con dos ejemplares para la ocasión, elegidos a ojo, embozados en los dos bolsillos internos laterales que lo resguardaba de la humedad de aquel ambiente propenso a la tos— y su libro de viaje actual: *Doktor Faustus*, que lo mantenía extasiado, y en aquel espíritu robinsoniano tan propio de él. Tras más o menos dos horas de trayecto en tren llegó a la ciudad de los puentes. Como conocía del viaje previo el camino desde la estación ferroviaria a la librería en la calle Entenza, no se entretuvo en aquella estación vulgar. Se encaminó con decisión hacía su nuevo futuro abierto ante él, como un gran horizonte sin fronteras. El aire soplaba muy frío y seco desde las alturas de la sierra de Mariola, por lo que tuvo que desplegar las solapas de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido sobre su cuello, abrochándose de forma meticulosa y mecánica, uno a uno, cada uno de los botones de esta, hasta quedar herméticamente cubierto por la prenda de marras, abrigándose en ese día de octubre muy encapotado, en el que, nada más salir del vagón, el cielo comenzó a dejar caer copos de nieve. De esta forma, comenzó su ruta con el destino fijado en el testamento de su tío. A medida que iba caminando por la acera, los copos iban cuajando en su cabeza y sobre su desgastada gabardina, ya muy recogida sobre su cuerpo, con las manos guarnecidas en los profundos bolsillos exteriores,

teniendo que dar un pequeño ajuste a la mochila, con sus escasas pertenencias de viaje, colgando en su hombro derecho. Echó una mirada atrás, observando cómo la intensa y copiosa nevada, cayendo cada vez con mayor intensidad, estaba borrando sus huellas, marcadas profundamente en la nieve virgen por sus pasos unos instantes antes y dejadas atrás como trazos de una senda ilusoria a seguir, testigos fugaces de su paso por esas calles, ahora vacías de transeúntes. Se vio por un instante llevado al Moscú de 1929, viendo marchar el tren, en el otro lado de la calle, bajo aquella cortina blanca que difuminaba todos los colores y borraba sus huellas, dándole un aspecto blanco al paisaje de la ciudad alcoyana, como de estar en otra latitud, donde veía a un doctor Yuri Zhivago bajar apresurado de aquel tranvía, en medio de una multitud, detrás de una mujer vestida de lila, y viéndolo caer al suelo inerte como víctima de una crisis cardíaca. Pero allí no había la multitud descrita por Boris Pasternak. No tardó en alcanzar su librería, llegando a ella en pocos minutos, a pesar de su andar, no encontrando todavía a nadie en la vía pública. Era demasiado temprano y la meteorología no acompañaba a salir a exponerse a las inclemencias. Solo un orate sería capaz de salir por las calles de Alcoi, en aquellas condiciones, a aquellas horas, o motivado por una causa mayor de emergencia que lo justificase. Tenía ya témpanos de hielo cayéndole sobre sus fosas nasales. Demacrado y carente de hechuras, embutido en aquella desgastada gabardina nórdica azul descolorido, ahora empapada, dándole el aspecto de algún espectro huido del Averno por un descuido de Hades, se colocó delante de la persiana oxidada de la librería en la calle Entenza 22, observando con más nitidez que en su primer viaje el feo grafiti representando a ese ser grotesco con tres cabezas. Esta vez las bocas parecían esbozar una sibilina carcajada, cada una más tenebrosa que la anterior, sin disimular sus terroríficos blancos dientes, pareciendo más afilados y resplandecientes que la primera vez. Simulaban encías que querían ser exhibidas por la bestia, cada una de las tremulantes campanillas de las tres gargantas abiertas en su carcajada, como emitiendo un sonido que él no llegaba a captar y que era acompañado por el tintineo de las trinas lenguas bífidas. Estas, enroscadas entre los blancos colmillos

afilados, simulando el marfil, emergiendo en líneas simétricas de cada uno de los maxilares, evocaban el sonido de un réquiem macabro que le producía grandes escalofríos en su espina dorsal. Aquello que escuchaba no era otra cosa que el «Réquiem en re menor» de Wolfgang Amadeus Mozart, del cual, gracias a su escaso latín, pudo entender un claro:

Cor contritum quasi cinis
Gere curam mei finis[2]

Tomando todo esto como un efecto sonoro provocado por el aire helado de la sierra de Mariola que se acababa de levantar, cayendo como un sifón desde la montaña, buscó con su mano derecha aturdida por el frío el manojo de llaves en el bolsillo derecho externo en la desgastada gabardina nórdica de color azul descolorido, realizando un gesto para quitarse de encima la costra de nieve cuajada sobre sus hombros. Se estaba agachando para abrir el pestillo de la oxidada persiana, echando alguna que otra ojeada a aquel feo grafiti que tenía encima, a escasos centímetros, como notando un aliento putrefacto de aquellas tres bocas abiertas, cuando escuchó unos pasos amortiguados por la nieve acumulada en el suelo. Se enorgullecía de tener un oído muy fino y ni el viento ni la nieve cayendo fueron capaces de enmascarar el ruido de esas pisadas, provenientes de su izquierda.

—Asquerosa rata callejera. Pensé que los individuos pertenecientes a tu especie se habían extinguido en épocas antediluvianas.

Se quedó quieto un momento, no sabiendo muy bien cómo responder ante ese comentario. Previendo algo desagradable de aquel desconocido, se levantó de forma súbita, girándose hacia el lado en que estaba, notando *ipso facto* el dolor en el costado izquierdo, que le hizo emitir un pequeño quejido.

—No te van a servir esta vez tus trucos, rata asquerosa. Mis palabras denotan tu sentido de culpa.

Las expresiones que le iba dirigiendo lo iban desarbolando poco a poco, ya que no entendía nada. El dolor le hizo adoptar una posición antinatural frente a aquel tipo, que se le quedó parado en la acera,

en medio de la nevada, permitiéndole distinguir tan solo una tenue difuminación, como en una acuarela echada a perder bajo el agua.

—Tus demonios internos están muy alborotados. Pronto lo estarán más cuando tu sangre entre en contacto con el filo de mi puñal bañado en agua bendita.

Esto que escuchó fue el *summa iniuria*. Ante lo cual, con aires de diplomacia, levantando su brazo derecho hacia arriba con los dedos alzados, en signo de tregua, exigió al beligerante y desconocido algún tipo de explicación. Explicó que venía de Valencia a Alcoi a ver el local que había heredado de un familiar fallecido.

—Entonces, ¡¿la rata asquerosa murió finalmente?!

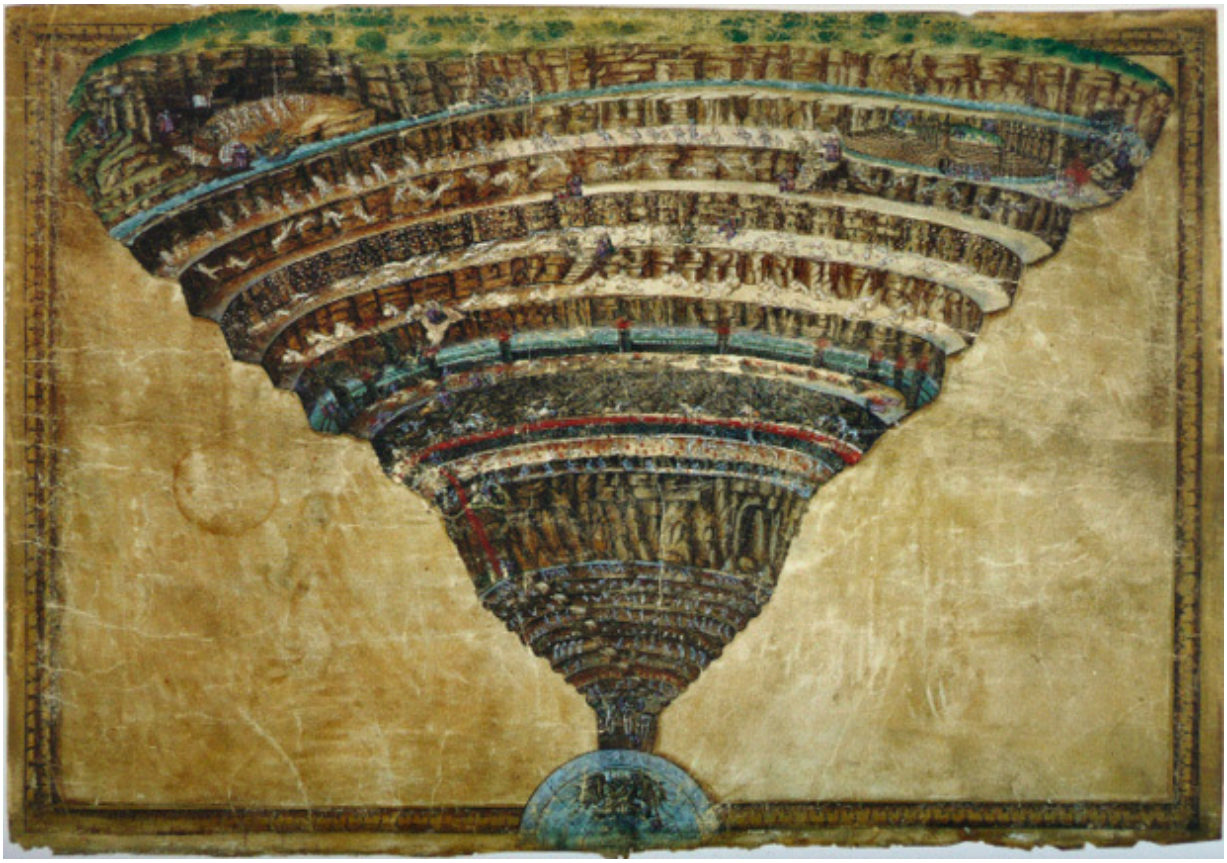
El hombre parecía muy exultante al escuchar la noticia del fallecimiento de su familiar lejano. Sin mediar más palabras, desapareció por donde había venido como un ángel de la muerte. Quedó más tranquilo y sosegado al ver marchar, entre la nieve cayendo con más ímpetu ahora, ese parlante espectro amenazador. Con un tembleque en las manos, no sabiendo si era por el frío envolvente del aire o la impresión sufrida, hizo el segundo amago de apertura de la persiana oxidada. Al hacerlo, se dio cuenta, mirando hacia aquel feo grafiti con sus tres cabezas, cómo gesticulaban con una mueca burlona diferente, emitiendo un sonoro ruido, muy desagradable para los delicados oídos de él, como el del agua yéndose por la pila de un desagüe a una altísima velocidad. Bajó rápidamente la mirada, centrándose en la tarea de apertura de aquel cerrojo, aterido por el frío reinante de aquella mañana y todavía notando el dolor en su costado izquierdo, por lo que tomó con sumo cuidado el acto de abrir la oxidada persiana de la librería en la soledad de la calle. A pesar de que había tomado precauciones después del incidente con el individuo, tomando con rapidez una dosis analgésica doble, aún de esta forma notó de nuevo el dolor en el en el esfuerzo de ingresar a la librería antes de las ocho y media de la mañana, el que lo indujo a emitir un pequeño quejido, hasta lograr abrir la persiana lo suficiente para introducir su escueto cuerpo por el hueco, logrando entrar en el interior de *su* librería. Ya en el interior, con la linterna que se había agenciado, comenzó a moverse con más tranquilidad que la primera vez que entró el día

que colocó la pica en su posesión. Buscó el conector de la luz y, tras una aventura más larga de lo previsto, pudo conectar la luz eléctrica dentro la librería. La lámpara en forma de araña de tres brazos, colgada del techo, comenzó a emitir destellos dentro de la sala única, con sus bombillas disponibles, despertando de un largo letargo, al igual que lo haría un cancerbero tuerto que se pone en guardia. Iluminaba finalmente una habitación de medianas dimensiones, cuyas paredes estaban todas tapiadas de grandes estanterías repletas de legiones de libros alcanzando el techo. Todo esto lo impresionó sobremanera. El olor a celulosa impregnaba todo el habitáculo, llegando a sus fosas nasales, lo que le producía gran deleite y apertura de una curiosidad insaciable por descubrir lo que su pariente lejano tenía en aquel local tan estimulante. Era como si hubiera una fuente de feromonas oculta en el lugar, impregnando su esencia en todo su contenido; se había despertado una curiosidad exacerbada dentro de él por encontrar algo. Empezó a sentir calor y la sudoración de la excitación que empezó a notar dentro de su pecho, como un río de lava, brotando el magma desde un cráter abierto, lo hizo quitarse la desgastada gabardina nórdica azul descolorido para dejarla colgada en el picaporte interno de la puerta de la librería. No podía contenerse de la emoción. La primera vez que estuvo allí dentro no fue consciente de lo que tenía delante de sí, o su ánimo no lo empujaba a percibir el valor contenido en aquella librería. Allí estaba la biblioteca de Alejandría, perdida por los antiguos, y él era dueño de ella. Dio varias vueltas, caminando alrededor de la mesa de exposición, que ya conocía de su primera visita, y en la cual aún resaltaba la marca sin polvo en la que estuvo *Doktor Faustus*. El orden estricto en la mesa seguía tal cual lo había observado en su primera visita, pero sin ser aquella primera valoración tan exhaustiva y afamada como la de este segundo momento. Se deleitaba contemplando la forma en la cual se habían colocado esos libros apilados, uno encima del otro, de forma exageradamente ordenada y simétrica, como lo harían los aztecas con sus pirámides. Todo el conjunto no hacía pensar que lo allí dispuesto era fruto del azar, y esto le sobrecogió aun más de excitación. Casi entrando en un éxtasis de emoción y veneración por

su familiar fallecido, no atreviéndose a volver a tocar el conjunto de libros ni la mesa, por la posibilidad de cometer algún tipo de sacrilegio, se dio la vuelta con cuidado, mirando hacia arriba en dirección a la lámpara de tres brazos colgando del techo, que parecía estar vigilándolo desde unas figuras extremas y terminales, en actitud hostil, con cada uno de los tres brazos, que, como gárgolas, lo acechaban y medían todos sus movimientos. Estaba dando pasos hacia atrás, sintiéndose traspasado por aquellas gárgolas inquiridoras, cuando de repente, en uno de aquellos pasos de retirada y huida, buscando un refugio ante tanta búsqueda de lo íntimo y privado, sintió que su pie izquierdo fallaba al no encontrar dónde apoyarlo y sintiéndose desequilibrado. Su cuerpo empezó a caer hacía atrás, como si fuera atraído a un abismo oscuro, donde la luz de la lámpara de tres brazos no llegaba a iluminar, manteniendo ese espacio lateral al lado de la mesa de exposición en la máxima penumbra. Sus torpes y escasos reflejos aún le valieron para poder asirse, con la fuerza y vitalidad de un náufrago, a un aro salvavidas perdido en medio de la mar, o más bien a las barandillas de la escalera con ambas manos, lo que lo salvó de caer como un objeto inerte, rompiéndose con probabilidad la crisma en un descenso libre a lo largo de una estrechísima escalera en descenso, donde la integridad de sus huesos no estaba asegurada, bajo unos angulosos escalones que insinuaban un caracoleo en medio de la más profunda oscuridad. Quedó parado, bloqueado de espaldas al abismo abierto. Anuló así todas las sensaciones previas acerca de aquella librería. La adrenalina circulaba a un volumen descomunal por su sistema circulatorio y su corazón lo percibía casi fuera de su boca, exhalando en cada latido un hálito de vida cada vez más exangüe. Sus piernas enclenques le temblaban de tal forma que casi no podía mantenerse en pie sobre aquellos afilados escalones. Su situación era crítica, la tensión de sus brazos no iba a aguantar mucho el peso pluma de su cuerpo, mientras su cabeza, cayendo pesadamente sobre su pecho, intentaba tomar control sobre aquel caos de materia en crisis. La posibilidad de caer al abismo oscuro por las escaleras en caracol flotaba como una amenaza fantasma, condenándolo a una muerte segura y en el más ignominioso anonimato. Su ánimo y amor propio

vencieron al fin y, sacando fuerzas como un ave fénix de donde no las hay, renació flexionando sus enclenques piernas temblorosas, impulsándose con sus flácidos brazos, más acostumbrados a cargar libros y escribir a mano que en el ejercicio muscular, realizando la tarea hercúlea de levantar ese cuerpo de alfeñique. Ya en pie, y tomando un respiro con tranquilidad, consciente del peligro al que se había expuesto, se hacía preguntas sobre esas escaleras. Dando vueltas en la librería, recuperándose de todo lo vivido, se dio cuenta de un dato sobre el cual no se había apercibido anteriormente, quizás por la mala iluminación de la lámpara del techo. Encima de la entrada a las escaleras de caracol había colocado un cuadro, en la penumbra, representando algo parecido a un cono invertido; la mala iluminación de esa zona no dejaba percibir mejores detalles. En principio, no le dio mayor importancia, considerando aquello como *algo más* de su pariente lejano fallecido que había que respetar. De esta forma, poco a poco, otra vez en el ambiente de la fragancia de la celulosa que se inhalaba en medio de tantos libros, se fue cargando de ánimos y nuevas ideas, olvidando el episodio. Pensando y dándole vueltas, se fue haciendo a la idea de que tenía que ser más expeditivo en sus acciones y que aquello no había sido nada más que una mala pasada, de la cual tenía que sacar sus propias conclusiones. Tomando un poco de aire, disfrutando de esas esencias que se respiraban, se fue yendo arriba y, con decisión, quiso investigar la entrada de aquella misteriosa escalera de caracol. Al llegar a los pies de ella, haciendo caso omiso de las miradas de las tres inquisidoras gárgolas, se dio cuenta de que no había forma de activar ningún mecanismo de iluminación a la vista en el descenso de aquellos escalones afilados, por lo que se quedó a sus pies sin descenderlas, vislumbrando los primeros difuminándose con posterioridad por la oscuridad más absoluta a medida que descendían en la profundidad del piso. Dando unos pasos con precaución y bajando, atreviéndose a la más oscura y profunda oscuridad, pudo percibir un extraño olor emanando desde lo más hondo del sótano, desde las profundidades de allí abajo, de lo desconocido por él. Era un olor pesado, cargado de una humedad pegajosa, algo que le producía cierto grado de repulsión. Con

desagrado y cierto asco, dio media vuelta al corto camino, alcanzando el nivel de la superficie con los olores amables de la celulosa, que tan gratos le resultaban. Ante esta disyuntiva, quedó medio bloqueado debajo de la lámpara de tres brazos en medio de la sala de la librería, sin saber muy bien qué hacer, hasta que llegó a encontrar una alternativa a la contradicción. Firme, fue a la puerta de la entrada donde, con cuidado, con la idea de ventilar todo aquello, abrió del todo aquella persiana oxidada con el máximo cuidado, sabedor de las anteriores experiencias en sus carnes. Una nueva luminosidad entró en la sala de la librería, que hizo inútil la función de la lámpara de tres brazos del techo. Se hizo la luz en todo el sitio, llegando a todas las esquinas, inclusive a los más reacios lugares a ser alcanzados por la luz artificial. Empezó a darse cuenta de la gran cantidad de inmundicia acumulada sobre tanta obra literaria, pasto de un prolífico conjunto de seres de distinta naturaleza que debían ser exterminados con la mayor prontitud por el bien de las Letras. Todo era cuestión de adoptar un plan de actuación minucioso. Lo primero que hizo fue agenciarse una escoba y un recogedor, y comenzar a sacar de allí los pesos pesados de la mugre. El polvo que desprendía toda su actividad era tan intenso que eran frecuentes sus salidas al exterior, a tomar unas bocanadas de aire fresco para poder respirar. Salían cubos de mugre, antes escondidos debajo de los armarios, con restos orgánicos de los habitantes de la librería en distintos estados de momificación. Algo que le provocaba varias series de arcadas, algunas de ellas productivas en escasa cantidad por no haber casi comido en todo el día. De todas formas, su ímpetu no cesaba y su labor como liquidador de escoria no tenía límite. La librería estaba adquiriendo un aspecto esplendoroso a lo largo de tan solo una mañana. La última acción fue fregar el suelo que, tras varias fricciones, comenzó a mostrar un enorme dibujo escondido debajo de varios milímetros de sedimentos de espesor, representando el espacio estrellado de la Vía Láctea. Esto lo entusiasmó sobremanera, llegando a fregar el suelo de cuclillas y con más ímpetu, centímetro a centímetro, extasiándose cada vez que descubría uno de los elementos de ese infinito firmamento.



Mappa dell'Inferno

---

2 N. del E.: «Con el corazón casi hecho ceniza/ Apiádate de mi última hora».

CAPÍTULO XI



Ya concluida su tarea de creador, y agotada por lo menos esa media jornada, pensó en ir a tomar algo en el único lugar que él conocía para comer, el bar Filà Els Cremats. Con cierta sensación de victoria se dirigió, ya con la claridad de la luz solar entrando plenamente por la puerta de la librería, a las escaleras de caracol, con sus escalones afilados y su nauseabundo olor ascendente de las ignotas profundidades. Antes de llegar al primer escalón, recayó en el detalle del cuadro, con aquella pirámide invertida representada de forma tan curiosa. Se quedó mirándolo durante un tiempo. Estaba tan estratégicamente colocado en la entrada de las escaleras que su imaginación empezaba a volar sin frenesí. Tras un tiempo de estudio del cuadro y su situación, recordó esa imagen como la del infierno de *La divina comedia* de Dante, pintada por Botticelli. Una extravagancia más de su lejano pariente alcoyano. Se quedó observando aquel cuadro renacentista, al tiempo que apreciaba cómo el aire que entraba por la puerta iba ventilando el rancio aire a fermento, emanado de algún lugar de las profundidades. El mediodía había acabado en victoria a base de emplearlo en barrer y fregar el suelo, el polvo, los insectos y las ratas; los antiguos dueños de aquellos lares se habían marchado. Había llegado la época de la reconquista. Los viandantes, seres curiosos por naturaleza que pasaban por la calle, no podían evitar pararse y asomar un poco su cabeza a través de la puerta, fisgoneando al sentir la frenética actividad en el interior de la antigua librería del huraño librero, que —sabían— había sido asaltado aquella noche del *Mig Any* por una *filà* cristiana. Los asaltantes habían entrado en la librería armados con trabucos y espadas. El librero fue encontrado malherido al día siguiente, precisando ser traslado en estado crítico al hospital Verge dels Lliris.

Fue una noticia que corrió como la pólvora por todo Alcoi. El librero no gozaba de muy buena prensa en ciertos sectores de la sociedad alcoyana, se rumoreaba que practicaba las artes oscuras y la nigromancia. Por otra parte, algunos foráneos eran asiduos visitadores de su librería, lo que despertaba aun más las suspicacias precisamente de esos sectores. Nadie conocía sus lazos familiares, pero siempre se había dicho que sus orígenes eran de Alcoi. Tras el alta médica, su actividad frenética se multiplicó, hasta que en el día de Sant Jordi recibió otra visita de otra *filà* cristiana, esta vez más letal, que acabó con la vida del librero de forma sádica. Las historias recorrieron todo Alcoi, sin saberse quiénes eran los asesinos ni el motivo de aquel crimen. Tras terminar las tareas de limpieza en el interior de la librería quedó agotado. Cerrando la oxidada persiana lentamente, y sintiendo el esfuerzo realizado, notó sus miembros poco ejercitados para la actividad física más ágiles de lo normal si se trataba de echar el cierre. De forma sorprendentemente rápida, quedó de nuevo frente a frente a ese horrible grafiti de tres cabezas, mirándolo directamente, con sus seis ojos. Se dio cuenta de que aquellos seis ojos lo observaban dentro de sus propios ojos, inquiriéndole algo inquietante, mientras sus bocas realizaban una representación al unísono de algo mímico, al ritmo de sus lenguas bífidas bailando de un diente a otro. Eran dientes afilados, como colmillos de un narval, al igual que lo haría un trío de pianistas sentados en unos taburetes, aporreando las teclas de tres pianos, emitían ritmos restallando en cada uno de sus gestos. Desde esa corta distancia, llegaba a tener la impresión de recibir salpicaduras de cada restallo, en primera fila de aquel bizarro espectáculo. Con esta desagradable impresión se fue por fin, con el estómago revuelto, al bar a retomar sus escasas fuerzas restantes. El día estaba plagado de acontecimientos. No había tenido todavía la oportunidad de dedicarse a la lectura en ningún momento, allí esperaba encontrar un momento para distraerse en su pequeña gran pasión. Una vez en las cercanías del gran portón de madera, barnizado con cristales de color marrón con intención de camuflar aquel sitio clásico, se le cruzó una mujer, a la que cedió el paso. Tenía una bufanda de visón albino y los ojos pintados con rímel.

Parecía esgrimir una leve sonrisa burlesca. Ella, sintiéndose un poco ofendida por la concesión, se quedó parada enfrente del gran portón.

—No te tomes esas molestias conmigo. Pareces un enfermo del Parkinson al que hay que darle carrerilla. Llegaste primero a la puerta, pasa primero.

Esto desencajó sus cuadernas. Nunca había recibido tal descarga a bocajarro desde un buque de tres líneas capitaneado por una mujer, quien lo desarbolara con aquella andanada tan descarada, echándole a pique el palo mayor y el trinquete a las primeras de cambio. Con cierto disimulo, arremangándose de forma desgarbada las mangas de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, dio un pequeño empujón al gran portón de madera barnizada con cristales de color marrón, con semblanzas mentirosas, y entró en el bar. Lo siguió aquella mujer que le había rechazado su cesión caballeresca de forma tan tajante. En el ambiente persistían los olores extraños de la última vez, que tanto lo embriagaron, de tal forma que se animó a descargar toda su ilusión en esa mujer que lo había desarbolado de forma tan abrupta. No quería rendirse de forma tan ruin.

—¿Querrá usted compartir mantel conmigo, verdad?

Ella se le quedó mirando de arriba abajo, como sintiéndose ofendida por alguien que la hubiera salpicado con algún producto especialmente aceitoso en su vestido de último diseño.

—¿Estás hablando conmigo?

—Sí, con usted.

—¿Y por qué debería tomar algo contigo?

—Creo que está usted sola y este restaurante ya lo conozco yo.

—Muy interesante. Harás de cicerón en este lugar impregnado de fragancias ignotas, con origen todavía por descubrir.

Ambos se dirigieron a una mesa, al lado de la puerta, donde se les acercó un camarero a preguntarles su demanda. Le acercó la hoja con lo ofertado ese día, y ella quedó mirándola con los ojos entornados, como una persona acostumbrada a la investigación de textos, hasta que, al fin, un poco aburrida de leer ese lenguaje, se la devolvió.

—Elige tú, mi cicerón. Me fío de tu experiencia como catador de delicias del paladar.

No pudo esconder en su rostro barbudo cierto enrojecimiento que le llegaba a las orejas, dejando mostrar una sonrisa esbozada a pesar de sus barbas de Moisés.

—Una pericana y una *picaeta* de anchoas con olivas rellenas.

—¿Qué querrán de beber?

Se quedó mirando a la mujer con expectación.

—Yo tomaré agua con gas.

—Yo preferiría una copa de vino de la casa.

Los dos se quedaron en silencio sentados al lado de la ventana. A él se le había olvidado quitarse la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, por la gran incomodidad que le producía la intimidad del momento con esa mujer desconocida que lo había descerrajado a bocajarro, de forma tan impune, en la puerta del restaurante.

—Me estás dando calor con esa gabardina encima de ti. ¿No te da sofoco estar embutido en ese trapo dentro de este horno?

Allí hacía mucho calor, era verdad. Dándose cuenta de su realidad, se puso en pie y, de forma desordenada, comenzó a quitarse la desgastada gabardina nórdica azul descolorido con tal torpeza que el libro que portaba, dibujando sus contornos en el bolsillo interior izquierdo de su prenda inseparable, cayó a los pies de aquella mujer, quien no pudo evitar darse cuenta del incidente. Ante los torpes intentos de él por recuperar lo suyo, ella, de forma ágil, no tuvo más que girar su tronco para agarrar con su mano izquierda el libro caído y depositarlo con gracia encima de la mesa, ante la mirada pasmada de él, quedando un poco doblado enfrente de ella, como esa escultura griega del Discóbolo. Estaba aquejado otra vez por un nuevo episodio de dolor en el dorso izquierdo, dejándolo estático durante breves instantes, como un pasmarote, mientras ella ojeaba las tapas desgastadas del ejemplar de *Doktor Faustus*.

—Así que te gusta Thomas Mann.

Dijo ella, con la mirada fija en el libro, ignorando el estado físico de él, que poco a poco fue tomando una postura menos similar a la de un figurante de maestro escultor. Con su desgastada gabardina nórdica azul descolorido en la mano, se sentía desarmado, además

del libro en manos ajenas y, con cierto reparo, en pie delante de ella, extendió su mano derecha suplicándole la devolución.

—Siéntate, por favor. Hablemos un poco.

De forma obediente, se sentó en la mesa sin perder de vista su ejemplar, su objeto más valioso en esos momentos.

—Todavía no nos hemos presentado. Es justo que me presente antes de que compartamos mesa, ¿no crees?

Asintió con los ojos abiertos, temiendo de aquella mujer extraña un juego de manos que hiciera desaparecer el libro de su vista en un birlibirloque, permaneciendo mudo como una esfinge.

—Mi nombre es Matilde Gómez-Acebo Sáenz de Heredia y soy licenciada en Filosofía y Letras. Trabajo como becaria en el Instituto Cervantes de Madrid.

—Yo me llamo Aurelio Romero, escritor en horas bajas y ahora librero por necesidad.

Matilde se le quedó mirando con aire de incredulidad, como si se hubiera encontrado un personaje de aquellos que estudiaba en la carrera e, incluso ahora, en su etapa de becaria de doctorado.

—Pareces un personaje sacado del esperpento de *Luces de Bohemia*.

En ese mismo instante el camarero llegó con la pericana y la *picaeta* de anchoas con olivas rellenas.

—Falta la bebida.

Replicó Aurelio un poco exaltado ante el abordaje en toda regla de Matilde sobre su persona.

El camarero lo miró con cara poco amistosa y dio el aviso a la barra para que trajeran el vino y el agua con gas a esos dos comensales.

—Y ahora, entrégueme mi libro.

El habla de Aurelio era cada vez más rápida y a trompicones, siendo calmada cuando Matilde le entregó el ejemplar de *Doktor Faustus*, previamente lleno de anotaciones. Y entonces, el camarero acudió con una copa de vino de la casa para él y una botella de agua con gas para Matilde. Había estado deseando esa copa como algo revitalizante, un maná en mitad de aquella aridez. La tomó y bebió un gran sorbo, dejando en sus bigotes espesos una huella. Todo esto comenzaba a parecerle a Matilde cada vez más divertido y

grotesco a la vez, cosa que alteraba las acciones de Aurelio de forma inquietante.

—¿Podríamos visitar tu librería?

—No tengo libros en venta todavía.

—Siempre hay una primera vez.

—No todavía.

Aurelio escuchaba a Matilde con la boca llena de pericana, que asaltaba con bastante apetito después del duro trabajo realizado durante la mañana, intentando olvidar los momentos más desagradables de la limpieza. Esto con largos tragos de vino intercalados, sin perder un ojo a la mujer, muy entretenida en las aceitunas rellenas que elegía de forma muy selectiva, de una en una. Llevaba sus carnosos labios pintados de rojo intenso, para darles un mordisco con unos dientes blancos como el marfil, revelando el contenido del interior de la aceituna: un relleno que parecía degustar con fruición. Esto iba alterando un poco a Aurelio que, queriendo acabar ya ese aperitivo expedicionario organizado por él, levantó la mano pidiendo la cuenta.

—No, no… No te preocupes. Considéralo una comida de trabajo, yo estoy en Alcoi de visita, conociendo su etnología para un trabajo literario.

—Es tiempo, para mí, de volver a mis quehaceres en mi librería.

Remarcó el posesivo. Aurelio buscaba, de algún modo, zafarse de aquella mujer una vez saciado su apetito, pero también curiosidad de conocerla y alegría por haber recuperado su estimado ejemplar de *Doktor Faustus*. Luego, se dio cuenta de que aquella mujer era más peligrosa que un morlaco suelto en un encierro de San Fermín. Con más prisas que un corredor novato perseguido por seis reses bravas, salió de Filà Els Cremats tras ver cómo apoquinaba el almuerzo su incómoda compañera de mesa. Le hizo una rocambolesca despedida y se enfundó su desgastada gabardina nórdica azul descolorido tras traspasar, él primero, el gran portón de madera barnizada. Antes, Matilde, un tanto interesada en aquel hombre extraño, le entregó su tarjeta de visita.

—Ten. Si precisas de alguna información literaria, yo te podría echar una mano desde el Instituto Cervantes.

Aurelio la tomó y la guardó en uno de los bolsillos internos de su desgastada prenda, y con una frase conocida de una serie televisiva, le contestó con agradecimiento:

—Gracias, tomaré nota.

Sus piernas enclenques le temblaban, escondidas tras la desgastada gabardina nórdica azul descolorido abrochada a toda prisa desde el primer botón al último en un acto reflejo muy ceremonioso, que no escapó de la sutil observación de Matilde, percibiendo el miedo que inspiraba aquel ser tan interesante.

—Adiós, mi Max Estrella. Te deseo mucho éxito en tu librería.

Y diciendo estas palabras, aquella mujer de modales liberales se dirigió a un motorista que la esperaba en una Harley-Davidson. Se montó detrás de él, y este le entregó un casco. Antes de ponérselo, y aún sin ocultar sus cabellos de amazona, dirigió una sonrisa misteriosa hacia Aurelio, quien seguía ante el portón del restaurante, soportando ahora el frío rasante de la sierra de Mariola, anunciando una noche helada para las personas solitarias. Se quedó con la duda, pensando que quizás había encontrado a una de las musas y que debía ir tras ella para que le diera la inspiración agostada desde hacía ya un lustro. En estos pensamientos estaba cuando el tremendo ruido del motor, rum rum rum, lo sacó de su ensimismamiento. Aquel motorista, con su musa raptada, hizo un círculo rápido en la plaza y pasó delante de sus narices, a escasos centímetros de su cara, dejándole muy malas vibraciones en el cuerpo. En vez de haber sido raptado por las musas, había sido engañado, en una pantomima orquestada por ese motorista, que había raptado a la que él pretendía convertir en una. Una terrible.

CAPÍTULO XII



Más triste de lo acostumbrado, se dirigió a su librería. Sabía que ese era el único lugar en Alcoi donde estaría en un lugar conocido. Desconocía totalmente la ciudad. Aun así, fue caminando sin saber muy bien por donde dirigirse en aquella tarde fría y seca. Llegó, ya oscureciendo, a una plaza, donde se erigía magníficamente un amenazante —para él— guerrero con la mano derecha alzada, flanqueado a ambos lados por dos guardianes. El situado a la derecha, con un trabuco, y el de la izquierda blandiendo una cimitarra. Todo esto lo inquietó mucho. La sensación de inquietud se incrementó más cuando se dio cuenta de que se iba acercando el crepúsculo. Los oscuros pensamientos le iban recordando a la *filà* de cristianos que se encargó de dar pasaporte a su lejano tío, el librero, de forma tan expedita esa noche de Sant Jordi, de tal forma que se dio prisa y enfiló calle arriba en dirección a la calle Entenza 22, su punto de destino, donde esperaba encontrar algo de reposo. Llegando a la librería, se quedó un tiempo delante de la persiana oxidada, observando el pestillo con el cual se las tenía que ver de nuevo, tocándose con la mano derecha el costado izquierdo para comprobar su estado de salud. No quería quedar lisiado otra vez levantando la persiana. En estos menesteres preparatorios se encontraba cuando percibió que no estaba solo en la calle: alguien lo estaba observando. Miró enfrente de él y vio los grandes seis ojos de las tres cabezas del desagradable grafiti observando, no a él, sino a su derecha, mientras sus tres bocas hacían una gran mueca de susto, sacando sus lenguas hacia ese lado, como indicándole algo, esta vez casi sin mostrarle sus afilados dientes. Los ceños de las cabezas parecían fruncidos, como preocupados. Como en un acto reflejo, y de forma súbita, se agachó justo en el instante que un objeto muy contundente pasó por encima de su cogote, notando el

aire mover su cabello, a la vez que un grito de improperio se escuchaba al mismo tiempo.

—¡Hijo de Satán!

Un bate de béisbol chocó, casi al instante, contra la pared anexa de la oxidada persiana, cayendo un hombre al suelo por la inercia que llevaba el golpe. Aurelio levantó la cabeza con sus reflejos poco atléticos para casi darse de bruces, de manera instantánea, con otro individuo que lo agarró de las solapas de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido. Aquel lo alzó de ambas, como si fuera una canal de una res, lista para ser colgada del camal en una cadena de producción cárnica. Aurelio, cayéndosele *Doktor Faustus* del bolsillo izquierdo interno de la gabardina, se sentía totalmente desvalido. Sus débiles fuerzas no podían hacer nada frente a ese titán que le empezaba a apretar el cuello.

—Te vamos a hacer un auto de fe que no olvidarás, tío raro.

El caído en el suelo, ya recuperado, se acercó a Aurelio blandiendo el bate de béisbol en su mano derecha, dando pequeños golpes en su mano izquierda.

—Antes de que abjure de sus filiaciones, déjamelo un rato. Acabo de perder tres piños en la caída y me gustaría resarcirme un poco con él.

Aurelio escuchaba esta conversación entre estos tipos, sin entender muy bien lo que ocurría, más preocupado por ver dónde había acabado su ejemplar en el suelo, con sus valiosas anotaciones acerca de la genialidad creativa de Leverkuhn, que del precio al que se estaba poniendo la integridad de su carcasa.

—De acuerdo. No le rompas la crisma antes de su arrepentimiento final.

Y con un despectivo empujón, lo tiró al suelo como quien deja algo inútil en un desván de cosas inservibles. La caída al suelo no pudo ser amortiguada por nada. Cayó de forma desprevenida y sobre su muslo derecho, recibiendo como bienvenida por parte del hombre del bate una patada en su muslo contralateral.

—Otra vez aquí, hijo de Satán. Vamos a saldar cuentas tú y yo.

Estaba desarrollándose un acto macabro en esa noche de octubre en la calle Entenza, y nadie se asomaba a ayudar al desvalido de

Aurelio. Los ciudadanos estaban viendo el parte y tomándose una *olleta* bien caliente en sus cómodas casas. Todo transcurría de forma funesta, revuelto en su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, arrastrándose por el sucio suelo, según lo previsto por sus matarifes, que no paraban de patearlo e insultarlo. El del bate de béisbol blandía su arma con su brazo derecho, temblándole mucho el pulso, deseoso de recibir la venia de su compañero para poder iniciar su ejecución personal.

—¿Ya puedo molerlo a palos?

—No te preocupes. Este solo tiene pellejo y hueso. No te durará ni cinco minutos. Déjalo expiar un poco más.

Pero aquel no tenía casi paciencia ya, el bate bailaba en su mano derecha como un molino de viento en busca de carnaza. Aurelio no paraba de lamentarse en cada patada reiterada; lo alzaban del suelo como a un guiñapo y lo volvían a dejar caer, incapaz de mantenerse en pie sobre sus temblorosas piernas, trastabillando constantemente al ser zancadilleado a la menor oportunidad. Este espectáculo no podía tener otro final. Hasta que atrajo a un nuevo espectador. En el final de la calle, en aquel silencio crepuscular rechazado por la ciudadanía, se pudo escuchar un rum rum lejano que se fue sintiendo cada vez más cercano, y que en un principio no llamó la atención de los dos matarifes de Aurelio hasta que el rum rum se hizo muy evidente, haciendo detener aquella actividad sádica y poniéndoles en cierta actitud de curiosidad. Se hizo cada vez más fuerte hasta que los dos matarifes vieron aparecer ante ellos al motorista. Descendió de forma pausada.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro?

El sujeto que no portaba el bate de béisbol se dirigió al motorista de forma mal encarada, caminando hacia él y levantando su brazo izquierdo sobre el motorista, amenazante, que permanecía impasible al lado de su Harley-Davidson. Todo ocurrió muy rápido. Un puñetazo izquierdo bloqueado por la palma derecha, con un contraataque rápido en forma de cabezazo con el casco en pleno macizo maxilofacial dejaron al agresivo atacante tendido en el suelo sobre un enorme charco de sangre y en estado de inconciencia. Esto acrecentó la violencia de su secuaz que, armado con el bate de

béisbol y pasando por encima de Aurelio, echado sobre el suelo y acurrucado en posición de defensa, se lanzó blandiéndolo brutal, como si el motorista del casco fuera una sandía y él estuviera jugando desesperadamente al *suikawari*[3] en una noche de verano. El motorista aguantó hasta el último instante la embestida de su atacante para, con una patada con la pierna trasera, mientras giraba en ciento ochenta grados con la otra pierna, con gran potencia y velocidad sobre la rodilla izquierda, dejar al atacante fuera de combate en un gran aullido de dolor, quien cayó enfrente de él en un acto de súplica. Casi sin darle tiempo a darse cuenta de lo que había ocurrido, el atacante se encontró con la rodilla derecha machacada con el bate que antes intentaba utilizar para romper la cabeza al motorista. Esto fue el *summum* para el blandiente que, por el dolor, sufrió un gran shock, cayendo desvanecido. Aurelio aprovechó esta oportunidad para buscar su libro, que encontró cerca de él. Ahora se sentía más seguro con esa arma letal en el bolsillo interno izquierdo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y, poniéndose a duras penas en pie, flaqueándole sus trémulas piernas, se apoyó en la farola más próxima, la cual le sirvió para levantar sus doloridos huesos. Su vista vidriosa le permitió ver al raptor de su musa, quien lo miraba desde una distancia prudencial, sin acercarse a él. Tras unos instantes de esta forma, el motorista se subió a la Harley-Davidson y el rum rum indicó el encendido del motor, el cual empezó a desplazar la motocicleta, alejándose el ruido y dejando a Aurelio en la soledad de su realidad. Cojeando un poco, de modo nada disimulado, se dirigió a la puerta de la librería, a la oxidada persiana en concreto, levemente encorvado acausa del dolor provocado por los golpes recibidos. La luz tenue de las dos farolas más próximas le permitían ver el grotesco grafiti pintado por alguien hace algún tiempo. No estaba para ninguna humorada ni ganas de juzgar sus posibles alucinaciones visuales. Así que, sin ganas de perder el tiempo, con las limitaciones físicas de su cuerpo maltrecho, se agachó un poco, algo que casi no pudo. Esos bestias le habían zurrado una buena paliza en todo el cuerpo. No habían ahorrado ni un centímetro

cuadrado libre de piel para sus botas. Irguiéndose como pudo, no tenía más que contemplar de nuevo ese horrible grafiti de tres cabezas, enfrente suyo, mirándolo directamente con sus seis ojos vidriosos directamente a los de él, pareciendo lamentarse por sus dolores: los labios de sus bocas fruncidos ocultando las lenguas, otras veces locuaces, y sus dientes afilados y blancos en una representación de tres plañideras que han acudido de improviso a un funeral. Aurelio tragó con dificultad la poca saliva que pudo y, haciendo de tripas corazón, no tuvo en consideración a la alucinación plasmada en sus ojos medio vidriosos por el doble dolor sentido en sus carnes y su dignidad. Se inclinó con todo el cuidado que pudo para abrir el pestillo de la oxidada persiana, que levantó lo suficiente para colarse dentro de la librería: el mundo que al fin y al cabo poseía desde hace unos días, donde había colocado una pica como en Flandes, y que defendería como si estuviera en la batalla de Honnecourt. Ya dentro de la librería y en ese mundo de literatos y poetas, que conocía tan bien, se sintió más seguro. Dio la luz y las bombillas de la lámpara de tres brazos colgantes del techo se encendieron, mostrándole el mundo descubierto y conquistado por él. Las gárgolas situadas al final de cada uno de los brazos de la lámpara, como despertadas de un sueño de manera brusca, estaban con las bocas abiertas y los ojos cerrados de manera poco estética para una lámpara de techo de una biblioteca que se precie. Aurelio las acababa de descubrir *in fraganti*, desocupadas de su obligación de vigilar su tesoro. Cansado de tanta alucinación visual, y con deseo de descansar sus molidos huesos en algo blando, se decidió a subir al piso de arriba. Su abogado le comentó que la librería incluía una vivienda allí, sin decirle más detalles, y Aurelio, pesadamente y como pudo, decidió subir allí a tomar el merecido descanso, tras romperse el lomo limpiando y fregando el piso de la librería y recibir como premio una molida a palos, sin saber muy bien la razón de tal castigo. Allí arriba descubrió un pequeño y coqueto estudio de dos pisos, conectados por una pequeña escalera, los que parecían haber sufrido una rehabilitación de última hora antes del fatídico incidente de su pariente. Este era un perfecto lugar para realizar su nueva vida en Alcoi, pensó. Directamente, se tumbó todo dolorido en el

sofá de la única habitación de la planta baja del estudio, y quedó allí en reposo, mirando la techumbre, meditabundo, pensando en la inspiración que se le había esfumado en forma de Harley-Davidson y en la oportunidad que se le acababa de abrir, dada también por una Harley-Davidson. ¿Qué significaba todo aquello que estaba ocurriendo tan rápido?, pensó en su interior. Con un poco de esfuerzo, buscó en uno de los bolsillos de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido alguna pastilla de esas que siempre tenía para la ocasión que fuera. Vio que tenía de varios tipos: aquellas que le recetó el galeno con aspecto de delfín del servicio de urgencias y las de su repelente psiquiatra. Tomó varios comprimidos de ambas, no sabiendo exactamente cuántas de ellas entraron en su gaznate. El dolor era lo suficientemente intenso para varias dosis de analgésicos, y las alucinaciones visuales no eran aptas para comentarlas a su psiquiatra. Así que no tuvo remordimientos al automedicarse, sabiendo las consecuencias de ir al Sistema de Salud. Poco a poco, no dándose cuenta de casi nada, se fue quedando dormido, cerrando lentamente los ojos y sintiendo cómo iba abandonándose encima del sofá, con los brazos y las piernas cada vez más insensibles, la respiración casi imperceptible, cejando ya el agotamiento y el dolor de ese día con tanta actividad frenética y violenta.

---

3 N. del E.: Juego tradicional japonés que consiste en vendar los ojos a una persona y darle indicaciones para que llegue a partir una sandía colocada en el centro del grupo, en el campo o en la playa, con un bate o un palo.

CAPÍTULO XIII



De forma inesperada, un gesto realizado en el sofá lo hizo despertar al sentir el costado izquierdo. Abrió los ojos sin saber muy bien dónde ubicarse en un principio. Miraba alrededor sin reconocer los objetos de aquella habitación ni saber situarse ni en el tiempo ni en el espacio, incrementando su confusión, lo que le provocó un gesto de defensa. Se alzó de manera súbita, agudizándose el dolor y quedando paralizado como una estatua. Todo esto le hizo recordar, entonces, lo ocurrido en las horas previas, sobre todo la necesidad urgente de tomar algún analgésico. Tras recobrar su estado de alerta, se alzó lentamente, consciente de su fragilidad relativa a no despertar ese dolor tan punzante, y buscó la ansiada medicación. Estaba en uno de los bolsillos de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido. Extrajo de aquel bote blanco varios comprimidos de analgésicos y los tomó. Así, a bote pronto. Luego, inspirando con un poco de dificultad por el picor de los golpes en su caja torácica, echó un vistazo a su reloj de faltriquera. Observó que era ya la hora de comer. ¡Increíble! Había dormido, de una sola tacada, más de diecisiete horas sin interrupción, y su cuerpo le pedía más. Pero era consciente de que debía alimentarse y seguir trabajando para poner en orden todo aquello. La tarea que tenía en sus manos era equiparable a cualquiera de los doce trabajos de Hércules. Miró alrededor de sí y le gustó el primer piso de aquel apartamento coqueto: era un habitáculo pequeño, pero funcional. Se quedó mirando las estrechas escaleras que se dirigían al segundo piso, pero su lamentable estado físico y su ya de por sí constitución enclenque le hicieron echarse para atrás, quedándose sentado un tiempo más en el cómodo sofá, hasta que empezó a sentir atriciones debido a la desidia, por lo que, sacando fuerzas de donde no había, alzó su maltrecha figura con los

recuerdos de la paliza del día anterior. Se quedó plantado, temblando, buscando *Doktor Faustus* en el bolsillo interno izquierdo*,* y lo abrió por una página donde estaban recogidas unas cuantas notas suyas, sacando una y aprovechando la luz solar del mediodía, que penetraba por el tragaluz de la pared. Se puso a leer lo que había escrito una vez porque le habían llamado la atención unos comentarios de Adrián Leverkuhn, que disertaban de cómo aquel genio de la música había recurrido, *motu proprio,* a la nigromancia, la *carmina*, la encantación y el beneficio, para contactar con Aquel en una sala donde hablaron sobre el Infierno y su existencia. Le vendió veinticuatro años de vida al personaje, bajo su palabra, para avivar la caldera con el fin de —mediante su inteligencia e ironía— tener gran creatividad, allanándole el camino. Tras leer ese comentario, quedó un poco turbado. Se sentía un poco predestinado, por alguna razón, a aquella librería y, con ánimos reconstituidos, subió por las escaleras al segundo piso de la vivienda, quedando gratamente impresionado del carácter utilitario y eficiente de su lejano familiar. Allí, en una única habitación, se veía una pequeña cocina, una cama y un cuarto de baño. Esto era lo justo y necesario para tener una vida espartana y poder sobrevivir con más que dignidad. Satisfecho de todo aquello, notando el dolor en el cuerpo por haber realizado el esfuerzo de subir las estrechas escaleras, buscó en el bote de medicamentos más analgésicos con los cuales matar el dolor causado por esos dos tipos. El hambre también le acuciaba un poco, pero no quería salir de su seguro refugio, por lo que llamó a un servicio de comida rápida anunciado en una propaganda abandonada encima de la cama, con probabilidad por su tío. Con eso le bastaría para seguir tomando orden de su posesión. Cuando notó el efecto de los calmantes, se atrevió a bajar todas las escaleras, hasta la planta baja de la librería. Se había dejado las luces encendidas de la lámpara de tres brazos colgantes del techo. Pero ahora las tres gárgolas no lo miraban de forma inquisidora, sino que parecían estar observándolo de forma expectante, predispuestas a algo. Esto lo inquietó bastante y buscó en el bolsillo externo derecho de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido esos comprimidos prescritos por la loquera. No los

tomaba de forma muy habitual, les achacaba el mal de su sequía creativa y no veía mucha empatía en aquella doctora, que lo veía como a un ser estrafalario más de su colección. En el bolsillo no encontró más que antiguos billetes de tren de Valencia a Alcoi, una factura de la primera vez en el restaurante Filà Els Cremats y un bolígrafo Bic, cuya tinta se había salido del cartucho, impregnándole los dedos de una desagradable mancha negra que tuvo que quitarse con unos viejos papeles de periódico que encontró en un cajón de la mesa-muestrario. Al acabar tan farragosa acción, llegó el distribuidor de la comida rápida: una pizza muy comercial que devoró en un santiamén al lado de la mesa-muestrario, con cuidado de no mover la distribución geométrica dejada por su benefactor. Después, ya repuesto calóricamente y con el estómago lleno, echó por completo la oxidada persiana hacia arriba. Tenía que dar a su nuevo negocio un aspecto atractivo para los clientes que quisieran comprar la mercancía que tenía: libros. Aunque fuera festivo, doce de octubre, tenía que abrir el negocio lo antes posible. Una luz natural iluminaba todo el interior. Echó una ojeada a la lámpara de tres brazos, con sus gárgolas pareciendo tres viejas alcahuetas y parlanchinas, y decidió apagar la luz por ser innecesaria. Se quitó la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y la dejó colgada en el perchero de la esquina, junto a la entrada, dirigiéndose a la parte posterior, donde se sentó en una vieja pero cómoda silla a esperar la entrada de su primer cliente. Tomó un nuevo libro de la estantería, ahora libre de polvo y habitantes analfabetos hambrientos de celulosa: *El proceso* de Frank Kafka, pequeño ejemplar en cuyos párrafos interminables se fue sumergiendo. Estaba inmerso en aquella dura lectura cuando fue interrumpido por el tintineo de la campanilla que indicaba la apertura de la puerta de la librería.

—Un cliente.

Murmuró en voz baja, al mismo tiempo que volcaba el libro de Frank Kafka bocabajo y se levantaba a recibir su primera visita.

—Buenas tardes.

Una aguda voz desde una altura baja le llamó la atención. Una joven, no mayor de quince años, acababa de colarse en su librería.

—Buenas tardes

Respondió escuetamente Aurelio, parapetado tras la mesa muestrario, un poco a la defensiva.

—¿Tiene usted *La perla*?

Aurelio abrió los ojos con sumo interés al escuchar aquel nombre.

—Está usted preguntando por John Steinbeck, señorita. Creo que lo tengo por aquí.

Y, dando la espalda a la joven cliente, se puso a revisar en la enorme estantería que tenía detrás suyo con un poco de nerviosismo, no teniendo muy claro el orden en el cual su lejano pariente había colocado los libros. Sin embargo, pronto encontró el truco, todo estaba ordenado según el orden del alfabeto, solo tenía que ir a la «S» de Steinbeck para localizar al autor. Y allí había varias obras suyas, entre ellas, *La perla*. Como si hubiera encontrado la joya de una almeja en las profundidades del fondo del Océano Pacífico, Aurelio extrajo aquel ejemplar de entre varios y se dirigió a la mesa, donde estaba la joven mirando con curiosidad la disposición de las obras.

—¿Ha estado usted en México?

—No. ¿Por qué?

—Parecen las pirámides de Teotihuacán.

Aurelio se quedó mirando al conjunto arquitectónico de libros y quedó sorprendido por la agudeza de la joven.

—Tienes razón, parece construido *ex profeso*.

—Allí se hacían sacrificios humanos.

Se la quedó mirando y rápidamente cambió de tema.

—Aquí tienes tu ejemplar de John Steinbeck.

Ella tomó el libro de sus manos con ilusión y saldó las cuentas.

—¿Puedo leerle un párrafo al azar?

—De acuerdo. ¿Por qué no? ¿A quién va a hacer daño?

Con cierta gracia, abrió el libro en una de sus páginas al azar y comenzó a leer.

«”Soy un hombre”, y eso significaba muchas cosas para Juana. Significaba que era, por un lado, un pobre loco y, por otro, un verdadero dios. Significaba que Kino se lanzaría con todas sus fuerzas contra una montaña o se sumergiría con todas sus fuerzas en el agua para luchar contra el mar. El instinto femenino de

Juana le decía que la montaña permanecería impasible y que el hombre se destruiría; que el mar seguiría con su oleaje y que el hombre perecería ahogado. Y, sin embargo, era esto lo que hacía de él un hombre, mitad loco y mitad dios; y Juana necesitaba un hombre; no podría vivir sin un hombre.»

Aurelio se puso pensativo tras escuchar a la joven que, tras terminar su parrafada, fue interrumpida por el tintineo de la campanilla de la entrada. Era la puerta. De nuevo se abrió y apareció una señora más entrada en años.

—Lorena, cielo, ¿encontraste ya lo que buscabas?

—Sí, mamá. Esta librería es ideal.

La madre observó a Aurelio con una mirada llena de dudas y, presurosa, persuadió a su hija para salir lo más pronto posible. Ambas se fueron por la puerta de madera, que todavía tenía el barniz antiguo de su último propietario, con más prisas de las acostumbradas por la clientela habitual en una librería usual. Quedó Aurelio solo de nuevo, con su primera recaudación de la venta de *La perla* y los párrafos de la joven resonándole en la cabeza, como el eco de una caracola náutica metida en sus oídos. Abrió el cajón donde guardaba las cuentas e introdujo las primeras monedas de las ganancias de su nuevo negocio. Al cerrar la caja, no pudo evitar darse cuenta del detalle del cuadro de Botticelli que dominaba la entrada a la escalera descendente de caracol con sus escalones afilados. Ahora, ya no se notaba tanto la emanación procedente de las profundidades del edificio aún sin explorar; aquel olor pesado, cargado de una humedad pegajosa que le producía tanta repulsión, se había marchado gracias a haber abierto por completo la oxidada persiana, la que permitía una ventilación compensatoria del ambiente enrarecido, expulsado de aquellas profundidades.



Códice Magliabechiano, fol. 30r

CAPÍTULO XIV



Habiendo descubierto, al fin, el interruptor que daba luz a las escaleras de caracol, se decidió a exponerse a ese aire que le desagradaba de forma instintiva y que no sentía tanto desde arriba. Con pasos inseguros, fue descendiendo los primeros escalones, muy poco a poco, apoyándose en la doble barandilla, lo que le daba bastante seguridad. Fue descendiendo, más y más, inhalando aquel olor que lo iba impregnado todo como una gelatina putrefacta en la que uno va sumergiéndose poco a poco, sin darse cuenta, como en una inmersión desde lo alto a una gran piscina. El olor era saturante, casi no le dejaba pensar, solo tenía fuerzas para dar los pequeños pasos para poder descender la escalera de caracol, con ambas manos bien sujetas a ambas barandillas laterales. Todo era muy sofocante, había perdido la cuenta del tiempo y del número de escalones que había descendido, hasta que de forma automática se dio cuenta de que sus pies estaban haciendo el mismo gesto de bajar escalones sobre un suelo liso, con el peligro de caer al suelo. Se había convertido en un autómata bajando escaleras bajo el efecto de ese hedor que, misteriosamente ahí, en ese habitáculo, de nuevo había desaparecido por una corriente de aire fresco. Tras inhalarlo, se dio cuenta de que allí lo que predominaba era el olor a celulosa, al igual que en el primer piso, pero con muchísima más intensidad. Sin embargo, todavía no había descubierto su origen. Miró a un lado y a otro y no veía más que paredes de rocas blancas. Decidió seguir el camino que le pareció más correcto, por donde venía la corriente de aire fresco. Tan solo había recorrido unos cinco metros de aquel camino cuando encontró otra sala iluminada y llena de estanterías repletas de libros. Su vista quedó colmada con aquella visión: no había visto una biblioteca tan perfecta en su vida. Se acercó a una de las estanterías y extrajo uno de esos ejemplares, sin polvo ni

insectos. Se extrañó de todo aquello. Parecía como si un bibliotecario bien afanado se encargara del mantenimiento de esa biblioteca tras el fallecimiento de su antiguo dueño, no como la librería del piso de arriba, llena de polvo y bichos que había tenido que barrer y fregar. El ejemplar que extrajo era de mediano grosor; no había ninguno igual, lo único similar en todos aquellos libros era su estampado en un blanco inmaculado y que estaban enumerados en números romanos. Aquel era el número CI. Lo abrió por la mitad y comenzó a leerlo detenidamente. Se dio cuenta de que era la biografía fatalista de alguien. Una biografía, sin duda, bastante aburrida, que lo hizo dejarlo en su sitio, demasiado plúmbeo, se dijo. No entendía muy bien qué era eso, pero se dio cuenta de que había otro pasillo de donde procedía el frescor del aire, sin el aroma ya de la celulosa embriagadora, por lo que, intrigado, se dirigió a ese corredor, que lo guio durante escasos metros hasta una sala dorada. En esta se encontró con un pequeño espacio vacío. Estaba caminando por la sala cuando se dio cuenta de que en el suelo había una losa un poco suelta. Ávido de curiosidad, se agachó un poco a verla y la levantó. Quedó entre sus manos, la miraba con curiosidad y se fijaba en que en el reverso de la losa había un escrito tallado, como realizaban los antiguos sumerios en la arcilla:

LA HISTORIA SERÁ GENEROSA CONMIGO, PUES TENGO LA INTENCIÓN DE ESCRIBIRLA

Iba a dejarla como una extravagancia más de su lejano pariente benefactor, cuando, sin querer, esta se quebró en dos al agacharse a dejarla. De esta forma, descubrió en su interior una llave y un papel envuelto en una funda protectora. Aquello sí que era una sorpresa. Menudos secretos tenía su tío lejano, el que le prestaba libros de aventuras de pequeño. Vaya pedazo de aventura tenía allí delante. Con cierta ansiedad, terminó de liberar aquellos objetos ocultos —no se sabía desde cuándo hacía— en el interior de aquella losa. La llave era antigua, de las que ya no se utilizaban en la actualidad, y del interior de la funda protectora extrajo una hoja con un mapa de una sala que, sin duda, correspondía a la sala dorada. El mapa marcaba

un lugar concreto de la sala, oculto y que tenía que ser excavado. No encontraba fisuras en esa estancia sin imperfecciones. No tenía, en ese momento, herramientas para hacer aquella labor de arqueología. Debía ir a una ferretería. Sin solución a su problema, salió del piso con la intención de armarse con las herramientas necesarias para averiguar qué se escondía en ese lugar tan misterioso marcado en el mapa. Se le había consumido casi toda la tarde en la exploración y estaba en la sala de entrada de la librería subterránea. Tras subir las escaleras de caracol, con esos escalones afilados que tanto lo obsesionaban, de forma fatigosa, parándose justo en el punto de inicio de la escalera para tomar un merecido respiro, exhausto como estaba y con sus pulmones pareciendo los fuelles de la fragua de Vulcano, escuchó de nuevo el tintineo de la campanilla al abrirse la puerta de la entrada. Mal momento aquel para atender a un posible cliente, pensó entre resoplido y resoplido, más pendiente de su labor de arqueólogo en el piso de abajo que de la librería y la función heredada.

—Buenas tardes.

Aquel cliente, por algún extraño factor indeterminado, le era familiar. Lo había visto antes y no sabía dónde.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Busco un libro en concreto sobre barcos de recreo.

—Creo que tengo algo por aquí.

Y Aurelio, sin todavía identificarlo, cuyos rasgos le resultaban cada vez más familiares, le dio la espalda de cara a la estantería buscando, según el orden alfabético ya averiguado y mentado por su familiar, la disposición alfabética de aquel tema por el que el nuevo cliente preguntaba, no tardando en encontrar algunos ejemplares, signo de que su tío era un gran bibliotecario. Pero antes de llegar al *quid* de la cuestión, por la cual se había puesto de espaldas al nuevo cliente, se le apareció un libro que, por algún tipo de inspiración, le serviría de caja fuerte para esconder los objetos ocultos encontrados en la losa del sótano: el mapa enfundado y la llave antigua. Era un ejemplar antiguo de una biblia, en concreto la *Biblia cum concordantiis Veteris Novi Testamenti sacrouca*. Parecía toda una antigualla de biblia intocable para todo tipo de personas, el lugar

idóneo para esconder un objeto de cara a aquellas más desalmadas en busca de algo de valor. Mirando de reojo y vigilando al nuevo cliente, que parecía estudiar el orden arquitectónico sobre la mesa-muestrario de forma despreocupada, introdujo el mapa enfundado en el interior de la biblia y la llave antigua en el hueco dejado libre por la antigualla. Luego, como si no buscase otro motivo, continúo su búsqueda programada.

—Aquí tiene: *El libro del patrón de yate* y *Navegando los secretos de Europa*.

Para su sorpresa, el cliente había desaparecido de la sala de la librería. No había nadie. Esto dejó bastante perplejo a Aurelio, que colocó los dos ejemplares de ambos libros amontonados en un extremo de la mesa-muestrario, en un hueco no ocupado por la arquitectura de libros. Allí olía a chamusquina. Salió con un poco de precaución de detrás de la mesa a la sala principal, colocándose justo debajo de la lámpara con tres brazos colgante del techo que, debido ya a lo avanzado de la tarde, tuvo la necesidad de encender, mostrando su luz las tres gárgolas de los tres brazos con aspecto fruncido y boca abierta, enseñando unos pequeños colmillos. Esto extrañó un poco a Aurelio, que había tomado dosis doble de la medicación prescrita por parte del médico psiquiatra, pero allí seguía sin aparecer ese hombre tan misterioso. De golpe, procedente de las escaleras de caracol, se escucharon unas pisadas rápidas, ascendentes, en carrera, hasta aparecer aquel hombre con aspecto sudoroso, portando un par de libros blancos bajo su brazo níveo.

—Además de los libros de náutica, me llevaré estas joyas por los clavos de Cristo: los tomos XC y XCI.

Las palabras y el tono de voz de aquel hombre habían cambiado radicalmente. Ahora hablaba de forma embriagadora, como si hubiera sido poseído por alguna pócima con algún efecto psicotrópico, capaz de hacerlo más violento y brutal; más instintivo y menos racional que antes. Aurelio quedó un poco asustado, sabía de su poca capacidad física y valor para hacerle frente. La batalla estaba perdida de antemano.

—Tenemos que hablar detenidamente de dónde salen estos libros. Yo atendí al antiguo dueño de esta librería en sus últimos días y me

confesó secretos inconfesables.

—¿De qué me está hablando?

—En nuestras manos, con un poco de morfina administrada a su justa dosis, cualquier moribundo nos relata sus secretos más recónditos en la intimidad de la sala de curas de un hospital. El asesino literario no fue ninguna excepción.

Rio fuertemente. Ahora, recién en ese momento, Aurelio vio y reconoció horrorizado al galeno delfín de la sala de urgencias: un psicópata con aires de brujo, desvelándole los secretos de su lejano pariente tras provocarle una lenta agonía tortuosa con morfina, a base de un interrogatorio interminable. Ese día en que una *filà* de cristianos lo dejó medio moribundo la noche de Sant Jordi y fue llevado agónico al Verge dels Lliris. Sin fuerzas, hizo amago de lanzarse a por él. Pero aquel tipo, ágil como era, no tuvo más que desviarse un poco y darle un golpe con el codo izquierdo, no ocupado en llevar los dos libros blancos, en su flanco izquierdo, aquel donde aún guardaba el resquemor de su dolor, sintiendo un fortísimo y agudo malestar traspasarle el costado, como si de una lanza se tratase. Nada que ver con el punzante, frío y lacerante dolor de otras ocasiones, cuando levantaba la oxidada persiana de la librería. Aquello fue un *coup de grâce* para Aurelio, del cual ya parecía que no se volvería a levantar más. Lágrimas de sufrimiento le caían de sus ojos y, de forma lastimera, intentaba arrastrarse con su brazo derecho intacto, ya que el lado izquierdo estaba bloqueado y lo sentía adormecido por el dolor. Intentaba buscar refugio tras la mesa-muestrario, pero estaba demasiado lejos. De forma súbita, los dedos de su mano derecha notaron su bloqueo por la pisada de una gran bota de montaña que, poco a poco, fue apretando, más y más, sobre sus delgados dedos, acostumbrados a utilizar estilográficas, escribir a máquina y manejar hojas. Nada de trabajos rudos. Un aullido agudo se emitió por sus cuerdas vocales, hasta que tuvo que interrumpirlo para poder respirar. Entonces pudo escuchar una gran carcajada.

—Ves lo que le ocurre a la gente que guarda secretos.

Aurelio se miró su mano totalmente desfigurada, casi sin poder mover los dedos, pensando que los huesos estaban fracturados por

esa bestia salvaje.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué escribía el dueño de esta librería y cómo lo escribía?

Pasaron unos momentos de silencio. Aurelio no podía mover el brazo izquierdo del dolor y la mano derecha estaba hecha un guiñapo. A duras penas pudo ponerse boca arriba, encontrándose con la cara de aquel tipo que lo miraba sonriéndole como uno de esos cetáceos tan inteligentes, esperando una respuesta para la cual él no tenía ninguna respuesta.

—¿Me lo vas a decir?

—No sé de qué me estás hablando.

—¿No sabes lo que dicen estos dos libros?

—Ni lo sé ni me interesa.

—Quizás con un poco de morfina corriendo por tus venas sepas responderme con un poco más de docilidad a mis preguntas, como hizo el antiguo dueño de esta librería. Lástima que él no aguantara mucho. Llegó tan mal el pobre hombre. Esa gente lo odiaba demasiado.

—Hijo de puta.

Aurelio recibió, esta vez, una fortísima patada en su flanco izquierdo ya dolorido, que lo dejó sin respiración durante unos breves instantes y con la mirada en blanco. Sintió el dolor traspasar sus entrañas y notó removerse dentro de sí una espada de doble filo, percibiendo como casi se le paraba el corazón en su enclenque constitución. Aquel hombre, como galeno, con vocación de doctor Mengele, traía su propio botiquín de color negro con su propia artillería de guerra. Sacó una aguja hipodérmica, una jeringa y una ampolla. Miró a Aurelio, con su sonrisa de amistad perpetua, y se puso a ingeniar el preparado inyectable.

—Ahora te voy a liberar de tu dolor y empezarás a volar como los ángeles. Luego, si sigues en tus trece, pedirás un paracaídas. Es tu elección.

Con aires bruscos, agarró la mano izquierda —la que le dolía— y, sin miramientos, comenzó a arremangarle la manga de su camisa, buscándole una buena vía.

—Eres una puta rata escuálida y piojosa, ¿sabes? De tus venas no se podría aprovechar nada útil de alimento ni para salvar a una cuadrilla de pulgas hambrientas.

Aurelio ya no escuchaba. El dolor había superado, con creces, su umbral máximo, y ahora era como un muñeco de trapo. En estas estaba cuando, entretenido el delfín en su labor de inyectarle la morfina en el brazo izquierdo, se dio cuenta de que algo sucedía en la lámpara de tres brazos. Las tres gárgolas parecían bufar como locas y la lámpara no hacía más que moverse de un sitio a otro, dando giros cada vez más rápidos sin control ninguno. Pero Aurelio ya no hacía caso a esas cosas extrañas de su librería. Estaba siendo llevado, como toro al matadero, a un matarife, quien no se sabía bien lo que le estaba pidiendo. Ya no tenía fuerzas para enfrentarse a su sino. En estas estaba cuando un trozo de techo blanco cayó sobre su frente, con la lámpara de tres brazos girando ahora a más velocidad. El techo se estaba desconchando, pero sus fuerzas no daban más de sí. Aquel hombre le acababa de hacer un torniquete en el brazo izquierdo y ahora estaba exultante.

—Rata asquerosa, sí que guardabas venas para ti, ¡¡¿¿eh??!!!

Y alzándose un poco, manteniendo el equilibrio en cuclillas, rellenó el inyectable de morfina. Estaba a punto de inyectárselo en la vena del antebrazo más prominente de Aurelio, que en ese momento estaba extasiado, observando el movimiento circular de la lámpara con las tres gárgolas haciendo una competición de bocinar, a modo de círculo mandala. Aquel hombre estaba ajeno a la experiencia mística que estaba viviendo Aurelio, a su modo, hasta que por fin la cadena de hierro forjado del techo, de la cual colgaba la lámpara de tres brazos con las luces encendidas y sus respectivas gárgolas bocineras, no pudo aguantar tanta resistencia y, en el justo instante en que iba a inyectar la morfina en la sangre de Aurelio, aquella cayó con toda la gravedad posible sobre el dorso del malintencionado delfín, que se desplomó tieso y sin conocimiento al lado de él sin que pudiera saber muy bien lo que había ocurrido. Poco tiempo después, un cliente casual entró provocando el despertar de Aurelio por el sonido alegre de la campanilla al abrirse la puerta, pudo comprobar el gran desastre en el interior de la sala

de la librería, por lo que tuvieron que llamar a una ambulancia para llevarse al hombre impertinente a urgencias. Aurelio, sin casi recordar nada de lo ocurrido, quedó atendido *in situ* en la librería, con su mano derecha herida, una gran conmoción y su renovado dolor dorsal en la parte izquierda. Cuando los sanitarios se hubieron marchado, quedó solo ante la lámpara de tres brazos con todos los bombines rotos y las gárgolas quietas, recordando algo que no entendía muy bien. Con la mano vendada por los sanitarios, fue a buscar algo de aguardiente, guardado en el piso de arriba de la librería y en una falsa alacena construida en la pared, tras un cuadro de Don Jaume I El Conquistador, en relieve de bronce. Lo había descubierto, de forma fortuita, la primera vez que subió a la primera planta, tras quedarse dormido. Al levantarse, quedó extasiado con dicho relieve, no pudiendo resistir la tentación de tocar con sus delgados y sensibles dedos el trabajo en bronce, deduciendo una gran antigüedad en el tallado de esa pieza. En esas estaba, tocándole las barbas al Rey Don Jaume, cuando, por algún motivo que aún desconocía, la lámina de bronce se abrió de un lado, con gran disgusto para él, pensando que acababa de dañar una pieza de alto valor artístico. Dando un paso hacia atrás, para echar un vistazo más completo del conjunto, comprendió mejor lo que posiblemente había ocurrido: allí se había abierto una puertezuela hacia una cavidad interior todavía oculta. Tras abrir de forma completa la portezuela, con permiso del Rey Don Jaume, descubrió lo que el antiguo dueño de la casa guardaba. Tras la imagen en bronce, de valor insospechado, del primer rey cristiano de Valencia, había legiones de botellas de licores en un orden anárquico, en distintos niveles de llenado, según el grado de optimismo del que las viera. Ya sin fe en los analgésicos de aquel tipo, Aurelio prefirió recurrir a otro tipo de analgésicos más contundentes en aquella alacena custodiada por el rey, y se quedó un tiempo meditabundo enfrente de tanto arsenal de gran calibre para aliviar su dolor. Al final, topó con una botella de un licor de contenido negro que, en principio, no pudo identificar, hasta que la botella estuvo fuera de la alacena.

—¡Ostras! Absenta negra.

No pudo evitar hablar para sí mismo, haciendo una exclamación audible a varios metros de distancia, por la sorpresa de aquel encuentro. Sosteniendo aquel elixir de poetas y bohemios entre sus manos, pensó que eso sería lo que necesitaba su cuerpo para los achaques producidos por esa gente con tanto malaje, en vez de tanto potingue en interés de la industria farmacéutica. Con gran entusiasmo, notando en su flanco izquierdo, con cada movimiento realizado, el dolor conocido, se desplazó por las escaleras camino del salón principal de la librería. Allí reinaba un pequeño caos y unos invitados no esperados por él.

—Buenas tardes… o noches.

Aurelio se quedó mirando estático a una pareja de jóvenes desconocidos que lo miraban fijamente desde el piso de la librería.

—Eso dependerá de muchas cosas, supongo.

—¿Va usted a celebrar algo?

La joven le miraba la botella negra que Aurelio portaba en su mano izquierda con cierta indolencia.

—¿Está prohibido beber? Además, no es para beber, es para mi mano herida.

—Veo que la tiene vendada. ¿Por qué no quiso ir al hospital como el otro herido?

La joven seguía preguntándole insistentemente mientras su compañero daba vueltas alrededor de la sala de la librería, quedándose parado enfrente de la mesa- muestrario, pareciendo estar entretenido en la distribución azteca de los libros.

—Últimamente no he tenido mucha suerte en los hospitales. ¿También es obligatorio acudir al hospital?

—Su mano derecha no tiene buen aspecto.

—Le cayó encima una lámpara de hierro de tres brazos.

—Sobre ese tema quería hablarle.

—Desconozco el tema de las lámparas. Lo mío son los libros.

—El herido retirado por la ambulancia al hospital ha denunciado que usted es un asesino y que intentó matarlo con esa lámpara.

—Ya me dirán como voy a saltar yo al techo y lanzarle esa masa de hierro encima. Ese hombre delira, probablemente, tras el golpe.

El otro compañero seguía contemplando la mesa. Cuando su compañera iba a hablar, quedó interrumpida violentamente por Aurelio, que casi saltó de carrerilla, en el final de las escaleras que llevaban al primer piso, hasta la mesa al ver cómo ese hombre iba a coger un libro de una de las pirámides mexicanas del conjunto arquitectónico, cambiando todo.

—¡¡¡Ni se le ocurra tocar uno de esos libros!!!

Aquel hombre, medio asustado, medio sorprendido, dio un paso atrás, llevándose rápidamente la mano derecha a uno de sus bolsillos de su chaqueta y desenfundando un revólver, apuntando sin contemplación hacia un agitado Aurelio. Este se dirigía hacia él con una botella de absenta y la mano derecha vendada, en una actitud no muy conciliadora.

—¡¡¡Cálmese, hombre!!!

La mujer, dando un grito al aire, templó los nervios de Aurelio, que frenó su carrera alocada hacia el profanador del templo creado por su lejano pariente. Sintió el dolor en su lado izquierdo, además de percibir un sordo sufrimiento en casi todos los puntos donde había recibido los golpes de aquel despiadado doctor Mengele. Quedó con la botella en la mano izquierda, no sabiendo cómo actuar y percibiendo oleadas de dolor por todo su cuerpo. Se acercó a la mesa de exposición y dejó la botella de absenta sobre la mesa.

—¿Qué quieren de mí?

—La verdad de lo acontecido aquí.

Aurelio, un poco encorvado por el dolor, fue a sentarse detrás de la mesa, en la cómoda silla, entre la mesa y la estantería repleta de libros. Miró a los dos jóvenes, que lo atravesaban con miradas inquisitoriales. Sobre el mueble estaba volcado bocabajo *El proceso* de Franz Kafka. Recordó una frase del libro que musitó en voz baja.

—«Para el sospechoso el movimiento es mejor que la calma, porque aquel que está en calma siempre puede encontrarse sin saberlo sobre una balanza y en el otro platillo pueden estar sus pecados».

Meditando estas palabras de Kafka, Aurelio se levantó pesadamente y comenzó a dar vueltas alrededor de la sala principal de la librería, en una especie de órbita elíptica en torno a los dos

jóvenes, como un satélite siguiendo la trayectoria de su astro. Los dos, para poder mantener la mirada sobre ese bicho raro circulante, a quien sus superiores habían encomendado un interrogatorio preliminar ante una acusación de intento de asesinato por parte del herido ingresado, intentaban seguir de reojo aquel movimiento ovoide. Pertenecían a la Policía Nacional, eran de la Judicial, y estaban investigando a Aurelio tras la declaración del galeno, en estado de delirio en las urgencias del Verge dels Lliris. Este había precisado la asistencia inmediata del psiquiatra de urgencia para un tratamiento rehabilitador antes de su declaración.

—Todo ocurrió muy rápido. Un edificio antiguo y la mala fortuna de caer sobre nosotros la lámpara de hierro forjado del techo. Ambos salimos muy mal parados. En el hospital, y yo, doblemente mal parado: herido en la mano y habiendo perdido una buena venta, que me hubiera venido bien para llenar el zurrón.

Y tomando de las manos, como pudo, los dos ejemplares blancos, sopesándolos en cada una de ellas, simuló un balanceo burlesco delante de los dos agentes, que ya empezaban a creer que de allí no iban a sacar nada en claro y que empezaban a sobrar en aquella comedia. En estas estaban cuando el teléfono le sonó a la agente.

—Sí, vamos para allá.

—¿Qué ocurre?

Su compañero seguía observando flemáticamente la disposición arquitectónica en la mesa tras la intervención apaciguadora de su compañera.

—Dejemos esto. Nos llaman para un jaleo en Onteniente.

Los dos se quedaron mirando a Aurelio, de arriba abajo, como si estuvieran observando a alguien fuera de sus cabales.

—Y, por favor, repare esa lámpara de hierro forjado.

Eso dijo de forma imperativa la agente espetándole su consejo particular, más como si estuviera dirigiéndose a un niño chico que a un posible sospechoso.

—No se moleste usted.

Aurelio le contestó sin mirarla, más pendiente del compañero, contando los segundos que tardaría en dejar de observar la mesa.

Los dos agentes de la autoridad atravesaron la puerta, seguidos de reojo por la mirada suspicaz del dueño del negocio y, ya en plena oscuridad, abandonaron la librería de Aurelio, dejándolo por fin en paz con sus libros. Al verlos salir, para mitigar la tensión y el dolor acumulado en su cuerpo, abrió la botella de absenta negra guardada por su lejano pariente fallecido y brindó por él, notando dentro de sí mismo un ardor no sentido en muchos años. Con ese calor interno, percibiéndose un poco más bravo, echó abajo desde dentro la oxidada persiana de la librería, dando por concluida la jornada aquella. Subió las escaleras, trastabillándose con los escalones de forma involuntaria al ir ascendiendo los efluvios a su cabeza, ya de por si cargada ese día. Llegó a rastras hasta el segundo piso, localizando, en una neblina de sus ojos, la cama donde tenderse y poder descansar su castigado cuerpo, medio anestesiado por el efecto de la absenta.

CAPÍTULO XV



A la mañana siguiente, un fuerte dolor de cabeza fue lo primero que sintió al abrir los ojos. La luminiscencia de los rayos del sol impactaba directamente sobre su cara y fue el detonador de una cadena reactiva. Cada movimiento realizado era seguido de un quejido. Al principio estaba desorientado, hasta que, poco a poco, fue hilando un telar en su cabeza, como aquel que realizó Penélope durante el día y deshizo por la noche. En su confusión, no entendía del todo lo que le había ocurrido el día anterior y, pesadamente, fue incorporándose, llegando a la cocina para preparase un fuerte café solo con el que aliviar su molesta jaqueca. Engulló de un trago aquel desagradable brebaje. Tomó después una ducha espartana de agua fría, bien tonificante, que lo devolvió al mundo de los vivos. Mirándose al espejo, se dio cuenta de que no se afeitaba desde hace lustros, aunque tuviera la oportunidad con el barbero, la cual denegó, por lo que decidió hacer un cambio radical a su vida. Encontró algo de material de higiene personal de su benefactor: espuma de afeitar, cuchillas, loción y otras cosas que no veía desde hacía tiempo ni sabía para qué se usaban. Parecía que su lejano pariente era una persona muy pulcra. Comenzó a afeitarse esa barba salvaje que había dejado crecer impunemente. En sus quehaceres de mantenerse pulcro estaba cuando escuchó el timbre de la puerta. Recordó, entonces, que el día previo había echado abajo la oxidada persiana de la librería, al dar por concluida la jornada laboral y marchar los policías nacionales de la Judicial. El sonar del timbre era insistente. Miró su reloj de faltriquera y se dio cuenta de que eran ya más de las doce del mediodía y era martes, un día laboral como otro cualquiera. Tenía que ir a abrir. Un cliente perdido es un cliente que no vuelve. Rápidamente, terminando su afeitado bien rasurado y sin mirarse al espejo, bajó al salón principal de la librería. Todo a

oscuras, por estar inutilizada la lámpara de tres brazos del techo colgante que yacía en el suelo, y guiándose como pudo en la penumbra, alcanzó la mesa-muestrario para lograr encender una pequeña lámpara de lectura allí dispuesta. Con aquella modesta luz se las apañó para llegar a la puerta de la librería y, con esfuerzo, echar arriba la oxidada persiana, percibiendo ese conocido dolor en el costado izquierdo, tan familiar. Dejó a medio abrir la oxidada persiana, por no poder su cuerpo seguir con aquella hercúlea tarea. Pero su deber no fue vano: le fue posible ver un par de botas que le resultaron, en principio, familiares. Una de ellas traqueteaba el suelo con nerviosismo, como si se estuviera desahogando de algo. Inclinando el tronco, sufriendo los dolores de los golpes de la víspera, pasó por debajo de la oxidada persiana, saliendo y encontrándose frente a frente con Matilde.

—No sabía que abrías tan tarde. Pero ¿dónde está mi Max Estrella?

Aquella mujer le volvió a descargar a bocajarro lo mejor que tenía: una andanada, sin previo aviso, barriendo todo lo que tenía por estribor con la intención de no dejar nada en pie desde la proa a la popa.

—En el desagüe. Estaba un poco cansado de recibir tantos golpes.

Pero Aurelio ya había colocado barricadas en su cubierta para evitar los estragos de la vez anterior.

—No te preocupes. Mi Gustavo estará pendiente de ti las veinticuatro horas del día.

Mirándolo con aires de suficiencia y sentimientos de maternidad, aquella mujer señaló en dirección a su espalda.

—¿Quién es Gustavo?

Una mueca de desconfianza se dibujó en Aurelio.

—Mi chófer personal.

—Ah.

Aurelio no se dejaba impresionar. Ya suponía que aquel tipo era el matasiete que llevaba la Harley-Davidson.

—Pero tienes que hacerme un favor: deja que visite tu librería.

—Aquí solo hay libros viejos.

Los abordajes de Matilde eran vistos a la legua por Aurelio, que intentaba romper las escalas de asalto a su fortaleza.

—Eso es lo que me interesa a mí. ¿Puedo entrar ahora? Mi Gustavo se va a realizar unas gestiones y volverá en media hora.

Aurelio la miró fijo, como quien tiene delante una visión vaporosa en medio del día, y dudó un poco, pero sin atreverse a otear esas pestañas largas que parpadeaban, pareciendo rogarle permiso para adquirir un billete a una casa encantada de un circo llegado de muy lejos a una aldea sin nombre. Temblando, asintió sin decir ninguna palabra, pensando si la entrada de Matilde en la librería estaba infringiendo las normas no escritas del circo. Al final, ambos entraron en el sitio, introduciéndose en la sala principal iluminada desde la pequeña lámpara de la mesa-muestrario.

—¿Qué es todo este desastre?

Matilde miraba al suelo un poco perpleja.

—Nada importante. Cayó la lámpara del techo sobre un cliente.

Aurelio, ligeramente sonrojado, deglutía su saliva con dificultad. No quería entrar en sus asuntos turbios.

—¿Sobre un cliente?

La mirada de Matilde se dirigía de forma alternante a Aurelio y a la lámpara de tres brazos colgantes tirada en el suelo de la sala, con aire de incredulidad.

—Sí. Perdí una venta importante.

—Qué mala pata.

—¿Qué es lo que le interesa a usted?

Apoyándose en la mesa, Aurelio tomó confianza en sus dominios.

—A mí me encantan los libros que hablen de la vida de la gente.

Adoptando un aire risueño, Matilde extendió sus manos en toda la extensión de la sala, señalando en círculo todas las estanterías, como buscando algo. Aurelio se tocó su mentón, pensativo, y se dirigió a una parte apartada de las estanterías, en el lateral derecho de la mesa. Se puso después a revisar distintos libros, eligiendo varios. Al volverse, vio a Matilde escudriñando las pirámides aztecas. Aurelio se apresuró a ponerse a su altura, temeroso de que ella tuviera el capricho de modificar la disposición, un ultraje para él.

—¡Qué curioso! Mira cómo la luz de la lámpara proyecta esa sombra de la pirámide más grande, tan larga, hasta esas escaleras

que hay justo al final de las estanterías, justo debajo de ese cuadro tan horrendo.

Aurelio no había caído en ese detalle todavía. Pero se fijó en el hallazgo de Matilde.

—Sí. Abajo solo hay más libros viejos que no dicen nada.

—¿Más libros viejos?

La actitud de Matilde cambió radicalmente. Semejaba el cambio de una araña quieta en su tela, en la cual, de forma súbita, cae una mosca distraída haciendo temblar el entresijo, despertándola de su aparente quietud, activándola de repente y transformándola en una máquina inquieta.

—Aquí tiene libros que hablan de la vida de la gente.

Y Aurelio desplegó ante Matilde un arsenal de biografías de personajes famosos: Winston Churchill, Manuel Azaña, Alfred Hitchcock y otros más que ella no se molestó en ver.

—No me interesan esos tipos. A mí lo que me ocupan son otro tipo de personas.

—¿Otro tipo de personas?

—Sí.

Aurelio se llevó su mano derecha magullada a la espesura de su pelo ya cortado y lo mesó ligeramente, interrogándose sobre qué quería decir aquella mujer.

—¿Por qué no me enseñas esos libros viejos del sótano?

La mirada arácnida de Matilde iba dirigida hacia abajo del cuadro de Botticelli. Aurelio, a quien no le agradaba enseñar sus posesiones, empezaba a inquietarse ante la insistencia de Matilde, que volvía a traquetear con su bota derecha las viejas baldosas de la sala principal.

—No sabe usted el olor que desprende todo aquello. Todavía no he comenzado ni a catalogar la inmensidad de libros que mi pariente tenía allí acumulados.

—¿Eres tú pariente del antiguo propietario de esta librería?

—Sí, lo soy. La heredé hace unos días.

—¡Qué afortunado eres, Aurelio! Pero vayamos al grano y sumerjámonos en ese sótano tuyo que seguro guarda gratas sorpresas.

—No creo que sea una buena idea. Yo solo he descendido una vez y no hay gran cosa, salvo libros y más libros.

Matilde lo miró rígida, sonriendo sin enseñar los dientes ni parar de traquetear sobre el suelo, en el mismo sitio donde estaba representada la Luna en de la Vía Láctea, una musiquilla que le recordaba a Aurelio un antiguo réquiem anónimo escuchado hacía muchos años.

—Me estás mintiendo, mi Max Estrella. Se destila en tus ojos claros una neblina que oculta una verdad que intentas disfrazar de carnaval.

—Detesto los carnavales y demás fiestas populares.

—Quítate entonces esa máscara que llevas y enséñame el camino a tu librería secreta.

Tragando saliva con dificultad y echando una ojeada a la botella de absenta negra, Aurelio se dirigió a la entrada del túnel, seguido por Matilde, quien no paraba de mirar las altas estanterías de la librería repletas de libros. Ambos se pararon justo donde comenzaban los escalones afilados de la escalera de caracol.

—Agárrese a las dos barandas, la escalera es estrecha y muy curvada.

Tras realizar unos pequeños aspavientos con la cabeza al recibir de sopetón la oleada de aquel olor pesado, cargado de una humedad pegajosa, produciéndole cierto grado de repulsión, asco y desagrado, comenzaba a maquinar qué podría encontrar en aquellas ignotas profundidades. Se mantenía a las espaldas de Aurelio; por ello, sus pasos empezaron a ser más dubitativos, distanciándose de este, quien seguía a buen trecho y descendiendo.

—No vayas tan rápido.

La voz de Matilde retumbó en aquel espació cerrado.

—Camine despacio, escalón a escalón y bien sujeta a las dos barandas.

—Esto es como el descenso a los infiernos de Dante.

—Eran cosas de mi pariente.

—¿Y tú lo llegaste a conocer?

—Céntrese en los escalones o podría caer.

Aurelio alternaba la mirada hacia delante y hacia detrás, cerciorándose de la buena seguridad de Matilde, a quien veía descender más insegura los amenazadores escalones angulosos, llegando a veces a parar por la incomodidad de aquellas botas largas cuyos tacones altos de base ancha necesitaban seguridad. Veía todo esto desde abajo, dos infinitas piernas cuya base eran esas enormes botas, con aquellos tacones altos que se prolongaban hasta casi las rodillas, rematadas en una falda de cuero, pisando el suelo ante la inminencia de un traspié y un accidente lamentable.

—Descalza acabaría antes.

—Ni loca. Acabo de pisar una cucaracha.

El descenso se prolongaba más y más, exasperando ya, un poco, la prolongada paciencia de Aurelio, aguantando el capricho de Matilde por ver los libros antiguos de su benefactor en aquellas profundidades. Pero tuvo la paciencia suficiente y llegaron al fin al espacio ocupado por la habitación forrada por librerías rellenas.

—¡Qué maravilla tenía aquí tu difunto pariente!

—No son más que viejos libros.

Aurelio no deseaba más que subir ya y no recibir más preguntas como salvas provenientes de un buque de tres líneas.

—Aquí deben estar escritas las vidas de muchas personas.

Aquella mujer era persistente y tenaz.

—¿Vidas de muchas personas? No he leído ninguna de ellas.

No había manera, al modo de entender de Aurelio, de zafarse de ella y su innata curiosidad. Matilde caminaba, mientras tanto, despacio por la sala y observando los dorsos de los ejemplares colocados en las estanterías, recreándose en la numeración romana, sonriendo en su ordenación perfecta, casi dando a entender el significado de aquello. Estaba en esta tarea, seguida por Aurelio muy de cerca, este ya un poco cansino con la presencia de tanto personaje aficionado a esa colección de libros guardados por el capricho de su benefactor, cuando Matilde pisó una baldosa defectuosa, quebrada, que la hizo doblarse el pie izquierdo. Con reflejos de viejo gato, la atendió .

—¿Esa losa no parece ser la original?

—No tengo ni idea. Es la segunda vez que accedo a estas dependencias.

Ella, observando la mirada de él, se agachó ligeramente y recogió un fragmento de losa, en cuyo reverso pudo ver unas letras acuñadas, pero sin sentido.

—¿Qué significa todo esto, Aurelio?

—No sé a lo que se refiere, Matilde. Es la primera vez que lo veo.

—¿Por qué me mientes?

Se quedó más blanco que un cirio pascual. Aquella mujer le traspasaba la mente con su mirada. Era como una hechicera ante la cual él se sentía indefenso, desconociendo qué amuleto utilizar contra sus malas artes. Se quedó pensando un poco y no encontraba respuestas. Pero ella seguía con el trozo de loza en sus manos y su mirada fija en él, sin perderlo de vista.

—Todo es cuestión de tiempo, mi querido Max Estrella. Ahora me iré y tú tendrás tiempo de darme una respuesta. Mientras, mi Gustavo hará vela en tu librería.

No dio respuesta, tan solo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dirigió hacia la escalera de caracol.

—Tenga cuidado con los escalones, Matilde, y agárrese a ambas barandas: hay curvas.

Y ambos subieron con pensamientos diferentes en la cabeza, hasta llegar al último escalón anguloso, en el que ella, con sus botas negras de tacón alto ancho y con un aire de suficiencia acerca de su autoaprendizaje, apoyó su bota izquierda de tacón alto en el último escalón, cayendo hacía atrás pero rescatada por la rápida y enérgica intervención de Aurelio, que, volteándose, la tomó por la cintura, en el mismo momento en que Matilde era presa de una fuerza gravitatoria impulsándola hacía un no muy halagüeño impacto contra la escalera descendente. Aurelio no supo de dónde sacó esa fuerza ni por qué hizo esa obra de salvamento, pero lo hizo y puso a aquella hechicera en pie. Con la mano no herida, sujetó la delgada cintura del cuerpo de Matilde, notando *ipso facto* ese conocido dolor punzante, que tuvo que contener porque sí. Una rendición supondría una caída cuesta abajo, con resultados funestos para ambos. Con fuerza de titán, levantó a Matilde y la puso a resguardo de caer

despeñada por las escaleras de caracol. Ella, toda sonrojada y sin decir nada más hasta salir de la librería, se alejó en línea recta. Ya fuera, demostró que no era de las que se quedaban satisfechas estando mudas, sin decir la última palabra.

—Volveré.

Afuera se escuchó un rum rum conocido, que fue disipándose poco a poco con el tiempo

CAPÍTULO XVI



Ya en la intimidad de la soledad, Aurelio se sintió avergonzado de haber expuesto tantas cosas de su benefactor al público. Entonces fue cuando comenzó a escuchar unos silbidos desde el suelo del salón de la librería: eran las gárgolas de la lámpara de tres brazos, cuyas bombillas estaban todas hechas añicos. Tenían las cadenas de sujeción echadas por encima de ellas, como si fueran negros llevados a una subasta de esclavos a un país extranjero. Las gárgolas, desde su posición final en los tres brazos de la lámpara, estaban en una gran discusión entre ellas, de forma alegre, debatiendo quién de ellas tenía el mérito mayor del incidente. Aurelio se quedó mirando aquella distorsión auditiva y visual, no sabiendo muy bien si lo que veía estaba enfrente de sus ojos o salía de su cabeza. Con ánimo, decidido a no distraer su mente con imaginaciones, se puso a trabajar en tareas más útiles, como colocar aquella lámpara de tres brazos en su antigua situación en el techo, ayudado de una escalera que encontró cerca. Tras colocarla, se dedicó a limpiar todo el suelo, lleno de esquirlas de cristal y restos de yeso saltados del techo. Al final, todo quedó limpio y ordenado, como si no hubiese pasado nada allí dentro. La única falta que tenía eran las ausencias de las luces de la lámpara de tres brazos colgante que solían iluminar toda la estancia principal de la librería, y ahora se tenía que conformar con la pequeña lámpara de la mesa-muestrario, dando extrañas sombras sobre la entrada a la escalera de caracol, al final de la estantería, en el otro extremo de la sala. Caprichos de su benefactor. Ya había pasado, sin casi percibirlo, más del mediodía y el hambre le acuciaba las entrañas. Tenía que ir a por energías y solo conocía un lugar: Filà Els Cremats. Pero todo el exterior a la oxidada persiana de su librería era considerado como territorio comanche. Podría encontrase a Matilde o a su esbirro,

Gustavo o, peor aun, a algún otro animal indeseable u otra fiera inmunda impredecible. Estaba en pleno terreno hostil, sin comprender muy bien las razones. Al fin, tomó la solución más fácil, cómoda, barata y segura: llamó de nuevo a la pizzería ya conocida. En menos de diez minutos, una motocicleta se paró enfrente de su librería a servirle un par de pizzas humeantes y olorosas que fueron removiendo sus tripas a medida que las transportaba al interior, subiendo las escaleras hasta el segundo piso. Tanta emoción acumulada, en tan pocos días, le había provocado un agujero negro en el estómago. Era capaz de tragarse hasta la Vía Láctea si se cruzara de por medio. El reposo, tras la ingesta, no se lo podía negar nadie. Se acomodó en la cama en la postura que menos dolor pudiera causar, acordándose de colocarse una bolsa de hielo en su mano derecha para rebajar la inflamación de la pisada recibida el día previo por el hombre con credenciales de médico. Quedó en un estado aletargado un tiempo que no pudo recordar, ya hasta que empezó a anochecer. Al poco tiempo fue despertado por el timbre de la puerta: alguien estaba llamando con una insistencia pertinaz. Ya liberado del cansancio previo y no sintiendo ni el agotamiento ni los dolores en sus articulaciones, de los cuales se aquejaba anteriormente y que le habían conducido a echarse en un estado de consunción hacía unas escasas horas en la cama, se alzó ya libre de sus cadenas, poniéndose en pie y llevándose la mano izquierda a su entumecida mano derecha, la cual notaba como anestesiada y difícil de mover, sin respuesta a sus órdenes. Estuvo un tiempo así mientras bajaba las escaleras del piso, dando vida a su mano derecha, hasta que esta empezó a revitalizarse, con movimientos lentos y dolorosos; ya no era un miembro tullido. Las gárgolas de la lámpara de tres brazos colgante del techo parecían dormitar tranquilamente. Ante la penumbra de la sala principal de la librería, encendió el candil auxiliar para iluminar, colocado por su benefactor en el extremo terminal de la mesa-muestrario, dándole a toda la sala principal un aspecto de luces y sombras, con proyecciones por todos lados, que había que buscar a propósito. La pirámide principal de libros seguía proyectando la sobra angulosa hasta los mismos pies del inicio de los escalones, bajo el cuadro de Botticelli. Aurelio siguió

encaminándose hacía la puerta de madera de la librería, ante la insistencia del timbre, y abrió la puerta. Allí delante estaban los mismos agentes de la Policía Judicial que lo habían visitado antes para interrogarlo acerca del galeno con aspecto de delfín que lo acusó en el servicio de urgencias de haber intentado asesinarlo.

—¿Qué quieren ahora ustedes?

—¿Tiene previsto algún viaje fuera de la ciudad de Alcoi?

—Eso es tema de mi incumbencia. Si saliera, ¿a quién le importaría?

—A la Ley.

La que llevaba el interrogatorio era la mujer, vestida de paisano, tras mostrar la chapa de Policía Nacional. Su compañero hacía de cerbero detrás de ella, mirando a un lado y otro de la acera de manera insistente.

—Sabemos que su pariente fue asesinado en este mismo lugar y usted fue el benefactor de la herencia, saliendo de la nada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Se blande sobre usted una denuncia por intento de asesinato contra un médico. Una figura de la autoridad.

—Les digo que fue un accidente. La lámpara cayó de forma fortuita desde el techo.

—Hay dos testigos que afirman que enfrente de esta librería usted colaboró en una agresión.

—No sé de quién me hablan.

—Usted está dejando muchas migas por el camino, como Pulgarcito, y ningún pajarito se las está comiendo.

La policía judicial miraba con ojos extraños a Aurelio, como a un niño travieso que se estaba portando muy mal y no le estaba diciendo la verdad. Este, tragando saliva con dificultad, no quería seguir el curso de aquella conversación y tuvo suerte: el teléfono de su compañero sonó avisándoles de que tenían un asunto en Ayelo de Malferit.

—Nos tenemos que ir. Tengo que decirle que la persona que interpuso la denuncia contra usted ya está fuera de peligro y está circulando.

—¿Y a mí qué? Perdí la venta de dos libros por la caída de la lámpara y él tuvo el detalle de agradecérmelo a golpes.

—Deja a este orate y vayamos a Ayelo de Malferit. Nos reclaman.

Los de la Policía Judicial se subieron en su coche negro y desaparecieron de allí rápidamente, dejando a Aurelio de nuevo en soledad, y con sus preocupaciones. Como estaba solo, otra vez, en la sala principal de la librería alumbrada por la pequeña lámpara de la mesa-muestrario, dando sombras por doquier, se acercó a este y se puso a observar la sala en cuclillas. Desde allí se podían ver, en esa perspectiva, cosas sorprendentes: las construcciones arquitectónicas mostraban unas sombras en la pared que nunca había apreciado, salvo la puntiaguda sombra apuntando a la entrada la escalera. Con cierto tiento, se puso a toquetear la lámpara, elevándola unos centímetros, de tal forma que ahora iluminaba por completo el cuadro de Botticelli, antes ensombrecido por las sombras de la oscuridad. Atraído por este, se agenció de la pequeña escalera de aluminio y con ella se ayudó a poner sus ojos a la vista de tal cuadro que, en un principio, le provocaba cierta repulsión con ese cono invertido: pudo apreciar la figura de Lucifer en una cueva, situado en el vértice inferior. Vio que había nueve círculos ascendiendo, según imaginaba, de tal forma que cuanto más cercano se encontraba al diablo, más horrible había sido el pecado en vida y peor el castigo para toda la eternidad. En el dibujo veía ríos de fuego, aguas congeladas y almas en pena sufriendo eternamente. Con el dedo iba siguiendo la ascensión de los niveles hasta llegar a la superficie, en la cual se situaba la entrada, en donde había un cartel que decía:

Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate

Todo esto Aurelio lo hallaba de lo más extravagante que podía encontrar. Estuvo tentado a descolgar aquella macarronada de la pared, pero le encontró cierto humor negro a todo aquello y lo dejó colgado.

—Por algún motivo lo habrá dejado ahí mi benefactor. Al fin y al cabo, él me ha sacado de la mísera rutina improductiva.

De este modo musitó para sí mismo Aurelio. Nada más terminar la frase, escuchó una pequeña algarabía detrás suyo, a la altura del techo, que lo hizo voltearse lo más rápido posible en aquella dirección, casi perdiendo el equilibrio. Eran las gárgolas festejando algo, según le impresionaba a él. Puesto que esas alucinaciones visuales y auditivas las daba ya como un fenómeno propio, por haber abandonado la medicación de la doctora tan antipática, y no como algo que le estuviera ocurriendo en realidad, las ignoró y, con lentitud, comenzó a descender los peldaños de la escalera hasta pisar, con más seguridad, el suelo firme con el dibujo estrellado de la Vía Láctea. Al día siguiente iría a una ferretería a agenciarse de un juego de nueve bombillas para colocarlas en la lámpara de tres brazos del techo colgante. Ese día ya era tarde y sería más seguro echar la oxidada persiana abajo. Con sumo cuidado de no lastimarse más, poco a poco, fue bajándola, con el miedo metido en sus carnes, hasta que de forma súbita notó el dolor. Quedó por un momento quieto, sabedor de que no tenía remedios para paliar aquello —tan solo la absenta— y un trabajo por terminar. De esta forma, se volvió dolorido y caminando como Quasimodo hacia la mesa-muestrario, donde aún se mantenía la botella de absenta como un tótem entre tanta arquitectura. Se quedó mirando aquel brebaje de poetas y literatos. Con la fe de un peregrino llegado de lejanas tierras a un lugar sagrado, agarró la botella de absenta negra y de un trago largo se pegó un tanganazo entre pecho y espalda que le produjo un terrible tembleque de sus piernas, el que casi lo hizo caer al suelo donde estaba diseñado el firmamento astral. En posición inclinada estuvo un tiempo indeterminado, observando el firmamento del suelo moverse, con sus estrellas y planetas, bajo los efectos evanescentes de los efluvios de la absenta negra ingerida que le iban afectando a su corteza cerebral, hasta que fue notando el efecto analgésico suficiente para lograr terminar la tarea de echar el cierre a la oxidada persiana de la puerta sin notar el dolor y, de esta forma, sentirse más seguro en el interior de su librería. Tras acabar esta ardua tarea, un poco mareado y abotargado, fue a descansar en la silla colocada entre la mesa-muestrario y la gran estantería, conteniendo el gran océano de libros

que tenía tras de él. Estuvo un tiempo descansando allí, meditando todo lo acontecido: muchas cosas de ellas incomprensibles para él, hasta que los párpados le fueron cayendo por la inercia del cansancio acumulado. Tambaleándose y mirando el suelo estrellado pisado por sus pies, se dirigió luego a la puerta que daba a las escaleras que subían a sus estancias del segundo piso. En aquel viaje estelar le pareció escuchar un rumor, como el de un viento lejano soplándole en los oídos unas palabras, al principio ininteligibles para sus entendederas.

—*Inferno, inferno, inferno…*

Entonces se dio cuenta de que aquellas voces, como en anteriores ocasiones, provenían de las gárgolas. Al echar la cabeza hacia arriba, las vio muy exaltadas en sus gestos. Seguía en sus trece, no quería dar atención a todas aquellas alucinaciones visuales y auditivas. Siguió caminando, apagó la luz de la pequeña lámpara de la mesa-muestrario y, con ello, aquel rumor constante fue disipándose, como el ruido del aire al pasar por un desfiladero en una tormenta. Subió las escaleras, sin acordarse ya de cenar, hasta el segundo piso. Tenía las entrañas tan cerradas y una angustia en el cuerpo que solo el pensamiento de tener pendiente la cena a esa hora de la noche le producía arcadas. Las dos pizzas previas de la comida se le estaban repitiendo en el estómago. Viendo las sábanas desechas de la noche anterior, se arremolinó como pudo en ellas, esperando dormir una noche más en aquel octubre frío, sometido a las barridas provenientes de la sierra de Mariola. Al despertarse al día siguiente, notó la extraña sensación de no sentir dolor, algo que no le ocurría desde hacía varios días. Por lo que se levantó con más ánimo de lo normal, desayunando algo ligero. Todavía no había recuperado del todo el apetito, tomó algo por mero hábito. Sintiéndose con las fuerzas suficientes, abrió la oxidada persiana y marchó con precaución a la calle en busca de una ferretería. Ni se molestó en echar la vista atrás a ver la opinión del desagradable grafiti estampado en la persiana; no estaba para consejos, lo tenía clarísimo. Tenía que ir con cuidado de no tropezar con aquellas personas que estaban tan interesadas en encontrarse con él. No era cuestión de timidez. Más bien, era cuestión de supervivencia. Pronto,

tras un caminar impropio en él caracterizado por un estado de alerta, tropezó con una ferretería al bajar una de las cuestas de la ciudad. Rápidamente, sin perder el tiempo, salió de allí con su mercancía de nueve bombillas y volvió sin demora, al mismo ritmo de la ida. Allí estaba el grafiti, pero rehusó encontrarse con su mirada. Cruzando con pasos rápidos y llenos de adrenalina la Vía Láctea de la sala principal, con su mercancía de nueve bombillas, la depositó con delicadeza en la mesa. Fue al piso de arriba y se echó en la cama, exhausto del aparente esfuerzo realizado, echando suspiros por la boca, con el corazón en la garganta y una profusa sudoración recorriéndole toda la frente, a pesar de ser octubre. Indudablemente, no estaba preparado para este tipo de misiones. Al fin, poco a poco, quedó dormido. Despertó al rato. Al descender a la sala principal de la librería tuvo una nueva sensación tras colocar las nueve bombillas y encenderlas. Se dio cuenta de que estaba ahí para cumplir una tarea y, casi, de forma autómata, se dirigió a la entrada de la escalera de caracol. Pulsó el interruptor de la luz para poder ver aquellos escalones angulosos, comenzando a descenderlos, apoyándose en las dos barandas. Había tenido suerte, ya que llevaba una caja de herramientas encontrada en un armario del segundo piso. Pura casualidad, que lo libró de salir de su guarida una segunda vez ese día. Allí, en el maletín tenía todo lo que precisaba: una maza, un martillo y un cincel. El resto era pura ferralla. Estaba en la tarea de descender cuando se dio cuenta de que olvidaba algo muy importante: el mapa donde se indicaba el lugar exacto donde debía excavar con el mazo y el dintel. Había algo que él desconocía. Con un poco de frustración, se volvió atrás en busca del ejemplar de la *Biblia cum concordantiis Veteris Novi Testamenti sacrouca* ; su caja fuerte de caudales particular, inadvertida a los ojos codiciosos de todos los que habían pasado por el interior del sitio. La abrió y sacó el mapa enfundado, buscando en el fondo de la librería la antigua llave. Ahí estaba, todo tal cual lo había dejado. Por simple curiosidad, al extraer el mapa se puso a leer lo que ponía en la página, aunque él hacía años que no leía la Biblia. Con dificultad, casi tartamudeando, leyó para sí mismo.

Vigilate itaque quia nescitis diem neque horam[4]

Y cerró el ejemplar rápidamente, notando un repelús recorrer su espina dorsal, colocando acto seguido la Biblia en su antiguo lugar. Ya tenía todos los elementos del explorador: podía ir ahora al sótano a descubrir otro misterio de su benefactor.

---

4 N. del E.: «Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora».

CAPÍTULO XVII



Estaba tramando las posibilidades que podía encontrar descendiendo, poco a poco, los afilados escalones de la escalera de caracol, agarrado a las dos barandas, con la caja de herramientas a modo de bandolera en el tórax, cuando recibió el impacto de aquel olor pesado. En un acto vano, intentó una retirada refleja, pero sus pies no se correlacionaron con el mando de su cabeza. Se tambaleó un poco. Tuvo que alzar la parte superior de su camisa hasta sus sensibles fosas nasales, a modo de embozo. Esto le hizo tomar ya el control de la situación. Con más cuidado, fue descendiendo más despacio y preciso, mirando bien esos afilados escalones, que reclamaban una hecatombe desde hacía varios días. Llegó con un suspiro a la sala de paredes de rocas blancas. Allí ya no se percibía ese olor tan repulsivo y, como en la última ocasión, se dejó llevar por su fino olfato, siguiendo la corriente de aire con esencia a celulosa que, a cada paso que daba, se le hacía más peculiar e impactante por su frescura. No tardó, de esta forma, en llegar a la sala iluminada con los libros de cuero blanco. Desde esta sala iluminada salía otro pasillo, siguiendo la corriente de aire fresco de celulosa, terminando en una sala dorada, anexa a una sala vacía. En este lugar era en donde había encontrado la losa suelta con la llave antigua y el mapa enfundado, pensó: ese era el final de su trayecto y donde debía comenzar a buscar, ayudado con el mapa. Con una meticulosidad consabida, se despojó de la caja de herramientas cargada sobre su hombro derecho y, dejándola en aquel suelo de losas de barro, se puso a buscar en ese maremágnum de herramientas lo preciso e ideal para labrar a golpe de mazo las piedras que se encontrara en su tallaje. Los demás instrumentos los ignoró, en principio. Su tarea era más destructiva que constructiva. Era un entrar y salir rápido para averiguar lo que su benefactor tenía

allí escondido, lejos de miradas curiosas. Desplegó el mapa, tras sacarlo del enfundado de cuero, y comenzó a descifrar lo que estaba escrito: era un dibujo a escala de la sala vacía, anexa a la sala dorada, en donde él se encontraba exactamente. En el mapa se veía una cruz, exactamente en una de las esquinas de la sala rectangular. Pero era muy difícil averiguar cuál de las cuatro esquinas era la indicada. Debía de haber alguna otra señal. Se quedó frustrado, en un principio, ante el dilema. Nunca le gustaron las adivinanzas ni los misterios por resolver. Se sentó en cuclillas a pensar, de algún modo, cómo solucionar este nudo gordiano planteado por su tío. Se veía incapaz de cavar a ciegas las cuatro esquinas de aquella sala vacía, su constitución enclenque le impedía realizar tal tarea. No había nacido para realizar grandes esfuerzos físicos. Sería una gran temeridad por su parte. Si le ocurriera algo, un síncope o cualquier otro tipo de accidente, nadie iría a su rescate. Debía economizar sus escasas fuerzas ante tal ingente tarea. Con meticulosidad, se dedicó a estudiar, de nuevo, el mapa en miniatura de la sala vacía, poco a poco, centímetro a centímetro, descubriendo al fin que, en el reverso, a la misma altura que la cruz, había una figura dibujada que, en un principio, no había podido descubrir. Sin embargo, con más detenimiento y agudizando la precisión de sus pupilas, pudo determinar que esa figura era la de un sátiro dibujado, de forma muy tenue, casi plasmado con la idea de no ser descubierto. Esto lo animó grandemente, ya tenía más claves para buscar lo que buscaba. Se levantó, con cierta dificultad, desde su posición en cuclillas en el suelo, notando en sus carnes el frío dolor, menos intenso que otras veces. Fue insuficiente para frenar los ánimos de su misión arqueológica. Aquella sala vacía tenía el suelo lleno de polvo. En primer lugar, y para descubrir posibles pistas, fue desempolvando con las manos, una a una, el suelo de las cuatro esquinas de la sala vacía, constituido por losas de barro, buscando cualquier pista que lo pudiera guiar a lo que tanto buscaba. En esta tarea ardua estaba, centímetro a centímetro de losa de barro, cuando las delicadas yemas de sus dedos notaron una irregularidad en una de aquellas, en principio de tacto áspero, que le llamó la atención. Rápidamente, puso todos sus sentidos allí y eliminó el

polvo, la arenilla y otros restos que ocultaban dicha excrecencia a la simple vista, descubriendo un dibujo en relieve que no podía distinguir bien desde esa distancia, pues se daba sombra él mismo. Debía buscar una proyección que permitiese que la luz diera sobre ese relieve palpado, para él, entonces, poder fijar la mirada desde otra perspectiva. Tras toda esta maniobra, descubrió que el relieve era el de un sátiro; el mismo que estaba dibujado en el mapa.

—¡¡¡Eureka!!!

Le salió de forma espontánea a Aurelio un pequeño grito agudo del interior de sus pulmones. Y con avidez, tomó el cincel y el mazo, buscando *ipso facto* los resquicios entre las losas de barro del suelo, en busca de la manera más propicia de comenzar su tarea arqueológica. Comenzó a dar pequeños golpes en el suelo ignoto, y a cada golpe de mazo le saltaban esquirlas de tierra, roca y restos de barro sobre su cara, que lo hacían parpadear constantemente detrás de sus gafas utilizadas como yelmo protector ante un ataque despiadado de un enemigo. No cejaba en su empeño. Consiguió retirar de esta guisa una primera losa, la que contenía la inscripción del sátiro. Se dio cuenta de que debajo de las losas había bastante tierra compacta, pero debía seguir retirando más losas de barro que lo estorbaban en su tarea arqueológica. Así estuvo, calculando en su reloj de faltriquera, sin parar, casi cuarenta minutos y retirando unas nueve losas. Un esfuerzo que su cuerpo enclenque pagó caro al sentirse exhausto, sin ya poder agarrar el pesado mazo ni dar correctamente un golpe al cincel. Se dio cuenta de que fisiológicamente había llegado al límite de sus fuerzas y debía, para preservar su salud, poner fin, de forma temporal, a su búsqueda arqueológica. De esta forma, agotado, rendido y exangüe, se dejó caer en el frío suelo de losas de barro, envuelto en una neblina de polvo cubriendo sus ojos, cerrados por unos pesados párpados que compartían el cansancio acumulado. No supo precisar su tiempo de hibernación, todo aquello ya empezaba a producirle molestias en forma de una cefalea pesada. Al menos ya no sentía la sensación de antes y el reposo le había permitido recuperar no todas las fuerzas primitivas, pero sí las suficientes para terminar su excavación. Se incorporó ligeramente, sintiendo de nuevo el dolor. Estaba bastante

harto, pero logró mantenerse en pie y caminar los pasos suficientes hasta la excavación. Allí reposaban las losas de barro arrancadas del suelo hacía unas horas, a base de mazo y cincel, dejando una base de tierra suelta que había que cavar en busca de lo que escondía en sus profundidades. Poco a poco fue cavando con el mazo y el cincel. Al mismo tiempo, iba retirando la tierra suelta producida, que iba apartando a su derecha en un montón, agrandándose a medida que sus manos se iban llenando de ampollas y heridas por el empleo enérgico del mazo y el arrastre de la arena. Era una tarea muy dolorosa para alguien no nacido para este tipo de menesteres artesanales. Al final, en un golpe de mazo al cincel, se escuchó un chasquido metálico que sorprendió a Aurelio: había golpeado algo metálico enterrado y, con avidez, comenzó a delimitar la zona, palpando con las yemas de los dedos, casi en sangre viva, un frío objeto. Esto aceleró la tarea mecánica de desescombrar esa zona para liberar lo que parecía una gran caja metálica. Esto le llevó más tiempo del que pensaba. Miró su reloj de faltriquera y se asombró de la cantidad de horas que llevaba allí, inmerso en las profundidades. Eran ya las quince horas y había bajado a las ocho de la mañana. No sabía cómo su cuerpo enclenque era capaz de aguantar ese tipo de esfuerzos físicos sin comer ni beber. Se dio un poco más de brío. Sabía ya que el objetivo de su misión arqueológica estaba próximo a su consecución y, con un pequeño esfuerzo, levantó la caja metálica que, extrañamente, no resultó muy pesada. La depositó encima del suelo de las losas de barro tras dar un bufido de satisfacción. Observó, medio agachado y tomando un poco de aire, aquel secreto. Esperó a reponerse un poco, con las manos sanguinolentas, sentado frente a la caja de Pandora, y empezó a escuchar voces resonando en el interior de la pequeña sala. En ese sitio no estaba solo. Como en un holograma, así lo percibía él, aparecieron dos personajes vestidos a la antigua, con una toga y una túnica debajo. Ambos estaban conversando como si él no estuviera allí. Pero entonces llegó un tercer personaje, una mujer, portando una caja en sus manos.

—Traigo este obsequio proveniente de Zeus para ti, Epimeteo.

Era Pandora, la Omnidotada, con una figura incomparable, portadora de nefastos obsequios para los hombres, conferidos por cada uno de los dioses. Se dirigía a Epimeteo, el ingenuo hermano de Prometeo. Este se acercó a su hermano.

—Te advierto que no aceptes este regalo, venido del Olimpo de Zeus, ya que ocasionará daños a los hombres.

—¿Por qué lo he de rechazar?

Epimeteo lo miró de forma suspicaz y acogió gozoso a la doncella, no dándose cuenta del mal hasta que ya la tuvo. Los hologramas fueron, poco a poco, difuminándose en el aire de la sala. Aurelio sabía que estaba a solas allí y, de esta forma, rememorando el papel de un Epimeteo, dejándose llevar por Pandora y escuchando las voces de los dioses, regidos por Zeus, padre de las musas a las que quería agradar, fue explorando aquel nuevo objeto suyo, tanteando cómo abrirlo de la mejor manera. Puso en ello la poca habilidad que tenía hasta que dio con lo necesario: un gran cerrojo en uno de sus laterales que bloqueaba por completo la abertura de la caja. A prueba de ganzúas. Por curiosidad, introdujo la llave que portaba en el cerrojo, comprobando el encaje perfecto de ambos. Con un pequeño esfuerzo, hizo girar la llave y abrió la tapa. Los goznes trajeron un ruido musical que recordaba el sonido del óxido. No entendió muy bien al principio lo que veía dentro y, luego, casi lo saca de sus casillas. Allí, entre viejos papeles de periódicos hechos un ovillo, había una vieja máquina de escribir. Ese era el secreto de su benefactor: una vieja máquina de escribir, se repetía. Con la sensación de haber sido estafado y ser motivo de una burda burla, la dejó en el suelo, junto a la caja de metal vacía, sentándose enfrente de ambos objetos, de cuclillas, a meditar. Estuvo un tiempo así, no llegando a ninguna conclusión salvo que su benefactor era un tipo muy extravagante y que por algún motivo tenía esa máquina de escribir allí escondida. La subiría y vería lo que haría con ella. Tomó la pieza de metal y recorrió de vuelta el camino a la sala dorada, donde el olor a celulosa reinante en el ambiente comenzaba a ser demasiado apestoso. Además, el dolor lo fustigaba, como si estuviera en una mina de piedra de los tiempos antiguos; parecía que alguien lo castigara con un látigo armado con púas en sus

puntas, arrancándole trozos de carne de su lomo izquierdo. A su paso por la sala iluminada, su caminar se fue acelerando, no sabiendo de dónde sacaba aquella fuerza sobrehumana. Alcanzó la escalera y la subió sin sujetarse a las dos barandas al llevar la máquina, que le empezaba a quemar entre sus manos, por algún extraño motivo. Al fin, llegó a la superficie de la sala principal de la librería donde, con gran desahogo, pudo dejarla en un espacio de la mesa; justo en un lugar libre casi pensado y calculado para dejarlo, pensó curioso. Quedó el objeto en un extremo y la mayor de una de las pirámides en el otro . Todo era un conjunto que no entendía. Eran ya más de las quince y cuarenta y tres, y tenía un hambre atroz. No sabía si salir a la calle o volver a recurrir a la comida rápida habitual. En este dilema estaba cuando unas carcajadas resonaron en la librería, que interrumpieron su interlocución de forma abrupta. Miró hacía arriba y lo que vio no lo había presenciado nunca: las tres gárgolas de la lámpara de tres brazos colgante del techo, al unísono, movían aquellas grotescas cabezas de arriba abajo, echando carcajadas de forma rítmica, como un oleaje, de tal forma que provocaban un efecto vibrador en la lámpara, haciéndola girar lentamente. Lo suyo era más serio de lo que parecía, la doctora aquella necesitaba escucharlo. Pero ella, creía él, no tenía agallas para afrontar lo que él le contaba siempre. Rápidamente, miró al suelo, donde veía el gran firmamento de estrellas y planetas en un fondo negro claro en aquella Vía Láctea, y decidió que la mejor opción era salir por un tiempo para cambiar de aires, al menos unas horas. Había estado trabajando en algo no muy propio a lo suyo durante muchas horas y estaba agotado.

CAPÍTULO XVIII



Buscaría algún sitio donde echar un trago y llenar su estómago vacío, y no tenía más que pensar en la Filà Els Cremats. Así que, con ánimos renovados, al ver una salida a su situación desesperada, sin mirar atrás, abrió la puerta de madera y, con cuidado, quitó el seguro de la oxidada persiana para echarla arriba, temeroso de volver a sentir el dolor. Pero lo hizo con mucho cuidado, lento y seguro. Y, tras entreabrirla, salió a la vía pública, donde rápidamente echó el cierre con un gesto casi mecánico, que le sorprendió mucho. Creyó escuchar unos aplausos detrás suyo, y giró la cabeza con pasmo preguntándose si alguien estaba detrás, pero no vio a nadie. Tan solo el ya conocido grafiti con sus tres cabezas que gesticulaban con grandes risas, a cada cual más burlona, con sus enormes bocas sonrientes sin enseñar sus blancos dientes como marfiles ni sus lenguas bífidas. Parecían dar con sus orejas palmadas al aire, emitiendo sonoros ruidos, como de gran multitud en el gran foro de un circo. Molesto por esta nueva alucinación, se echó las alas de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido cubriéndose bien la nuca, como protegiéndola de algo, y se encaminó hacia el restaurante con bastante desaire. Intentaba llevar, de forma disimulada, su acostumbrado andar de otras veces, pero estaba afecto de un pesar que no sabía expresar, por lo que se llevó las manos a los bolsillos, que tropezaron con el nuevo libro que estaba leyendo: *La guerra del fin del mundo*. Esto le dio un poco más de confianza. Se sintió más seguro al notar la fría tapa de su revólver Smith & Wesson M29. Cruzaba las calles, asegurándose de que estuvieran en verde por la zona de peatones, y en su travesía no miraba a los ojos de la gente. No tardó en llegar al bar, sentándose en la misma mesa que la última vez que comió con Matilde. Mientras estaba esperando a ser atendido, como era habitual en él, se puso a

leer su libro, y se quitó su gabardina para dejarla en la silla de al lado, justo contigua a la ventana. Inmerso en la lectura del autor peruano, leyendo los lamentos de Jurema, añorando su tiempo en Queimadas, con aquella muchacha escuchando los ánimos del caboclo sobre la gran noticia de la resurrección de los muertos. Tan hundido estaba en su actividad que no se dio cuenta de los dos personajes que ocuparon la misma mesa enfrente de él, y que se dedicaron a contemplarlo como coyotes hasta que terminó la frase. Aún en parte abstraído en su lectura, los percibió al notar un ligero *clac* de unos nudillos al golpear la mesa de madera, transmitiéndole una música de tonalidades macabras. Bajó el libro lentamente para ver quiénes eran los que disrumpían su tiempo de lectura de esa manera, y recibió a cambio un aldabonazo en plena napia que lo dejó traspuesto.

—Pero si es la rata asquerosa e inmunda, rara especie inextinguible que debería estar alimentando a los gusanos bajo tierra en un sepulcro anónimo.

Las piernas enclenques de Aurelio comenzaron a flaquear, con ganas imperiosas de ir al retrete a evacuar sus necesidades. Hizo un amago de levantarse, pero uno de esos individuos lo agarró bien de las manos, sosteniéndolo en su sitio. Estaba bien amarrado en la mesa gracias a gente que no había visto en su vida.

—Hoy no está nadie para que te cuide.

Las manos del individuo le iban apretando fuerte ambas muñecas, al mismo tiempo que lo arrastraban hacia él en un gesto que excedía lo intimidatorio.

—Hoy, creo, nos vamos a divertir en tu antro infernal.

—Eso, pásanos las llaves de la puerta que tenemos ganas de ilustrarnos con tus libros.

El otro acompañante, el que todavía no había participado ni dicho nada, intervenía ahora con una vehemencia que parecía tener reservada para ese momento.

—Será mejor que hagas caso a mi amigo. Tiene poca paciencia con las letras.

Los sudores de Aurelio empezaban a caer sobre su frente y la incontinencia urinaria era ya casi un hecho. La camarera llegó y

preguntó si iban a tomar «nada».

—Creo que acabamos de perder el apetito. Marchamos ahora. Muchas gracias.

Vio aquel espectáculo tan irreal delante suyo y, sin hacer más preguntas, acostumbrada al dicho de «el cliente siempre tiene la razón», se dirigió a otra mesa, donde un grupo de jóvenes iban a lo suyo, tramando las próximas fiestas de Sant Jordi y eligiendo quién iba a salir comandando en la *filà* de la escuadra dentro de unos meses, ignorando el drama que se vivía unos metros por detrás suyo. Aurelio pedía auxilio con la mirada, obligado ya a salir del restaurante y sintiendo un tenedor entre sus costillas.

—Tienes suerte de que el letrado no te está clavando una cuchara. Imagínate lo doloroso que sería una muerte a base de cucharadas.

La voz la sentía en su oreja derecha con un hálito apestoso que lo llevó a las arcadas. No pudo evitar inclinarse un poco por las convulsiones del asco y repulsión. Todo esto provocó que el que lo sujetaba por detrás, a la altura del gran portón de madera barnizado con cristales de color marrón, le infligiera el castigo del punzante tenedor sobre la zona lumbar derecha. No aguantó más y sus esfínteres se relajaron en plena puerta.

—Es que la gente ya no sabe beber.

Y, con un espaldarazo, lo sacaron del restaurante ante la mirada atónita de un camarero y unos clientes que iban a entrar, apartándose ante la evacuación forzosa de Aurelio. Lo llevaban al aparcamiento del restaurante en estado de grogui total, como un muñeco, cuando a la distancia se escuchó lejanamente un rum rum que puso en aviso a los dos raptores.

—Creo que viene el bestia ese.

—Quitémosle las llaves de la librería y nos largamos.

—¿Lo dejamos vivo?

—Quiere otra cosa. Realmente le importa un bledo este pedazo de mierda.

Aurelio no sentía mucho, pero escuchaba lo suficiente. En ese momento, el rum rum era más intenso. Por el rabillo del ojo, pudo ver perfectamente la llegada de una Harley-Davidson acercarse al aparcamiento a gran velocidad. Todo ocurrió demasiado rápido. Un

frenazo se llevó a uno de los raptores por los aires. El que tenía el tenedor quedó a la defensiva frente al motorista, quien le hizo frente en una lucha igualitaria. Ambos tenían constitución pareja. Hubo varias escaramuzas y se escuchó un grito. El raptor clavó el tenedor en el brazo izquierdo del motorista y este cayó al suelo, muy dolorido. Esta ocasión fue aprovechada por el otro para su ensañamiento personal.

—Ahora vas a financiar las rodillas de mi amigo, hijo de perra.

El herido no se había quitado el casco, lo que lo salvó de un muy posible traumatismo craneofacial por los golpes recibidos *a posteriori*. Con su brazo derecho indemne, al fin, pudo hacer una llave de artes marciales y provocar la caída de su torturador al suelo, que, viendo a su compañero levantarse malamente, sin más posibilidades de avance en el combate, decidió ir en su auxilio y abandonar el lugar de la batalla. Aurelio había sido espectador, de nuevo, de una lucha a vida o muerte por su causa, con motivo de una razón que todavía desconocía. Su salvador no había salido muy bien parado esta vez. Sin dirigirle la palabra, volvió a su volcada Harley-Davidson de forma casi insultante y, tras quitarse el casco, mostrando su cara, el fiel seguidor de Matilde le lanzó una mirada fija. Limitado por la lesión en el brazo izquierdo, alzó la pesada moto y la arrancó, yéndose con su evanescente rum rum, que se fue diluyendo a medida que la distancia se extendía. Aurelio volvía a estar en deuda con él, pero desconocía la factura que tenía que pagar por todos aquellos servicios. Nada se da gratis en este mundo de intereses. Llegó ya por la tarde sin haber casi comido, todo sucio y maloliente. La desgastada gabardina nórdica azul descolorido, recuperada rápidamente antes del zarandeo, estaba hecha un desastre, digna para la mejor tintorería. Abrió la persiana sin dignarse a ver el desagradable grafiti. No estaba para alucinaciones visuales, ya había tenido bastante. No quería saber nada de nada, por lo que volvió a echar el cierre y se fue a descansar a la cama del segundo piso de la librería, sin molestarse en encender las luces de la lámpara de tres brazos. Al pasar por enfrente de la mesa, vio la botella de absenta negra y, como se encontraba tan mal, echó un par de tragos a palo seco para poder dormir con algún sedante. El

efecto fueron unas terribles pesadillas, de las que no recordó nada al levantarse. De forma instintiva, al levantarse a las tres o cuatro horas, cuando ya estaba avanzado el crepúsculo, tenía muy claro todo lo que debía hacer: su atención durante las siguientes horas debía estar enfocada en la máquina de escribir. Al bajar los escalones, hasta llegar a la sala principal de la librería, encendió las nueve luces de la lámpara de tres brazos. Tras alucinar nuevamente con esas gárgolas, se fijó en su determinación de estudiar aquella máquina de escribir, secreto guardado por su benefactor. Al pasar al lado de la mesa, volvió a extasiarse por la panorámica arquitectónica diseñada y construida a base de libros, cuyo culmen fue la máquina de escribir. Era hora de desentrañar sus secretos. Se sentó en la cómoda silla, que parecía haber sido colocada *ex profeso*. Hay veces que dudamos mucho de las casualidades, se dijo. Cómodamente, se sentó bajo el siseo y el ulular de las gárgolas, mirando fijamente la máquina Se dio cuenta de que sobre su frente superior y encima del carro se veía el nombre de la marca, IDEAL D, en letras doradas brillantes. En la parte frontal derecha, por encima del teclado, se podía ver el anagrama SN. Las teclas eran redondas, de color blanco y de finas letras negras, rodeadas de un anillo plateado. Los números estaban dispuestos en la fila superior. Aurelio estaba entusiasmado. Entonces fue cuando se percató de que en la parte frontal izquierda había un sátiro de color blanco simulando indicar con la mano izquierda a las letras que avanzaran hacia adelante, en una dirección infinita. Impresionado con el artilugio de metal, buscó un folio en el cajón localizado en la mesa, lo colocó en el carro, y le dio a las teclas de forma automática; eran palabras sin sentido, fruto de su primer contacto con el aparato. Fue recreándose con idiocia en el sonido del tic tac de las teclas y el avance del carro, no dándose cuenta en esta acción de tecleo, casi maniático, del avance de algo sobre la mesa bajo la pesada máquina de escribir forjada en hierro. Había un papel sobresaliente, así que no pudo terminar su escrito surrealista. Con sorpresa, tomó ese misterioso escrito oculto y lo colocó encima de la IDEAL D. Estaba escrito a puño y letra por su fallecido pariente lejano, una letra nítida y clara que lo asombró sobremanera.

Es una advertencia a aquel poseedor de esta máquina de escribir:
A partir de ahora puede disponer de las vidas ajenas
Podrá hacer uso de ellas según usted juzgue y perciba
Para ello solo debe seguir los consejos del sátiro si él cree vale la pena
Cuidado de curiosos y fisgones rondando cerca de usted y la máquina
Mantenga el objeto a buen recaudo de ellos si quiere guardar su pellejo
Intente no llamar la atención y esté ojo avizor en las esquinas
Pues la profesión de librero me permitió vivir y ver mucho, llegando a viejo
Lo primero que debe hacer es conocer el personaje
Es importante saber qué alma va a enviar al Infierno
Sabiendo cualquier detalle sobre él, el sátiro le comprará el pasaje
La historia irá sobre ruedas si la escribe bien, cayéndole como truenos
Una historia de vencedores sobre perdedores
Un paria recibido en el Infierno de por vida
Un vencedor con laureles y honores
La historia le recordará como el verdadero benefactor de la luz del día.

Aurelio quedó meditabundo tras leer este poema, intrigado por el verdadero significado de sus versos. Además, estaba el remitente de una imprenta. Pensó que quizás eran una suerte de instrucciones ocultas. ¿Era muy descabellado?



Ideal D

CAPÍTULO XIX



La absenta hizo como de adormidera durante un buen período de tiempo, perdiendo la noción del tiempo y el espacio, hasta que comenzó a escuchar grandes golpes metálicos en la primera planta. Sin lugar a dudas, alguien estaba aporreando la oxidada puerta metálica. Con el cuerpo pesado, se levantó cual si fuera aquel titán Cronos atrapado en el monte tártaro por Zeus y, poco a poco, logró bajar las escaleras hasta la sala principal de la librería, toda ella a oscuras. Encendió las nueve bombillas de la lámpara para poder ver.

—¿Quién es?

Así preguntó, un poco desganado. No se preocupó de mirar la hora en su reloj de faltriquera. Había dormido vestido esa noche.

—Soy Matilde.

Consultó la hora en su bolsillo, dándose cuenta de que había dormido más de diez de tacada, tiempo suficiente para ser seducido por las musas. Ahora venía ese incordio de mujer a molestarlo no sabía por qué motivo. Iba a abrirle la puerta cuando su mirada se topó con la máquina de escribir a su derecha, depositada sobre la mesa-muestrario, conformando el extraño diseño. Por una extraña intuición, la escondió detrás debajo de una caja de cartón, no visible a curiosos y fisgones. Tras ello, abrió la persiana con un pequeño empuje inicial, recordando todavía su afectación. Volvió a ver aquellas botas negras largas; una de ellas traqueteaba el suelo con nerviosismo. A su lado, dos botas militares permanecían quietas. Sospechaba de quién eran. Con un remate final, ya más confiado y seguro en sus fuerzas, terminó de echar arriba la persiana con ruidos de engranaje, demandando a marchas forzadas unos galones de aceite.

—Buenos días, mi Max Estrella.

—Buenos días.

Aurelio tuvo que taparse los ojos para evitar deslumbrase ante los rayos del sol que daban directamente en su cara.

—Mi Gustavo me ha comentado que estás en peligro.

—No, no, no… Nada importante.

—Gustavo tuvo que ser atendido de urgencia por una herida en su brazo izquierdo. Unos tipos muy malos intentaron hacerte daño, mi Max Estrella.

El tono de Matilde, agudo, fluctuaba desde una tonalidad maternalista a otra más regia, sin dejar de escrutar a Aurelio, pestañeando sin cesar con esas largas hebras postizas que se deslizaban al son de su voz. Aurelio se perdía en aquellos ojos, similares a dos pantallas Cinemascope. Allí no había finito, su mirada se hundía en un mundo nuevo, como en el de *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll. En sus enormes pupilas vio la imagen de un conejo blanco sosteniendo un reloj de bolsillo y gritando que iba a llegar tarde.

—Te lo advierto, mi Max Estrella… Si Gustavo no llega a rescatarte, hubieras podido perder tu cabeza. ¿Entiendes?

La voz de Matilde lo sacó de su hipnosis parcial, volviéndolo a su realidad. Allí estaba él, enfrente de esa mujer con botas negras, pantalones Levi Strauss y una chaqueta de cuero negra, acompañado de su fiel Gustavo, que lo miraba con el brazo izquierdo vendado en cabestrillo.

—Intuyo que algo escondes en tu librería, que es la fuente de tu desdicha.

Matilde comenzó a caminar hacia él, apoyando ambas manos en sus hombros. Sintió una fuerza tremenda recorrer su cuerpo, y volvió a percibir la punzada izquierda, algo que le hizo gesticular un poco. Esto no pasó desapercibido para la observadora Matilde.

—Te veo un poco perjudicado, Aurelio. ¿Estás bien?

—No pasa nada.

Pero ella siguió apretando su hombro izquierdo, haciendo más penoso su dolor. Esto hizo que, no soportando más su umbral, amagase con retirarse de ella. Sin embargo, lo agarraba firmemente,

con una fuerza sobrehumana. Empezaba a tener más que miedo. El dolor que estaba sintiendo no era normal.

—Gustavo y yo solamente estamos aquí para protegerte.

—Sé cuidarme por mí mismo, gracias.

—¿Tienes alguna novedad para nosotros?

Aurelio estaba casi en estado lacrimógeno. Atrapado se veía por una mujer que creía una licántropa; no veía modo de desembarazarse de sus fuertes garras.

—Acabo de iniciar el negocio. Las próximas ferias del libro usado no comienzan hasta la próxima primavera.

—Eres un falso.

Gustavo se acercó a él. Retirando las manos de Matilde con sumo cuidado, alzó con su mano diestra sana a Aurelio. Agarrado por el cuello de su camisa, le comenzó a cantar las cuarenta al dueño de la librería.

—Dinos lo que queremos saber y tu pellejo dejará de estar a saldo.

Se sentía incómodo. No pudo contener sus emociones y sus esfínteres evacuaron. El olor empezó a expandirse de forma nauseabunda.

—Este tío se está licuando.

Gustavo, mirándolo con asco y repugnancia, lo echó hacia atrás, alejándose unos metros y no pudiendo soportar la hediondez que desprendía Aurelio. Este quedó tirado, casi en cuclillas, en la acera, intentando ponerse en pie. Pero Matilde se aproximó y con una de sus botas, apoyada en su pecho, le impidió ponerse en pie, dándole un discreto empujón que lo volvió a dejar arrastrado en el suelo.

—¿Qué queréis?

Aurelio, con la voz tomada, miraba de forma alternada a Matilde y a Gustavo.

—El secreto que guardas en el interior de esta librería.

Ella estaba casi a la altura de él, mientras Gustavo permanecía a cierta distancia haciendo guardia para evitar que se acercaran curiosos al lugar del interrogatorio. Aurelio permanecía encajonado en el espacio entre dos coches aparcados, alejado de la vista de los escasos transeúntes que deambulaban por la acera de la calle Entenza. En estas estaban cuando, desde la entrada de la autopista

de Valencia, se aproximó un vehículo a todo trapo. Esto puso un poco inquieto a Gustavo que, como cerbero, hizo signos ostensibles de agitación, presintiendo algún peligro inminente.

—Matilde, creo que se acercan problemas.

De forma autómata, Matilde se giró para ver qué ocurría más allá de la calle. Pero ya era demasiado tarde. Algo zumbó sobre su oreja izquierda, impactando en la pared de detrás de ambos; una saeta acababa de estamparse. Esto los dejó, de momento, perplejos, olvidándose de Aurelio, quien se arremolinó debajo de uno de los coches mal aparcados en la calle. Los recién llegados terminaron de frenar; eran cuatro.

—Muy buenas tardes.

Uno de ellos, el que salió del asiento del copiloto, blandía una espada de cruzado en su diestra. Con la izquierda hizo un signo para que los otros tres se pusieran en semicírculo, rodeando a Matilde y a Gustavo, que daban la espalda a la librería, sin posibilidad de escapatoria.

—Estáis rodeados. ¿Dónde tenéis a la rata asquerosa?

Aquel cruzado, con aspecto antediluviano, iba aproximándose a Matilde sin remilgos hasta unos escasos pasos, los suficientes para encender los ánimos del cancerbero. Como una fiera que ve peligrar su propia existencia, olvidando su propio daño, se deshizo del cabestrillo, colocándose entre su dueña y el espadachín.

—Hombre, aquí tenemos a nuestro amigo El Quebrantahuesos.

—Atrévete con alguien de tu compostura.

El cruzado, para poder soltar mandobles con mayor comodidad, dio unos pasos atrás. Gustavo lo vio como un signo de cobardía y atacó. La intención del cruzado era clara: cercenarle la cabeza de un tajo. Pero el motorista tenía los reflejos de un felino y se agachó justo en el instante en que la hoja rozaba sus cabellos. Matilde sonreía, observando la gallardía de su fiel servidor.

—¡Ve a por él, Gustavo!

De forma súbita, este sacó un cuchillo de matarife de su cintura. Armado, blandiéndolo de una mano a otra como un malabarista, comenzó a mover sus piernas intentando acercarse al cruzado que veía como su ventaja con la hoja larga estaba menguando, por lo

que intentaba de forma infructuosa sacar algo bueno a la mayor longitud de la espada. Dando saltos hacia delante, el cruzado daba estocadas y sablazos de forma reiterada, pero Gustavo era sabedor de su desventaja y permanecía alejado del afilado acero, esperando la oportunidad con el filo de su cuchillo. Sabía que tan solo era necesario una estocada para acabar esa danza macabra. Mientras, los otros tres intentaban acotar la zona, evitando la huida de Gustavo y Matilde. Pero era todo demasiado irreal para que aquello siguiera como estaba. Aurelio, agazapado debajo del coche, tecleó al 062 y llamó en busca de auxilio a la Guardia Civil, pues los visitantes habían venido de nuevo. Unas sirenas comenzaron a escucharse desde la entrada de Valencia. El espectáculo macarra —visto desde los balcones por algunos vecinos con gran expectación, como recreación a cámara oculta de algún programa de televisión de baja audiencia— estaba a punto de poner su telón de fin. Ambos contendientes, sin llegar a un final trágico, sabiendo que aquello no era el fin, decidieron poner un paréntesis temporal a aquello. El cruzado, con un silbido agudo, como quien llama a un redil de lobos, reclamó a sus tres compañeros para que se reunieran con él en el vehículo. Tenían que ser rápidos antes de que los picoletos llegaran a su altura. Gustavo se retiró del centro de la calle, como un torero, aclamado y aplaudido desde los balcones de los edificios cercanos. Matilde lo esperaba. El vehículo arrancó a alta velocidad por la calle Entenza, y Matilde con Gustavo echaron a correr justo antes de la llegada de la Benemérita. Allí solo quedaba Aurelio para declarar ante la representación de la Ley. Salió, en estado lamentable, de debajo del coche, todo lleno de pringue de aceite y gasoil, echando una peste a mierda que alejaba a cualquier mano amiga.

CAPÍTULO XX



Aurelio no cabía en sí de rabia mientras se duchaba para arreglarse de cara al nuevo día. Aquella mujer lo había traicionado de mala manera. Tenía que actuar pronto. Acababa de descubrir que su soñado paraíso era en verdad un auténtico infierno, donde los seres más miserables intentaban acabar con él. No paraba de dar vueltas en la sala principal de la librería, encerrado tras echar abajo la oxidada persiana por miedo a nuevas visitas indeseables. Justo ahí, empezó a notar cierto murmullo en la sala.

—La historia será generosa conmigo, pues tengo la intención de escribirla.

Era como un ronroneo que se escuchaba de forma continua, cada vez con un sonido más alto, reiterado desde lo alto de la sala. Al alzar la mirada, observó cómo las tres gárgolas de la lámpara no paraban de parlotear a capela. Quedó boquiabierto por tal repertorio, descubriendo que ya no era más una visión y audición fruto de su mente. Era sin duda algo real. Lo estaban percibiendo sus ojos y oídos. Era algo formidable. Una gran tonalidad. El relato era mencionado una y otra vez, de tal forma que quedaba grabado en su mente, como una marca cuneiforme escrita por un estilete de los antiguos sumerios en su córtex cerebral. Con cierta cefalea, fue a sentarse en la silla, situada entre la estantería y la mesa-muestrario, a reposar un poco, asimilando los nuevos conceptos. Mientras, desde arriba, las gárgolas hacían girar la lámpara, en un frenético movimiento de aspas promovido por una acción buccinadora que no parecía dejarlas exhaustas. Aurelio notaba el aire correr por la acción del movimiento, algo que iba agradeciendo, a pesar de imperar ese día de octubre un fresco y seco ambiente. Pero toda la carga recibida aquel día lo saturaba y un sudor frío recorría su frente, cayéndole en gotas hasta la nariz y los párpados, sin encontrar nada

con que limpiárselos. Suspiraba profundamente en su nueva realidad, compitiendo con las tres gárgolas buccinadoras. De pronto, escuchó grandes golpes sobre la puerta metálica. Las tres gárgolas dejaron de ventilar la sala y se quedó rígido un instante. Era un jueves y su reloj de faltriquera marcaba ya las once y treinta y seis, una hora ya lo suficientemente avanzada para que un comercio se dignara a abrir las puertas a su público. Con desgana, se alzó de la silla. Con desconfianza ,comprobó que su máquina de escribir seguía guardada en su lugar, dentro de aquella caja de cartón, no visible a curiosos y fisgones. Con el convencimiento de no tener la lacra aquella del dolor en el flanco izquierdo, alzó con cuidado la persiana, conociendo los intríngulis de su mecanismo, a base de dolor y sufrimiento. Al terminar de alzarla, quedó frente a un personaje desconocido y portador de un maletín. Ese tipo vestía de chaqueta y corbata, impecable. *Ipso facto*, le vino a la cabeza una frase de G.K. Chesterton en torno a su novela *El hombre que fue jueves*: «Esos disfraces no disfrazaban, sino que revelaban*».*

—Buenos días. El señor Aurelio Romero.

Este se le quedó mirando un poco con suspicacia. Desconfiaba de la gente que poseía información de él sin su consentimiento ni presentaciones previas.

—¿Nos conocemos de algo?

—Soy delegado de la editorial Un Mundo Abierto. Nos dedicamos a vender libros a las librerías y a ofertar oportunidades de asistir a ferias a nivel nacional.

A medida que se introducía de forma tan elocuente, le entregó una desgastada tarjeta de presentación a Aurelio.



—¿Podríamos hablar dentro de su negocio?

La voz del delegado sonó a un ruego imperativo para Aurelio, por lo que no tuvo más remedio que cederle el paso. Cuando Idelfonso entró en la sala principal, sus ojos quedaron extasiados ante tal desorden, no dejando de ir de un lado a otro de aquella gran habitación, como si estuviera buscando algo; un depredador en busca de una presa a la cual hincar el colmillo.

—Usted me recuerda a cierto autor que escribió algo sobre los poetas, creo que fue G.K. Chesterton en *El hombre que fue jueves*. En esa obra literaria decía algo así como que los artistas desprecian todos los gobiernos y los poetas solo gozan en el caos. De otro modo, toda poesía sería un tren de ciudad.

Aurelio observaba a aquel individuo cada vez con más inquina, deseando que abandonara lo antes posible su propiedad. Pero se mantenía firme, en pie, delante de la mesa-muestrario, observándola con cierta curiosidad.

—Curiosa configuración de libros. ¿Es la casualidad del artista lo que ha determinado tal orden o una causalidad determinada por fuerzas mayores?

La cara de Aurelio comenzó a enrojecerse. Aquel tipo no le estaba gustando nada. Su mente comenzaba a maquinar una respuesta rápida para despacharlo lo antes posible. Y echando mano —al hilo del mentado Chesterton— a una cita suya recordada por el delegado, se la espetó en la cara:

—Y, siguiendo con el católico de Chesterton, que creo que dijo algo así como que los poetas serían gente descontenta en las calles del

cielo, siendo su estatus de sublevados…

Lo interrumpió:

—¿Le gusta a usted Chesterton?

A aquel hombre no pareció inquietarle la riqueza de las citas de Aurelio.

—A mí me agrada, en general, la literatura. Vea usted que es mi profesión.

Con semblante marcadamente calmado, a pesar de sus rumiaciones internas, Aurelio señaló con su mano derecha, a modo de verónica, como si estuviera en una plaza de toros, todas las estanterías repletas de libros de su benefactor.

—Buena librería tiene usted, caballero.

—Entonces, sin miedo, entre literatos y poetas no hay nada que temer: ¿qué es lo que se le ofrece a usted?

Sacó sus cartas a relucir, comenzaba la verdadera partida entre aquel sujeto y él. Sin tapujos. Quería saber el verdadero motivo de la visita de ese ser educado, en superficie.

—¿Le parece bien tomar algo en algún lugar más confortable?

—De acuerdo. Allí podríamos hablar de lo que usted me quisiera plantear. Conozco un sitio cercano donde se come verdaderamente bien.

—Perfecto, me encanta ser sorprendido en los lugares a donde voy. No conocía esta ciudad.

—Yo casi apenas la conocía hasta hace unos días.

Ambos salieron de la librería, como si se conocieran desde hace mucho tiempo. Aurelio cerró la puerta, era la hora del almuerzo; colgó un cartel de CERRADO. No se molestó en echar la persiana abajo, era sabedor de lo farragoso de esa maniobra y la obvió. Cerró la puerta de la librería con seguridad. Caminaron por la calle Entenza en dirección al lugar para tomarse un almuerzo. No tardaron en llegar a Filà Els Cremats. Había cierta gente reunida en la puerta. Era un grupo de trabajadores proveniente de una fábrica de conservas de aceitunas, por lo poco que pudo deducir Aurelio de su conversación. Con un pequeño empujón a la puerta de madera, entró recordando el recibimiento de hace unos días, el olor a aquellas esencias en un espacio que mantenía rebosante los

perfumes culinarios extraños que volvían a impactar en sus pituitarias. Las mezclas de mil olores indescriptibles y conservadas durante un tiempo inmemorial en un arcón se mantenían guardadas en un cofre, como alguna mercancía de tiempos pretéritos, dejándose decantar con el tiempo al albur de la naturaleza. Todo esto provocaba un contraste con el ambiente exterior, tremendamente impactante, de tal forma que se podía palpar con las manos. Pero esta vez ya estaba preparado y no hubo ninguna reacción en sus gestos. Aquello era ya cosa del pasado, apenas unos días atrás en realidad, pero para él contaban como semanas. Además, tenía ya muchas muescas en las empuñaduras de sus revólveres Smith & Wesson M29 que le indicaban como un asiduo visitante de los bares. Como un reflejo, introdujo su mano derecha en el bolsillo interno izquierdo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, notando las frías tapas del ejemplar de *Doktor Faustus*. Esto lo tranquilizó un poco. Idelfonso iba parejo a él y, como buen urbanita acostumbrado a locales de alta gastronomía regados por premios anunciados en prensa, se apresuró a taponarse la nariz ante la compactación de aquel olor con el que chocó súbitamente. Se paró un instante, quedando rezagado ante su Cicerón, que siguió caminando distraído hasta una mesa situada junto a una ventana. Era este un lugar familiar para Aurelio, quien se fue a sentar. Pero, ante la ausencia de su compañero, esperó un tiempo, pensando que había ido al retrete a evacuar. Lo vio poco después llegar un tanto bilioso y callado.

—Un buen lugar, sin duda

Le comentó Idelfonso.

—Un lugar formidable. Le encantarán sus tapas y su vino de la casa.

La cabeza de Idelfonso miraba de un lugar a otro, como si buscara algo en torno suyo. Parecía un poco descolocado. Aurelio iba, mientras tanto, a lo suyo. Se quitó por comodidad su fiel y desgastada gabardina nórdica azul descolorido, dejándola a buen resguardo a su lado en una silla. Tomó la hoja del menú y se la mostró al hombre, quien seguía en su actividad dispersa.

—Puede elegir lo que quiera. Está todo buenísimo.

Aquel tipo parecía más perdido que un pulpo en un garaje. Tras colocarse unas gafas de cerca, cambió radicalmente. Agarró de las manos de Aurelio la hoja del menú y empezó a leer las opciones.

—Todo, sin duda, muy interesante. El que paga manda.

Aurelio se quedó un poco descolocado ante el cambio de actitud del delegado de ventas madrileño. Su plan consistente en un menú a base de pericana y aceitunas rellenas de anchoas acababa de irse a pique.

—Tomaremos unas albóndigas de bacalao, unas cocas de tomate y unos caracoles.

El hombre acababa de tomar la batuta en la mesa. Aurelio se le quedó mirando, totalmente desarbolado ante la andanada recibida con semejante desparpajo.

—¿Qué quiere usted de beber?

La pregunta sobraba, pensó Aurelio para su interior.

—Vino, por favor.

—Yo, con su permiso, tomaré un gin tonic.

Y, alzando la mano, reclamó la atención de la camarera, la cual acudió con prontitud tras atender a los trabajadores de la fábrica de aceitunas. Esta le tomó nota, sin perder de ojo a Aurelio, a quien ya conocía por sus visitas previas. Marchó la camarera a realizar la comanda a la cocina, dejando una estela de comentarios desde la mesa vecina ocupada por los trabajadores de la fábrica. Ahora Aurelio tenía otra visión de Idelfonso, viéndolo con esas lentes colocadas que le daban cierto aire esotérico.

—Ha acertado usted con el menú, veo. Yo tenía otro seleccionado.

—Pero yo soy el que quiero invitarlo a usted. He venido a ofrecerle mis productos.

—¿Y de que vamos a hablar?

—Por supuesto, de literatura, nada más y nada menos.

—Muy interesante.

En ese momento, llegaron un grupo de cuatro nuevos comensales a una mesa contigua. Eran personajes anodinos que no llamaron la atención de Aurelio y se pusieron a hablar de temas triviales e ininteligibles.

—¿Es usted escritor?

—En mis tiempos era la leche. Ahora estoy tomándome un período de reflexión.

—Entonces, ¿usted ha escrito libros?

—Sí, ya le he comentado que en mis tiempos era la leche en bote.

—Y ahora, por lo visto, se ha montado una librería.

—Eso es una larga historia.

Aurelio comenzaba a sentir, a través de esas lentes, una luz que intentaba perforar en su interior. Se fraguaba una lucha contra un invasor avasallador, un alienígena que no tenía muy buen aspecto, por carecer en ese momento de la tecnología para afrontar ese combate. Debía ser cauto. Esos ojos luminosos no parecían tener fondo. En ese momento, volvió la camarera con las viandas. Aquel hombre las vio y sus ojos parecieron, a vista de Aurelio, lágrimas de cocodrilo. Rápidamente empezó con las albóndigas de bacalao, tomándolas de dos en dos. Algo que le recordó a Aurelio un episodio de *El Lazarillo de Tormes*, en donde el desaventurado protagonista comparte uvas con aquel ciego al mismo ritmo que ambos se engañan mutuamente. Las albóndigas volaron pronto. Entre una y otra, iba algún trago de vino. Las cocas fueron de retaguardia. Los caracoles quedaron a la zaga, muy quietos y lentos ellos. Aurelio ni se acercó a los gasterópodos, le daban aprensión. En cambio, Idelfonso, fiel a las costumbres del viejo ciego de El Lazarillo de Tormes, se aprestó a lanzarse a por ellos con igual uso que hizo con las albóndigas de bacalao, ante la mirada atónita de Aurelio. Con un poco de asco y repugnancia, este recordaba las palabras de Pío Baroja en sus escritos Desde el exilio acerca del capsiense, emparentado con el ibero o berberisco, procedente de Almería y, antes, del norte de África, con su cultura del cobre, violento y apasionado, gran aficionado a comer caracoles. Terminando ya las tapas, Idelfonso entró en la enjundia del motivo por el cual habían acudido a degustar aquellas frivolidades de la cocina alcoyana.

—Nuestra editorial quiere comprarle los derechos de autor de sus obras, señor Romero.

Aurelio, tras apurar mucho aquella copa de vino, observando, a través del cristal del cáliz manchada con posos, al individuo aquel que le había descerrajado tal absurda oferta, la dejó lentamente

sobre la mesa. No entendía de qué iba el juego aquel, pero el asunto se estaba poniendo muy alambicado en Alcoi en menos de una semana, desde que se había hecho cargo de la librería de su benefactor. Ese tipo de las lentes, con más hambre que el perro de un ciego, bebía ahora su gin tonic despacio y esperaba su respuesta.

—Hace tiempo que no escribo ningún libro, más de cinco años. Estoy en dique seco. Creo que se equivoca de persona.

—Nuestra editorial es una cazatalentos, sabemos de su trayectoria y proyección.

Aurelio no sabía el porqué, pero aquella persona cada vez le estaba cayendo peor. Sus lentes le daban un aspecto de inquisidor lanzando preguntas que él intentada rehuir como podía. Pero sabía que estaba atrapado, no podía zafarse de ahí fácilmente, desde esa mesa era difícil escabullirse sin una causa mayor. Los cuatro comensales de la mesa vecina seguían una animada conversación sobre algo particular que él continuaba desconociendo.

—¿Dónde trabaja su editorial?

—Tenemos nuestra oficina en Madrid, pero no tendrá que desplazarse. Lo podremos atender aquí.

Todo esto le empezaba a oler a chamusquina.

—Me lo pensaré. Ya me pondré en contacto con usted.

—No lo piense demasiado.

Y diciendo estas palabras, Aurelio tomó su desgastada gabardina nórdica azul descolorido y, en pie, se la colocó. Viendo que el delegado de ventas seguía sentado en la mesa junto a la ventana, le comentó que tenía ciertos asuntos que atender. Tras mirar el reloj de faltriquera, se dio cuenta de que había empleado más de una hora y media hablando con ese tipo. Casi la una y treinta, era hora de ir a echar el cierre del mediodía tras su ausencia temporal. Había estado fuera demasiado tiempo, perdiendo tiempo y dinero con ese tipo. Se ajustó la gabardina y se despidió. Al pasar al lado de los cuatro comensales, el volteo de su prenda se llevó por delante un tercio de una de las cervezas. El contenido se derramó por encima de uno de los comensales. El infortunado, muy airado, se levantó de golpe, pidiendo explicaciones a Aurelio.

—Tranquilo, todo ha sido un accidente.

La camarera tuvo que intervenir ante la actitud hostil del comensal.

—Mira cómo me has puesto, pedazo de cabrón.

—No se preocupe, ahora se lo limpiamos.

La camarera intentaba limpiar la cerveza derramada con un trapo de la mejor manera posible.

—Es como una meada encima.

El tipo no estaba muy convencido de las explicaciones de la camarera y, con aspavientos, quería solventar a las bravas el incidente. Aurelio, mientras tanto, intentaba tapar el bulto como podía con la intervención de la camarera. Había barullo en ese sector del restaurante. Idelfonso, mientras tanto, permanecía a la expectativa de los acontecimientos como parte neutral.

—Que tenga más cuidado ese tipo.

Con esas palabras, el perjudicado se dirigió a la camarera, al tiempo que ella le servía otro tercio y le daba unas servilletas para secarse lo antes posible. Aurelio, aprovechando la ocasión, habiendo dado sus excusas y disculpas, se escabulló del lugar de los acontecimientos. Al llegar a la puerta, salió más aliviado luego de quitarse de encima dos marrones insoportables. Iba a bajar los escalones de la pequeña escalera de la entrada del restaurante cuando se sintió agarrado de ambas axilas por una fuerza superior a él que lo levantó en el aire; sus pies comenzaron a dar patadas en el vacío sin poder dar una pisada en el suelo. Dos tipos lo habían agarrado como a una marioneta.

—Rata asquerosa, vamos a tener que lavarnos las manos después de agarrarte. Podríamos coger la peste.

Después de escuchar este desagradable comentario, empezó una rápida carrera descendente por los escasos escalones en dirección a una furgoneta aparcada cerca. Solo podía mover sus enclenques piernas a modo de defensa, con intención de zafarse de sus captores.

—¡¡¡Alto!!! Deteneos. Esa mercancía me pertenece. He pagado un alto precio por ella.

Una alta voz se escuchó detrás justo en el momento en que saltaban el último escalón. Esto hizo pararse a los dos captores que, con cierta curiosidad, se dieron la vuelta.

—¿Y quién es el personaje que se molesta en gastarse su guita en semejante rata inmunda y agusanada?

Soltándolo y dejándolo caer al suelo como un saco de cebollas, Aurelio se desplomó por pura gravedad, casi inerme. Durante esa semana estaba viviendo una persecución atroz por grupos de desconocidos que lo amenazaban, apaleaban y le hablaban de cosas que desconocía de forma absoluta.

—¡La sociedad de editores!

La voz aquella provenía de Idelfonso, que permanecía en pie, solo, ante aquellos dos hombres que lo miraban como dos coyotes.

—No sabes con quien estás hablando, tipo elegante. Vete a tu ciudad a chupar tinta.

Ambos, sin descuidar a Aurelio, muy tendido en el suelo, dieron un paso adelante, subiendo las escaleras en una actitud plenamente hostil.

—Yo de vosotros no daría un paso más.

—¿Tienes alguna razón para impedírnoslo?

—Estas son mis razones.

Y con un sutil movimiento de su mano derecha, Idelfonso indicó algo, apareciendo detrás de él los cuatro comensales; los cuatro jinetes del Apocalipsis. Estos se pararon justo allí. Al verlos, los dos tipos, que ya estaban a mitad de la escalera, se pararon de forma súbita, cuales figuras pétreas. Las miradas se cruzaron como destellos entrechocados. Nada aconteció.

—Esto no quedará así. Ya volveremos a vernos.

Y, volteándose, los dos hombres se fueron a la furgoneta. Aurelio no daba crédito a la experiencia vivida. Su pellejo acababa de ser salvado, pero comprendió que nada era gratis en la vida. Con cierta dificultad, aun temblándole las piernas, se alzó. Allí permanecían aquellos cinco hombres que lo observaban a la distancia, unos tótems protectores. Pero en todo aquello había algo distópico que no lograba dilucidar. Era cuestión de irse de allí a su refugio, a su librería, a descansar un poco. No comprendía nada. Así que eligió ir a por un poco de reposo, o quizás algo peor, una ayuda médica. Ya vería lo que haría. Pero quedarse sería un error.

CAPÍTULO XXI



Aurelio llegó a su librería en la calle Entenza, mirando constantemente a sus espaldas y con un caminar acongojado. En los pasos de cebra era un zombi al cual casi atropellan en varias ocasiones. Los cruzaba de forma autómata, con miedo a ser seguido. Sus piernas le impedían ir más veloz, aunque su cabeza fuera a toda velocidad. En la puerta, al sacar las llaves, se dio cuenta de que estaba entreabierta. Su cabeza ya no podía acaparar más acontecimientos, era un bidón a plena presión a punto de estallar. La abrió y la luz se hizo en el interior de la librería, al encenderse las nueve luces de la lámpara. Sin duda, parecía que alguien estaba en el interior. Y lo estaba, porque escuchó su voz.

—Otra vez nos vemos, señor Romero.

Allí estaba el doctor con aspecto de delfín, sentado en la silla situada entre la mesa-muestrario y la estantería.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido? ¿Qué es lo que quiere?

—Esto parece un tercer grado. Relájate un poco. Poco a poco llegaremos al meollo del asunto.

Aurelio estaba un poco alterado. Iba a dar un paso atrás. Justo en el momento en que abría la puerta para salir, notó la fuerza propulsiva del cierre. El delfín no estaba solo, allí había más okupas.

—Son inútiles tus intentos por escapar. Esta vez el bestia ese no vendrá a rescatarte.

Allí estaba uno de los tipos que lo asaltara la otra noche en la puerta de la librería, cuando Gustavo les dio la del pulpo.

—Mi colega te envía recuerdos desde el hospital. Está en traumatología. Te está guardando una cama en su habitación.

Escuchó algunas risitas detrás suyo. Allí había otros dos tipos.

—Te vamos a despellejar vivo. Nosotros somos de otra casta. ¿Sabes cuánta gente te está buscando?

Aurelio miraba al delfín que se acababa de levantar de la silla y que no parecía hacer mucho caso a la distribución monumental de los libros sobre la mesa. El cetáceo caminó por la sala, evitando acercarse a la lámpara. No paraba de dar círculos alrededor de ella.

—¿Dónde tienes el secreto del dueño de esta librería?

Aurelio quedó en silencio, paralizado por el miedo. Sabía a por lo que venían y no lo habían encontrado todavía. Estaban cerca, porque la última vez había quedado bajo la mesa, escondido en una caja de cartón.

—No sé de qué habláis.

Esa era su única salvación: hacerse el sueco. Pero no funcionó, porque recibió un sopapo en la cara por parte del delfín que lo sorprendió bastante.

—Vamos igualando la partida. Aún tengo que remontar la caída de la lámpara.

Su contrincante resucitado se volvió a sentar en la silla para descansar.

—Hemos buscado por tu librería y no hemos encontrado nada. Hemos sido muy educados, como ves. No somos bárbaros. No nos gusta destruir la cultura.

Aurelio miró en torno suyo y vio todo tal cual estaba la última vez que salió de allí. Con disimulo, intentó echar una ojeada debajo de la mesa en busca de la caja de cartón, pero no consiguió ver nada.

—Es para nosotros muy importante encontrarlo. Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros.

—No lo sé.

—Jefe, ¿lo enviamos junto a Marcos a la planta de traumatología?

La cara del delfín se agrió un poco.

—Te dije que no utilizaras nombres de pila delante de él. Cuanto menos sepa de nosotros, mejor. Eres un patán.

Las aletas del delfín se estiraron un poco, de tal forma que tropezaron con algo crujiente. Se hizo el silencio en la sala. El delfín rechistó una maldición.

—¿Qué es esta caja?

Aurelio hizo una pequeña jaculatoria interna: sabía que acababan de encontrar lo que buscaban y que su suerte estaba echada. El tipo sacó una caja de cartón toda envuelta en papel de celofán. Ordenó que la abrieran con un cúter. De allí comenzaron a salir productos de limpieza y cosmética: botellas de lejía, aguarrás, ricino y agua. Aurelio no entendía nada.

—Mire, jefe, tenemos aceite de ricino.

El tipo se quedó observando aquella botella que le pasaba su secuaz y a Aurelio con una sonrisa maliciosa, sin mostrar sus dientes. Con un movimiento rápido de muñeca, miró la hora en su reloj Cartier, ajustándose sus elegantes gafas progresivas, de la misma marca.

—Veo por aquí muchos libros.

Y acercándose a la estantería más próxima, volvió con un manoseado ejemplar de *El retorno de Don Camilo*, escrito por Giovanni Guareschi.

—Ahora tragarás tu correspondiente dosis de aceite de ricino para ayudarte a aclarar las ideas.

Aurelio estaba estupefacto.

—Si el aceite de ricino no fuera útil, será una gran catarsis intestinal para ti.

Aurelio comenzó a tragar saliva con dificultad. Tenía la boca completamente seca. No había escapatoria ni solución a esta ecuación. No entendía nada. Le iba a dar un colapso. En estas estaban los cinco en la librería cuando sonó el timbre de la puerta. Todos quedaron quietos.

—Dígale a quien sea que está cerrada por hoy.

La voz del delfín sonó imperante. Pero no hizo falta que Aurelio fuera a abrir la puerta. Allí, en medio de todos, se plantó Lorena, la joven de quince años, con toda la inocencia del mundo. Quería preguntar algo en aquella librería tan ideal, pero lo que vio allí dentro la asustó mucho. Con un grito agudo, salió corriendo, dejando la puerta abierta. Antes de irse, tiró con vehemencia de la manga derecha de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido de Aurelio, después de acercarse a él. Este imprevisto dejó un poco descolocados a todos, pero espabiló al hombre, que, en un audaz

giro, siguió la estela de Lorena, cerrando de un portazo la puerta. Fuera estaba esperando el coche de la madre de la joven, al cual subieron ambos como una exhalación para salir embalados a lo largo de la calle Entenza, perseguidos a pie por el delfín y sus secuaces, que rápidamente quedaron rezagados. El viaje los llevó hasta las afueras de Alcoi, a una masía en las estribaciones de la sierra de Mariola. Allí, él descansaría una temporada en paz.

—Ya estamos en casa.

Estas fueron las únicas palabras escuchadas en el coche. La madre estaba al volante, con una respiración inquieta.

—¿Qué has hecho esta vez, Lorena?

—He rescatado al librero de unos malvados.

La cara de Aurelio no cabía en asombro. Aquella joven era toda una heroína, era cierto, lo había salvado de una perrería absoluta.

—Muchas gracias.

Logró decir Aurelio.

—Será mejor que vayamos dentro, está comenzando a refrescar.

Unas nubes negras empezaban a cubrir las montañas, arrastradas por un gélido aire que descendía desde la sierra. Amenazaba borrasca. Aquella masía refulgía toda la paz y tranquilidad que no había tenido en todos los días vividos en la ciudad de Alcoi. Allí todo iba despacio, con tranquilidad, como a él le gustaba.

Se despertó con el canto del gallo del corral situado debajo de la ventana de su habitación y se dispuso a desayunar un fortificante y artillero desayuno a base de alimentos de la masía, preparados por alguien en la mesa de la cocina. En aquella casa de campo parecían vivir solo Lorena y su madre, nadie más. Estaba disfrutando del silencio aquel, con sus pensamientos fijos en lo sucedido. Aquellos tipos casi le iban a propinar una catarsis intestinal a base de aceite de ricino, y a saber qué cosas más le hubieran hecho buscando aquella máquina de escribir. Pero esta había desaparecido misteriosamente de su lugar en la caja de cartón debajo de la mesa. Alguien, sin duda, se la había llevado y había introducido todos esos objetos absurdos en su lugar. No había nada lógico en nada. Intentaba rebanarse los sesos buscando una explicación razonable a todos los sucesos y, en particular, a la desaparición de la máquina,

cuando empezó una tonada melódica proveniente de otra habitación:

El tio Pep se'n va a Muro...Tio Pep...El tio Pep se'n va a Muro...Tio Pep...
De Muro què em portarà?Tio Pep, tio Pep, tio Pep, tio Pep.Una tartana i un burro per a anar a passejar.
El tio Pep ya té el burro que molts quinzets li ha costat.
I tota la gent de Muro diuen que l'han enredat.El ruc li ha dat tres pataes i l'han dut a l'hospital.
Te tres costelles trencaes,
Tio Pep, tio Pep i tot el cos li fa mal.

Curioso por lo que escuchaba, se alzó ante la melodía aquella. En ese mismo instante, entró en la cocina Lorena, que la entonaba.

—Buenos días —le dijo ella al finalizar.

De la sorpresa, Aurelio no pudo dejar la taza de café en la mesa.

—Gracias por salvarme la vida.

—No se preocupe. Lo que busca está a buen recaudo.

Aurelio se quedó desconcertado ante esta aseveración.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo fui la que se llevó esa curiosa máquina de escribir a mi casa al ver que la puerta estaba mal cerrada. No había nadie. Entré a ver las pirámides de Teotihuacán.

—¿Dónde está?

—No tema. No la van a encontrar.

—Yo necesito encontrarla.

El grado de inquietud de Aurelio iba creciendo y lo disimulaba con pequeños sorbos de café de la taza. Aquella adolescente le estaba dando una gran lección.

—Acompáñeme y lo llevaré a mi lugar secreto.

Ambos salieron de la cocina a la parte superior de la masía, a través de unas escaleras. Tras abrir la portezuela de un pequeño cobertizo, Lorena le indicó a Aurelio que permaneciera fuera. Tras estar esperando unos minutos, salió portando una caja de madera. Tuvo la tentación de quitársela de sus manos, pero se contuvo.

Sabía que todo tenía que seguir el curso de las normas de aquella joven. Esta se dirigió a la cocina de la masía, dejando la caja sobre la mesa.

—Aquí tiene lo que le pertenece.

—Muchas gracias.

Aurelio, con cierto temblor en sus manos, abrió la tapa descubriendo la máquina IDEAL D allí guardada, tal como la recordaba: su color negro en el frente superior con el nombre en letras doradas brillantes por encima del carro. En el frontal derecho, encima del teclado, el anagrama SN. Se embelesó un poco observando las teclas redondas y blancas con finas letras negras. Con ansias, buscó lo que más le llamó la atención la primera vez que vio aquella máquina: el sátiro blanco indicando con la mano izquierda a las letras su marcha triunfal, con dirección al infinito.

—Es preciosa.

Se notaba que a Lorena también le gustaba el artefacto.

—Es como el anillo forjado para atraer a todas las razas de la tierra media y someterlas en las tinieblas. Uno único.

Aurelio rememoró aquellas palabras escritas por Sauron en su anillo, del relato de J.R.R. Tolkien.

—Fue una casualidad que lo encontrara. A mí lo que me gustaba eran las pirámides de Teotihuacán.

—Muchas gracias por haber salvado este objeto de esos malvados.

—¿Va a escribir un libro?

—Voy a cambiar la Historia.

La voz de Aurelio sonó de manera gutural, de tal forma que llamó la atención de la madre de Lorena en la cocina.

—¿Quién hay aquí?

A la madre se le notaba un poco alterada. Al ver a su hija y a Aurelio entrando en la cocina, se fue tranquilizando un poco, aunque miraba con recelo al hombre. Para ella, siempre fue un tipo raro del cual su hija no paraba de hablar.

—Hija, es mejor que salgas a dar un paseo.

—Va a escribir un libro, mamá.

—Sal fuera.

La voz de la madre sonó tajante. Lorena salió al jardín de la masía, dejándola a solas con Aurelio.

—¿A qué se dedica usted realmente? ¿Por qué lo perseguían esos hombres?

—Eso es una larga historia que ni yo mismo puedo entender.

—Debe usted marcharse de aquí.

—Sí, tiene miedo. No se preocupe. Marcharé tras recoger mis cosas. Muchas gracias por todo.

Y, agarrando con gesto avaricioso, la ahora pesada máquina de escribir forjada en hierro, hizo el amago de salir de la estancia.

—¿Para qué se lleva eso?

—Es mi máquina de escribir.

—Lorena le tiene un gran aprecio.

—Tiene que volver a su lugar de origen. Si quiere libros, puede venir a mi librería a comprarme los que guste.

—Ella devora los libros.

—Pásense por mi librería. Estaré a su disposición.

—Hablaré con ella.

—Muchas gracias.

—¿Cómo se va a llevar ese trasto a Alcoi?

Aurelio se dio cuenta de que era un gran fardo el que llevaba encima. Miró a aquella mujer, era una de esas con gran sentido de la practicidad, como las que le gustaban porque despertaban su sentido maternal.

—Tome este macuto.

Y se lo pasó para que introdujera la máquina en ella.

—¿Quiere que lo llevemos?

—No. Iré andando. Las he expuesto a grandes peligros. Es mejor que no me vean junto a vosotras.

—Hay un largo camino andando desde Muro hasta Alcoi.

En la mente de Aurelio resonó la canción «It´s a Long Way to Tipperary».

Paddy wrote a letter To his Irish Molly O'Saying, «Should you not receive it Write and let me know!If I make mistakes in spelling,

Molly, dear», said he «Remember it's the pen, that's bad Don't lay the blame on me».
It's a long way to Tipperary It's a long way to go.

Marchaba a una guerra.

CAPÍTULO XXII



El caminar fue largo y pesado. Intentó evitar las carreteras más confluidas entre ambas poblaciones hasta, al fin, llegar a la ciudad de Alcoi. Sentía el peso de la máquina de acero sobre sus espaldas; casi diecisiete kilos. Era ya mediodía cuando llegó a la altura de su librería en la calle Entenza. En la puerta había un precinto de la Guardia Civil, con sus letras en verde, indicando la prohibición de acceder. Algo, sin duda, muy grave había ocurrido en su ausencia. Un poco alarmado, llamó al 062 solicitando explicaciones. Le atendió un hombre que, tras solicitarle su identificación, le indicó que se acercara al puesto de la Guardia Civil en Alcoi. Con los nervios destemplados, cargando su pesado fardo, se dirigió a la calle Juan Gil Albert. Le sonaba aquel poeta alcoyano, cuyos versos de «A un arcángel sombrío» se metieron en su cabeza. De esta forma, iba recordando cómo el sigiloso administrador de lo divino bajaría algún día a recoger a los elegidos al igual que un fruto sirve para comer a la insaciable muerte. Llegó a las puertas del cuartel. Tuvo que dejar a un lado su ya pesado fardo para pasar el detector de metales. Una inspección rigurosa y protocolaria.

—Bonita máquina de escribir lleva usted encima.

—Sí. Es un ejemplar hermoso.

—Es una máquina IDEAL D.

—Sí. Ya lo sé.

Aurelio estaba en pie, enfrente de un cabo de la Guardia Civil sentado en una silla, apoyando las manos sobre la mesa. Esta servía de punto de referencia para su artefacto.

—¿Usted no sabe la historia de estas máquinas de escribir?

—No.

Aquella espera estaba comenzando a degenerar en algo que a Aurelio le parecía una cosa llena de melaza. Quería salir de allí lo

antes posible. Pero tenía pringue para rato. Parece ser que el cabo en cuestión era un apasionado del mundo de las antigüedades.

—Estas máquinas fueron fabricadas en Dresde.

—Ah.

Aurelio estaba preparándose para lo peor. Tenía la premonición de que aquello iba para largo. El cabo se veía en su salsa: un público a su disposición que había acudido a escuchar sus parrafadas sobre sus aficiones y todo el tiempo del mundo para superar a Fidel Castro en dicción. Aurelio no veía ninguna silla en aquella sala, tampoco se la esperaba.

—¿Desconoce el bombardeo de Dresde?

Aurelio no sabía dónde comenzaba aquello y menos dónde iba a acabar aquel hombre. Se le veía cada vez más metido en un personaje londinense enclavado en el Speakers' Corner de Hyde Park, dispuesto a arrasar con todo gracias a su discurso prefabricado ante audiencias que ya le habían desertado hace tiempo o habían fenecido en el intento.

—¿Me habla usted de la Segunda Guerra Mundial?

—Claro.

—Era una dramática noche del 13 de febrero de 1945…

En ese momento se abrió una puerta y apareció el teniente encargado del caso abierto.

—Pase usted, señor Romero.

Aurelio fue rescatado como oyente de aquel cabo.

—¿Es usted el propietario de la librería?

—Sí.

Era un pequeño despacho donde Aurelio se vio las caras con el retrato de Felipe VI en un cuadro situado detrás del hombre que lo estaba interrogando.

—¿Conocía a los tres hombres fallecidos encontrados en el interior de su librería?

Aurelio no sabía de lo que le estaban hablando.

—Yo salí de allí antes. Me vino a buscar una cliente.

—¿Antes de qué?

—Vino mucha gente a consultar libros por la mañana, ayer. No estoy seguro de quiénes me habla.

Los ojos del teniente se entrecerraban. Comenzaba a examinar a un sospechoso en vez de a un testigo. Las explicaciones de Aurelio, en estado muy confuso, no eran nada convincentes.

—¿Estaba usted presente cuando ocurrió el deceso de los tres hombres?

—No sé de qué me está hablando.

El teniente le indicó que se acercará a la mesa. Allí, le abrió una carpeta con varias fotografías del interior de la sala de su librería. Lo que vio en ellas lo acongojó sobremanera. Allí, en el suelo, yacían tres tipos con la cabeza aplastada bajo la lámpara de tres brazos. Era una imagen dantesca.

—No los conozco —dijo entrecortadamente Aurelio.

—Parece ser que entraron cuando estaba usted fuera, entonces. La puerta no estaba forzada.

Aurelio tragó saliva con dificultad.

—Llevo un tiempo con un poco de estrés vital. Probablemente dejé la puerta sin cerrar al salir.

—Tenga cuidado con su seguridad. No es la primera vez que ocurre un deceso en ese lugar.

—Lo tendré. Muchas gracias.

—Puede volver a su librería. Irá acompañado por el cabo para retirar el precinto de la puerta y asegurarse de que todo está en orden.

—De acuerdo.

—Si le faltara algún objeto, puede poner la denuncia en este mismo cuartel. Mientras tanto, el caso sigue en manos de criminología.

Cuando llegaron, ya se había llevado a cabo el levantamiento de los cadáveres. El cabo retiró de allí la cinta para dejar entrar al legítimo inquilino. Aurelio tuvo que encender la pequeña lámpara de la mesa-muestrario para poder hacerse una idea del desaguisado en el interior de la sala, pues los forenses no habían tenido la delicadeza de limpiar la escena del crimen. El suelo, representando la Vía Láctea, estaba lleno de restos orgánicos, como asteroides, que con repulsión tuvo que recoger con sensación nauseosa. Luego, le tocó el turno a la fregona, para limpiar todo bien. Se quedó mirando a aquella lámpara labrada en acero de tres brazos con sus gárgolas

durmientes, en ese momento tendida sobre el suelo. Se había quedado otra vez sin las nueve luces, tendría que volver a la ferretería. Sería cuestión de postergarlo. Todo aquello le había quitado el hambre. La larga caminata lo tenía exhausto. Sin ganas de nada, sus ojos divagaban por el suelo como un bólido apoyado en el palo de la fregona. Todo aquello lo estaba sobrepasando. Su mirada se detuvo en la mesa. Allí, le llamó la atención la botella de absenta negra al lado de la mayor de las pirámides. Con las manos temblorosas, casi como un yonqui, se acercó a ella. La tomó con sus dos manos y echó un largo trago sin el menor de los remilgos hasta que casi le empezaron a entrar arcadas. Aquello sí que era catarsis, pensó. Si las musas no acudían a él en esta invocación, era síntoma de que debían de haber tomado un pasaporte fuera del Olimpo de Zeus. Pero ahora tenía la herramienta de la creatividad en su poder, algo que lo convertiría en el alma creativa que las musas le negaban a ser. Era su tesoro, algo que le ayudaría a cambiar la Historia. Divagaba en sus elucubraciones cuando escuchó —a pesar de la melopea provocada por los efluvios de la absenta negra— el timbre de la puerta. Se quedó estático. Miró el reloj de faltriquera. Marcaba las dieciséis y treinta y tres, una hora hábil para acudir a un negocio a buscar algo. Se le había olvidado, entre tanto trajín, echar el cierre a la persiana. Tambaleándose como pudo, esperó a que el cliente entrara o quizás, mejor, pensara que la librería estuviera cerrada y pasara de largo. Pero no fue así. Observó cómo poco a poco la puerta se iba abriendo. Los goznes seguían emitiendo un mudo chirriar en el interior de la sala a pesar del aceite lubricador empleado antes; era inquietante. No estaba en condiciones de hablar con nadie. Y allí delante se presentaron los dos agentes de la Policía Judicial con los que él ya estaba naturalizado. La agente lo miró con cara de circunstancia, mientras su compañero cerraba la puerta, emitiendo los goznes otro quejido lastimoso.

—Vemos que usted deja estelas de muertos.

Ella sacó una libreta y se disponía a tomar notas.

—Todo lo que sabía se lo comenté a la Guardia Civil.

—Sí, pero el caso ha pasado a nuestras manos. Usted es un ser muy peculiar. Parece que su entorno está rodeado de un *lobby* de

sepultureros.

Aurelio, apoyado en el palo de la fregona, observaba a aquella mujer. Se balanceaba de forma inestable.

—Señor Romero, será mejor que nos comunique si sabe algo sobre estas muertes y estos accidentes en su librería. Lamentablemente, no tenemos más información que la que nos pueda trasladar usted.

—Yo solo vendo libros.

Entre hipos, intentó excusarse.

—Este tío tiene una cogorza de tres pares de narices.

El compañero miraba a Aurelio de manera inquisitorial. La agente se giró, como haciéndose cargo de todo, y dirigió la mirada a la botella de absenta negra sobre la mesa-muestrario, que resaltaba en la tenue luz de la pequeña lámpara.

—Absenta negra. Tenga cuidado con esa porquería de poetas malditos.

—¿No quieren una pequeña copa?

—Como siga así, hoy duerme en el cuartelillo.

Iba a contestar Aurelio cuando sonó el teléfono del agente.

—Nos avisan de Benilloba. Algo urgente.

Los dos agentes de la Policía Judicial se quedaron mirando a Aurelio, quien seguía apoyado al palo de la fregona.

—Usted siempre nos da trabajo extra. Es augurio de malas noticias.

Los miraba fijamente, no sabiendo con certeza quién de ellos era el que estaba hablando ni cuántos agentes de esa institución había enfrente de él, si dos o cuatro. Su mirada estaba enturbiándose cada vez más y las voces se iban apagando en el interior de aquella habitación a medida que todo comenzaba a darle vueltas. Lo último que escuchó fue el quejumbroso sonido del gozne de la puerta y una especie de risotada que le hizo alzarse del suelo con un salto súbito, algo inusual en él.

—¡Mi tesoro, mi precioso tesoro!

Se escuchó a sí mismo en un grito desesperado. Angustiado y con la cabeza retumbándole, buscó por toda la habitación lo que más ansiaba en ese momento, temiendo su hurto. No la localizaba. Estaba desubicado. No sabía el tiempo que había permanecido tendido en el suelo. Estaba todo oscuro. Habían apagado la luz.

Recordaba apenas lo acontecido en las últimas horas. Lo único que tenía claro era que debía encontrar lo suyo antes de que lo localizaran los otros. Con la incertidumbre de no saber dónde estaba, comenzó a palpar el suelo en busca de una salida a su situación. Pensó lo peor. Las musas, hijas de Zeus, en venganza por haber encontrado una fuente de inspiración alternativa a ellas, habían tramado una venganza contra él privándolo del precioso don de la visión. Alguien le estaba jugando una mala treta. De forma instintiva, se llevó la mano derecha al bolsillo externo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido. Allí dentro, entre múltiples objetos dejados al libre albedrío en el devenir de su deambular por los bares cutres y guais, encontró algo interesante. Con las manos temblorosas, extrajo una caja de mistos. Rememorando la acción de Prometeo, quien robó el fuego a Zeus escondiéndolo en una férula hueca, Aurelio sacó la cerilla de la caja, sintiéndolo como un regalo de su destino que lo ayudaría en su misión. Encendió la cerilla, viendo el suelo de la habitación. Debajo de él se extendía toda la Vía Láctea. Aquello le recordaba a un lugar familiar: estaba en la sala de su librería. Era dueño, otra vez, de su destino. Se levantó, intentando no apagar la cerilla, cerciorándose de que estaba efectivamente allí. Alumbró lo que pudo con el misto hasta que sus dedos comenzaron a sentir el dolor del fuego, justo en el preciso instante en que localizó la pequeña lámpara en el extremo de la mesa-muestrario. Dio la luz y parte de su agonía se desvaneció. Pero faltaba encontrar lo que más ansiaba. Allí estaba la mochila que le había dado la madre de Lorena, encima. No recordaba haberla dejado en ningún sitio en especial. Se dirigió a ella, comprobando su contenido. Allí estaba su tesoro, la máquina de escribir IDEAL D, tal cual la había dejado él en el interior del macuto. Seguía siendo su tesoro. Cansado, subió las escaleras hasta el segundo piso.

CAPÍTULO XXIII



Se quedó dormido en la cama tras dejar la máquina de escribir encima de la mesita de noche. Como un reflejo en su duermevela, apoyó la mano izquierda sobre aquel frío objeto de acero, de forma inconsciente, y quedó ahí reposando. El sueño no tardó en llegar y este vino raudo a su mente. Se sentía flotar en el aire, como Dédalo, ingenioso, capaz de vencer a la naturaleza con sus alas fabricadas de plumas, atadas hábilmente por medio de hilos de lino y pegadas con cera aplicadas a su espalda, bien equilibradas, elevándose en el aire con ligereza; empezó a alzar el vuelo, alto, hasta alcanzar las nubes. Recordó los consejos de este Dédalo, mal seguidos por el desdichado Ícaro, acerca de volar a media altura para evitar tanto las olas del mar como los ardientes rayos del sol, que queman las alas. De súbito, se vio rodeado de un helado cielo nocturno, saturado de un grave zumbido de motores. Abrió los ojos ante el tremebundo ruido en el aire y, en pleno vacío, un trío de bombarderos Avro 683 Lancaster de la Royal Air Force le hacían compañía en su batir de alas. Era de noche, cerca de las diez menos quince, un 13 de febrero de 1945. Sobrevolaban el continente europeo. Había más bombarderos a su alrededor, decenas de ellos, en concreto más de doscientos estaban volando desde el oeste con un mensaje justiciero: «Abrid las puertas del infierno». Se dio cuenta de que se había convertido en un viajero del tiempo. Estaba en plena II Guerra Mundial. Manejándose, dejándose llevar por la inercia de aquellos estruendosos cuatrimotores, aprovechando el viento de cola de una de las máquinas, logró situarse en el viento de cola. ¿Adónde irían esos artilugios preñados de bombas asesinas a sembrar la muerte?, se preguntaba Aurelio mientras miraba hacia abajo. Minutos después, pudo vislumbrar un cielo iluminado por bengalas marcadoras en una ciudad próxima. Esa ciudad era Dresde.

Distinguía a los habitantes huyendo a los escasos sótanos de sus viviendas y los búnkeres construidos para la ocasión. Vio cómo se abrían los vientres de los más de doscientos Avro 683 Lancaster para descargar sus bombas incendiarias, que destruían todo lo que encontraron debajo, en una gran tormenta de fuego, convirtiendo en troncos abrasados a todo ser humano barrido por la hornada mortal. Las llamas ascendían todo lo alto que podían, como una enorme hoguera, intentando alcanzar a los bombarderos. Veía con horror una gran escala de destrucción, sin precedentes, tan solo igualada a la hallada en la inscripción de una lápida, describiendo la destrucción de Babilonia por los asirios.

> *«La ciudad y sus casas desde los cimientos hasta el techo destruí, arrasé, quemé con fuego. El muro y la muralla exterior, los templos y los dioses, las torres de ladrillos y adobe de los templos, tantas como eran, las derribé y las eché al canal de Arajtu. Por el medio de la ciudad excavé canales e inundé el lugar con las aguas y acabé hasta con los cimientos mismos. Hice su destrucción más total que con una avenida».*

Abajo se creó un verdadero infierno, una masa ardiente imposible de apagar. La temperatura llegó a alcanzar los mil grados, con frentes de aire que cocían los pulmones a quienes inhalaran. Los desaventurados supervivientes tenían que respirar monóxido de carbono. Era un miércoles de ceniza. Las almas de los muertos iban de un lado a otro, clamando justicia. Mientras, el *tema* era atendido en un antiguo y opulento palacio, situado en el Mar Negro, muy lejos de allí, en la conferencia de Yalta, congregada por Iósif Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt ese mismo febrero, cuya conversación, acuerdo y decisión no quedaron figurados en ningún acta. En la ocasión, los altos comandantes de Stalin solicitaron que los enlaces de transporte de Dresde —que quedarían en la esfera de influencia soviética— fuesen bombardeados por las fuerzas angloestadounidenses a fin de impedir los movimientos alemanes hacia el este. El resplandor de aquel infierno se podía divisar a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Esa misma noche, una operaria de la pujante fábrica Seidel und Naumann, junto con otras dos, iban a terminar una tarea muy especial. Eran tres judías

esclavizadas por el régimen nazi para la fabricación militar, que había metamorfoseado su producción a medida que la evolución de la guerra iba dictando su sentencia. Los hombres en edad militar estaban siendo enviados a los frentes de guerra y el trabajo en la fábrica había cambiado de las máquinas de escribir y coser a material de guerra, todo en un absoluto secreto. Pero en una sala aún se mantenía una pequeña cadena de producción, de artilugios domésticos, en concreto de la máquina de escribir IDEAL C. Esa tarde, antes de las seis y media, sin que nadie las viera, las tres operarias caminaban de tapadillo por la Hamburger Straße. Se jugaban el tipo. Si las paraba una patrulla de las SS, serían ejecutadas sin contemplaciones, allí mismo. Rápidamente, se introdujeron por un hueco en la fábrica. Todo lo tenían planeado. Una de ellas había logrado capturar un gato propiedad de una familia burguesa y, tras meterlo en un saco y llevarlo junto al resto de sus compañeras, estas lo recibieron con gran alboroto al escuchar los bufidos del animal.

—¡¡¡Está vivo!!!

Dijo una de ellas. Con un poco de vodka, bien rociado por encima, lograron silenciar al felino.

—Démonos prisa.

Se movían con cautela en la oscuridad, en fila. No solo estaban en juego sus vidas, sino el juramento.

—Ya podemos comenzar.

Estaban en una sala donde, previamente y no por un descuido, no se había apagado la fragua. La más menuda de aquellas judías se introdujo en una oquedad tras retirar una pesada baldosa de la pared, ayudada por sus compañeras, y logró extraer un objeto ciertamente grande para ella. Lo colocó en una especie de yunque y las tres se quedaron observando, a la luz de la fragua revitalizada, una máquina de escribir.

—Por fin, vamos a conseguir que escriban nuestra historia.

Dijo aquella más menuda.

—Todavía quedan cosas por realizar.

—Sí. Faltan los holocaustos.

—Y el nuestro.

Sin perder el tiempo, una de las tres sacó algo de su espalda: era un molde de fundición. Las otras dos se pusieron manos a la obra con la fragua. De esta emanó acero al rojo vivo. Antes de que fuera demasiado tarde, aquello se estaba caldeando mucho con tanto mineral ardiente. La judía que sostenía el molde lo puso con prisas bajo el lugar de donde emanaba el acero fundido, perdiendo —en un grito salvaje— su mano derecha.

—¡¡¡Ten más cuidado!!! Ya solo te queda la izquierda

Le gritó otra de sus compañeras.

—Con la que te queda ¿podrás sujetar al gato?

Aquella mujer no podía soportar el dolor, su muñón derecho todavía humeaba, dando a la habitación un olor a asado peculiar.

—El molde, al menos, ha quedado perfecto. Es un sátiro nacido de un parto muy doloroso.

Y, echándole una garrafa de agua helada, enfrió aquella masa roja que, en una gran humareda, dio forma a un sátiro blanco como la nieve. La judía lo tomó con sus dos manos y lo alzó a los cielos.

—Ahora nuestro holocausto… Antes de que llegue el infierno sobre este lugar.

Con una templanza inusual, sacó al gato completamente adormecido por el vodka del saco y, colocándolo encima del yunque, lo degolló fríamente con un cuchillo escondido en sus ropas. Se escuchó un breve gritillo. Y, cuando el animal todavía se movía, le abrió la cavidad torácica con el corazón palpitándole aún. Con una habilidad propia de alguien acostumbrado a estos menesteres, le desentrañó con el cuchillo la víscera noble y aún palpitando y la elevó en lo alto, musitando algo ininteligible. Luego, roció lo que quedaba del contenido del corazón sobre el sátiro y la máquina de escribir y gritó:

—*Alea iacta est.*

Esto ocurría demasiado lejos, en tiempo y lugar, de donde se situaba Aurelio, muy extasiado en su ensoñación. Estaba ajeno a aquel esoterismo, viendo cómo aquellos pilotos en esos bombarderos iban soltando su material que producía llamaradas, elevándose en las estrechas calles. Aquello se convirtió en un horno crematorio, la gente moría por asfixia, quemados vivos o por respirar

las corrientes de aire abrasador. Allí, víctimas y verdugos estaban saldando sus propias cuentas particulares ante la mirada de la Historia; recordando las palabras escritas en *Doktor Faustus* y a Thomas Mann, empleando la plegaria del rey Claudio ante la testificación de los bombarderos aéreos sobre las ilustres ciudades, provocando víctimas culpables. Eran plegarias perdidas en el espacio que «no conseguían llegar al cielo». De pronto, Aurelio se despertó de aquella terrible pesadilla, todo un mal sabor se esparcía por dentro de su boca. Su mano estaba caliente y tuvo que retirarla de la IDEAL C fabricada en Dresde, pues se estaban produciendo ampollas en su mano izquierda. Aquel objeto clamaba, a través de los muertos, un revisionismo de la conversación entre Stalin, Churchill y Roosevelt. Fue entonces cuando recordó nuevamente la frase acerca de la Historia siendo generosa. Se dio cuenta del origen de aquella máquina de acero y su utilidad: para él, el renacimiento de su creatividad literaria, y ahora era más claro. Las musas, al fin, le habían vuelto a conceder el don, pero en forma de venganza.


B CR

CAPÍTULO XXIV



Aurelio estaba solo en la sala principal de la librería. Había colocado la máquina sobre la mesa muestrario. También había echado abajo la oxidada persiana. Era ya el crepúsculo avanzado, estaba ya seguro para tramar su justicia. Se sintió como Tlacaélel ejerciendo de sumo sacerdote en Tenochtitlán. Comenzó a darle con suavidad a las teclas, escribiendo el relato sobre las vidas ajenas de aquellos que lo perseguían. El restallo de los tipos sobre el inmaculado folio iba *in crescendo* a medida que la imaginación sobrevolaba su cabeza, como los aviones de la RAF. Todo esto tenía un claro propósito, de índole muy práctico: obtener el favor del artilugio en esa mesa diseñada de forma exacta, para que el mausoleo de historias antiguas de la gente, ya anónima, siguiera expandiéndose en forma de ejemplares de libros, todos ellos encuadernados en blanco y con sus números de serie lacrados en papel de oro sobre sus lomos. Ahora él iba a ser el creador y moldeador de las biografías de aquellos que habían atentado contra su vida. Tonatiuh iba a dejar de estar estático en aquella configuración y empezaría a moverse al ver derramar la sangre de los corazones de esos personajes en el gesto de Aurelio. Empezó a escribir su relato sobre el primer personaje que se le ocurrió, casi de forma automática, cayendo los tipos de forma sonora sobre el rodillo y transcribiendo la macabra imaginación de Aurelio detalles sobre el médico de las urgencias del hospital de Alcoi. Estuvo escribiendo hojas y hojas repletas de su biografía, planificando un final que lo iba absorbiendo. La luz de la pequeña lámpara de la mesa, en ese claroscuro de la sala, proyectaba una sombra puntiaguda que caía justo debajo del cuadro de Botticelli, allí donde empezaban los afilados escalones a la zona subterránea de la biblioteca oculta. En esos instantes, el desdichado protagonista, el delfín malnacido del

drama creado por Aurelio iba encaminándose a un encuentro personal en la ciudad de Alcoi. La noche era cerrada; se hallaba inconsciente de la sombra que acababa de caer sobre su cabeza. Su mente tramaba cómo recomponer a su equipo operativo tras perder a tres de sus miembros. Habían tenido que salir echando leches, su máximo colaborador y él, de la librería tras la infructuosa búsqueda de ese objeto poseído, que les iba a suponer tener el dominio sobre las bandas rivales, los integrantes de la *fil*à de los cristianos y la mujer loca. Todos iban en búsqueda de ese maldito objeto, del cual él era quien más sabía. Había sonsacado todos los secretos sobre este al antiguo librero gracias a su *ars medica* en aquella sala de exploraciones en el hospital, tras la paliza recibida por la *fil*à de los cristianos aquella noche de Sant Jordi. Había estado en el sitio adecuado, en el momento adecuado; como un buen depredador. Estaba cruzando el puente de San Jorge y se encaminaba al núcleo antiguo de la ciudad. El río Riquer, antes de unirse al Serpis, bajaba caudaloso de la sierra de Mariola tras las lluvias de las últimas semanas de aquel octubre, alimentado por el nivel freático conservado desde el pasado año. En la estrecha acera se encontró de frente con un grupo de tres hombres desconocidos bloqueándole el paso. De repente, lo agarraron y lo echaron por encima de la baranda de hormigón armado al vacío del río. Se estampó contra las numerosas rocas del barranco, exhalando un desgarrador aullido.

—¡¡¡Nooo…!!!

Con calma, sabiendo que había terminado la obra literaria, Aurelio ordenó todos los folios del relato recién concluso. Al día siguiente, según las instrucciones de su benefactor, iría a la imprenta indicada en el manual para que encuadernaran aquella obra y, de esta forma, guardarla con celo en el sótano de la librería, con el correspondiente número dorado impreso en su lomo blanco de piel. Mientras tanto, en la noche cerrada, la Policía Local hallaba el cadáver de un médico despeñado desde el puente de San Jorge. Todas las sospechas indicaban a un nuevo suicidio desde los puentes de Alcoi. Sin duda, aquel tipo ya no aguantaba el ritmo de su estilo de vida y había decidido quitarse de en medio. Una pareja de la Policía Judicial fue avisada para indagar sobre el asunto, pero, al parecer, no había

mucho por donde agarrar. El suicida se había lanzado en la soledad de la noche, sin casi testigos. Únicamente un par de vagabundos que dormitaban bajo el puente estaban atentos al fatal desenlace, al ver cómo su cena era literalmente aplastada por el despeñado, teniendo que ser atendidos en urgencias por un ataque de pánico y otro de inanición. Al día siguiente, Aurelio se sonrió a sí mismo al recibir en su librería un ejemplar de la prensa local con la portada del nuevo suicida despeñado desde el puente famoso, pensando en su interior en el aforismo de Churchill. Luego, salió con aquel fardo de folios rumbo a la imprenta del núcleo urbano de Alcoi: la de un antiguo conocido de su benefactor, de ascendencia judía, que todavía se dedicaba al oficio de la encuadernación manual. Siguiendo las indicaciones del manual de la máquina, Aurelio se presentó con la tarjeta de visita de su benefactor: Eliseo Figueroa Lobo. Librero. Alcoi. Aquel hombre la tomó tras echar una mirada de inspección al visitante.

—¿Conocía usted al señor Figueroa?

El hombre, de aspecto enjuto, dejando el pedazo de papel encima de una mesa muy sobada por el uso del trabajo, comenzaba su particular interrogatorio.

—Era un familiar mío. Ahora trabajo en su librería.

—Mmmm… Muy peculiar su familiar. Perfeccionista en sus encargos. Veo que usted sigue sus costumbres.

Y, tomando aquel fardo de folios, los sopesó como si sus gramos fueran a venderse en onzas de oro.

—Supongo que también los querrá encuadernados en piel de cabra.

Aurelio asintió sin dar más muestras.

—¿Qué número le imprimo en el dorso?

—El ciento treinta y tres.

—Buena colección tendrá usted.

—¿Cuándo estará el ejemplar?

—Últimamente no hay mucho trabajo. En una semana lo tendrá.

—Muchas gracias.

Y salió de aquel local que emanaba a disolventes y cuero viejo, casi medio colocado, ajustándose un poco su desgastada gabardina nórdica azul descolorido debido al frío reinante esa mañana, con

aquel andar sin rumbo aparente, lento y pausado, más ancho que Pancho hacia su librería. Porque aquel barco de Espronceda, aquellas historias eran su tesoro, siendo Dios su libertad; su ley, la fuerza y el viento; como patria, tenía la mar de las calles. Iba en esta dinámica su armonía cuando llegó a la entrada de su herencia. La gente caminaba a su aire, acostumbrados a ver aquella persiana echada abajo, como otros tantos días. Sabía que lo que veían sus ojos no era ya un engaño de su mente: el ser grotesco con tres cabezas lo miraba con gesto exaltante, cada una de las tres en competición unas con otras, con aquellas bocas adornadas de blancos dientes como el marfil, abiertas en gesto de grandes carcajadas; las lenguas bífidas cimbraban en su oquedad, salpicando un líquido baboso y maloliente; las úvulas, como carillones, transmitían un sonido armónico; los afilados colmillos, emergentes de los maxilares, parecían ser parte del público. Con más soltura de la prevista, pudo echar arriba la persiana, concluyendo el esperpento al cual estaba siendo sometido de solo mirarlo. Ya no percibió el dolor en su costado izquierdo y se introdujo en su librería. Lo primero que hizo, acomodando su vista a aquella penumbra reinante, fue darle a la luz de la lámpara de tres brazos del techo. Se notaba más brillo en este nuevo tipo de bombillas que remplazaban a las rotas. Las nueve se encendieron de forma inmediata, descubriéndole el mundo conquistado por él. Con la velocidad de un gato, giró su cabeza a la izquierda en busca de aquella máquina prodigiosa que le había hurtado a las musas. A partir de ese momento, su peregrinar estéril había concluido. Desde ya comenzaría de nuevo a escribir la historia de su mundo como a él le hubiera gustado que hubiera ocurrido. Tenía la ley, la fuerza y el viento a su favor. Y recordó el inicio del capítulo I de *La Ilíada* de Homero, pues iba a iniciar un periplo peligroso y su suerte iba a ser pareja a la de aquel héroe de pies ligeros, Aquiles. En sus manos estaba conquistar su propia Troya, enfrentado como estaba a su Agamenón particular, quien había tomado a su Briseida en ese *mare magnum* mental en el que estaba inmerso. Porque volvería a experimentar la inspiración gracias a la influencia del rapto de la más poderosa y augusta de las nueve musas, Calíope, la de la elocuencia

y la poesía épica. Así, cansado de elucubrar y divagar, decidió ponerse manos a la obra, dejando atrás su lenta parsimonia y adoptando el paso de Aquiles. Se sentó en la silla, enfrente de la máquina de escribir, acariciándola con respeto. Estaba ensimismado cuando pareció escuchar una voz suplicante cercana:

—Tócala, Sam.

No sabía de dónde procedía. Quedó intrigado, era consciente de que había cerrado la puerta con pestillo. Nadie se había colado en el interior tras él.

—¡¡¡Tócala, Sam!!!

Pero esta vez parecía un restallido, no un suplicatorio. Algo cercano a él le estaba indicando, de forma casi imperativa, que comenzara. Al fin y al cabo, su materia física ya no podía dar cabida a tanto fenómeno paranormal. Iba a alzarse de la silla a por esos comprimidos de la psiquiatra, que aún mantenía en la mesita de noche y los cuales había dejado de tomar hacía unos días, creyendo que ya no le quedaban. Pero, entonces, de nuevo, volvió a escuchar la orden.

—¡¡¡¡¡Tócala, Sam!!!!!

Esta vez sí se dio cuenta de la autoría. La voz procedía del sátiro de la máquina de escribir. Sorprendido, comenzó a pulsar las teclas, impregnando su significado en la hoja colocada al ritmo de un réquiem que sonó en el interior de la sala por obra de las tres gárgolas, al tiempo que el sátiro con el dedo índice de su mano izquierda indicaba hacia el frente el avance inexorable de las letras. Parecía el director de aquella función. Las líneas se iban sucediendo, unas tras otras, a un ritmo compulsivo, sin freno, con pleno frenesí, resonando los tipos sobre el folio inmaculado, con el resultado de un nuevo relato biográfico, datando nuevos hechos. La puerta, de nuevo, hizo que parara. Se levantó despacio de esa silla en la cual se sentía amo de la literatura. Caminando por aquel suelo cósmico, como un ángel de la muerte, se dirigió a la puerta a ver quién interrumpía su labor de amanuense. La música había cesado y el sátiro quedaba quieto. Al abrir la puerta, se topó con Matilde. Esta vez no venía acompañada por Gustavo.

—Mi querido Max Estrella.

—No tengo el local abierto.

Aurelio se sentía traspasado por esos ojos inquisitoriales, que siempre lo dejaban totalmente desnudo. No tenía nada que ocultar ante tanta luz deslumbrante.

—¿Me invitas a entrar?

—Estoy muy ocupado.

Haciendo caso omiso, con una de esas piernas tan largas embutidas en esas botas negras de tacón largo, Matilde impidió que Aurelio cerrara la puerta. Esto supuso para él un acto muy violento: Matilde colándose en su propiedad sin su consentimiento y a plena luz del día.

—¿Me vas a revelar tus secretos literarios?

Aurelio se quedó patidifuso. Estaba quieto mientras aquella mujer entraba y se paseaba por el interior de la sala de la librería. Temía que descubriera su secreto, pero parecía obviar su máquina de escribir.

—Estas rodeado de literatura.

Ella se aproximó de forma muy desconsiderada, casi violenta, quedándose él perplejo. Se desvistió y quedó con su hermoso cuerpo, y en un segundo, encajado en una elegante lencería de color negro, justo enfrente de él.

—Vas a ser mío.

Aurelio tenía los ojos desorbitados, al tiempo que sentía cómo aquella mujer lo tomaba de sus hombros y le besaba casi al asalto. Todo lo demás ocurrió de forma muy veloz. Ambos se recostaron encima de aquel suelo estrellado, el Cosmos, como dos galaxias en colisión. Al acabar, ella, terminando de vestirse, le dijo que ya era invulnerable a sus poderes literarios.

—Te acabo de tomar al asalto y me voy con rehenes. Me voy con algo tuyo. No deberías hacer eso.

Aurelio estaba demasiado confuso para entender todo lo que le estaba ocurriendo. Se despertó en el suelo de la librería, tendido boca arriba, observando la lámpara de tres brazos; las cabezas hacían un sonido de multitud. Pesadamente, sintiendo el frío del suelo, se alzó cansado. Estaba desnudo y temblaba con la baja temperatura reinante. Se dirigió, lo más raudo que pudo hasta el

segundo piso a pegarse una buena ducha con agua caliente para salir del bloqueo general en el que lo había dejado la mujer. Acababa de ser asaltado por la hija del corsario Negro con herramientas muy persuasivas. Antes, se encontraba dedicándole uno de aquellos libros al ritmo de una tonada insólita. Una vez se hubo relajado en las calientes y curativas aguas de Sulis, se vistió para terminar su obra inconclusa. Se ubicó enfrente de la máquina de escribir, en el punto en el que él la había dejado antes de la llegada de Matilde. El sátiro azuzaba, pero era inútil; una fuerza sobrehumana se lo impedía. Con sangre fría, tomó aquellas hojas escritas y las depositó en el cubo de latón situado a su lado. El bufón seguía restallando su mano izquierda, dando órdenes a un vacío infinito, mientras las gárgolas seguían con su rumor de multitud. De manera impávida, encendió una cerilla y prendió aquellas hojas escritas ante el delirio generalizado de la criatura de la máquina, que cambió de color a un rojo encendido. Las gárgolas entonaron al unísono una melodía abrupta:

—Traidor, traidor, traidor…

El relato sobre Matilde se estaba convirtiendo, por causa mayor, en cenizas. No se iban a cumplir los designios del sátiro en aquella ocasión. La fuerza de la vida emergía de las entrañas de forma sobrehumana, contrarrestando el influjo de la muerte. Aurelio recordó las palabras de Matilde musitadas a su oído en aquel momento crucial: «Eres sangre de mi sangre y hueso de mis huesos. Te doy mi cuerpo para que los dos seamos uno. Te doy mi espíritu para que los dos seamos uno». De esta manera, quedó dando vueltas en aquel salón, confuso y sin saber qué más hacer; no podía más, esto era demasiado, estaba bajo un influjo al cual no se había sometido antes. Con desconcierto, vio aquella botella de absenta negra situada en la esquina de la sala y, como un bólido, fue a por ella. No recordó nada más tras aquella serie de tragos y ese andar trastabillante por la escalera hasta el dormitorio de la segunda planta. A olvidar todo lo sucedido. A la mañana siguiente, un gran vómito lo despertó. Le dolía la cabeza. Sin duda, el alcohol estaba cobrándole un gran tributo a sus excesos del día previo. Con torpeza, buscó en el cajón de la mesita de noche algún remedio para

aquello, pero recordó que los comprimidos analgésicos, al igual que su prescriptor, habían pasado a mejor vida. Tendría que buscar otra solución. Tenía una gran resaca. Con torpeza, fue a la ducha y se refrescó con su habitual agua fría. Estuvo bajo el agua un tiempo, aclarando ideas de todo sobre lo que le estaba sucediendo. Nada era normal desde que llegó a Alcoi a hacerse cargo de esa librería. Saliendo de la ducha, con la sensación de estar viendo pingüinos, del frío que hacía en aquella habitación, sin posibilidad de calefacción, se fue tiritando hasta el dormitorio envuelto en una gran toalla. Era temprano, iría a desayunar al Filà Els Cremats. Allí, al menos, tendría ocasión de recuperarse. Llevaba tiempo sin comer nada que se le pegara a los riñones.

CAPÍTULO XXV



Con los pies ligeros, Aurelio salió de su librería con destino al restaurante de marras. Se sentía el más fuerte y valiente de los hombres. Iba con su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, con los botones desabrochados para permitir un mayor movimiento. Se movía al ritmo de sus débiles piernas, volándose el tejido de su prenda al ser llevada por el frío viento descendiente de la sierra de Mariola, que helaba hasta los tuétanos. En un plis plas se plantó enfrente del gran portón de madera, él daba ahora el punto clásico. Con brío, entró en el restaurante, cortando como un cuchillo aquella densidad flotante, palpable y decantada al libre albedrío, rebosante de miles de olores indescriptibles; gran reserva, conservada a lo largo de muchos lustros en arcón de roble. Se sentía seguro de sí mismo. Se llevó la mano derecha al bolsillo interno izquierdo, palpando las frías tapas blandas del ejemplar de *Doktor Faustus*, más bien su revólver Smith & Wesson M29*,* e ignorando las desaprensivas observaciones de algún cliente somnoliento ante las pintas de ese individuo con aires de matasiete.

—Un café solo.

Dijo a la camarera, casi sin decirle ni buenos días.

—Menudo *milhòmens* está hecho este tipo.

La camarera lo miró de arriba a abajo, malhumorada. Se le notaba bastante huraña y no contenía sus propios pensamientos. Aurelio, en su exultación, ignoraba tales iniquidades y las pasaba por alto. Ella le sirvió su café solo, él se lo llevó a la mesa de la ventana, adonde había tenido el encuentro con Matilde, aquella perturbadora mujer, más por inercia que por otra cosa. El primer sorbo supo a rayos, el brebaje debía de tener por lo menos alquitrán, pensó en su interior. Un café galáctico. Al segundo sorbo, sus tripas comenzaron a crujir; echaba en falta algo sólido para llenar su estómago. Pero no podía

aguantar más sentado y salió escopetado rumbo al retrete, tenía la necesidad imperiosa de evacuar.

—Vaya con el *milhòmens.* No ha soportado ni el segundo sorbo del nuevo café de la casa.

Un adormilado cliente, repostado en la barra del bar, se sonreía para sí mismo compartiendo miradas de chanza con la camarera.

—La culpa es del jefe por comprar ese nuevo café torrefacto a Portugal.

—Es por la crisis, nena. Menos mal que nos queda Portugal, como decía algún lírico de por ahí.

No tardó en volver Aurelio, un tanto lívido y guardando la compostura como podía. Se volvió a sentar enfrente del café solo, rebelde como una aldea gala ante sus sorbos tímidos. Alzando la mano derecha, solicitó un cruasán y un zumo de naranja para apaciguar el sabor amargo y bilioso de su boca seca. Esa bebida tenía los días contados. Poco a poco, sorbo a sorbo, acompañado de los pequeños bocados del cruasán y, en retaguardia, del zumo de naranja, el café que lo sorprendió a traición cayó en su poder ante la mirada cómica de la camarera y el cliente somnoliento de la barra, instalado y haciendo apuestas por si ese sabelotodo iba a decorar el suelo con una echada de pota sobre el suelo recién fregado. La escena teatral fue interrumpida por un cuarto factor: un hombre de indumentaria laboral que se dirigió a la barra y pidió un *cremaet*. Aurelio, entretenido en degustar su cruasán, no parecía darle importancia y desplegó su inseparable y mejor amigo sobre la mesa: el libro que siempre le hacía compañía.

—Una entretenida lectura tiene usted entre manos.

El tipo, empaquetado en sus ropajes de trabajo, acababa de comenzar una conversación sin presentaciones con Aurelio. Interrumpiendo su lectura, alzó su mirada y lo escrutó.

—Indudablemente.

Replicó Aurelio escuetamente, sin intención de proseguir la conversación, no dando muestras de mala educación.

—¿Desde cuándo no escribe usted un libro? Por si se puede saber.

Las alarmas comenzaron a encenderse; el tipo no encajaba con esa indumentaria laboral. Esas manos que sostenían la taza del *cremaet,*

de forma meticulosa, eran más propias de un hombre de oficina que de un operario. No había rastros ni huellas que lo delatarán como aquellos hombres dedicados a las manualidades. Más bien era de esos que se pasan largas jornadas en oficinas tramando planes detrás de la pantalla de un ordenador o en reuniones de gerifaltes.

—Estoy en período de *laboro*.

Contestó Aurelio.

—¿Se puede saber de dónde saca usted esa inspiración?

El hombre seguía dándole la espalda, para él era difícil hacer averiguaciones. Lo único conclusivo eran esas delicadas manos que iban y venían de la superficie de la barra a la boca parlante, llevando el *cremaet*, que iba menguando al ritmo de las manecillas del reloj del restaurante, uno de cuco que iba marcando los segundos, minutos y horas, hasta las diez de la mañana, cuando salió un soldado del mecanismo del tiempo al ritmo de un tintineo aburrido. En ese instante, el tipo se dio la vuelta, terminó de dar el último sorbo a su brebaje y se dirigió sin vacilar a la mesa colindante a la ventana en donde se encontraba Aurelio, intentando concentrarse en su lectura. Se situó, desvergonzado, al lado de él. Aquel parecía ignorarlo. Como un tigre y sin saber de dónde venía la intención, Aurelio tomó con su mano derecha a *Doktor Faustus* y se lo estampó en la garganta. No fue lo suficientemente explícito en sus razones para dejarlo fuera de combate, por lo que aquel tipo desenfundó una Zastava M70 que zumbó como una pequeña abeja al detonar. El disparo no acertó, al ser desviado el brazo ejecutor por la mano izquierda de Aurelio. Con el recuerdo de la frase apostillada por Bradbury en *Fahrenheit 451*, acerca de la peligrosidad de que un vecino emplee un libro como un arma cargada, contraatacó con su libro, dándole su *touché* particular en ese bizarro combate. Aquella maniobra fue mejor que la primera; Aurelio desconocía su labor oculta como puntillero. El tipo cayó mansamente e inerte al suelo ante la mirada atónita de la camarera y del cliente, que ya no estaba somnoliento, sino todo lo contrario: se encontraban aterrados ante la versión más mister Hyde de aquel doctor Jekyll. Como había escrito el escocés Robert Louis Stevenson, Aurelio aprendía a reconocer la dualidad primitiva del ser humano; así, la lucha de esas dos

naturalezas existentes en el campo de batalla de la conciencia le despertaron un nuevo horizonte. Pensó que en ese momento podía ser cualquiera de las dos naturalezas radicales. Con desparpajo, Aurelio preguntó por la cuenta de ambos a la camarera, la cual, tartamudeando, no supo explicarse muy bien. El cliente era un convidado de piedra en toda esa función, pero comenzó a percatarse, a través de su privilegiada posición en el tendido del taburete, que algo raro estaba ocurriendo más allá del gran portón de madera barnizada. Se vislumbraban unas sombras a través de aquellos cristales marrones. Y ocurrió: la puerta se abrió de sopetón. Aparecieron tres hombres armados con bates de béisbol, garfios y puños americanos, respectivamente. Una jauría salvaje con la cual Aurelio no tenía previsto encontrarse; ni ganas de verlos.

—A que esto no lo tenías escrito en tus novelitas, rata inmunda agusanada.

Aurelio se puso en guardia. Estaba totalmente desprevenido. Ya no le servía de nada su revólver Smith & Wesson M29, el mejor de la historia. Tendría que tirar por otros derroteros si no quería acabar en algún sitio innombrable.

—Parece que eres inextinguible, asquerosa inmundicia antediluviana. Pero como a esos reptilianos, te va a llegar tu hora final.

Esos tres recién llegados estaban dispuestos en rededor de Aurelio, quien seguía al lado de la mesa contigua a la ventana.

—Te has desecho del clan del matasanos, pero nosotros somos más. Expiarás tus culpas en un sepulcro anónimo alimentando a los gusanos, si no les haces vomitar tus excrecencias, rata asquerosa, en ese cajón.

Aquel trío parecía un grupo de rap en pleno duelo callejero, con el líder balanceando el bate de béisbol amenazante, de forma circular, y sus dos compinches, con el garfio y el puño americano, a ambos lados, esperando pacientemente cualquier evolución del asunto para convertir a Aurelio en carne picada. Este permanecía mudo, sabía que era mejor no echar más gasolina al fuego. Los tres iban acotando distancias. De pronto, el balanceo del bateador cesó. Este puso un mal gesto.

—Por los clavos de Cristo.

Los tres se pararon en su avance inexorable. Rápidamente, huyeron por donde habían aparecido, literalmente cagando leches, dejando a Aurelio pegado a la pared, casi sin respiración. Inmediatamente, se escuchó fuera del local un frenazo. Un Volkswagen negro se llevó por delante una de las farolas en la acera próxima al restaurante. Salieron de allí dos policías nacionales de paisano que, raudos y veloces, entraron dando un gran empujón al gran portón de madera. Allí estaba de nuevo la pareja de la Policía Judicial. Al verlo, lo miraron con bastante suspicacia, viendo el panorama del sujeto tirado en el suelo, sin dar señales de vida.

—¿Qué hace usted por aquí?

—Yo solo pasaba por aquí a tomar un café con un cruasán cuando vinieron a buscarme unos desconocidos.

Como podía, intentaba zafarse de la situación.

—¿Quién llamó a la policía?

La Policía Judicial era la que llevaba el interrogatorio, mientras su compañero cercioraba el fallecimiento del hombre tendido en el suelo y su identificación.

—Está muerto.

—¿Sabes quién es?

—La documentación está caducada, pero es válida. Lo comprobaré con la central.

—Les llamé yo.

De la cocina salió la camarera, un poco asustada.

—¿Vio usted lo que ocurrió aquí dentro?

—Emboscaron a mi cliente unos desconocidos. Fue en defensa propia.

La camarera contestaba a las preguntas inquisidoras de la mujer policía sin dudar.

—¿Y usted qué vio?

Ahora el interrogatorio se dirigió al cliente del tendido.

—Fue una emboscada criminal. Individuos armados hasta los dientes contra este indefenso cliente.

—Encárgate de la balística.

La policía se percató del balazo en la pared, justo al lado de la ventana donde Aurelio se apoyaba.

—Busca el casquillo. No debe estar lejos.

—Se fueron tres tipos muy peligrosos.

—No se preocupe.

La camarera iba dando más datos de lo sucedido mientras la policía tomaba notas en un pequeño cuaderno. Su compañero, con eficiencia, encontró el casquillo de bala.

—Usted nos va a acompañar, pues tendrá que declarar. Aquí ha habido un homicidio.

Aurelio quedó perplejo, eso no lo tenía previsto. Tuvo que seguir a la Policía Judicial hasta el cuartel para declarar sobre lo acontecido. Estuvo retenido todo el día. Al carecer de antecedentes penales, no entró en prisión, pero la institución echó de nuevo el ojo sobre él.

CAPÍTULO XXVI



Al volver a su librería, después de aquel mal trago, se fue directamente a la silla enfrente de la máquina de escribir. Allí, delante de él, había unos folios escritos. Se quedó un poco flipado al ver todo eso. Era cierto que no había echado abajo la persiana de la entrada, pero la puerta estaba cerrada con buena seguridad. Leer todo aquello era como un *déjà vu*. Aquel relato se refería a su experiencia vivida durante la mañana previa, era para volverse loco. No entendía nada. Nada tenía sentido. Le estaban jugando una mala pasada. En estas inquisiciones estaba cuando cayó en sus manos, desde Teotihuacán, *El diablo de la botella*, escrito por Robert Louis Stevenson. Lo abrió y comenzó a leerlo, a capricho suyo. Se dio cuenta, tras recorror esos párrafos, lo que Stevenson quería decir: el diablo de la botella no podía hacer una cosa, y esa cosa era prolongar la vida, existiendo, además, el inconveniente de que, si moría antes de vender la botella, ardería para siempre en el infierno. Meditando un tiempo, se quedó ante esta frase del escritor escocés, echó un ojo al sátiro de la máquina de escribir, buscando algún sospechoso habitual. Allí permanecía quieto aquel objeto de acero. Pero, sin duda, él sabía que había mucha trama envuelta en esto, sobre la que ese ser tendría que rendirle cuentas. Sin duda, ahora mismo, le tomaban ventaja. No sabía quién era dueño de quién. El sátiro de la máquina, en su ausencia, por rebeldía, había adoptado vida propia y puesto sus particulares banderillas negras a Aurelio, quizás por su excesiva mansedumbre ante aquella mujer y no cumplir sus dictados magistrales. Se sentía flaquear. En este trance estaba, sabiendo que el estar al lado de aquella máquina le supondría sufrir la influencia, todas las noches, de aquel sátiro y, al contrario, escaparse con aquella mujer sería, quizás, abrir la caja de Pandora. Sabía que la lucidez y la genialidad estaban llenas de

paisajes de nubes negras, de dolor y sufrimiento que llaman a la inspiración; por el contrario, Matilde le abría la posibilidad de crecer personal y familiarmente. ¿Estaba pensando demasiado en ella? ¿O cuestionando sus propios límites, su incidencia en su propio futuro? Como decía Saint-Exupéry acerca de que el amor no es mirarse el uno al otro, sino los dos en la misma dirección; esa idea lo perseguía, lo obsesionaba. Esta última opción supondría renunciar a ser influenciado por aquella criatura de acero debido a las connotaciones implícitas que supondría el compromiso con aquella mujer. Estaba en una bifurcación de caminos, como cantaba José Alfredo en «Cuatro caminos»; cuál de los cuatro es el mejor, quería saber Aurelio. Estaba a punto de tomar una decisión cuando sonó el timbre de la puerta. Con pereza, se alzó de la cómoda silla. Algún cliente, pensó, o quizás ella. No lo sabría si no abría la puerta. Había echado el pestillo y el cerrojo por miedo a posibles nuevas visitas indeseadas. Siempre lo importunaban en su sitio, en escasos días ya había tenido demasiada vida social. Por la mirilla de la puerta de madera pudo averiguar que se trataba del encuadernador, al cual le había dejado los folios escritos relatando la historia con el desenlace del galeno delfín. Con un poco de respiro, le abrió la puerta al ratón de biblioteca.

—Buenos días.

—Querrá decir buenas tardes. Son casi las trece y treinta.

—Eso depende de si usted ha comido o no.

—No importan esos detalles.

El hombre traía un paquete bajo su sobaco derecho, pero no lo soltaba. Estaba ahí, delante de él, en una actitud rogativa, como solicitando la entrada. Permanecía estático en la puerta, como el SS Exodus 1947 frente a las costas de Palestina. No tuvo más remedio que dejarlo pasar con el paquete bajo la axila, pues seguía sin desprenderse de su mercancía. Tras entrar en la sala principal de la librería, el encuadernador echó miradas por toda la habitación, suelo incluido.

—Me imaginaba algo así.

Dijo con algo de suficiencia. Aurelio no hacía más que mirar la mercancía, que seguía en manos del nuevo visitante. Al menos este

nuevo sujeto no parecía que fuera a arrearle una paliza como los anteriores.

—¿Cuánto le debo por su trabajo?

Quería llegar a un acuerdo rápido para desalojarlo de la forma más expedita posible de sus posesiones. Pero no parecía que la cosa fuera a ser sencilla.

—El antiguo librero era una persona singular. Solía pagarme en monedas de plata.

—Yo le pagaré en euros. Es de lo que dispongo.

Aquel tipo se detuvo enfrente de la máquina de escribir, de espaldas a Aurelio. Esto lo puso de los nervios.

—Bonita máquina IDEAL C. Sin duda, un ejemplar de coleccionista.

—Sí, sin duda —respondió Aurelio, sin saber dar otra respuesta ante la presencia incómoda.

—¿La vende usted?

Esto cayó como una bomba explosiva en el interior del armazón de Aurelio.

—No, no, no… Tiene un gran valor sentimental.

—Una lástima.

—Pero vayamos a lo primordial. ¿Tiene usted el libro encuadernado?

—Ah, sí, claro. El libro que me solicitó usted. Tal cual lo demandaba el antiguo dueño de la librería. Aquí lo tiene.

Se excusó un rato largo y le entregó el paquete al fin. Lo desenvolvió y allí tenía, enfrente de él, el ejemplar ciento treinta y tres de la colección particular de la librería privada de su benefactor, con sus tapas blancas de piel de cabra y esos números dorados impresos en el dorso, sin ninguna otra reseña. Tal cual ordenaba el canon de Eliseo Figueroa Lobo.

—Una obra maestra, David.

Lo llamó por su nombre, que recordó por referencia de su tío en una especie de iluminación súbita.

—Muchas gracias.

—Mi difunto pariente hubiera estado orgulloso de tal obra.

— Siempre era muy generoso con sus dádivas.

—La verdad, ahora estoy pasando una mala racha, pero pronto el dinero comenzará a fluir.

Aurelio no podía distinguir bien aquella mirada, debido a la espesura de las cejas colgantes sobre las turbias gafas bruñidas en oro. Suponía lo miraba también, sin lograr averiguar hacia dónde se dirigían sus ojos exactamente. Del bolsillo de su chaleco, este sacó un saquito de piel. Deshizo el nudo de forma muy meticulosa y vació el contenido del saco sobre su palma derecha. Allí, en un montón, había varias monedas. El judío tomó una de aquellas entre el dedo índice y pulgar de su mano izquierda, y se la mostró en la misma cara de Aurelio. La moneda, resplandeciente, era de cinco pesetas de plata, con acuñamiento de 1899 a nombre de Alfonso XIII, *Rey const.*[L] *de España por la G. de Dios.* Aurelio vio el labrado en ambos dorsos, al tiempo que su dueño la hacía girar con agilidad en sus dedos huesudos.

—Me gustaría ver más monedas como esta.

Soltó el hombre.

—Yo no tengo plata. Lo siento.

—Siempre hay posibilidad de negociación. En este caso, si me paga en euros, el precio sufrirá una pequeña especulación.

Seguía sin descifrar aquella mente llena de entresijos, a pesar de la proximidad de su interlocutor. Con cansancio, le entregó dos billetes de cincuenta euros.

—Supongo que esto será suficiente para satisfacer sus ambiciones.

El hombre agarró los dos billetes y los colocó a trasluz, asegurándose de algo.

—No son falsos. Cerramos el trato. Espero que esta sociedad siga sacando pingües beneficios para ambas partes.

Y con una mirada de ceño fruncido, se dio la vuelta y desapareció tras la puerta, que se cerró lentamente, aunque fuera por alguna vez en esos últimos días aciagos, pensó. En ese momento, desde el techo de la sala de la librería se empezó a escuchar:

Flammende Gluth umglühe den Fels;mit zehrenden Schrecken scheuch' es den Zagen;der Feige fliehe Brünnhildes Fels!Denn Einer nur freie die Braut,der freier als ich, der Gott![5]

Eran las gárgolas entonando la escena tercera, acto III, del preludio de «La valquiria» de Wagner. Se dejaba oír la voz de Wotan, padre de las valquirias, en el final de la pieza maestra.

---

5 N. del E.: «Una hoguera de llamas arderá/ alrededor de la roca./ Con un miedo devorador/ aterrorizará a los débiles/ y así los cobardes huirán espantados/ de la roca de Brünnhilde./ ¡Pues, solo uno obtendrá a la novia,/ uno más libre que yo, el Dios!» Traducción libre.

CAPÍTULO XXVII



A solas ya, con el ejemplar ciento treinta y tres en sus manos, se dispuso a depositarlo en su lugar y con el resto de las historias biográficas en el sótano de su librería. Tan solo iluminaba la sala principal la pequeña lámpara de la mesa-muestrario, en ese claroscuro de la sala. Se puso a caminar, pisando firme y agarrado a las dos barandillas laterales, resuelto el problema de la iluminación, poco a poco y con cuidado. Fue descendiendo, uno a uno, los escalones afilados, con la sensación de frío y humedad incrementándose. Llegó, por último, al final, donde comenzaba a sentirse la corriente de aire fresco, con olor a celulosa embriagadora, más intensa que en la primera planta. Como sabía el camino previo, se dejó llevar por la corriente de aire que portaba el embriagante aroma cargado de celulosa. Los cinco metros de recorrido fueron de melopea, aquel ambiente no lo aguantaba ni una termita. Todos los ejemplares, de un blanco inmaculado, eran diferentes uno del otro, pero a la vez iguales para un neófito, y en sus dorsos se veía brillar su distintivo número romano. Los observó de nuevo y concluyó más detalles: eran del mismo estilo del encuadernado por el judío, el labrado ejemplar CXXXIII; idéntico al resto, pero no igual a los demás. Una obra perfecta. Con calma, buscó su lugar adecuado, al lado del CXXXII, otro ejemplar de grosor y altura distinta al que dejaba. Quedó quieto, observando el orden imperfecto aquel, sabedor de que su benefactor estaría satisfecho de la continuidad de su obra. Ya saturado del olor, decidió volver a la superficie. Sabía que allí su misión acababa de finalizar. Con calma y con algo de titubeo en su andar, volvió sobre sus pasos. Había muchas historias que transcribir. Para ello, debía descansar un poco. Muchas emociones, en poco tiempo, lo habían dejado agotado. Para ello, se fue derecho a dormir un poco. Habría tiempo para hacerse dueño de

la historia. Pero, antes, algo de color negro oscuro obnubiló sus pensamientos de victoria: la botella de absenta negra lo atrajo como un imán. Las sirenas de la isla recreada por Homero en el canto XII de *La odisea* volvieron a resonar en su cabeza con más fuerza que nunca, quedándose con la copla según la que «quien la escuchaba se iba contento, conociendo mil cosas». De esta manera, sin titubear, atraído por el efluvio misterioso emanado de aquel envase, Aurelio tomó sin remilgos la absenta negra. Sentía el ansia de buscar nuevas experiencias con ese licor de ofrendas para llamar a la inspiración de poetas y escritores. De un solo trago, bebió la suficiente cantidad para ser consciente de que su ofrenda particular ya había sido pagada con creces. Su enclenque cuerpo convulsionó un poco al recibir tal carga etílica en su estómago vacío. Empezando a percibir los efectos en su córtex, consciente de que quizás en poco tiempo no sería capaz de llegar al piso de arriba, se dirigió a la habitación. Iba dopado al encuentro de Morfeo y se sentía flotar mientras subía con cuidado los escalones hasta el segundo piso. Se deshizo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, que arrojó como un toro sobre el suelo del dormitorio, y se echó tal cual, sobre el lecho, sintiendo ya sobre su pecho el calor hirviente de la absenta. No le dio tiempo a regodearse en la sensación de victoria de aquel día, tras sentirse creador de vidas ajenas que se hacen realidad. Algo así no podría ser tan real, la gente no debería ser consciente de esta circunstancia. Empezaba a divagar demasiado cuando le entró el sueño, que no fue muy pacífico. Se vio, en el interior de un bombardero Avro 683 Lancaster. El bombardero volaba alineado y minucioso junto con otros doscientos cuarenta y cuatro aparatos idénticos en un frente de ciento noventa kilómetros, cruzando el Canal de La Mancha. Estaba en una posición incómoda dentro de ese armatoste de metal. No tardó en vislumbrar dentro del avión hacia donde se dirigían, pues se encontraban ya en el continente. En la oscuridad de la noche se vislumbraba, a más de sesenta kilómetros de donde se encontraban, y a unos tres mil metros de altura, su objetivo. Se observaban llamaradas que dibujaban, en el perfil del infinito, los colores del fuego rugiendo. Había un gran resplandor dorado tiñendo el horizonte. A medida que

los aviones se iban acercando, se dio cuenta de más detalles. Todo lo envolvía el fuego. Las bombas de demolición e incendiarias caían sobre el infierno. Mientras se ejecutaba aquella macabra maniobraba, en el silencio del aparato, Aurelio veía a los tripulantes tomar pequeños sorbos de café y fumar cigarrillos mentolados para relajarse. Debajo, en tierra firme, en la gran olla de fuego, cientos de metros debajo de donde se lanzaban las bombas, tres mujeres corrían por la calle y se refugiaban en un cráter provocado por una explosión producida por la primera oleada de bombarderos.

—Tendremos, al menos, la protección de las explosiones.

En medio de aquella tensión reinante, entre tanta llamarada y con metralla urbana en todas direcciones, aquellas tres mujeres portaban un bulto. Se habían salvado de la sentencia a muerte de los campos de concentración y ahora se iban a librar de aquel infierno en la Tierra.

—No debe caer en manos equivocadas.

La mujer manca habló, tapándose la boca con su mano sana ante la gran humareda provocada por una corriente de aire que les trajo un olor a crematorio. Aurelio se despertó; una profusa sudoración recorría todo su cuerpo.

CAPÍTULO XXVIII



Aquello debía acabar. Salió de su librería, más desgarbado de lo habitual. La sempiterna prenda quedaba muy descuidada, colgada de sus huesudos hombros, cual ropaje no deseado más en el armario de un *dandy.* No portaba, esta vez, libros en sus bolsillos laterales internos. Allí guardaba, en cambio, una petaca de plata llena de absenta negra envuelta en un viejo papel de periódico. Iba tomando pequeños sorbos, con sentimientos de culpa, refugiándose de miradas extrañas, ayudado por el cuello alzado de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, que le servía de refugio a su estado de zozobra. A hurtadillas, iba mitigando su ansia por aquel brebaje que lo tenía encadenado, hasta que en ese divagar andante por las calles de Alcoi se topó, de golpe, con un escaparate lleno de panfletos. Anunciaban multitud de destinos, en los cuales evadirse de su pesadilla personal, a la que las musas lo habían desterrado y convertido en un asesino a pluma. Se quedó en pie leyendo las opciones que le ofrecían y ajustó mentalmente sus posibilidades económicas, según la temporada. Era octubre y los precios que se ofrecían eran una ganga. Era temporada baja. A escondidas, tras leer cada tentativa de viaje, echaba un trago de absenta negra, llenándosele el espíritu de pensamientos inusitados que lo iban trasladando de un lugar a otro del planeta, como a un Humboldt en tierras por redescubrir. Estaba medio flipado en su estado de explorador, descubriendo ríos en selvas impenetrables, ascendiendo montañas y volcanes, cuando sintió unos nudillos tamborileando en el cristal, desde su mismo lado. A su costado, se situó no una indígena de las tierras que supuestamente estaba explorando en sus delirios etéreos, si no Lorena, la avispada lectora. Allí estaba, llamándole la atención, con una sonrisa que lo sacó de su estado alucinatorio. Con lentitud de reflejos, le devolvió el gesto con su

mano libre. Al poco de tiempo, la tenía junto a él viendo las ofertas de la agencia.

—¿Piensa realizar algún viaje próximamente?

Como siempre, aquella joven se lanzaba, inusitada para su edad, a iniciar una conversación que prometía.

—Estamos valorando distintas opciones.

—¿Con quién va a viajar?

Aurelio se mordió el labio inferior ante aquella pregunta. Realmente, no tenía ni idea con quién iba a realizar aquel viaje o cómo definir a aquella *cosa*. Le temblaban las piernas y las manos. El temblor de estas lo incitaba a echar otro trago de la petaca de plata para ayudarle a salir del paso ante tanta pregunta impertinente.

—Con una amiga.

Logró echar de sus entrañas aquella frase al ver acercarse a Matilde desde la otra acera, acompañada de su inseparable sombra. Iban despreocupados y todavía, parece ser, no habían echado ojo a su presencia. Ante la cercanía de la amenaza, Aurelio entró rápidamente en la agencia de viajes. Este acto fue acompañado de Lorena, que desconocía el motivo de las maniobras orquestadas por el librero. Con la velocidad de un rayo, se dirigió al lugar más recóndito de la agencia a solicitar información a una operadora de turismo.

—¿Qué ofertas tienen disponibles para esta semana?

—Aquí tiene las ofertas.

Y la operadora de turismo le ofreció el catálogo. Todo muy suculento y caro a la vista de Aurelio. Los ojos de este no dejaban de observar el exterior de la calle y la ruta seguida por Matilde y su Gustavo. Ambos acababan de cruzar la calle y ahora estaban justo enfrente de la agencia. Parecían dudar entre si entrar o no. De esta forma, la conversación con la operadora de turismo fue como echar agua en un inodoro; nada era escuchado, todo era tensión en Aurelio. Lorena se percató del estado de confusión del librero y la causa de su destemplanza. Intrépida, salió de la agencia de viajes justo en el momento en que Matilde y Gustavo iban a entrar. Allí mismo, se dejó caer en el suelo y empezó a convulsionar. Este, al

ver el espectáculo, fue a atenderla. Matilde, en su estado de fragilidad y al ver a una adolescente sufrir, llamó de forma inmediata al ciento doce, solicitando asistencia sanitaria. Se produjo un gran barullo en el establecimiento. Todo esto fue aprovechado por Aurelio para escabullirse de allí y no ser visto por su gran seguidora y su sombra. De esta forma, tomó rumbo a la librería sin resolver el estado de sus dudas, pero sabiendo que acababa de ganar una aliada. Al llegar a la calle Entenza, tras echar algunos tragos de más a la petaca de plata, caminando en su retorno de forma sospechosamente zigzagueante, vio con estupor la imagen del feo grafiti. La oxidada persiana estaba echada. Por seguridad, había cerrado al salir de su librería con todas las precauciones habidas y por haber. Y una de ellas era esa cortina de metal. El ser grotesco con tres cabezas lo miraba fijamente a la cara con sus seis ojos de manera inquisitoria. Fruncia los labios, mostrando sus dientes blancos teñidos de sangre con las lenguas sibilantes musitando algo en un idioma que no logaba entender. Se sentía interrogado. Sin sentimientos de vulnerabilidad y a pecho descubierto, se ajustó primero sobre sus hombros la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, comprobando que los flecos de la prenda de marras ya dejarían de barrer el suelo, sacando la petaca de absenta negra de su bolsillo interno derecho y echando el último trago. Todo esto le hizo recordar la imagen de esa psiquiatra con aquel rictus facial tan sembrado de bótox. Con sorna, soltó a bote pronto. Tengo una amiga que te haría un gran favor, pensó Aurelio. Y ya sin miedo a sentir el antiguo dolor, alzó aquella persiana pintarrajada con sus limitadas —pero suficientes— fuerzas, hasta dejar escondido el grafiti tan horrible a la vista de los viandantes. Ya en la sala de su librería, antes de encender las nueve luces de la lámpara, realizó un gesto de mutis en dirección a las gárgolas, en previsión de algún acto de sublevación, y se dirigió con determinación a la mesa. El sátiro estaba ahí, quieto en la IDEAL C, sin dar señales de vida. Aurelio, con repudio, se quitó la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y la echó por encima del artefacto. Un lastimero quejido se escuchó en el interior de la sala, al tiempo que caminaba por el Cosmos del suelo en dirección a su dormitorio, en la segunda planta,

seguro de sí mismo, con la intención de tomar decisiones importantes para su vida y su proyecto. La almohada iba a ser el refugio para su mente. Iba a su consulta con las nueve musas, pero les tenía una emboscada criminal ante sus traicioneras intenciones de secuestro. Ya no tenía el síndrome de Estocolmo; el sátiro lo había cambiado todo.

CAPÍTULO XXIX



Por la mañana, se despertó con la sensación de olor a napalm y con el gusto de la victoria en sus pituitarias. Durante la noche, las musas lo habían visitado esta vez e invitado a beber un néctar nuevo muy embriagador, que lo llevó a un mundo extraño desde el cual pudo recuperar estelas antes de la llegada de las olas de la realidad. Sin los efectos de la resaca de la absenta negra sobre su cuerpo, se plantó en la sala principal con su plan preconcebido. Un sonido, como de viento huracanado, provenía del techo, el bufido en un símil de mal augurio. Con decisión, caminó con paso firme sobre el suelo cósmico de la sala. Se sentía un bólido a través de aquella galaxia. Recordaba, así, el Apocalipsis de San Juan.

«El sexto derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y sus aguas se secaron para preparar el camino a los reyes del Oriente. Vi también que de la boca del Dragón, de la boca de la Bestia y de la boca del falso profeta salían tres espíritus inmundos en forma de ranas. Son espíritus de demonios, que realizan signos y van donde los reyes de todo el mundo para reunirlos a la gran batalla del Gran Día del Dios Todopoderoso. Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela y conserve sus vestidos para no andar desnudo, enseñando sus vergüenzas. Los convocaron en el lugar llamado en hebreo Har Megiddon».

Con decisión, retiró su desgastada gabardina nórdica azul descolorido que cubría la máquina de escribir . Allí, en lo primero que se fijó fue en el sátiro blanco, que quedó sin su cubierta y ya sin vestidos, enseñando sus vergüenzas. Se sentó en la cómoda silla y, ajustando el folio en la barra sujetadora del papel para su correcto deslizamiento, se dispuso a comenzar a teclear el tipo, golpeando este sobre el rodillo, tal cual lo que había soñado hacía unas horas. Era algo que no seguía los dictados del sátiro, quién daba pequeños

brincos al ritmo del impulsivo golpeteo, un poco en exabruptos. Pero la máquina de escribir estaba acostumbrada a llevar una sintonía con el ser, de tal modo que aquello que iba escribiendo no tenía ni pies ni cabeza, y él se iba dando cuenta. Aquella máquina solo tenía un dueño. Tenía que idear otro plan, y se lo propuso una figura situada enfrente, en la estantería de la otra pared. Era la figura de un San Pancracio, que no había visto antes o en la que simplemente no había reparado, con su dedo índice señalando al interior de la librería. Parecía ser que su benefactor era muy supersticioso. Para que el sátiro no actuara, no debería ver. Tomando unas tijeras, confeccionó una capucha con un trozo de tela de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, con la que envolvió la cabeza del sátiro, de tal forma que este fuera incapaz de presenciar la escritura y pudiera manipularla. Porque tenía un plan acerca de la manera de salir de todo eso, utilizando la propia IDEAL C para su beneficio. Pero de pronto, se vio interrumpido otra vez: otra visita inesperada que hacía caso omiso del cartel de cerrado. Sin duda, su triquiñuela no había sido lo suficientemente astuta, ya que la visita volvía a llamar a la puerta, de cuyo sonido estaba harto. Quedó de cemento, como una estatua en su silla, viendo cómo una hoja pasaba por debajo del resquicio de la puerta. De un brinco, fue a investigar qué era eso.

—Es la Solución Final.

Pudo escuchar Aurelio una voz femenina desde el otro lado de la puerta, en el exterior, al mismo tiempo que retiraba un folleto de viajes turísticos. De manera rápida, abrió la puerta y se encontró delante a Lorena.

—Sabía que usted estaba aquí dentro. Es incapaz de ir a ningún otro lugar de Alcoi.

—¿Qué quieres de mí?

—Ayudarle.

—¿En serio? ¿Sabes a lo que me estoy dedicando?

Aquella adolescente permanecía impasible ante él.

—Intenta ser un escritor de novelas, pero está atrapado en una tela mortal.

Aurelio la miró fijamente, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. En un gesto veloz, asegurándose de la ausencia de

miradas curiosas en el exterior, la hizo pasar al interior, mirando con recelo el techo.

—¿Qué significa este panfleto de viajes?

—Es su Solución Final particular.

—¿Qué es lo que tengo que hacer, según tú?

—Incluya en su relato un viaje.

Permaneció circunspecto ante la propuesta tan intrépida de la joven. Cuando iba a responderle, sonó de nuevo el timbre.

—Es mi madre, tengo que irme. ¿Qué libro me aconseja para leer esta vez?

Meditabundo, Aurelio se llevó la mano a su mentón y lo frotó, como si estuviera incitando a un mago a salir de su lámpara mágica, tras milenios recluido en aquel recipiente y esperando ser reclamado por un favor. Caminó pasando revista a la ordenada fila de libros, al estilo de su benefactor, pisando el suelo astral de la Vía Láctea, como una estrella sideral iluminándolo todo. Se posó ante la atónita observación de las gárgolas en mutis, en su silencio universal.

—Llévate este.

Dijo dándole un ejemplar. Lorena contempló el libro que le entregó el dueño de la librería. Era *Historia de una cobardía*, escrito por Graham Greene.

—Muy apropiado para esta ocasión. Es un regalo de la casa, por tus consejos.

Y, tras una mirada de agradecimiento, le indicó con su actitud que podía ya marchar con su madre para proseguir su camino de lectora compulsiva.

—Muchas gracias.

Y salió por la puerta, dejándolo solo ante su misión. Tras irse la más fiel y leal seguidora de la librería, este se mantuvo en pie en medio del suelo astral, como un agujero negro absorbiendo el bien y el mal que allí habitaban. Despacio, con las ideas decantándose en su cabeza, echó una mirada al San Pancracio y su brazo señalando al interior del local. Era conocedor de toda aquella superstición. Recordó que había puesto ya en marcha un plan para inutilizar las maniobras de aquel sátiro y su influencia sobre la IDEAL C. Se sentó y apagó las nueve bombillas, con las gárgolas todavía en silencio.

Encendió la luz de la pequeña lámpara. Un nuevo relato iba a ser transcrito. Esta vez, la historia no iba a ser contada por el relator habitual; el sátiro no podía ver lo que iba a ser escrito, no había censurador. Solo era un convidado de piedra a la función representada por Aurelio, tecleando los tipos con decisión, marcando las letras del abecedario en la hoja y transcribiendo su propio relato, que ponía fin a esta experiencia con la estrambótica máquina de poderes infernales. Para ello, lo primero que tenía que hacer era recitarle su autoinmolación para, después, llevarla a cabo antes de que cayera en manos inapropiadas. Solo un fuego puro podía destruir aquella cosa tan maligna. Estuvo horas y horas buscando las palabras adecuadas para gestar el relato que se desarrollaba, poco a poco, al ritmo del teclear tipo tras tipo, de manera minuciosa, con el conocimiento pleno de que cualquier error o gazapo podía llevar a un destino fatal. Cada personaje del relato tenía una misión en el proceso. Nada era casual allí. A medida que iban acumulándose las hojas al lado de la máquina de escribir, se dio cuenta de que el sátiro empezaba a incrementar su temperatura y cierto olor a chamusquina rodeaba el ambiente en la sala. Algunos hilachos de la tela de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido estaban ya carbonizándose, amenazando con prender el resto. Esto podía poner en peligro el resto del relato y amenazar la misión. Con diligencia, se alzó y fue a la cocina a por algo húmedo. Llenando un vaso de agua, echó un poco sobre la figura de acero incandescente del sátiro. Se pudo escuchar un quejido lastimero y fulgurante, al tiempo que, desde el techo de la sala, empezó a sonar una música conocida.

Tuba mirum spargens sonum
per sepulcra regionum
coget omnes ante thronum.
Mors stupebit et natura
cum resurget creatura
judicanti responsura.
Liber scriptus proferetur
in quo totum continetur
unde mundus indicetur.

Iudex ergo cum sedebit
quidquid latet apparebit
nil inultum remanebit.
Quid sum miser tum dicturus?
Quem patronum rogaturus
cum vix iustus sit securus? [6]

Esto le animó a teclear con más ímpetu los tipos, que restallaban sobre la cinta de tinta, marcando el relato dictado, esta vez por Aurelio. El sátiro permanecía ciego, frío, estático y mudo, tal cual lo habían fundido como acero en aquel febrero de 1945 en Dresde, antes de la llegada de los Avro 683 Lancaster de la RAF. Las ánimas de los inmolados vertieron ese día su odio en ese objeto recién esculpido en la fragua del rencor y la venganza mientras realizaban su periplo particular al reino de Hades, en medio del fuego y las cenizas en que quedó convertida la Florencia del Elba, debido a una extraña sed de justicia y paz de los vencedores. Aurelio debía parar el hambre insaciable de aquellas almas por verse rodeadas de algunas nuevas, y penitentes, al ritmo del dictado del sátiro esculpido en la metalúrgica del arte del dolor. Solo había un lugar donde destruir aquel objeto, un lugar donde el fuego primogénito emana de la madre Tierra, sin estar contaminado por ninguna influencia. Allí donde todo es purificado y es devuelto a su origen. Debía ir allí cuanto antes. Sabía que la persecución persistía; se había desecho del médico y sus secuaces, pero quedaban otros casi peores que aquel personaje, sin contar con aquella Matilde y su fiel Gustavo. El relato continuaba a medida que las hojas escritas iban acumulándose a la derecha de la mesa- muestrario. Estaba haciendo historia, escribiendo varias horas lo que las musas le transmitían en sueños. Usaba mucha fuerza en el pulsar de los tipos y, a la hora de ponerse el sol en todo lo alto, le sobrevino un cansancio propio del ser humano. Al finalizar su relato, con el saber y la conciencia de haber cumplido una parte de su misión, se levantó pesadamente de la silla y se encaminó con el voluminoso paquete de hojas transcritas bajo el brazo. Tras encajarse su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, sabía que, en vez de un revólver, ahora tenía en su

poder una terrorífica ametralladora Maschinengewehr 42. Con dignidad, fue desmembrando la construcción de libros, uno a uno y apilándolos en el suelo cósmico, sin dignarse a mirar los títulos de la obra monumental diseñada para dar la bienvenida a los holocaustos literarios. De fondo, se pudieron escuchar las voces de las tres gárgolas.

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

La lámpara de tres brazos se iluminó y cayó sobre el suelo cósmico estrellado, pareciendo aquello una lluvia de estrellas incontenible derramándose sobre la Tierra. Uno de los astros, diseñado en obsidiana, se resquebrajó en mil pedazos. Una espiga encendida se levantó en lo alto hasta casi tocar el techo, era una llamarada proveniente de la máquina que iluminó la ya medio oscura sala. El sátiro había entrado en incandescencia, haciendo arder, con gran furia, el trozo de tela de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido cubriendo su cabeza. Este fuego alcanzó parte de las construcciones centroamericanas, ahora el templo de Xiuhtecuhtli. El fuego se propagó con gran voracidad hacia otras arquitecturas diseñadas con más libros, entre ellas, la casa de Huitzilopochtli. Aurelio tuvo que apresurarse a apagar aquellas llamas infernales, entre una lluvia rojiza y hojas de libros sueltas, mostrando figuras humanas desfiguradas y medio quemadas, ya inservibles para la lectura de un alma curiosa. No tuvo más remedio, al final, que hacer uso de cubos de agua, convirtiendo el suelo cósmico en un auténtico lago desbordado que empapó el resto de libros apilados dejando el firmamento anegado. Tras haber asegurado la integridad de los textos de su relato, con la desgastada gabardina nórdica azul descolorido echando un desagradable olor a quemado y casi ahogándose en el denso y espeso humo desprendido por ese acto criminal contra la obra de su benefactor, Aurelio escapó al exterior, echando el pestillo a la puerta de la librería. Tenía la obligación de seguir con la misión planeada en su plan escrito, tan celosamente apretado bajo su brazo izquierdo. Mirando con cautela a ambos lados de la acera, en previsión de posibles encuentros desagradables, dio sus primeros pasos seguros y firmes sobre aquel pavimento al mediodía de ese octubre frío, como un puñal de acero

clavándose en un costado de forma traicionera. Con aquella terrorífica Maschinengewehr 42 se sentía invencible. Se dirigió, a través del puente de San Jorge, a la encuadernadora de David. Era uno de los pasos ineludibles de su misión. Llegando a la guarida de aquel judío, encontró la puerta entornada. Con educación, se quedó fuera y, con su huesuda y pequeña mano, dio tres pequeños toques en ese trozo procesado de árbol que no conocía la pincelada del barniz desde hacía muchos lustros.

—Buenas tardes. Puedes pasar. No temas, que no ha llegado aún mi hora.

—Buenas tardes, David.

—¿Traes otra de tus historietas?

—Sí, pero esta es especial. La necesito lo antes posible. A ser posible, esta misma tarde.

—Sin duda, te quieres deshacer de algún pez gordo esta vez. Esto me recuerda a los tiempos antiguos, cuando tu lejano pariente —que Yahvé lo acoja en su seno— y yo éramos uña y carne en esto de la producción literaria.

—Me voy de Alcoi esta misma tarde. Es preciso que lo tenga esta misma tarde.

—Te costará más caro de lo habitual.

—No importa.

—Me conformaré con tus euros. Ya no se ven pesetas de plata muy a menudo. A menos que engañes a algún numismático, como hacía tu lejano pariente. Sí que sabía llevarse el gato al agua cuando había guita de por medio.

—Traigo un adelanto para que veas que voy en serio. El resto, cuando termines el trabajo.

—Veo que vas adquiriendo experiencia en esto de traficar con almas mediante la literatura. Yo, ya lo sabía tu pariente, siempre que haya interés, no hago preguntas.

—Eso está bien.

—Para mí no eres más que un autor anónimo.

Y escuchando esto, Aurelio le paso un sobre al encuadernador, bien preñado de billetes que este se apresuró a coger, como una araña atrapa a un insecto frágil caído en su tela diseñada con gran celo. Lo

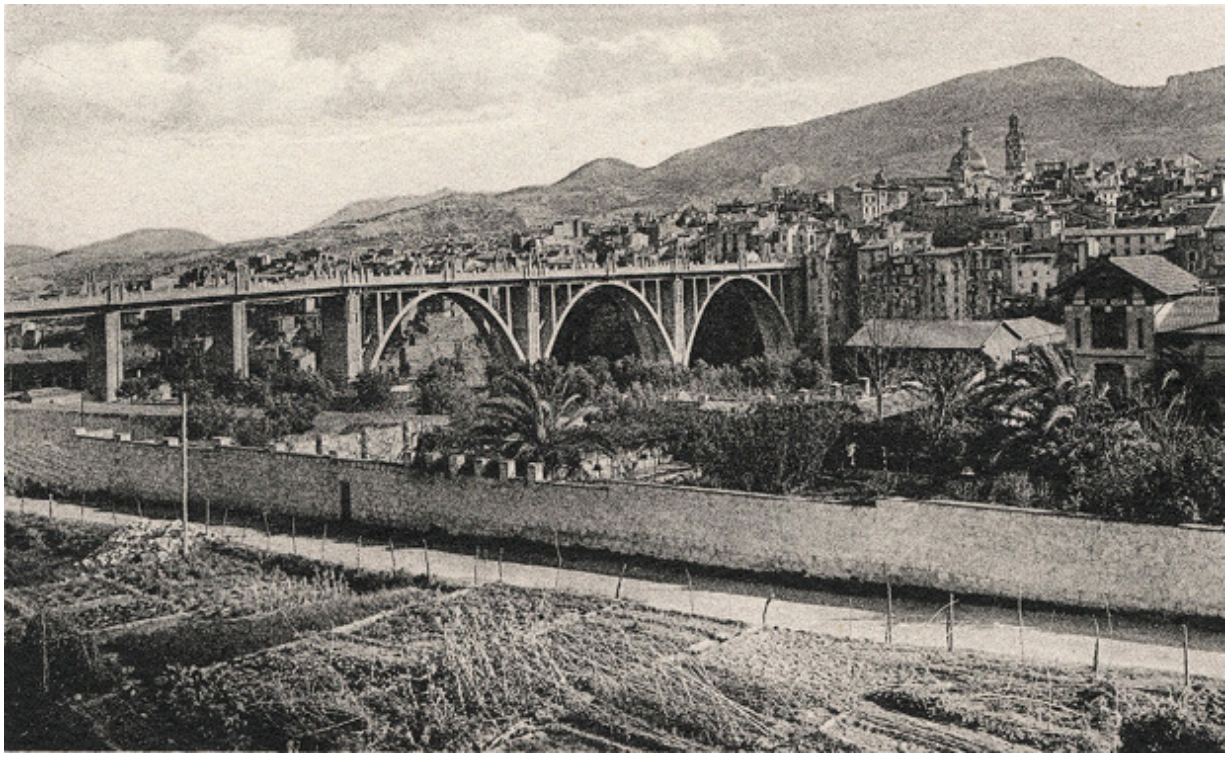
abrió volviéndose de espaldas, temiendo ser observado y, con la uña larga del dedo índice de la mano derecha, acostumbrada a contar billetes, se apresuró a ver su nueva ganancia.

—La otra mitad cuando tenga el libro encuadernado.

Le espetó Aurelio mirándolo con cierto desagrado y haciendo el gesto de salir de aquella guarida de comadreja.

—Estará listo en dos horas. Será un trabajo que tomaré de modo personal. No te preocupes.

Tomó la ruta a Filà Els Cremats. Estaba hambriento y no pensaba volver aún a su librería, allí solo había olor a crematorio. De esta forma, ensimismado en sus pensamientos, con su andar sin rumbo aparente, lento y pausado, se encaminó a saciar su hambre.



Puente de San Jorge (Alcoi) — Lucien Roisin (c. 1930) — BIVALDI

6 N. del E.: «La trompeta, esparciendo un asombroso sonido/ por los sepulcros de las regiones/ reunirá a todos ante el trono.// La naturaleza y la muerte se asombrarán/ cuando resuciten las criaturas/ para responder ante el Juez.//
Y por aquel profético libro/ en que todo está contenido/ el mundo será juzgado.// El Juez, pues, cuando se siente/ todo lo oculto saldrá a la luz,/ nada quedará impune.// ¿Qué podré decir yo, desdichado?/ ¿A qué abogado invocaré,/ cuando ni los justos están seguros?» Traducción libre.

CAPÍTULO XXX



A esas horas, por las calles de Alcoi la gente no suele estar en la vía pública, por encontrarse en su domicilio comiendo tras una jornada de trabajo en la fábrica o en la oficina. Aurelio salió de su ensimismamiento al escuchar a su espalda un sonido ya familiar, renuente a salir de su vida. Se quedó parado, sintiéndose indefenso al llevarse las manos a los bolsillos y comprobar que no tenía ningún libro que le diera seguridad. De los bolsillos de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido tan solo extrajo el envoltorio de una bolsa vacía de caramelos extrafuertes Fisherman's Friend, un lápiz con la punta de carbón desgastada y la entrada de la última película a la que asistió, con la impresión digital ya borrada, no recordando el nombre de la película ni su compañía. Seguro que había sido en una de esas épocas en las cuales el cartel de películas era para mejor olvidar, cuando hacían que uno fuera al cine sintiéndose como una oveja mandada al matadero, saliendo de la sala, quizás vivo, pero más trasquilado que al entrar, pensó. De pronto, el rum rum aquel se fue haciendo más notorio y pesado para su fino oído.

—¡Hombre! Mi Max Estrella.

Aquella voz lo puso en alerta total. No había escapatoria, sus piernas no estaban diseñadas para correr.

—Buenas tardes.

Fue su pueril salida ante la impetuosa aparición de Matilde, seguida a una distancia prudencial por su inseparable Gustavo, con el brazo izquierdo enfundado en un vendaje muy funcional.

—¿Has comido ya?

—Todavía no.

—Supongo que irás adonde siempre. Eres de costumbres fijas.

A Aurelio no le gustaba demasiado que lo psicoanalizaran, y menos aquella mujer que lo había asaltado en su librería.

—Vamos allá.

Haciendo caso omiso a sus indicaciones, siguió su camino previo, todo recto hasta los escasos cincuenta metros que los separaban del bar. Los dejó atrás unos metros, con un paso inusitadamente rápido, algo que se tomaron a guasa Matilde y Gustavo.

—Se te ve con un hambre de mil lobos.

Pero no hizo caso de esos comentarios y siguió caminando hasta llegar al restaurante. Allí entró como un conquistador y, luego como un autómata, se sentó en la mesa de siempre, al lado de la ventana, quitándose la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y dejándola a un lado, encima de una silla. Sabía a lo que se iba a exponer: aquella mujer era implacable y él se encontraba indefenso, sin sus mejores armas. Debía planear una estrategia. Estaba acorralado. No tardó en aparecer la camarera.

—Esperaré a la compañía que viene. Gracias.

Se rindió y dijo con apocamiento tras escuchar el sonido de la puerta.

Y allí vio aparecer a Matilde y a Gustavo, tras desaparecer la camarera, en fila india. En primer lugar, ella, viéndose la sombra de Gustavo detrás, como un fiel cerbero.

—Siempre serás mi Max Estrella.

Y, sin pedir permiso, se sentó enfrente de él. Gustavo fue a la barra a ojear el ambiente del restaurante y asegurar la seguridad del entorno. Mientras, el camarero de la barra le servía una Coca Cola.

—Tiene usted fijaciones.

—Suelo obtener lo que me propongo.

La camarera volvió a acercarse en el justo instante en que el ambiente empezaba a enrarecerse entre ambos.

—¿Invitas tú?

Las palabras sugerentes de la *femme fatale* derretían de bochorno a Aurelio, que se sentía —de nuevo— cada vez más desnudo.

—¿Qué quiere comer?

—La última vez me gustó mucho la pericana.

Miró a la camarera.

—Nos podría servir una pericana y una *picaeta* de anchoas con olivas rellenas, por favor.

La camarera tomó nota de la dispensa.

—¿Querrán algo más?

—¿Qué más tienen?

Preguntó él.

—Lo que está puesto en el menú.

La dependienta señaló con el lápiz, casi sacándole un ojo a Aurelio, la hoja del menú sobre la mesa en una esquina. En su estado emocional, no la había visto. La tomó y se la enseñó a Matilde.

—¿Qué significa *bajoques*?

Preguntó Matilde.

—Pimientos rellenos de arroz.

Contestó secamente y sin dirigirle la mirada.

—Entonces, yo pediré una de *bajoques*.

—¿Y para beber?

—Agua con gas.

Aurelio estaba aún entretenido en la lista del menú, que no estaba ojeando, pues se encontraba más pendiente del reloj de faltriquera que había desplegado del bolsillo derecho de su pantalón. Se acababa de acordar de su cita con el encuadernador y de la importancia de ese encuentro. Era de vital importancia mantener el hermetismo respecto a ese asunto, y además, debía abandonar Alcoi ese mismo día. Con disimulo y simulando seguir en la conversación, Aurelio volvió al mundo de aquella mujer.

—A mí me irá mejor una *olleta* alcoyana. Con el frío que pega por aquí, me vendrá bien para el cuerpo. Y para hacerlo más digerible, una copa de vino.

Ambos quedaron frente a frente, separados por la tabla de la mesa, como dos contrincantes antes de un choque en un cuadrilátero de boxeo.

—¿Ya no lees libros interesantes?

Matilde comenzó a sondearlo ante lo infructuoso de sacarle información, con esa mirada penetrante que ya había experimentado unas cuantas veces. No había escapatoria para Aurelio. Lo estaba dejando deshojado como a una rosa, y pronto no quedaría nada que

esconder ante sus averiguaciones. El reloj de faltriquera marcaba ya las quince horas; el judío debía estar en plena faena.

—Te veo muy introspectivo. ¿En qué piensas?

Aurelio se puso a recordar el episodio seis de *El corsario negro*, «El asalto a Maracaibo», en el que los filibusteros de la isla de La Tortuga asaltan aquel fuerte español defendido por un tremendo ruido de proyectiles. Iba a otra cosa, al tiempo que despedazaba con los dedos la servilleta en sus manos, desmenuzándola de manera inmisericorde y en mil pedazos.

—En nada en especial.

En su cabeza tenía fija la mirada oculta de David, tras la espesura de las cejas colgantes sobre esas gafas con lentes turbias, tan encajadas en aquel oro bien bruñido. Las manecillas del reloj de faltriquera seguían marcando, de forma inexorable, las horas que le iban quedando para desaparecer de allí. La camarera acudió a servir la pericana y la *picaeta* de anchoas con olivas, interrumpiendo los pensamientos abstractos de Aurelio.

—Y, dime, ¿todavía no me has dicho cómo haces para escribir esas cosas?

Las palabras de Matilde sonaban a cañonazos.

—Las musas… son las musas las que vienen por la noche y me secuestran.

—Pensé que eras como aquel Picasso que dijo aquello de que la inspiración existe, pero tiene que encontrarte trabajando.

—A mí me puede pillar en los lugares más insospechados.

—Ah…

Los ojos marrones de Matilde eran como un detector de mentiras sobre Aurelio, quien se sentía, literalmente, violado de nuevo, esta vez en público. Con garbo, ella tomó una de aquellas olivas rellenas de anchoa y se la llevó a sus carnosos labios pintados de un rojo muy intenso, devorándola a pequeños mordiscos con esos dientes blancos como el marfil. Puso en evidencia la anchoa que había en su interior, que al final fue engullida por su lengua. Lo anterior era observado por Aurelio, quien, con un poco de inquietud, hizo lo propio y tomó una de esas aceitunas y la engulló en su totalidad de un bocado, seguido de un trago largo de vino. La comida se le

empezaba a atragantar ante la penetrante mirada de esa mujer, que seguía su inspección al tiempo que jugueteaba con una de las aceitunas, no decidiéndose si repetir el acto previo o finiquitarla de un mordisco y sin preámbulos. Al final, observando la cara de Aurelio, se la puso en los labios de él.

—Toma, por haberte portado tan bien.

Aurelio sentía cómo le iban robando la cartera a plena luz del día. Tenía que tomar cartas en el asunto. No estaba preparado para estas tesituras.

—¿Cuándo me vas a enseñar de nuevo tu librería?

—Hoy no puede ser.

—¿Por qué?

—Tengo una reunión en Valencia.

—¿Necesitas que Gustavo te acompañe?

Aquello se estaba excediendo.

—No hace falta. Sé hacerlo yo solo.

—Ten cuidado con los malos.

El aire de mohín que adoptó ella no le agradó. Matilde no pudo evitar echar un vistazo a Gustavo con su Coca Cola en la barra del bar, observándolo con una sonrisa. Se sintió atrapado y angustiado, y sintió asco con la pericana. Tambaleándose y, al ritmo del pato titubeante de Chiquito de la Calzada, con un «no puedo» llegó al lavabo de caballeros con lo comido y bebido hasta ese momento bullendo en su esófago, pidiendo una rápida evacuación. Allí, tras abrir la puerta de uno de los excusados, evacuó toda su angustia en soledad. Pero no estaba del todo solo. Nada más entrar, tres tipos hicieron su aparición con una conversación de lo más normal hasta percatarse de la presencia de Aurelio, el que acababa de vomitar hasta los hígados y las papillas de la infancia.

—¡A mí me suena la cara de este tipo!

Comentó uno con sorna y riéndose uno en medio del lavabo, mientras el segundo orinaba y el otro se lavaba las manos. Este observaba todo en el gran espejo del lavabo, a modo de gran pantalla Telefunken.

—Tienes razón, en algún tugurio lo habremos visto

Le siguió el juego.

—Yo creo que su cabeza tiene un precio.

Añadió finalmente el que estaba observando todo el paripé aquel reflejado en el cristal del lavabo.

Era una jauría humana de hombres lobo, pero ya no había tiempo de reaccionar. En menos de lo que canta un gallo, se vio zarandeado, golpeado y tirado al suelo por aquellos tipos sin que esto le diera tiempo a reaccionar.

—Nos vas a decir lo que nos tienes que contar, cabronazo. Hemos venido de Madrid expresamente a por ti.

No los conocía, eran nuevos. Sin embargo, parecía que buscaban lo de siempre.

—Antes de que esos paletos lo consigan, tú nos lo vas a dar. Vivo o muerto.

Con dificultad, Aurelio se fue arrastrando por el suelo del lavabo hasta que una patada en su costado izquierdo le recordó que no era un gusano rastrero. Sintió traspasar su corazón un fortísimo y agudo dolor al recibir aquel *coup de grâce* por parte de aquel bellaco. Una caricia respecto a su lacerante dolor de otros días, en cualquier caso, aunque de igual modo no pudo evitar lanzar un aullido de dolor al sentirlo.

—Esto no es nada con lo que te vamos a hacer, librero inspirado.

Lo alzaron entre dos y lo pusieron enfrente del tercero.

—¿Te encargas tú de él?

—*Meterlo* en uno de los retretes. Si está usado, mejor.

Todo estaba muy nublado por el dolor para Aurelio, apenas podía respirar. Justo cuando parecía que iba a recuperarse con la fuerte inspiración de una buena bocanada de aire, recibió un fuerte puñetazo en la boca del estómago que lo dejó patitieso.

—Ahora ya está apto para que le metáis la cabeza en el retrete.

Y, sin miramientos, arrastrándole los pies como a un pelele, lo llevaron exangüe al último excusado del lavabo. Cuando estaban a mitad de camino, se escuchó un fuerte portazo en la puerta. Por supuesto, tenía que ser Gustavito, pensó. Un hombre, que no había visto, fue lanzado contra el gran espejo como si fuera el Columbia estallando todo el Telefunken delante de los espectadores del habitáculo sanitario. Era el cuarto hombre de la jauría de licántropos

enviada por Idelfonso García Huerta a obtener el botín que consideraba suyo. Había estado haciendo guardia en la puerta, impidiendo la entrada de los clientes, para que sus compinches hicieran el trabajo sucio: sonsacarle la máxima información para su jefe «editor». Pero Gustavo, como fiel guardián, estaba ojo al acecho de todo lo que acontecía en el interior. Iba tomando la matrícula de todos los clientes y vigilaba, entre sorbo y sorbo de aquel brebaje negro, los movimientos de Aurelio muy de cerca. Al verlo entrar en el lavabo, seguido posteriormente de aquellos cuatro matasiete, su sistema de alarma se encendió. No tardó en aparecer allí, deshaciéndose del primero de ellos, que bloqueaba la puerta del lavabo como si fuera un jugador de rugby defendiendo una posición de la pelota. Sin crear revuelo, una llave y un golpe seco, a pesar de su maltrecho brazo izquierdo, le bastaron para poner en órbita a aquel antipático tipo, que no lo dejaba pasar a ver a Aurelio. Se plantó en el interior, pisando infinitésimas millonadas de trozos de espejos flotando en un enorme charco de sangre, y esquivando con las piernas una mole de noventa y cinco kilos inerte en el suelo.

—Vaya, vaya, vaya… Como se ha puesto todo esto.

Lo soltaron tras escuchar la voz de Gustavo, sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo. Vieron a su colega en estado más allá de lo crítico, tendido en el suelo y con la cabeza abierta.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí?

—Yo solo vengo a por lo mío.

—No te pertenece.

Los tres, de similar calibre al finiquitado por Gustavo, se dispusieron en el poco espacio del lavabo en formación de combate y en línea triangular. No había mucha maniobra para tanta masa muscular. Aurelio, con el escaso resuello que le quedaba por el dolor, se apretujó encima del retrete. No se creía lo que estaba viendo.

—Quitádmelo si podéis.

Y el más próximo a Gustavo, conociendo la superioridad numérica de la que disfrutaban, se lanzó al ataque sin pensárselo dos veces. Aurelio pensó que ya era el final de su eterno héroe y enemigo, pero Gustavo estaba esperando correcto y preparado. Era cinturón negro de taekwondo. El agresor, quizás llevado por el ánimo de venganza

al ver a su colega tendido en el suelo con la cabeza abierta, e impulsado por la ira, se lanzó hacia Gustavo, quien lo esperaba en el espacio de la entrada al lavabo. Fue un salto vertical el de este, aunque la fuerza la empleó el atacante. El golpe seco se escuchó en el silencio breve del aseo y fue suficiente la habilidad de las piernas de Gustavo para, con la pierna izquierda, desmochar la cabeza llena de furia exultante de uno de los tres tipos, que cayó plano y dando una vuelta sobre sí mismo, como una peonza, mirando con unos ojos desorbitados a sus otros dos compinches, al tiempo que el taekwondista aún permanecía suspendido en el aire en un imposible equilibrio. Esto, lejos de amedrentar a los otros dos, incrementó su furia. Sabían que no había tregua posible en aquella estancia de lejía y mierda. Pero todo ocurrió demasiado rápido para que Aurelio, si hubiese podido, lo relatara en alguna de sus crónicas. Tan solo unos gritos y mucha sangre, demasiada sangre, a borbotones. Así se esparció ese líquido espeso caliente y vital para los seres vivos, que se fue escapando de las yugulares de aquellos dos tipos a los que, con espanto y horror, Aurelio vio —asomado al escusado— desangrándose como cerdos en un día de San Martín. Gustavo les había clavado sendos trozos del espejo roto en añicos en sus respectivos cuellos y ahora estos, desde su posición de rodillas, agonizaban con un gorgoteo emitido desde su interior. Se estaban ahogando. Todo iba a concluir cuando un cliente entró en el lavabo a hacer sus necesidades, y aquello fue el grado máximo de lo gore a lo que un alma sensible podía ser sometida. El pobre hombre cayó desvanecido ante el espectáculo sanguinario, no emitiendo ningún sonido. Gustavo sabía que había que salir de allí cuanto antes. Con la rapidez demostrada en el combate previo, se aseguró de que Aurelio estaba indemne y salió del lavabo como una exhalación, a lo largo de los pasillos que separaban las mesas del restaurante. Fue seguido por Matilde, casi a la misma velocidad. Un rum rum se escuchó desde el interior del restaurante y ambos desaparecieron por las calles de Alcoi, dejando cuatro fiambres, un cliente con un cuadro hipotónico y a un Aurelio cansado de estar siempre perseguido por algo en lo que él ya no creía. La camarera llamó a la policía y allí se organizó la de San Quintín. Una melé de sanitarios y

policías locales acudieron a Filà Els Cremats; todos, rápidamente, pasaron el caso a la Judicial. Como un ave carroñera que ha sido avisada por los cuervos, allí se plantó la Policía Judicial, aparcando un coche negro en la misma puerta del bar, casi chocando con el inicio de las escaleras. La pareja salió.

—Qué mes más raro de octubre es este.

Al entrar y ver a Aurelio sentado en una silla, la agente lo miró de frente.

—¿Es usted un reclamo nuestro?

Estaba demasiado hecho polvo para hacer esas cábalas.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

La agente de la Policía Judicial se dirigió a uno de los agentes de la Policía Local que acompañaba a Aurelio.

—Tenemos a cuatro fiambres dentro del lavabo. El SAMU se ha hecho cargo de un desvanecido y le han dado de alta ya.

—Usted… Veo que se parece a Mictlantecuhtli, aprendí de él en un documental. Siempre que me lo encuentro está rodeado de muertos.

Lo que dijo no fue atendido por Aurelio, más atento a su reloj de faltriquera que a aquellas ínfulas antropológicas de esos agentes vestidos con unos Lewis y una chupa de cuero. Las piernas acababan en unas deportivas, muy apropiadas para cuando la ocasión requiriera echar alguna carrera, eso sí que lo notó mientras hacía cálculos acerca de cómo llegar a tiempo a casa del encuadernador a la hora señalada para tomar el tren a Valencia. Mientras, el compañero de la mujer policía nacional, con gusto por la antropología, no perdía el tiempo, siendo guiado por un policía local al lugar en donde estaban los cadáveres.

—Nadie ha tocado nada, ¿verdad?

La policía seguía a distancia los movimientos de su compañero. Parecía estar en todo. Aurelio quería huir de allí. Presentía otro de aquellos interrogatorios, ahora con los antecedentes de una denuncia sospechosa. El otro de la Judicial volvió al cabo de media hora a reunirse con su compañera.

—Están fritos los cuatro. Me pregunto qué salvaje ha sido capaz de poner fuera de combate a esos tipos.

—Es un animal. Yo de ustedes me mantendría aparte.

Aurelio abrió los ojos, con la visión aún en sus pupilas de aquel combate, desde su posición en la tapa del retrete.

—Usted siempre está en todos los lugares donde tenemos trabajo. ¿Qué nos tiene que contar acerca de todo esto que sea creíble?

La mirada de la policía era controladora, pero sabía que había muchas cosas que no tenía a su favor. Desconocía qué juego se llevaba toda esa gente con Aurelio. Este, como piedra angular de todo aquello, era el sostén del tramado bajo el cual se escondía el verdadero *leitmotiv* de la historia.

—Yo solo soy una víctima propiciatoria.

—En cuanto el juez me dé la razón, lo empapelo. Es usted un psicópata.

Esa policía le daba un aire a la médico psiquiatra de Valencia. Con hastío, decidió tomar la decisión de guardar silencio, bajo el principio del derecho a no declarar si no tenía al lado suyo a un abogado. El equipo forense de la Judicial hacía fotos y tomaba huellas del lavabo. Pero en la escena del crimen poco había que hacer: los cuatro cadáveres fueron sacados de allí por los servicios funerarios sin la posibilidad de haber sido reconocidos, pues no tenían documentación. Se les tomaron todo tipo de huellas para su identificación, al tiempo que la agente de la Policía Judicial seguía exasperándose con el vano interrogatorio a Aurelio, quien solo deseaba ir a por su última obra escrita y recién encuadernada.

—Ya me avisará usted antes del próximo crimen que estudiar.

Y con ímpetu, le extendió un papel en el que había anotado un número de teléfono a secas, sin más reseñas.

—Si llama, pregunte por Rosa. Esa soy yo.

Aurelio tomó el papel y lo guardó en el bolsillo interno derecho de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, a resguardo de que se perdiera.

—Compañero, aquí ya no hay más cera de la que arde.

La agente miró a su par y ambos, en un gesto de complicidad, echaron un vistazo en conjunto a todo lo que ya habían visto antes, en un intento por no dejar ningún cabo suelto. Ambos decidieron salir del restaurante con la idea rondando en la cabeza de que algo turbio giraba en torno a la figura del ahora librero. Aurelio quedó allí,

libre de la sombra de sospecha de haber cometido un crimen. Cansado, se dirigió a la barra del bar donde estaba la camarera.

—Me gustaría tomar un whisky doble.

Ella lo miró a los ojos, viendo en ellos un océano de vacío y soledad.

—Tú lo que necesitas es una *mentira*.

Aurelio lo miró, abriendo más los ojos cada vez, tan solo para mostrar más y más su interior a esa mirada profesional de camarera, curtida en ver clientes apostados y confesándose en la barra.

—¿Qué quiere decir usted?

Y, mirándolo tras haber experimentado todo el espectáculo en el local, se puso a prepararle un brebaje dándole la espalda.

—Aquí tienes tu *mentira*. Bébela y me lo cuentas.

CAPÍTULO XXXI



Aurelio salió de aquel restaurante escopetado. Era consciente de que las agujas de su reloj de faltriquera iban en contra de él. Llegaba tarde a por su libro, eran ya más de las diecisiete y treinta y tres y tenía una cita pendiente en el casco antiguo de Alcoi, con David. A ver lo que iba a pensar de él al llegar tarde. Se apresuró lo que pudo, con las exangües fuerzas de sus enclenques piernas, a un ritmo ignoto. Tardó en llegar allí más de lo previsto, con un dolor acuciante en sus piernas, que denotaban una carestía de actividad física regular. La puerta estaba entreabierta, algo no iba bien. El hombre era muy desconfiado y siempre tenía la puerta cerrada, además de que comprobaba sus visitas por la mirilla. Sabía que se jugaba el pellejo. Abrió del todo la puerta entornada. La oscuridad y el silencio envolvían toda la habitación del encuadernador. Se introdujo en ella, paso a paso, apercibiendo en aquellas pisadas algo pegajoso; no le gustaba nada lo que presentía. No sabía dónde estaba el interruptor para dar la luz entre tanta oscuridad. A tientas, fue palpando las paredes, buscando la tecla que diera la luz aclaradora de lo que tenía en torno. La maniobra era infructuosa. Chocaban sus manos con múltiples objetos desconocidos que iba manoseando y que caían al suelo en un estrépito: metales, cerámicas, libros, maderas y hasta monedas sueltas depositadas en las estanterías. Todas esas cosas formaban un *mare magnum* que iba cayendo al suelo a medida que seguía en busca del interruptor de la luz en esa madriguera de comadreja. Iba a dejarlo por concluido, dándose por vencido, cuando tropezó, en su deambular ciego por la sala, con un objeto contundente, frío y duro, y del cual salió un ligero gemido, seguido de un movimiento. Sin duda, era alguien sentado en algún balancín, lo que lo alarmó mucho. De tal forma que, muy alterado, dio media vuelta hacia atrás con la

intención de salir de aquel lugar, guiado por la luz de la puerta entreabierta. No tenía ni idea de dónde se había metido. En esta retirada estaba, cuando, por fin, de pura casualidad, dio con lo que parecía un interruptor en una columna con la que se estampó. Lo presionó y vino la luz. Aquello que apareció ante sus ojos fue horrible: David estaba sentado en una hamaca, atado de pies y manos. Había un enorme charco de sangre, que alcanzaba casi todo el suelo de la habitación. Un gran barreño a su lado, lleno de embutidos de Ontinyent, daban a la escena un toque de bodegón de muy mal gusto. El encuadernador intentaba escupir restos de embutido de su boca, entre arcadas infructuosas. Aurelio miraba la escena con ojos atónitos: se le habían adelantado y había perdido su obra literaria. Por caridad, fue en su auxilio. Tenía un estado lamentable, lo habían despellejado vivo y era, casi del todo, una llaga ardiente. Con la prontitud que podía, en su estado anímico le liberó la vía aérea y lo desató. Acto seguido, el hombre agonizante cayó al suelo como un peso muerto. Iba a llamar a una ambulancia, cuando David comenzó a exhalar algunas palabras. Al principio eran inaudibles e incomprensibles, por lo que Aurelio tuvo que agacharse al nivel del suelo.

—Su libro está a buen recaudo en la joyería de Isaac. Páguele lo convenido y será suyo.

Y diciendo esto, exhaló un profundo suspiro, seguido de un gran vómito que casi salpicó a Aurelio en su totalidad. Luego, quedó sin vida, con la cabeza apoyada en su totalidad en el suelo sucio. Aurelio no sabía qué hacer. Estaba cansado de ser testigo de tanta muerte violenta y ser interrogado por la policía. Huiría de allí, tenía una misión que cumplir. De esta forma, con cautela, consciente de que era un semillero de huellas dactilares para cualquier criminólogo, salió de allí cerciorándose de cerrar bien la puerta. Tardarían días en averiguar la ausencia del judío. Nadie lo echaría de menos en un tiempo, pensó. Tenía cierta ventaja para evitar verse más implicado en preguntas, pues no había sido. Se dirigió a la joyería de Isaac, la conocía de forma indirecta. Un pequeño negocio, resquicio de la judería alcoyana de tiempos muy antiguos, casi olvidados. Entró en el local y, casi al instante, un ojo escrutador le midió la talla y el

encaje. El joyero, sin duda, ya tenía referencias suyas y lo caló al instante, desapareciendo tras una puerta situada al lado del muestrario de unas escasas baratijas. Volvió con una bolsa, pero no se la ofreció directamente. Con la mano derecha extendida, le solicitaba algo a Aurelio. Este, con intuición, depositó en esa palma solicitante un pequeño fardo de billetes. De inmediato, le entregó la bolsa, estableciéndose un equilibrio regulado entre ambas mercancías. Y musitando algo, cerró el puño con el fardo de billetes. «El que hiera mortalmente a un hombre, morirá; pero si la acción no fuera intencionada, sino que Dios la permitiera, yo te señalaré un lugar donde podrá refugiarse. En cambio, si alguien se excita contra su prójimo y lo mata con alevosía, lo arrancaré de mi altar para matarlo», pensó. Aurelio, con la obra en sus manos, comprobó su reloj de faltriquera, que desembuchó del bolsillo del pantalón, y decidió que era tiempo de largarse de allí. Su tiempo en Alcoi estaba marcando los últimos minutos. Con las fuerzas exhaustas, tomó el camino a su librería para depositar el ejemplar en la ubicación del sótano. Guardó con celo el libro en el bolsillo interno izquierdo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido tras sopesarlo en sus manos; el relato pesaba muchas onzas de plata. Debía salvaguardarlo bien. Cauto, salió del lugar en pleno casco antiguo de Alcoi. Era consciente de la presencia de filibusteros en las cercanías, al tanto de sus maniobras. No paraba de mirar alrededeor, imaginándose en cualquier momento lo peor. Su cabeza estaba en juego. Llegando ya a la calle Entenza, su ritmo fue pasando a ser más pausado, cosa que agradecieron sus extremidades inferiores, muy doloridas. No estaba para disquisiciones y alucinaciones visuales y auditivas, por lo que fue indiferente ante la actitud muy hostil de las tres cabezas del grafiti, con las tres bocas abiertas en actitud desafiante, mostrando los colmillos de ambos maxilares y las tres lenguas como látigos, alcanzando casi su cara, y salpicándole con un asqueroso y hediondo aliento que haría herrumbrarse al más resistente de los aceros. Eran seis ojos llameantes de fuego, como estar en unos altos hornos de fraguador. Todo eso no impidió que, con cierta templanza, sabiendo lo que hacía, se agachara, dando casi un beso a aquellas tres grandes bocas, y abriera la persiana, lo

justo para introducirse. Era consciente de sus limitaciones y de lo que se iba a encontrar dentro. Las tres gárgolas rumiaban desde el suelo en lenguas arcaicas, entre ellas, un discurso que él intentaba ignorar. Dio la luz a la pequeña lámpara, de tal forma que se iluminara parte de la habitación. Ya no había sombras proyectadas debajo del cuadro de Botticelli, los sacrificios a la Luna y el Sol ya habían pasado a otra época. Era ahora el verdadero dueño de la sala, caminando como una estela fugaz por la Vía Láctea, en dirección a la puerta que conducía al sótano con los escalones afilados hasta la biblioteca personal de su benefactor. Con sumo cuidado, descendió los treinta y nueve escalones sintiendo en todo momento la amenaza de la muerte, percibiendo ese olor tan característico que provenía de allá abajo. Comprobó el número de serie de aquel libro: CXXXIV, leyó en su dorso, en unos impresionantes números romanos, y buscó el lugar apropiado para que todo estuviera en su lugar, perfectamente ordenado. Sabía que a aquella maravilla del inframundo que estaba observando, como a la de Alejandría de los antiguos clásicos, no la iba a poder salvar la posteridad, para bien o para mal. Su misión debía ser terminada. Con determinación, volvió a la superficie de la sala, a por su máximo objetivo: la IDEAL C. Debía sacarla de allí, a cualquier precio. Todo ello trataba sobre la cuestión de la supervivencia de la propia humanidad y de la historia de los pueblos. La metió en el macuto y salió de la herencia de su benefactor con un sabor agridulce en la boca. Al final, el camino no le había hecho recuperar la creatividad de antaño, pero sí había sido capaz de burlar a las musas en su relato. Tras llegar a la estación de tren de Alcoi, no tuvo que esperar mucho tiempo. En pocos minutos el ferrocarril hizo su arribo y se subió al vagón semivacío. Se sentó y en su cabeza zumbaban mil cosas a la vez que le impedían concentrarse. Mantuvo, en esas circunstancias tan estresantes, la costumbre tan arraigada en él de llevar consigo algo de lectura en los bolsillos internos de la inseparable desgastada gabardina nórdica azul descolorido, a la que, se dio cuenta, le faltaba en el extremo inferior, en concreto un recuadro, acordándose del incidente del sátiro. Esto lo alteró un poco; así, llevándose las manos a los bolsillos, notó el frío contacto de las tapas de aquellos

dos ejemplares que tenía consigo mismo: *El proceso* y *Doktor Faustus*. Intentó relajarse, sintiendo esa compañía. Continuó con la lectura de este último a medida que el tren seguía su ruta vespertina, ya avanzando en la noche, con destino a Valencia.

CAPÍTULO XXXII



Se despertó. Estaba desubicado, pero enseguida el ruido de gente y el trajinar por las escaleras lo situó en su nueva realidad. Se encontraba en la habitación de su piso en Valencia. Por fin había dejado de ser perseguido, preguntado y apaleado por esas gentes tan fisgonas. Allí había encontrado, de nuevo, su verdadera realidad. Se desperezó con ganas. Necesitaba una nueva ducha gélida para volver a comenzar ese renacer, además, tenía una misión que llevar a cabo. En su camino por el pasillo, volvió a escuchar el jaleo mientras arrastraba los pies embutidos en sus pantuflas. Sin duda, debía haber alta demanda por el viejo ascensor, y la paciencia no se cultivaba entre los inquilinos de aquella finca. Con curiosidad, se asomó por la mirilla de la puerta a ver lo que ocurría ahí afuera. Vio gente bajar por la escalera, y también la vecina de enfrente estaba en la puerta del ascensor. Algo había ocurrido. Con curiosidad, superando su aversión a hablar, abrió la puerta en batín.

—Buenos días. ¿Qué es lo que ocurre?

—Hombre, vecino. Ya llegó usted.

Contestó sin contestar y lo miró de nuevo.

—Pero qué guapo está usted con ese nuevo aspecto de dandi.

La vecina lo estaba calibrando, viéndolo, medio asomado, en el resquicio de la puerta. Parecía ya vacunado de todas esas lisonjas. Impertérrito, observaba cómo el resto de los inquilinos estaban bajando por las escaleras, como si se hubiera organizado una yincana en la finca y él se hubiera quedado fuera de juego.

—¿A qué se debe todo esto?

—Acaba de llegar el butanero. Es martes. ¿Tiene usted su bombona de butano?

Aurelio se quedó pensativo. No recordaba el tiempo que había estado en Alcoi, pero haciendo cuentas, llegó a la conclusión: ocho días.

—No tengo necesidad, gracias.

Y con cierta ralentización, cerró su puerta casi delante de las narices de su vecina. No quería saber nada de allí. El barullo siguió escuchándose en las escaleras una media hora, el tiempo que los inquilinos tardaron en reponer la fuente de su energía. Aurelio se fue a duchar y puso la cafetera a hervir. Su día estaba a punto de iniciarse. Mientras el agua fría caía por su cabeza, no paraban de bullirle ideas sobre cómo organizarse. Engulló el sabroso café guatemalteco que guardaba con celo y se colocó la desgastada gabardina nórdica azul descolorido. No olvidó su armamento, lo tenía en la mesita de noche, a medio terminar: Thomas Mann. Lo guardó en el bolsillo interno izquierdo de la susodicha prenda. Un día de furia iba a iniciarse para él, no debía de inmiscuirse en asuntos ajenos. Con decisión, tras comprobar el buen estado de salud de sus peces *m´buna* en aquel gigantesco acuario de trescientos litros, salió de su piso. Cerró la puerta dando tres vueltas al pestillo. Al voltearse, tropezó con alguien en la oscuridad del rellano.

—¿No tendrá usted una botella de butano?

—Tengo mucha prisa.

—Tengo una entrevista de trabajo y estoy sin duchar.

—Dúchese con agua fría.

Y, sin entretenerse más en aquella misión de auxilio, Aurelio salió sin socorrer a su vecina, bajando los treintainueve escalones. Recreó, contando estos en su mente, la conversación entre Richard Hannay y el posadero literario del capítulo tres de la obra escrita por John Buchan, en la que aquel dice a este que es muy joven para tener esa profesión. El posadero confiesa que hubiera preferido escribir libros, pero no tenía oportunidad de hacerlo, que todo era muy aburrido, no había nadie interesante para ello y solo escribía chabacanerías. Le recordaba a una conversación de más joven, cuando todavía convivía con su madre y aquella vecina hacía de investigadora sobre su vida privada. En la calle se embaló como pudo rumbo a su destino. Se dirigió a la agencia de viajes más

próxima, allí lograría obtener toda la información sobre La Palma: el fin de su pesadilla. Conservaba el panfleto de la agencia de viajes de Alcoi con el que podría jugar al mus con aquellos vendedores de sueños. Si no aceptaban el órdago aquel, se volvía a Alcoi a por la mayor. En aquella agencia de viajes no pusieron ningún rechiste, todo fueron facilidades. Era temporada baja. Aceptaron la misma oferta que traía desde la agencia de Alcoi. El vuelo era de Madrid a Tenerife, y de allí a La Palma. Tendría que ir en autobús desde Valencia a Madrid. Saldría al día siguiente. Así de directo y explícito fue todo. De pronto, el movimiento le había abierto un hambre atroz, era hora del *esmorzaret,* por lo que, ya con el billete en su poder en el bolsillo interno izquierdo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, junto a su gran tesoro, cuyas frías tapas palpó con los dedos al guardar el boleto del viaje a La Palma, el fin de su misión, se dirigió al bar, donde sabía que encontraría lo que buscaba: buen yantar a un precio módico. Con su paso lento, pausado y sin rumbo aparente, además de seguro y no dando importancia a la gente que iba cruzándose, Aurelio fue haciendo camino en aquel día de octubre por las calles medio ajetreadas de la ciudad, hasta llegar a la puerta del bar. Lo vio desocupado, como casi siempre, y su silla favorita estaba libre. Buenas vibraciones. Apresurando el ritmo, cruzó el paso de cebra en disco rojo hasta la otra orilla de la acera. Entró en el bar y se topó con el camarero de bigotes, bastante aburrido.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Un bocadillo de longaniza y habas.

—¿Y qué tomará para beber?

—Una copa de vino.

Aurelio, satisfecho de ocupar su silla en el bar, viendo tras el cristal a la gente pasar, desenfundó del bolsillo izquierdo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido a Mann, para seguir inmerso en esa fructífera lectura. La mesa continuaba en su mismo estado maltrecho, tras más de una semana de su ausencia, coja de una de sus patas, cubierta de un feo hule funcional y sucio con manchas dispersas, aquí y allá, a modo de ristras de gotas de aceite,

lamparones de café con leche y migas de pan, que delataban la previa presencia de una pareja de usuarios. Con paciencia, aprovechó un cartón caído en el suelo para subsanar el desnivel de la mesa. Ya sin tanto bamboleo de esta, dejó su joya personal, sin remilgos en la historia, sobre la mesa sucia. Las tapas acababan de recibir una nueva muesca en su largo expediente personal de batalla, una mancha de aceite en la esquina, como una condecoración, embelleciéndolas. El paso del tiempo seguía su evolución inexorable; la inmersión estaba próxima. No tardó en llegar aquel camarero bigotudo con la copa de vino. El bocata se retrasó unos minutos más, era lo que más apremiaba. El estómago domeñaba más sobre la razón en aquel momento, por lo que, inquieto, su mirada se perdía en dirección a la cocina del bar, tras echar un pequeño trago al vaso de vino, en un trasfondo de ruidos crepitantes de planchas, olores a aceites requemados, y una visión de humaredas y llamas provenientes de la pequeña cocina. Atacó, pues, aquel bocadillo de longaniza y habas con suma fruición, deleitándose en cada pequeño mordisco dado al crujiente pan. Las habas intentaban huir, como podían, cada vez que una dentellada iba consumiendo aquel manjar, pero Aurelio, en su ansia por saciar su hambre, no dejaba haba sin acabar en su estómago. El vino acompañaba a los mordiscos. Fue todo muy fugaz y limpio. El camarero bigotudo, sin otra cosa mejor que hacer, se dirigió a la única mesa ocupada en ese momento y preguntó al comensal, saciado y abstraído, si deseaba algo más.

—Tan solo un *cremaet*.

Y, rápidamente, las ansias de Aurelio se calmaron, quedando ahí sentado enfrente de su libro. Ya en casa, viendo la televisión en el sofá, la emisión fue interrumpida por una noticia de emergencia. El presentador anunciaba una erupción volcánica en Girona. Miles de personas estaban siendo desalojadas de la comarca de La Garrotxa. Aurelio, pensativo, tocó la máquina de escribir con frialdad. Todo esto trastocaba su idea de trasladarse a La Palma, pues acababa de ver su personal Orodruin. De forma fría, sin inmutarse ante las imágenes de los despavoridos grabadas en la cámara, recogió unas pocas pertenencias y empezó el proceso de marcha: metió la ahora

pesada máquina de acero alemán en su macuto, se calzó la desgastada gabardina nórdica azul descolorido y, pertrechado de cualquier guisa, salió de su casa. En el rellano fue asaltado por el incordio de siempre.

—¿Tiene usted una bombona de butano?

La miró fríamente, consciente de la importancia de su misión y la ñoñería por la que era preguntado.

—¿Es usted capaz de asumir ciertas responsabilidades?

La vecina lo miró de manera incomprensible.

—¿De qué me habla?

—Tome mis llaves y cuide mi acuario durante una temporada. Tendrá ducha caliente un tiempo.

La mujer lo observó con ojos abiertos de gratitud.

—Muchas gracias.

—No les dé demasiada comida. Son unos glotones.

Y, con algo de prisa, descendió los treintainueve escalones de la escalera hasta el zaguán de la finca. Abrió el portal, consciente de no saber a ciencia cierta si sería capaz de volver algún día a aquel hogar suyo. Sus pies lo llevaban de manera casi automática en dirección a la estación de trenes, donde tomaría el primero con destino a Barcelona. Al llegar allí, vería qué haría para alcanzar Olot en las mejores condiciones. No tenía ni idea de lo que iba a encontrar en ese lugar. Lo único cierto era su extraño equipaje para un trayecto incierto. Rato después, estaba ya en la estación de trenes de Valencia, en el andén, en medio de la gente esperando el tren para embarcar. Varios pasajeros estaban situados cerca. Aurelio guardaba con celo sus dos pertenencias, la mochila que contenía la máquina de escribir y una pequeña bolsa deportiva con lo imprescindible para salir adelante en un viaje de ida. Eran tiempos de rateros en las calles y no perdía ojo a sus pertenencias en el suelo. No tardó en llegar el tren procedente de Sevilla, hacia el norte. Iba congestionado de múltiples personajes. En su asiento, se topó con la jaula de gallinas de una familia de emigrantes andaluces que volvían a Barcelona. Se tuvo que sentar en aquel lugar sin pensarlo, desplazando a las aves, que pararon a otro lugar menos molesto y que a él dejó de importarle tan pronto se puso a leer su

libro. El viaje de su misión se hizo más largo de lo pensado, lleno de ruidos en el bullicio dentro de ese vagón tan pintoresco. Al pasar más de cuatro horas, el tren se detuvo en Sants. Nunca había estado en la Ciudad Condal, toda llena de gentes, más que en la capital del Turia. Cargado con su mochila, con aquella pesada carga y la pequeña bolsa deportiva, deambuló sin rumbo fijo hasta dar con una parada de taxis. Allí había un grupo de guiris, también esperando uno, pero Aurelio tenía mucha prisa y, nada más aparecer uno de aquellos vehículos negros, se lanzó sobre él al asalto, rememorando al corsario negro en uno de los episodios de Salgari. «¡Venga la barra! ¡Hombres de mar, a la caza!», resonó en su interior a la vez que se adelantaba a la gente de la parada. El taxista y los guiris se quedaron un poco quedos ante la actitud impetuosa de Aurelio, tras abrir la puerta trasera del vehículo y echar adentro la bolsa deportiva, delante de las narices de los guiris desconcertados y del sorprendido conductor. Aquel torbellino de impaciencia entró con una mochila a sus espaldas, emitiendo una orden expedita:

—A Olot.

Esta orden no fue asimilada por el taxista, parecía ser, ya que el automóvil no se movió un ápice de la parada de taxis. Uno de los guiris se atrevió a echarle en cara a Aurelio que ese no era su turno para tomarlo. Pero Aurelio no estaba para diplomacias.

—A Olot, por favor.

Insistió con más vehemencia, casi disparando en la oreja derecha del hombre. Echó el cerrojo a la puerta trasera, impidiendo la entrada de más personal.

—¿No se ha enterado usted de lo que está pasando allí?

—Me da igual. Déjeme lo más cerca posible.

Y, diciendo esto, le entregó unos billetes, casi echándoselos a la cara. El taxista, temblándole un poco el pulso ante lo surrealista de la situación, empezó a recoger aquel dinero y a hacer cálculos mentales sobre los posibles beneficios y pérdidas de llevar a aquel individuo fuera del área metropolitana de Barcelona. Tras un frío cálculo mental, llegó a la conclusión de que le era más rentable llevarlo solo a unos kilómetros de Olot. Era una pasta gansa lo que le había puesto. De esta forma, con un acelerón, dejando a los guiris

echando maldiciones e improperios por los ojos, el taxi partió a las cercanías de la comarca de La Garrotxa. El viaje transcurrió en silencio hasta que se rompió el hielo.

—Hasta aquí podemos llegar.

El taxi se detuvo en mitad de la nada. Aurelio miraba a través de la ventana el bosque de la montaña del Prepirineo.

—¿No puede acercarme un poco más?

—No. No quiero llegar al perímetro de seguridad.

—¿Y dónde estamos?

—Siga la carretera y busque las indicaciones. Si lo dejan, claro.

Aurelio salió del coche un poco entumecido. El viaje en tren y ahora en taxi habían dejado sus articulaciones un tanto anquilosadas. Aliviado, sin embargo, miró su reloj de faltriquera y comprobó que ya era más de mediodía. El sol estaba en todo lo alto y no había probado bocado desde el desayuno.

—¿Dónde se puede comer algo por aquí?

El taxista miró a Aurelio de arriba abajo, con mirada curiosa, pensando en su interior la procedencia del tipo.

—¿Es usted uno de esos bichos raros que se dedican a tomar fotografías a los volcanes en plena ebullición? Ya lo sé, usted es del *National Geographic*.

Casi no lo escuchaba.

—Me podría tomar alguna instantánea para inmortalizarme.

Al escuchar esas palabras, empezó a perder el hambre y tomó el camino indicado por el taxista en dirección a La Garrotxa, preguntándose cuánto tardaría en llegar a su destino: el final de su misión.

—Al menos podría despedirse.

Eso logró escuchar desde unos metros a sus espaldas, subiendo aquella cuesta que se había ahorrado el taxista, sin advertírselo, y cuyo precio ya notaban sus piernas enclenques.

CAPÍTULO XXXIII



Larga era la carretera. No se veía ninguna señal de humanidad. Solo había silencio y el ruido de sus zapatos al pisar el negro asfalto, no muy indicados para trayectos en ese lugar del bosque, con densa vegetación de encinas, intercaladas en el suelo con setos de boj. Con imprevisión, no llevaba agua ni alimentos, menos mal que en aquel octubre el otoño estaba siendo especialmente frío y húmedo en las tierras del Pirineo catalán. Ayudado por las sombras de las ramas, seguía la expedición. Su andar no le resultaba cansino. Era consciente de que, siguiendo el trayecto de aquella huella de asfalto impresa por la civilización en medio del bosque, encontraría un resquicio de humanidad. Miró el reloj de faltriquera escondido en el bolsillo derecho de su pantalón. Las agujas marcaban ya las dieciséis. Eso significaba casi dos horas de caminar en medio del bosque, pronto debía encontrar algo. El hambre acuciaba. Un poco cansado ya de tanto caminar, paró a echar una meada en un recodo, al borde de un barranco. Mientras realizaba la función primaria, sus ojos fueron a detenerse en un espeso árbol cargado de zarzamoras. Sus ojos se abrieron de impresión. Tras terminar de orinar, se dirigió al zarzal y, ávido, empezó a tomar, uno a uno, esos frutos. Unos eran rojos y otros negros, todos igual de deliciosos y cargados de calorías para su estado de necesidad. A él le daban igual las espinas, tenía hambre. Cuando ya limpió el árbol más allá del límite de sus brazos, decidió seguir su trayecto. Era demasiado arriesgado ir a por más zarzamoras, allá al fondo del barranco. Estimaba, sobre todo, su integridad física en la misión. Con más ímpetu del inicial al ser abandonado por el taxista al comienzo de la cuesta en la curva, Aurelio siguió caminando, abrochándose todos los botones de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, para abrigarse por el repentino descenso de las temperaturas en el atardecer. Debía

encontrar, en el menor tiempo posible, algún lugar donde guarnecerse durante la noche venidera. Nunca se había apuntado a ningún club de senderismo y no estaba acostumbrado a caminar tan largas caminatas. Siempre se consideró un vicioso urbanita, irreconciliable con el medio rural. Sus piernas comenzaban a pedirle factura por tal esfuerzo; las zarzamoras tan solo le habían servido para abrirle el apetito, no para cerrarlo. Moriría de hambre y frío en aquel bosque, como una fiera abandonada por el resto de la manada, que ha decidido marchar en busca de prados más verdes y nutritivos. En su cabeza no paraban de bullir ideas fúnebres acerca de su próximo y fatídico final. Estaba a punto de detenerse, necesitaba reposar un poco. Se sentía desesperado y angustiado, viendo cómo iba oscureciéndose el cielo. Su respiración iba acelerándose más y más cuando, en su entorno, empezó a escucharse un ulular lastimero, casi como una risotada, de forma secuencial y repetida.

—*Ouuuuuuuuh, oh, oh, oh, oouuuuuuuh.*

Esto lo alertó mucho, iniciando una serie de sospechas de que alguien lo estaba vigilando. Se incrementaron sus sospechas al instante al escucharse, en el otro lado de la carretera, una respuesta similar, menos insistente y consistente que la primera, pero ruidosa e igual de repetitiva.

—*Ku-wik, ku-wik, ku-wik,* ¡*kuuá!*

Ya lo tenía claro: estaban los tipos aquellos de Alcoi tras sus pasos. Debía poner pies en polvorosa. Con una energía inusual en él, sus débiles piernas tomaron un ritmo veloz lejos de allí. En esa huida sin destino quedó petrificado de inmediatocuando, al lado derecho suyo, de la espesura de los matorrales, empezaron a moverse las ramas bajas con un ruido de roturas. Sin duda, estaba esperando una celada, pero él ya no tenía fuerzas para huir. Pero —de esa sola cosa estaba seguro— vendería cara su piel. Con sigilo, cogió un pedrusco del suelo y lo elevó con la mano derecha, tras dejar el pesado macuto en el suelo. Estaba decidido a convertir en un posible donante de órganos al primer individuo que saliera de los matorrales. Estaba afinando la puntería a medida que la agitación en el arbusto iba *in crescendo*. En el preciso instante en que se disponía

a dar muestras de beligerancia abierta, de entre aquellos matorrales salió una bestia arruando un espeluznante gruñido, retumbando en medio del bosque. El jabalí, seguido por una piara de cinco jabatos, pasó junto a los pies de Aurelio, dejándolo más frío que un témpano de hielo. Casi se defeca encima, cayéndole la piedra encima del pie derecho sin emitir sonido alguno. No estaba acostumbrado a estas cosas, era un urbanita nato. Recuperado del incidente con las fieras, viendo que el crepúsculo era implacable y el frío cada vez más sensible, se dio cuenta de que marchar a pie era su única carta en juego. Anduvo en silencio, acompañado de forma esporádica de aquel *Ouuh* y seguido por ese otro *ku-wik*, que tanto lo inquietaban por dentro. No tenía ni idea de dónde venía todo ese ruido ambiental, asustado a más no poder. Se acordó de la doctora que lo visitó aquel día en el centro de salud mental, empezaba a echarla de menos. Estaba en ese estado cuando, en medio de la penumbra de las encinas vio un claro, y en ese claro, una sombra proyectada por una incipiente luna, la que parecía dibujar la silueta de una casa. Aliviado, apresuró su caminar, deseando encontrar una recepción hospitalaria a un peregrino en una misión que, probablemente, salvaría muchas almas. Al llegar a la masía se dio cuenta de que no había nadie. Estaba abandonada. Pero, al menos, allí encontraría refugio en el que resguardarse de la intemperie. Con decisión y soltura, viendo infranqueable la puerta, rompió el cristal de una de las ventanas laterales y se coló dentro como un ladrón. Todo estaba oscuro dentro del habitáculo. A tientas y a ciegas, comenzó a moverse dentro hasta chocar con una de las paredes, dando con un interruptor. «Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y separó Dios la luz de la oscuridad. Llamó Dios a la luz "día" y a la oscuridad llamó "noche". Atardeció y amaneció: día primero», recordó. La habitación no había sido abandonada hacía mucho tiempo. Sobre una mesa de haya que dominaba la cocina, quedaban aún los platos con restos de comida en respetable estado de conservación: restos de embutidos en un plato lateral, patatas medio cortadas en una ensalada dentro de un bol central, y seis platos medio repletos de una *escudella* y una botella de vino medio llena, junto a una jarra de agua en la que nadaba un insecto muerto.

Un espectáculo que, entrando por los ojos de Aurelio, lo conducía a segregar jugos gástricos. Casi sin reparos, pues llevaba desde el amanecer sin comer nada digno, salvo aquellas zarzamoras, cogió una de aquellas cucharas y se sentó en una de las sillas de la mesa, terminando el plato que los antiguos comensales no habían sido capaces de completar en su huida precipitada. Tras saciar su apetito con satisfacción, empezó a explorar el lugar que iba a servirle de acogida aquella noche. Era una masía de campo bien amueblada y de tipo rústico. Sencilla, pero bastante funcional. Sin entretenerse en detalles, pues no tenía pretensiones de ser un crítico en decoración, se metió en la primera habitación que vio y se acostó en la cama, quedándose profundamente dormido. Estaba agotado y muy satisfecho del comer y el beber. A la mañana siguiente, despertó con el ruido de motores de unos vehículos pesados. Con curiosidad, se asomó por la ventana frontal de la masía parasitada y se quedó observando cómo una hilera de varios vehículos de color rojo iban en dirección a Olot. Eran de la UME, con alguna tarea que resolver allí. Esperó a que pasara el último de aquellos pesados para ir a la despensa a buscar algunas viandas para lo que quedaba de trayecto. No tenía ningún mapa y desconocía dónde estaba. Seguiría la dirección tomada por los vehículos de la UME. Se dio un poco de prisa en llenar lo que cabía en la bolsa de deporte y saltó a través de la ventana lateral rota. Era una mañana fría y húmeda, típica del Pirineo catalán. Sin más demora, comenzó a caminar, abrochándose los botones de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, que le venía como anillo al dedo para esa meteorología. Portaba consigo, en el bolsillo interno derecho, un nuevo ejemplar para leer: *El bosque animado* de Wenceslao Fernández Flórez. Lo había encontrado en la librería de la masía. Como muestra de reparación, había dejado un billete de cinco euros por el préstamo de aquel buen ejemplar. No se consideraba un ladrón menor. Rato después, no tardó en notar en sus piernas la fuerza del alimento de la noche previa, ayudado por el café hallado en la cocina de la masía, contra el cual no tuvo reparos al abusar. Anduvo largo tiempo hasta tener a la vista el pueblo de Olot o, más bien, lo que quedaba de la población. Eso era lo más similar a una *fondue* de chocolate

quemado. El pueblo había sido sepultado por una cubierta basáltica, medio incandescente, ahora estática. La fractura en la superficie terrestre no estaba lanzando en ese momento material piroclástico. Se apreciaban algunos conos humeantes dispersos en mitad de lo que había sido una fiesta ígnea, en la que llamaradas amenazantes en dirección al cielo se habían disparado, con vómitos de rojo incandescente que, como flujos de lava, se habían deslizado ladera abajo. Vio que estos habían sepultado una a una cada una de las casas del pueblo construido en aquel cráter de Montsacopa, dormido durante más de cien mil años, y que constituía el centro del casco urbano de Olot. Allí, en su sino, se encontraba también la ermita de San Francisco. Se dio cuenta de que no había habido ninguna actividad volcánica desde que él llegara a la zona. Las explosiones eran esporádicas y no muy violentas, expulsando la lava de manera discontinua, pero el inicio de la actividad estromboliana solo acababa de iniciarse. Ante la proximidad de las fuerzas de seguridad que bloqueaban el paso, se desvió por un sendero de la carretera y se adentró en el bosque de encinas. Allí nadie le daría órdenes de evacuar la zona. Siguió una senda de excursionistas con sus inadecuados zapatos de ciudad. La caminata era difícil para alguien no acostumbrado a este tipo de actividades; había alto riesgo de lesionarse un tobillo. Pronto se cansó y, aprovechando un pequeño risco a modo de sillar, se sentó en él a descansar un poco. Los ruidos del bosque eran embriagadores y lo tentaron a la lectura. De esta forma, desenfundó a Fernández Flórez y se sumergió, sentado en el risco y rodeado de bosque, en su lectura. Allí descubrió que este sonaba y se comunicaba hablando entre sí, muestra de que estaba vivo. Según su estado de ánimo, *así* era su sonido: durante el día dice una cosa diferente a lo que transmite durante la noche, cuando la luna es la única luz. Al igual que no dice lo mismo que cuando está iluminado por el sol a cuando está lloviendo. El bosque muta con las estaciones. De este modo, en el intermedio de su lectura, percibía algo siniestro, transmitido en el ambiente: había un olor a chamusquina impregnándolo todo, lo que le daba un toque funesto, como a holocausto fúnebre no descrito en las páginas. Lo que se olía era intenso, un olor fuerte y fétido a azufre, que, de alguna manera,

parecía poner en alerta a la naturaleza circundante. Esto se traducía en una mala calidad del aire, que lo iba incomodando con una especie de tosecilla seca y cierto dolor de cabeza, asociando picor de ojos y nariz. Se guardó el libro en el bolsillo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido, alzándose del risco, y se abrochó los botones, muy ensimismado en esos pensamientos tenebrosos. Tenía una misión vital por delante y era consciente de que el tiempo corría en contra suyo. La pendiente seguía su inclinación ascendente, un factor negativo para sus piernas y para, a su vez, un nuevo factor entrado en escena con el cual no contaba: una incipiente fatiga en sus pulmones. El aire cada vez se hacía más irrespirable a medida que iba acercándose. La densa vegetación parecía advertirle, dándole señas invisibles, para que diera la vuelta. Era imposible ir a Olot, pero estaba seguro de que encontraría otro Orodruin donde podría acabarlo todo. Ahora, había abandonado el bosque de encinas y se había perdido en un hayedo sumergido en un mundo de luces matizadas: un símil de un bosque de hadas. Las sombras impedían el crecimiento de otras especies. Allí, el haya era el árbol rey, con su tronco liso y sus hojas de colores naranja, rojo y dorado tiñendo el suelo y el techo del bosque. El olor a azufre y a quemado no le impedían a Aurelio quedar extasiado al ver la maravilla de la naturaleza, siguiendo un sendero serpenteante. De pronto, su paseo fue interrumpido por temblores de tierra, viendo a lo lejos una explosión de material piroclástico. Eran rocas, cenizas y gases que llegaban a unos cientos de metros por delante de él. Se echó de modo obligatorio a tierra, cayendo cerca pequeños piroclastos incandescentes, que, por suerte, no lo alcanzaron. Sin lugar a dudas, estaba cerca de su Monte del Destino. Debía apresurarse.

CAPÍTULO XXXIV



Siguió ascendiendo aquella colina gracias a que tenía una cantimplora con agua para poder mojar sus secos y cuarteados labios. La sensación de falta de aire se iba acuciando tras la última explosión estromboliana, mientras los ojos llorosos le impedían ver con claridad dónde iba colocando sus pies incómodos, calzados en zapatos urbanitas. La carga, con la pesada máquina IDEAL C, le iba resultando cada vez más desagradable, notando ya las escoriaciones sobre sus hombros. Demasiado tiempo cargando tal fardo sobre su debilucha constitución. Además, a pesar de ser otoño y del ambiente húmedo propio del Pirineo, sentía un calor de mil demonios, pues la desgastada gabardina nórdica azul descolorido ya había cumplido, con suficiencia, sus funciones en esa misión. Pero eso eran cosas suyas. No iba a ningún sitio sin ella, se sentía como un heredero del personaje creado por Hergé. A falta de una bacía quijotesca, él había elegido esa prenda, nada mejor que ello. Estaba todo el ambiente muy sulfurado y tóxico, por lo que no tuvo más remedio que taparse la nariz y la boca con el cuello y la solapa de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido. Se sentía mal y cansado. No había parado de exigirle a su organismo más de lo que podía pedirle. Notaba cómo empezaban a caerle goterones por la cabeza y los sobacos, sintiendo un poco de mareo. Pero seguía la dirección de aquella pendiente ascendente. La sombra del hayedo le daba cobijo sobre la lluvia de ceniza volcánica que encapotaba el cielo. La cantimplora estaba cada vez más vacía. Se comió la última manzana; ya no le quedaban más vituallas para la vuelta, debía darse prisa para encontrar un fin a su misión. Estaba exhausto. Nunca le gustó ir al monte a practicar senderismo. Pasaba el rato, la fatiga iba incrementándose con aquella tosecilla seca y esas molestias en los ojos, impidiéndole ver todo con claridad. La carga lo

tiraba demasiado, como si estuviera haciéndole un sabotaje, a sabiendas de lo que iba a suceder, incrementado el peso muerto en ese paisaje boscoso. Buscó un tocón de una gran haya, al lado de una pequeña cima, en donde pudo sentarse a descansar un poco, logrando estar aún protegido bajo la sombra del sitio repleto de hayas. Quedó profundamente dormido bien pronto, bajo el sopor en el que se encontraba, respirando ese aire nocivo en el ambiente, con un silencio sepulcral. En sueños, se retrotrajo a aquellos tiempos pasados en que las musas lo visitaban a menudo, época en la cual, para escribir, no necesitaba más que una estilográfica y un papel o, en su defecto, un teclado en el cual ir imprimiendo las ideas sucesivas que le iban sugiriendo aquellas musas generosas, cuyas dádivas no había solicitado. De alguna forma, no sabía cómo las había enojado en este momento, habiendo tenido que acabar exhortando, por otros medios, a la gracia de otra creatividad para tener ese don. Pero se dio cuenta de que todo era en realidad una falacia. Debía aceptar, de esta forma, su estado de carestía literaria, en espera de mejores devenires. Su barbecho personal debía ser una propulsión para utilizarlo como pértiga y lograr mayores objetivos. Así, Morfeo lo abandonó al recibir un pequeño golpe en su pie izquierdo. Esto lo despertó, un poco disgustado al verse sacado de sus pensamientos profundos. Abrió los ojos con lentitud y dificultad, y los tuvo que abrir, luego, desorbitado. Allí, delante suyo, tenía a la mujer sagaz.

—Buenas tardes. Hemos podido dar contigo. Para nosotros eres como nuestro Pulgarcito.

Le vino a la mente el cuento de Charles Perrault sobre las desventuras de ese muchacho. Aquella imagen onírica fue dilucidándose poco a poco a través de sus pupilas, húmedas por la irritación de la polución, hasta que Gustavo se acercó a él con ánimo de ayudarlo. Lo levantó de ese gran tocón, tan cómodo para su maltrecha espalda. Con unos reflejos impropios en él, Aurelio echó su mano derecha sobre la mochila, al tiempo que Gustavo hacía el gesto de alzar el fardo con la intención de llevárselo a su espalda fornida, lejos de su legítimo dueño.

—¡Quítame tus sucias garras de encima, mono asqueroso!

Y, con un impulso rápido, Aurelio tiró hacia él, dejando al hombrón paralizado ante la reacción. Matilde, al tanto de toda la situación, miraba la escena con frialdad maternal.

—No te preocupes, Gustavo. Déjalo en mis manos.

Ella se acercó y la erupción paró de modo abrupto.

—Te hemos encontrado, mi Max Estrella. ¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este?

Aurelio, manteniéndose en silencio y agarrando la mochila, como si en ello le fuera la vida, no le dirigía la mirada, sabedor de que aquellos ojos escrutadores eran capaces de penetrar, de alguna forma, en su mente, y descubrir sus pensamientos más ocultos. No debía mirarla; era la mismísima personificación de los recuerdos más hondos, sabedora de todo lo que ha sido, es y será. Alguien con el conocimiento de su origen y sus raíces, traspasando los límites del más allá. Ya había hablado con ella antes varias veces, y sentido —en forma plena y literal— cómo lo había desarbolado.

—Tengo una misión que cumplir. No estáis invitados a este espectáculo.

—Es fácil seguir tu rastro. En mí late tu huella de la vida.

La miró confuso. Casi no recordaba ese episodio en la sala de la librería, en el que fue asaltado por aquella bravura. «Eres sangre de mi sangre... Te doy mi espíritu para que los dos seamos uno». Se dio cuenta de que estaba ligado a ella, de forma física y espiritual. No tenía escapatoria; sabía que aquella misión ya no era una cosa secreta.

—¿Qué llevas en ese macuto de forma tan celosa?

—Algo diabólico que debe ser destruido por el fuego.

Las palabras de Aurelio, casi sacadas con sacacorchos por alguna fuerza electromagnética, eran escuchadas con avidez por Matilde, con los ojos bien abiertos.

—Tengo ya el fruto de tu creación.

Soltó la mujer. Luego, continuó:

—«Siempre he entendido, pero no comprendido, la postura pesimista de quienes, en aras a la lucidez o la citada genialidad, llenan de negras nubes el abierto y flexible paisaje de la inteligencia. El sufrimiento, el dolor, lo inexplicable de no pocas situaciones en la

vida personal y colectiva son realidades que forman parte de nuestro día a día. Están, como la misma sangre, como el aire que respiramos, en nuestra condición humana. Y quizás un Mozart o un Miquel Ángel, por poner dos ejemplos, no tuvieron otra opción que seguir naturalmente el curso de su vocación. Pero los modelos que vemos en las obras de arte o de literatura no necesariamente sirven para hablar de lo negativo de las relaciones humanas, de lo perniciosas que son las familias, del poder de los sentimientos sobre la razón*».*

La escuchó con atención. Aurelio ya sabía que aquella misión ya no era solo cosa suya, tenía un contrato firmado con esa embaucadora, que era —lo acababa de descubrir— la creadora de sus musas inspiradoras. No tenía excusas para huir del sufrimiento y del dolor, antiguos compañeros de viaje, combustible de muchos octanos para su creatividad literaria que ya habían quemado el motor. Ahora acababa de encontrar lo que realmente estaba buscando: sus verdaderas musas creativas, aquel latir de vida en el vientre de esa mujer, que se había hecho la encontradiza en Alcoi y lo había desafiado.

—¿Estáis preparados para lo que viene próximamente?

Dijo Aurelio, y miró a sus nuevos aliados.

—Mi Gustavo me trajo en su Harley-Davidson esquivando todos los controles. Estamos aquí no por un golpe de fortuna.

—Tenemos que subir al volcán antes de que comience una nueva erupción.

La tos de Aurelio no era un buen pronóstico.

—Ponte esta mascarilla. Te evitará, al menos, inhalar parte del aire emponzoñado que se respira en el área.

Y lanzándole con presteza una mascarilla, que Aurelio no pudo recoger al vuelo por su torpeza y falta de reflejos, Matilde y Gustavo se colocaron las suyas, olvidándose momentáneamente del torpe que tuvo que agacharse para recoger la caída en las hojas del suelo.

—Ahora respirarás mejor.

Gustavo le echó una mirada condescendiente al tiempo que buscaba la opinión de su jefa. Ambos sonrieron.

—Subamos el volcán Santa Margarida antes de que eche otra vez erupciones y que nos lo impida.

Los tres se pusieron a caminar por el sendero, milagrosamente respetado por las coladas de lava del volcán. Tardaron aunque fueran a buen ritmo, y a pesar del punto flaco que era Aurelio; en total, un poco más de veinte minutos hasta la cima del cráter. El espectáculo era el de una cazuela hirviente. Se veía al fondo la ermita de Santa Margarida de Sacot, todavía indemne de la acción destructiva de la lava. Pero había que llegar a la abertura del volcán, unos cien metros más allá de la ermita. La lava había carbonizado literalmente la mitad del bosque de encinas del cráter circular, pero esta se mantenía por ahora estable, sin avanzar. No sabían cuándo sería la próxima erupción. La temperatura era tremenda en el cráter, y había que buscar un camino respetado hasta el cráter abierto sin quemarse ni quedar asfixiados. Estaban en ello, los tres en el porche de la ermita, un buen refugio en ese infierno de fuego y azufre. Por un impulso reflejo, Aurelio entró y se arrodilló enfrente de la imagen de la virgen. No recordó nunca qué rezos profirió, salvo una llamada de auxilio ante el peso cada vez mayor sobre sus espaldas. Se le hacía cada vez más insoportable, se quemaba. Gustavo también entró.

—Tenemos visita.

—¿Quién es?

Preguntó Matilde curiosa y perpleja.

—No lo puedo ver bien. Está en el borde del cráter, pero en diez minutos estará aquí.

Interrumpiendo sus meditaciones ante la virgen y despertando de su levitar, Aurelio se alzó.

—Ya están aquí.

—¿Quiénes están aquí?

—Los editores.

—¿De qué editores estás hablando?

Aurelio introdujo su mano derecha en el interior del bolsillo interno izquierdo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, y le pasó una tarjeta a Matilde.



Ella se quedó estudiando aquella tarjeta de presentación con interés.

—Gustavo los entretendrá.

—Son muy peligrosos.

—Mi Gustavo lo es más todavía.

El mencionado sonrió, bajándose la mascarilla y enseñando un colmillo de oro en su incisivo superior derecho. Y sin necesidad de más indicaciones, salió al encuentro del delegado de ventas para ofrecerle una oferta imposible de rechazar.

—Lo esperaremos aquí.

Aurelio volvió a sus olvidadas oraciones de infancia, dejando por un momento el suplicio en el suelo. Ya no sentía el dolor agudo en sus hombros ni el lacerante dolor del hierro candente sobre sus espaldas. Cierto alivio reconfortante le ayudó a ir recuperando su memoria. Mientras, Matilde, un poco ausente de todo aquello, inquieta ante la nueva situación, escudriñaba hacia la dirección tomada por Gustavo, no teniéndolas todas consigo en su presentimiento. Eso no figuraba en sus planes. Pasaron casi dos horas y no se recibían noticias, los nervios la atenazaban. Aurelio parecía una de aquellas figuras de mármol tallado en un sepulcro, de algún miembro de alta alcurnia cuyo nombre el tiempo ayuda a olvidar para el resto de los mortales. Nada pasaba en el entorno de la ermita, salvo que era ya bien avanzada la tarde y, aunque no se había ido todavía la luz, no iban a tardar en aparecer los primeros signos del crepúsculo. Rato después, Matilde ya estaba un poco fuera de sí misma; no paraba de dar vueltas en círculos alrededor de

la ermita. Algo funesto presagiaba. Y entonces, apareció Gustavo en vida. O eso parecía. Con pasos cortos, avanzaba sin emitir ningún sonido. Matilde se lanzó hacia él emitiendo un grito agudo, pero no había expresión en su fiel. A sus pies, cayó inerte como un coloso de pies de barro. En su espalda había clavado un cuchillo de matarife y un tablón de madera, sobre el cual había escrito un mensaje. Matilde lo cogió compungida y leyó las letras*:*

«Los contratos se firman y se cumplen. Yo lo vi primero»*.*

Y, tomándolo, lo quebró en dos, echándolo lejos de sí. La situación había dado un vuelco. Matilde estaba sollozando, sentada en el porche de la ermita. Acababa de perder a su más leal escudero. Aurelio, dejando ya su actitud levítica, salió del lugar y, con empatía, apretó desde atrás los hombros de la mujer.

—Tenemos que seguir, Matilde.

—¿Quién nos va a proteger ahora de nuestros enemigos?

Ambos se miraron sin decirse nada. El silencio reinaba en todo lo que estaba alrededor del cráter, quizás esperando un mejor momento en sus entrañas, a cientos de metros de profundidad, donde la lava estaba en plena actividad y en su punto. El silencio fue interrumpido por el ruido de unos pasos que iban aproximándose. Matilde, como un resorte, se puso en pie, poniendo en alarma a Aurelio. Ambos se colocaron de forma paralela, de espaldas a la estructura. Una voz los sacó de su incertidumbre.

—Bueno, bueno, bueno… Menuda pareja. Así que tengo competencia para adquirir los derechos de ese cagatintas.

Las palabras del personaje pusieron a la defensiva a Aurelio que, de forma refleja, se llevó la mano derecha al bolsillo interno izquierdo de su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, sintiendo el frío de la tapa del libro que guardaba allí, su revólver Smith & Wesson M29*.* Esto no pasó desapercibido para el tipo.

—¿Buscas algo de inspiración o intentas ser un tipo duro?

Se le quedó mirando asqueado; era incapaz de tragar saliva por la sequedad imperante. Tuvo que toser, retirándose momentáneamente la mascarilla. Aquel aire lo estaba asfixiando.

—Veo que no tenéis buena respiración.

El tipo hablaba con una voz retumbante. Esta se emitía por la máscara especialmente diseñada para ambientes tóxicos, distinta y mejor que la de ellos.

—Sois unos putos aficionados con esas mascarillas de juguete. El azufre y el monóxido de carbono harán el resto si no acabo con vosotros antes, pareja de tortolitos.

Ambos se miraron y se entrecruzaron las manos. Esto les dio más fuerzas.

—Esto va a ser muy romántico. Me lo voy a pasar genial.

—Ven a por lo que buscas. Si tienes el valor suficiente.

Y el tipo, sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre Aurelio como un tigre de Bengala. Pero no contaba con el factor determinante del amor: una zancadilla oportuna de Matilde, en el último momento, dio con aquel impetuoso odio al suelo.

—Zorra asquerosa, vas a pagar por mil lo que me has hecho.

—Atrévete.

Idelfonso, descartando por considerarlo un paria inútil, desestimó completamente a Aurelio, refugiado en el porche de la ermita. Había comenzado una lucha en la que iba a dirimirse la vida de él y su futuro literario, pero nada iba a ser como los tres estaban esperando. El cráter ya había estado viendo demasiado espectáculo, y el volcán no estaba por la labor de ser ofrendado con sacrificios ni holocaustos humanos. Un gran temblor se sintió y, tras escucharse una explosión tremenda, la erupción a unos doscientos metros de donde estaban provocó una lluvia de lava fundida, proyectada a cientos de metros, con emisión de gases sulfurosos. Los tres se tiraron al suelo de forma refleja para intentar protegerse de la lluvia de fragmentos de lava volátil que caían por todas partes, además de los gases emanados. Esto duró un tiempo. Luego vino un poco de calma; la explosión cesó. Aurelio, refugiado en el interior de la ermita, salió en busca de Matilde, aterrado, pensando que había perdido a la mujer y su criatura. Tosía y tenía los ojos irritados. Estuvo vagando en torno a la ermita sin encontrarla, así que temía lo peor. En su imaginación fluctuaban imágenes de gente petrificada en Pompeya y Herculano. No podía verla en ese estado. Era ya casi el crepúsculo y su capacidad visual era defectuosa. Escuchó otra tos:

era ella, sin duda. Con el sónar activado, fue en dirección al lugar de donde provenía el sonido. Sus pies tropezaron con algo, era ya el crepúsculo y los rayos del sol apenas entraban por el cráter, proyectando en todo el interior del volcán una tenebrosa oscuridad en donde tan solo se podían ver resplandecer, como luciérnagas gigantes, algunos focos ígneos de lava activa. Aquello con lo que tropezó lo hizo caer al suelo, pero su ímpetu por encontrar a Matilde viva lo impulsó a alzarse de un brinco, como nunca. Con cierta premura, fue a dar el siguiente paso, pero se encontró con otro objeto: era un cadáver partido en cuatro trozos. Un bloque piroclástico había caído sobre Idelfonso, achicharrándolo en el sentido literal de la palabra. En el entorno había hedor a carne quemada. Con aprensión, evitó los pedazos de carne humana y siguió su rumbo hasta dar con Matilde en una pequeña depresión. La elevó un poco, estaba un poco asfixiada. Empezó a respirar mejor. Luego, ambos fueron a la ermita . Era ya el crepúsculo y solo tenían que encomendarse a la virgen para que el volcán no entrara otra vez en erupción. Quedaron ambos acurrucados, muy juntos, a los pies de la estatua de la *Mare de Deu*, al abrigo de la desgastada gabardina nórdica azul descolorido. Mientras, iba descendiendo la temperatura de esa noche de octubre y la humedad iba en aumento. La noche —eso parecía— se iba a prolongar.

CAPÍTULO XXXV



Al alba y con el cielo nublado, salieron de la ermita. Transportaba el macuto conteniendo la IDEAL C sobre sus espaldas cansadas, atravesando lo que quedaba del socarrado parque. Avanzaron a su Orodruin. Lo que había era un pequeño cráter rodeado de lava endurecida, en torno al cual la temperatura iba incrementándose. Aurelio, con autoridad y un gesto de su brazo derecho, dio a entender a Matilde que ella debía parar su camino en ese punto; no debía de exponer su salud ni la de su hijo más allá de ese límite. Se encargaría de terminar la misión que acarreaba. Tapándose la cara mediante un esbozo, con su desgastada gabardina nórdica azul descolorido, y protegiéndose parcialmente de las azufradas emanaciones, Aurelio fue encaminándose al borde. Se quedó a unos metros, el calor ya no le impedía aproximarse más. Se desembarazó y sacó la máquina de escribir. Estaba a una alta temperatura, dolía incluso. Era el epitafio de su libro postrero, el cual había sido el último encargo solicitado a David. Tomándolo con sus últimos esfuerzos, lanzó el objeto al fondo del cráter de naturaleza pura, cayendo con la parte trasera hacia atrás y escuchándose un estruendo agudo. Era el sátiro, que no podía saltar de su posición fija y sentía cómo la temperatura crecía e iba reblandeciendo su acero, convirtiéndolo, al fin, en una masa amorfa mezclada con el basalto ígneo de la tierra. Era el fin de su historia escrita por otro.

***

Pocas horas después, ese 23 de octubre, se celebraba el *Mig Any* en Alcoi. A las veintitrés horas, un grupo de una *fil*à de cristianos, unos cruzados, tres en concreto, se desmarcó de su montón en el barullo de la fiesta. Nadie los echó en falta en su *fil*à de la calle Sant Nicolau. A empujones y con prisas desmesuradas, salieron del casco

antiguo y cruzaron el río Serpis a través del puente de Sant Jordi. Su objetivo no era otro que la calle Entenza 22, la librería de Aurelio que en ese momento tenía la persiana echada abajo. Lo tenían todo calculado. Se subieron a una furgoneta en la misma calle y, aprovechando un instante de ausencia de tráfico en la misma, encendieron el renqueante motor de la vieja furgoneta. Con toda la velocidad que pudieron, se lanzaron contra la persiana cerrada y decorada con el feo grafiti. Un gran estruendo se escuchó al producirse el alunizaje, haciendo añicos todas las supersticiones impresas en pintura. Los faros del vehículo iluminaron todo lo oscuro del interior de la sala en la que los tres cruzados, blandiendo sendas bombonas de butano en cada una de sus manos, pusieron sus pies. Abajo, tenían el suelo astronómico. Era una acción sincronizada.

—¿No está la asquerosa rata callejera e inmunda?

Fue el primer comentario escuchado en el interior.

—Esa rara especie inextinguible será pasto de las llamas del infierno. No te preocupes por ella. Hagamos nuestro trabajo y desaparezcamos.

—Eso, concluyamos lo que quedó a mitad la última vez.

Y uno de ellos se encaminó, ayudado de las luces de la furgoneta, al inicio del descenso de las escaleras en forma de caracol.

—Yo no bajo ahí.

—No hace falta. Suelta las bombonas y salimos cagando leches.

Lo hizo. Un retumbar se escuchó y los tres cruzados salieron como almas perseguidas por el mismísimo diablo. Habían abierto el paso del gas de las bombonas, levantando las palancas reguladoras; uno de ellos tenía una garrafa de gasolina, que vació sobre la mesa-muestrario. Nada más salir, con un temblor en la mano, otro sacó un Zippo que prendió y lanzó al interior con más puntería que un jugador de petanca. Aquello fue un Hades. Una gran deflagración cayó encima de los tres cruzados, que volaron sobre la calzada de la calle Entenza en una gran lluvia de cristales rotos provocada por la onda expansiva, ahora propagada. El edificio, milagrosamente, no se fue abajo, pero fue inmediatamente pasto de las llamas. Un coche, como surgido de la nada, apareció en ese caos. Frenó enfrente de los tres cruzados, medio aturdidos en la calzada, y los recogió,

desapareciendo con la misma rapidez con la cual había aparecido en mitad de aquella noche de celebración.

***

En La Garrotxa, el cráter se mantuvo inactivo durante toda la noche, permitiendo a Matilde y Aurelio descansar un poco en la ermita. Se despertaron entumecidos, muy apretujados el uno al otro, tapándose como podían. Era el alba y había silencio.

—Tenemos que irnos de aquí.

Consciente de la situación de peligro inminente, Matilde se puso en pie. Dio una pequeña patada a Aurelio, que no daba muestras de señales de vida. Estaba literalmente destrozado.

—Todo está acabado.

Logró musitar él.

—Tú y yo tenemos muchas líneas que escribir todavía.

Con la energía que da la vida al saber que se tiene un futuro por delante, ella destapó de su cobijo a Aurelio, quien quedó indefenso, expuesto a la fría y húmeda intemperie de esa latitud.

—¿Escribir?

Y sin dejarlo refunfuñar más, lo alzó de su brazo derecho con la fuerza de una amazona.

—Tenemos la moto más abajo del cráter. Anda y sígueme.

Sin ninguna explicación más, convencida de que Aurelio le seguía sus pasos, Matilde salió de la ermita de Santa Margarida de Sacot rumbo al aparcamiento y subiendo la pendiente del cráter, evitando las todavía calientes coladas de lava. Era una huida contrareloj frente a la naturaleza, sin posibilidad de escapar. Matilde corría como una gacela y Aurelio, casi exhausto, apenas podía seguir su huella. El sol empezaba a asomar sus rayos por el este, vislumbrando un incierto panorama en el lugar. Ambos sentían en sus pulmones las impurezas del aire, que les impedían inhalar, pero, al fin, llegaron al vacío aparcamiento, donde estaba la Harley-Davidson. Como una valquiria, indicó a Aurelio que se subiera a la motocicleta, al mismo tiempo que le entregaba el casco y encendía el motor. Este, en su confusión, actuaba con inercia, dejándose llevar por la incredulidad: ¿había sido capaz de salvar al mundo de esos tiranos?

—¿Te vas a quedar ahí pasmado para convertirte en un recuerdo petrificado?

Y despertando de su estado transitorio, se subió de paquete en la máquina, que Matilde arrancó de súbito al sentirlo en sus espaldas. Salieron de la comarca por caminos de senderista y la suspensión de la moto sufrió en exceso. Era la única manera de escapar de la comarca, evitando el control de las autoridades. No había un alma; los dueños eran los volcanes. Habían estado allí para vivirlo y contarlo a la posteridad.

Agradecimientos

Gracias a Andrea Llovet Rausell por sumergirse en mis mundos imaginarios como lectora cero. Y gracias a Primitivo (D.E.P.), bajel pirata, sin el cual no hubiera conocido a Manuel.

Referencias bibliográficas

Gutiérrez, José Manuel, *El río de los libros.* Ediciones El Gallo de Oro, Bilbao (2023) pág. 24. – Citado en el Capítulo XXXIV

Kafka, F., *El proceso*. Traducción de Emilio J. González García. Ediciones Akal, S.A, Madrid (2007) pág. 186. – Citado en el Capítulo XIV

Steinbeck, J. - Steinbeck, E., *La perla*. Traducción de José Ramón Insa. Colección Aula de Literatura; Editorial Vicens Vives, S.A. Barcelona (2013) págs. 76 y 78. – Citado en el Capítulo XIII

Este libro fue editado y diseñado entre Valencia, España, y Santiago de Chile,
en el breve lapsus que separó el otoño del 2024 del otoño del 2025.

Índice

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV